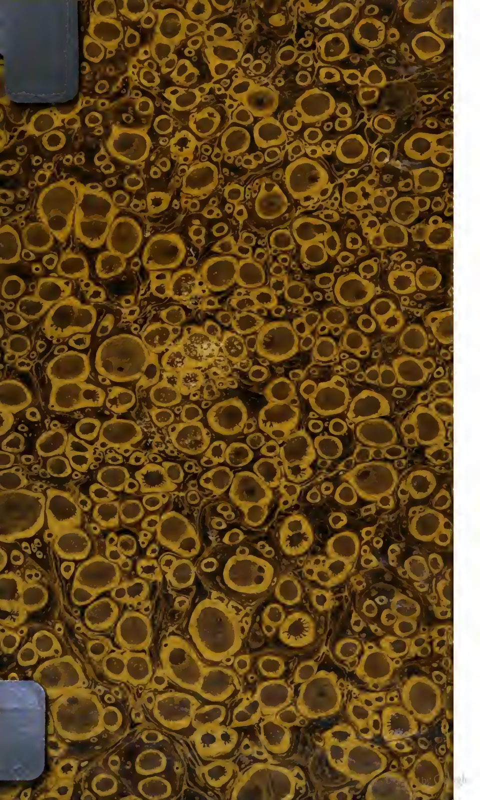
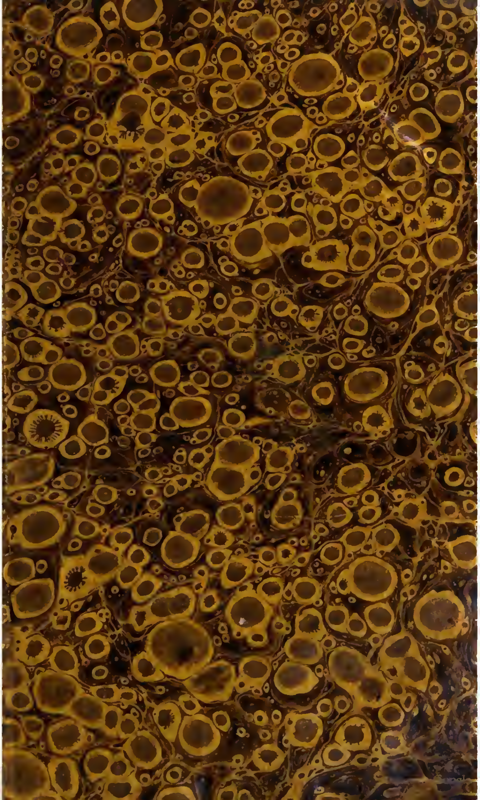






POESIAS SELECTAS

CASTELLANAS

DESDE EL TIEMPO DE JUAN DE MENA
HASTA NUESTROS DIAS,

RECOGIDAS Y ORDENADAS

por Don Manuel Josef Quintana.

Nueva edicion aumentada y corregida.

TOMO IV.

MADRID:
IMPRENTA DE D. M. DE BURGOS.
1830.

A

D. Josef Somoza Carbajal.

Esta parte de mi obra, en que se comprende la poesía selecta castellana del siglo XVIII, á nadie con mejor título puede dirigirse que al humanista filósofo que tanto la ama y la prefiere. Yo bien conozco, amigo mio, que la modestia de V. se ofenderá de ver su nombre al frente de este volumen, y acaso me culpará de que parta con otro el obsequio hecho antes á Melendez. Pero este gran poeta celebraría gustoso ver asociado en esta especie de honor á uno de sus mas queridos y aventajados discípulos, hijo al mismo tiempo de un amigo que estimó tanto mientras vivió. * *Yo por mi parte no he querido por esa consideracion re-*

* Don Ignacio Somoza, apasionado de las letras y de las artes, modelo de honradez, de cortesanía y de discrecion, y cuya muerte despues de treinta años lloran todavía su familia y sus amigos.

traerme de dar á V. esta demostracion pública de aprecio, de agradecimiento y de cariño. ¿En quién la emplearía yo mejor que en aquel que, en veinte y cinco años que cuenta nuestra conexion, no ha cesado de darme cada dia consuelos en mis penas, socorro y alivio en mis adversidades, consejos excelentes en mis dificultades y en mis dudas? Mi amistad como que se desahoga de este modo del peso de tantas obligaciones, y se complace en decir á los lectores presentes y futuros de este libro, que hay en las sierras y soledades de Piedrahita un hombre que reune al corazon mas afectuoso y sensible la razon mas fuerte y despejada; que cultiva las musas y la filosofía con ardor, y es dichoso con ellas porque las cultiva para su propia felicidad, y no para la fama; que ha sabido despreciar los empleos y los honores por no dejar su retiro, y sacrificar este retiro al servicio público cuando ha sido menester; que sabe contemplar el espectáculo sublime que la naturaleza le presenta en su soledad, y sacar de esta contemplacion pensamientos grandes y profundos, sentimien-

tos sublimes y generosos que él expresaría, si quisiera, con la energía de Osian y con la pluma pintoresca de Thomson; y en fin, que este gusto á la meditacion y á la melancolía en nada altera la indulgencia y amabilidad de su caracter, y la ingeniosa festividad de su conversacion, que hacen las delicias de cuantos tienen la satisfaccion de conocerle y de tratarle.

A vista de tan justos títulos y de tan poderosos motivos, nadie extrañará, creo yo, el homenage de amistad, estimacion y gratitud que tributa á V. en este lugar su amigo afectísimo

M. J. Quintana.

Madrid 20 de noviembre de 1829.

INTRODUCCION
A LA POESÍA CASTELLANA
DEL SIGLO XVIII.

ARTICULO PRIMERO.

Restauracion del arte: su nueva direccion y caracter: Luzan y sus contemporáneos.

Es queja comun y frecuente de los críticos que entre nosotros aspiran el lauro de severos y puristas, acusar á las letras francesas de haber estragado y destruido el caracter propio y nativo de la poesía castellana. Pero esto en realidad no es asi: porque, mucho antes de que los escritores franceses empezasen á ser el estudio y el modelo de los nuestros, ya los españoles habian abandonado todos los buenos principios en las artes de imitacion, y dejado apagar en sus manos la antorcha del ingenio. La pintura habia muerto con Murillo, la elocuencia con Solís, la poesía con Calderon; y en el medio siglo que pasa desde que faltan estos hombres eminentes hasta que aparece Luzan, ningun libro, ningun escrito, si se exceptúa tal cual comedia de Cañizares, basta por su aspecto literario á llamar hácia sí la atencion y el interés, ni aun de los mas indulgentes. No se degrada pues ni se corrompe lo que no existe; y

la imitacion francesa pudo en buen hora dar á nuestro gusto y á nuestras letras un caracter diferente del que habia tenido en lo antiguo, pero no desfigurar lo que ya no era, ni dar muerte á lo que no vivia.

Las artes del ingenio que sirven de decoracion al edificio del estado vienen tambien al suelo cuando él cae, y no se levantan hasta que la fábrica arruinada se vuelve á poner en pie; y entonces fuerza es que tomen el gusto y el caracter de las manos á quienes deben su restauracion. Asi sucedió en España á principios del siglo pasado: cayó su imperio, cayó su influjo en el mundo, y cayeron tambien sus artes, sus letras y sus ciencias. Una nueva dinastía y una estrecha alianza con la nacion que entonces estaba al frente de la Europa por su civilizacion y su poder, vinieron á reanimar esta agonizante monarquía. Tambien entonces despertó el ingenio español de su mortal y dilatado letargo: y la nueva vida y movimiento que recibió era preciso que tuviesen algun principio y siguiesen alguna direccion. ¿Cuál podia esta ser? El gusto italiano-latino que animó nuestra poesía en el siglo XVI dió lugar á otro gusto mas original y mas libre, que puede llamarse nacional, seguido y cultivado con un éxito prodigioso en los dos tercios primeros del siglo siguiente. Desapareció este despues en el caos de extravagancias y despropósitos que entre buenos y malos escritores introdujeron y fomentaron. La literatura propiamente alemana no existia aun: la inglesa, aunque floreciente entonces con los escritores eminentes que ilustraron el reinado de Ana, no era conocido de los españoles, separados á la sazon de la nacion británica, menos todavía

por el océano, que por la religion, los intereses políticos, los hábitos y las costumbres. No habia pues otro rumbo que seguir, dado que no era fácil, ni acaso posible, tener uno propio, que el que señalaba el ingenio frances. Todo concurria á este efecto inevitable: nuestra corte en algun modo francesa: el gobierno siguiendo las máximas y el tenor observados en aquella nacion: los conocimientos científicos, las artes útiles, los grandes establecimientos de civilizacion, los institutos literarios, todo se traía, todo se imitaba de allí: de allí el gusto en las modas, de allí el lujo en las casas, de allí el refinamiento en los banquetes: comíamos, vestíamos, bailábamos, pensábamos á la francesa; y ¿extrañamos que las musas tomasen tambien algo de este aire y de este idioma? Yo no decidiré aquí si esto era un bien ó era un mal: por ahora basta que sea un hecho incontestable y necesario; el cual nos da la clave para entender el caracter particular que toma nuestra poesía en el siglo XVIII, y la razon de no parecerse ni á la pródiga libertad del anterior, ni á la compostura y pureza del siglo XVI. *

* A estas razones puede añadirse otra muy poderosa, nacida del infinito mérito de las producciones que las letras francesas presentaban á la admiracion y al ejemplo. ¿Dónde irian los poetas á buscar modelos mas grandes ni mas perfectos que Corneille, Racine, Moliere, La-Fontaine, Quinault y Despreaux? ¿Donde los oradores ejemplares de elocuencia mas alta, mas nerviosa, mas natural, ó mas expresiva, que en Pascal, Bossuet, Fenelon, Massillon y La-Bruyere? Y la admiracion y el culto que las obras admirables de estos inmortales ingenios se atraia, no se les tributaba solo en España: de toda la Europa culta los recibian en aquella época; y en Inglaterra, en Alemania y en Italia se veían los mismos efectos, se formaban las mismas quejas, se oían los mismos clamores.

La poesía francesa, sin entrar en la índole propia de cada uno de sus escritores, se recomienda generalmente mas por la exactitud de sus planes, por la regularidad de sus formas, por la plenitud y delicadeza de sus pensamientos, que por la armonía de sus sonidos, la audacia de sus figuras, y vuelo de su fantasía. Asi la castellana en la época de que hablamos ganará en decoro, en correccion y en saber, será mas cuidadosa de evitar defectos que atrevida y ambiciosa de producir bellezas, querrá mas bien contentar la razon que regalar el oido y arrebatar la fantasía; tendrá en suma con mas correccion y mejor gusto, menos libertad, menos riqueza, menos encanto, menos halago.

El primer escritor que se presenta en el orden del tiempo es D. Ignacio de Luzan; no dejando de ser un fenómeno notable y análogo á esta misma direccion y caracter que acaba de expresarse, que el primer poeta de quien haya de hablarse sea tambien un maestro de poética. La suya publicada en 1737, tiene el mérito de ser un libro muy bien hecho, y el mejor de los que en aquella época se publicaron. Sano y seguro en principios, oportuno y sobrio en erudicion y en doctrina, juicioso en el plan y claro en el estilo, presentaba unas dotes de seso, de arte y de buen gusto que no se reunian facilmente en los talentos que á la sazon cultivaban las letras, unos depravados con el mal gusto que aun dominaba en la opinion vulgar, otros dados á un fárrago indigesto de noticias y discusiones ya pueriles, ya importunas, y siempre fastidiosas. Notóse entonces que algunas cosas estaban ligeramente tratadas en este libro y otras omitidas: notóse tambien la severidad exce-

siva con que esan juzgados algunos poetas españoles, principalmente Góngora y Lope de Vega. * El autor justificaria tal vez su rigor con la necesidad de oponerse á la licencia y abusos que la abundancia y abandono del uno y los delirios del otro habian introducido en la poesía. Pero lo que en mi opinion desluce mas esta obra, es la poca amenidad con que está escrita y el poco interes que inspira. Al ver el tono seco y desabrido con que Luzan habla de una arte tan halagüeña y seductora, nadie le creyera penetrado de las bellezas del argumento que trata, ni menos le tuviera por poeta. No es de extrañar pues que fuese poco leida entonces, y que por de pronto su influjo en los progresos y mejora del arte fuese corto ó mas bien nulo. Las obras de crítica en lo general dirigen y no estimulan, enseñan y no inspiran: la poética de Luzan por el modo de su ejecucion debia estar expuesta mas que otra alguna á este efecto escaso y limitado; y útil á los maestros para enseñar, á los críticos para reprender, no podia servir mucho á los ingenios para producir.

A este fin era mejor el ejemplo, siempre mas activo y poderoso que los preceptos: Luzan tiene la gloria de haberle dado tambien, y sus escritos poéticos comparados con los versos desatinados que á la sazon se componian, tienen por su invencion y disposicion, por su armonía y por su estilo, un mérito bien sobresaliente. Las dos can-

* Puede verse en el tomo 4.º del Diario de los Literatos de España artículo 1.º la crítica que aquellos juiciosos periodistas hicieron de la nueva poética: la última parte del artículo es de D. Juan de Iriarte, y es curioso en ella ver á un gramático tomar la defensa de Góngora contra un poeta.

ciones á la conquista y defensa de Oran compuestas ácia los años de 1732 son dos exhalaciones hermosas en medio de una oscuridad muy profunda; y pocos ó ninguno estaban todavía en estado de igualarle cuando veinte años despues hacía resonar estos acentos en la Academia de S. Fernando:

Solo la virtud bella,
Hija de aquel gran Padre en cuya mente
De todo bien la perfeccion se encierra,
Constante dura sin mudanza alguna.
En vano la fortuna
Hace contra su paz rabiosa guerra,
Cual contra firme escollo inútilmente
Rompe el mar sus furiosas ondas; ella
Como la fija estrella
Que el rumbo enseña al pálido piloto
Cuando mas brama el aquilon y el noto,
Al puerto guia nuestro pino errante.
¿Quién con esto se acuerda
De envilecer el plectro resonante
Donde de vista la virtud se pierda;
Ó un falso bien, ó un engañoso halago
Sirva de asunto al canto y mas de estrago?

Parece que Luzan en esta noble y grave poesía daba el tono á su siglo y señalaba al ingenio el rumbo que debia seguir para hacerse respetar. Pero sus versos como los de casi todos los preceptistas se recomiendan mas por el artificio, la gravedad y el decoro, que por el fuego, la imaginacion y la abundancia. Aun cuando tuvieran un caracter mas ardiente y seductor, como no fueron muchos los que escribió, y esos inéditos en gran parte hasta mucho tiempo despues, resulta que no pudieron servir al público ni de estímulo ni de dechado. Para los pocos sin embargo que entonces cultivaban las Musas, y eran todos ó amigos ó apreciadores de Luzan, no dejaron de

concurrir á acreditar los principios de circunspeccion y de buen gusto que él observaba cuando escribía.

Puede contarse en este número á Don Agustin Montiano, el cual corresponde mas bien á la historia de la poesía dramática, por sus laudables esfuerzos para reformarla, y por sus tragedias, apreciadas mucho entonces, leidas despues muy poco, y creo que nunca representadas. A aquella época pertenecen tambien el supuesto Jorge Pitillas, escritor satírico, ingenio fuerte, despejado y agudo, de quien por desgracia no se conserva mas que una composicion publicada por primera vez en 1741 en el Diario de los Literatos de España, y reimpresa otras muchas despues; el conde de Torrepalma, que en su imitacion ovidiana del Deucalion hizo prueba de un eminente talento para versificar y describir; y en fin Don Joséf Porcel autor de unas Églogas venatorias aplaudidas mucho entonces, pero nunca publicadas. *

* Por mas esfuerzos que he empleado en buscarlas y verlas para dar alguna idea de su mérito y su caracter, han escapado á todas mis diligencias, y si son tales como se dice, hacen mal los que las poseen en no enriquecer nuestra literatura con ellas. D. Luis Velazquez en sus *Orígenes de la poesía castellana* hace mencion de ellas dos veces, y siempre con particular estimacion, pero como este escritor era demasiado indulgente en la aplicacion de la crítica á los casos particulares, no puede darse enteramente crédito á su recomendacion. Los *Orígenes* son un libro muy apreciable por su excelente plan y por las noticias que en él se encuentran; mas no por el gusto ni por el discernimiento crítico.

ARTÍCULO II.

De D. Nicolas de Moratin, y de Cadalso.

Pero todos estos escritores eran mas bien aficionados á la poesía que verdaderos poetas. Faltábales, para ser considerados tales, aquel entusiasmo por las Musas, aquel ejercicio continuo, aquel gusto exclusivo y apasionado, que mide sus placeres por lo que produce, no cesa un momento en sus esfuerzos, enriquece el arte cada dia con nuevos tesoros, inflama y domina la opinion pública con el espectáculo de su actividad, y entre envidias y aplausos arrebata al fin la corona y se la ciñe á su frente. Ingenio de este temple no se encuentra ninguno hasta D. Nicolas de Moratin, nacido en el mismo año en que se publicó la *Poética* de Luzan, como si la naturaleza marcára en aquel nacimiento el mas activo atleta de aquellos principios de razon y de buen gusto sentados por su juicioso predecesor. Moratin ya es un verdadero poeta cuyo elemento es el arte, y que al parecer no vive y no respira sino por él y para él. Y á la verdad que si sus medios correspondieran á su anhelo, y sus producciones á sus medios, él solo restableciera la poesía no solo en la pureza del gusto, sino tambien en la gala y en la abundancia antigua. Porque en su noble ambicion nada dejó por intentar, y su alma ardiente y atrevida se ensayó en todos los géneros, dando en los mas de ellos muestras de ingenio y de destreza, y en algunos altas y admirables pruebas de un talento muy superior. El epígrama, la sátira, la égloga, la lírica en todos sus tonos, el poema didáctico,

la comedia, la tragedia, el poema épico, en todos estos ramos se ensayó; y, lo que es mas de admirar, no son los mas difíciles en los que se señaló menos. La naturaleza le habia dotado de una imaginacion mas grande y robusta que amena y delicada, y su ingenio se inclinaba mas á lo fuerte que á lo apacible. Asi es que en su poema de *La caza*, en muchas obras líricas, en algunos trozos de sus tragedias, y sobre todo en su ensayo épico sobre la destruccion de las naves de Cortés, donde quiera que la materia cuadraba con el caracter de su espíritu, mostraba fuego, fantasía, viveza, audacia y originalidad en el decir, y sacaba de la lira española tonos mucho mas altos y felices que los demas poetas de su época, y dignos de los mejores tiempos de la musa castellana. Es lástima que se abandonase tan facilmente á su buen deseo, que escribiese tan de priesa, y que confiado en sus felices disposiciones y en el conocimiento que tenia de las reglas del arte, creyese que esto bastaba para ejercitarse en géneros tan distintos entre sí, y algunos tan opuestos á la índole de su ingenio. Faltóle un aristarco que le supiese contener en los límites debidos, le manifestase con franqueza la senda por donde debia marchar para adquirir la gloria á que aspiraba, y cuya severidad le hiciese trabajar mas su estilo y sus versos, y no ser tan desigual á sí mismo: porque, hasta sus mejores composiciones, en medio de llamaradas admirables de ingenio y de entusiasmo, se resienten frecuentemente de incuria y desaliño. Fue gran perjuicio á su gloria y tambien á nuestras letras su temprana muerte, cuando su talento iba sin menoscabo de su fuerza ganando en correccion y en riqueza. El canto épico escrito en sus últimos

años, manifiesta cuales eran sus progresos y de cuanto fuera capaz á haber vivido mas tiempo. Adviértese en aquella obra y en otras que se han publicado despues, el prolijo estudio que entonces hacía de nuestras tradiciones históricas, de las genealogías, blasones y costumbres caballerescas de los tiempos antiguos, y el partido poético que su imaginacion sabia sacar de estos objetos, para dar mas novedad y consistencia al fondo de sus versos, que no siempre se señalan por la profundidad del pensamiento, ni por la gravedad y fuerza de la sentencia. Tuvo para ello, ademas de este motivo puramente literario, otro muy poderoso en el ardiente amor a su pais, que era la prenda moral mas sobresaliente en él. Todo lo que le rodeaba era para él bello y poético, y tomaba en su imaginaeion el aspecto mas agradable y magestuoso. Jamas se pintaron con mas amor ni efusion las circunstancias locales y las costumbres de un pueblo; y Madrid, sus contornos, sus calles, sus teatros, su circo, sus mugeres, sus concursos y funciones, toman en la fantasía de Moratin unas formas grandes, elegantes y poéticas, que se manifiestau frecuentemente con rasgos breves y expresivos, generalmente los mas felices de su estilo, y descubren que aquel noble y bello sentimiento era un númen que le inspiraba.

Por el mismo caracter se distingue y recomienda tambien su amigo el coronel Cadalso, que con sus *Eruditos á la violeta*, con sus *Ocios*, con su amable carácter y sus conexiones literarias ha dejado un nombre tan grato y dulce á las letras y á las musas. Él hizo revivir la anacreóntica que estaba enterrada con Villegas siglo y medio hacía; él fue el elogiador y sostenedor de Moratin; él

quien formó, y puede decirse, que nos dió á Melendez. Sus talentos á la verdad eran bastante inferiores á los de los dos: pero la ingenuidad y el entusiasmo con que exaltaba la gloria actual del uno y las hermosas esperanzas que el otro prometia*, como que le igualaban con ellos, y le asociaban á su gloria. Yo pongo mucha duda en que sean suyos los primeros escritos que se le atribuyen; mas si realmente lo son no hay autor que haya mejorado tanto su estilo, ni aprovechado mas con la lectura de los buenos autores propios y extraños, á que des-

* *Y yo siendo testigo*
De tu fortuna, que tendré por mia,
Diré: yo fui tu amigo;
Y por tal me tenia,
Y en dulcísimos versos lo decia....
Y con igual ternura
Que el padre cuenta de su hijo amado
Las gracias y hermosura,
Y se siente elevado
Cuando le escuchan todos con agrado;
Responderé contando
Tu nombre, patria, genio y poesía;
Y asombraránse, etc.

Tal era el tono afectuoso y lisonjero con que Cadalso hablaba de Melendez: cual fuese su entusiasmo por Moratin lo dicen todos sus escritos, pero especialmente las dos canciones que se incluyen en este tomo, en las cuales hace lo mas que puede hacer un poeta, que es sacrificar su amor propio en las aras de la gloria agena. Cuando se compara este proceder tan simpático y tan noble con el ceño orgulloso que algunos escritores ya formados usan con los que les vienen siguiendo, ó con el desabrimiento áspero y rencoroso que afectan con sus iguales, da tentacion de reducir su valor al bajo nivel de sus miserables recelos. Es preciso que para estos hombres el mundo de la opinion sea bien estrecho, cuando les parece que no caben en él mas que ellos solos. Y á fe que se engañan mucho: por mas que hagan, por mas que digan,

est locus uni-
Cuique suus.

pues se aplicó. Siendo lo mas notable que no se debió esta mejora á los estudios que hizo fuera de España en su primera juventud, sino á los que hizo vuelto á ella despues de haber dado á luz su insulsa *Optica del cortejo.* ¿Quién, en el estilo gongorino y campanudo de esta obra y en los detestables versos con que de cuando en cuando la acaba de echar á perder; quién, repito, podrá reconocer ni por sueños al chistoso y satírico maestro de los semisabios petimetres, al discípulo de Anacreonte, y al autor de los bellos rasgos que se encuentran en su elegía á la Fortuna, en algunas odas eróticas, y en sus canciones á Moratin? Faltábanle ciertamente tono y fuerza para sostenerse en la alta poesía; pero su mérito incontestable en los versos cortos, los buenos ejemplos dados en los mayores, y su aplicacion y celo incansable por el adelantamiento de las letras, le dan un lugar muy distinguido entre los restauradores de la poesía, y harán que se miente siempre su nombre con aprecio y con amor.

En Cadalso es en quien empieza ya á observarse una tendencia mas señalada de imitacion extrangera. No precisamente en sus versos, aunque son á veces mas raciocinados que poéticos, sino por el aspecto que presenta el conjunto de sus trabajos. El fondo de doctrina, noticias y principios en que estan fundados sus *Eruditos á la violeta* se puede llamar extrangero, aun cuando el donaire, las ocurrencias y el estilo sean verdaderamente castellanos. La lectura de las *Cartas Persianas* produjo la desigual imitacion de las *Cartas Marruecas.* Un lance funesto en sus afectos juveniles le dió ocasion á exhalar su dolor en sus *Noches Lúgubres*, imitacion tambien harto infeliz de las No-

ches de Young, ejecutada en una prosa extraña y defectuosa, agena enteramente de la índole castellana. En fin en su *Sancho García*, sigue servilmente las formas del teatro francés, hasta el extremo de sujetarse á la versificacion de los pareados, tan poco á propósito para el diálago y la expresion, y tan poco grata á oidos españoles. No cayó sin embargo en mal caso por ello: el mérito de sus demas escritos, la jovialidad afectuosa y caballeresca de su caracter, y el espíritu verdaderamente patrio que le animaba, le pusieron á cubierto de la censura en esta parte; y él acabó en paz su carrera sin verse tratar de innovador ó corruptor, y respetado, querido y aclamado por uno de los favoritos de Apolo que mas honor dieron á las musas en su tiempo.

ARTICULO III.

De Huerta. — Guerra literaria.

En el tiempo de estos dos poetas florecia tambien *D. Vicente García de la Huerta*, muy diferente de ellos en caracter, en miras y en estudios. Su talento era bastante, su doctrina poca, su gusto ninguno. Pertenecia á la escuela puramente española, y de esta, por desgracia, á los que habian corrompido la poesía con el estilo hueco y obscuro introducido por Góngora y sus discípulos. Góngora sin duda puede llamarse el modelo que Huerta se propuso imitar: pero la inclinacion ya diversa del tiempo en que este vivia, el gusto algo mas seguro, y los ejemplos de los demas escritores, no dejaban abandonarse ya á iguales extravíos. Asi Huerta, que no alcanzó nunca á la

fuerza de imaginacion y vivacidad de colorido de su antecesor, tampoco pudo seguirle en su desenfreno y sus delirios. Sus versos sobresalen casi siempre por el número y la cadencia, algunas veces por la elegancia y por el brio. Flaquean por la sentencia, que carece de nervio y de vigor: flaquean por los afectos, cuya expresion en ellos es generalmente trivial y desabrida; flaquean, en fin, por los argumentos, que en sus poesías líricas son casi siempre frívolos ó mandados por las circunstancias, cosas una y otra de igual inconveniente. Él sabía poco, y su orgullo le alejaba de estudiar en las fuentes antiguas y modernas, de donde pudiera aprender á variar de tonos y á ejercitarse en objetos mas acomodados á la índole de su ingenio y á las ideas del tiempo en que vivia. A pocos es dado entrar en el templo de las musas, guiados de su instinto solo y sin atencion ninguna á doctrinas, á principios ni á modelos. Para ello se necesita un natural muy feliz y un talento muy superior; y yo en nuestra poesía moderna no conozco mas que un escritor á quien esta especie de independencia le haya sido próspera y gloriosa. Por manera que Huerta, á quien no se puede negar talento ni aprecio tampoco, ha dejado dos tomos de poesías, en que, exceptuándose la *Raquel* y algunos trozos de versos buenos con que ha animado la fria prosa de Oliva en el *Agamenon vengado* *, no hay composicion ninguna que pueda

---

* *Principio de la tragedia en Oliva.*

Estos, Orestes, son los campos de Grecia do te han traido tus altos deseos: aquella que allí ves lejos es Argos, la antigua ciudad. Y mira á esta otra parte verás el bosque de Io, hija de Inaco, la que cobró su figura en las riberas del Nilo. Y á tu parte izquierda se aparece

satisfacer á un hombre de gusto. Una sola se ha puesto por muestra en el tomo presente; y quizá se acusará al colector de excesiva indulgencia por ello.

Sin embargo, el movimiento literario que excitó al rededor de sí con sus contiendas y debates, no permitirá nunca que se le pase por alto en la historia de las letras de su tiempo. Cuando, antes de terminar sus estudios, la amistad y la proteccion de uno de nuestros próceres le trajeron á Madrid, eran tan pocos los versos que se escribian, que los de Huerta, aunque escasos de jugo y de colorido, debieron darle un gran lugar y hacerle aspirar á la primacía. Jóven, bizarro y agraciado, protegido y aplaudido de las primeras personas de la corte, arrogante por caracter y vano por circunstancias, pudo con alguna disculpa considerarse el primero de los hijos de Apolo, y pudiera acaso haberlo realmente sido, á igualar sus estudios con su talento. Pero las fáciles palmas que entonces conseguia, le llenaron de orgullo y de seguridad, y en vez de redoblar en esfuerzos y en

---

el templo de Juno de altos edificios, cerca de do están los valles, do sacrifican lobos los sacerdotes de Apolo.

En Huerta.

Estos, Orestes, son los griegos campos
Donde te han conducido tus deseos;
De Argos, ciudad antigua y populosa,
Aquellos muros que se ven de lejos.
Aquel que miras es el triste bosque
Donde su forma natural perdiendo
Io, bramó furiosa, hasta que el Nilo
La vió cobrar su ser y honor primero.
A tu izquierda se ven los edificios
En donde Juno tiene hermoso templo,
Y cerca de él los valles donde el rito
Lobos voraces sacrifica á Febo.

afan para adelantarse ácia la perfeccion, veíasele siempre firme en los principios de su mal gusto, y por ignorancia, por teson ó por pereza, tener cada novedad por un error, y por flaqueza el reconocimiento de la superioridad agena, extraña ó nacional. La adversidad vino á probarle con un acontecimiento que ha llegado á nosotros con caracteres bien tristes aunque obscuros, y de cuyas resultas fue arrojado de Madrid y confinado á la plaza de Oran. El sentimiento profundo de su inocencia y la noble elevacion de su ánimo le sostuvieron allí contra el infortunio, y las musas fueron su asilo y su recreo. Pero como en Oran no hubiese quien le igualase en talento ni en destreza, ni quien le inspirase tampoco mejor gusto y mas saber; sus versos, aunque en algun modo africanos, eran reputados por divinos, y contribuían poderosamente á mantenerle en su ciega confianza.

Vuelto á Madrid, aquella desgracia, que sin duda añadió algun lustre á su talento y celebridad á su nombre, parecia haber aumentado tambien el temple de su caracter, tenaz, fuerte y altanero. El desdeñó restablecerse en el empleo que antes ocupaba, porque las gestiones que para ello le era forzoso hacer, le parecian opuestas al decoro de su inocencia y al resentimiento de su agravio. Su porte con los que le habian favorecido en su peligro era agradecido y consecuente, con sus enemigos inflexible, con los indiferentes desabrido y arrogante. Pero esta conducta, que en el mundo moral podia y debia hacerle honor, usada tambien por él en el mundo literario, no era posible que dejase de atraerle un diluvio de contradicciones y de pesadumbres. Sus palabras eran soberbias, sus

pretensiones insensatas: él se creía siempre el primero, y no veía ó no queria ver el camino que habian hecho y estaban haciendo los demas. La invasion del gusto frances en nuestras letras estaba en su mayor fuerza á la sazon. Ya el festivo y natural Samaniego habia trasladado al apólogo castellano una parte de las bellezas del sin igual La Fontaine: Iriarte habia publicado sus *fábulas literarias*, su *arte poética* de Horacio y su *poema de la música*: Forner empezaba á mostrar su talento y caracter belicoso con la sátira que le premió la Academia española, en que atacaba los vicios de la poesía castellana con armas que parecian tomadas, aunque realmente asi no fuese, en los arsenales de la crítica extrangera. Este origen era todavía mas visible en la *Leccion poética* de D. Leandro Moratin que tambien premió entonces la Academia. Jovellanos habia escrito su *Delincuente honrado*: otros ciento se ejercitaban al mismo tiempo en imitar y traducir tragedias y comedias francesas, aunque sin tanto talento ni fortuna. La avenida amagaba sobre todo inundar sin remedio la escena española, que se dejaba ocupar de tantas composiciones extrañas á su gusto y á su caracter, y los padres de nuestra comedia parecian amenazados de tener que salir de ella, y dejar su lugar y reputacion sacrificados en las aras de los dramaturgos franceses. Yo indico solamente el hecho sin entrar á calificar la parte que en él tenian la moda y el capricho, y la que tambien cabia al buen gusto y á la razon: esto pertenece á otro lugar. Pero Huerta se indignó de que unos escritores, á quienes en su orgullo consideraba como pigmeos, se atreviesen á competir con su reputacion, á darle lecciones, y á censurar los au-

tores que habian sido siempre objetos de su veneracion y de su culto. Constituyóse, pues, en campeon de la antigua poesía castellana, y empezó á arrojar sobre aquellos *follones transpirenáicos*, que asi los llamaba, todos los sarcasmos, dicterios y bravatas que su ira, su arrogancia y el desprecio que tenia por ellos le sugerían. Mas como no sabia lo bastante para encontrar los verdaderos medios de defensa que presentaba su causa, nunca acertó á distinguir en los autores y sistema poético que defendia, las bellezas de los defectos, las licencias indispensables y precisas, de los despropósitos y abusos repugnantes, y bajo ninguna posicion defendibles. Veíase en sus esfuerzos mas orgullo que doctrina, y menos celo que capricho y terquedad. Todo lo defendia igualmente y con razones en parte frívolas y en parte absurdas, expuestas en un estilo chocante por su presuncion, poco recomendable por su mérito, y hasta extravagante por su ortografía.

Si sus fuerzas le ayudaban poco, el tiempo le favorecía menos. El viento de la opinion estaba enteramente en contra suya; y sus adversarios mas jóvenes, mas instruidos y mas diestros en aquel género de esgrima, le volvian desprecios por desprecios, sarcasmos por sarcasmos, se reían de su vanidad, hacian ver su poca instruccion, y se burlaban de él como de un ignorante ó de un loco.* Llovian en daño suyo los folletos, las sátiras y los epígramas de autores conocidos y desconocidos, y

* *De juicio, sí, mas no de ingenio escaso,*
Aqui Huerta el audaz descanso goza:
Deja un puesto vacante en el Parnaso
Y una jaula vacía en Zaragoza.

Iriarte.

todos creían vengar la razon y el buen gusto de los atentados de aquel jayan temerario, que mostraba un desprecio tan solemne hácia las fuentes de instruccion y de crítica en que ellos tan religiosamente bebian. No se estimaba por bueno el que no rompia en él una lanza; y podíase entonces decir de Huerta lo que de Ismael: *Manus ejus contra omnes, et manus omnium contra eum.* Hasta el insigne Jovellanos no creyó desautorizar su caracter y sus estudios entrando en la palestra, y le asestó dos romances burlescos á modo de jácaras de ciegos, en que hizo burla de sus escritos, de sus pretensiones y de sus combates. El campo quedó por ellos, y Huerta que terminó sus trabajos por una traduccion de la *Zayra* *, plegaba la frente al parecer al gusto y opinion, contra la cual tan largo tiempo y con tanto teson habia combatido.

Era entonces el tiempo de esta clase de contiendas. El honor y favores esparcidos por el gobierno de Carlos III sobre las artes y las letras; el concurso de premios abierto por la Academia española á los ingenios para obras de elocuencia y poesía, el que abrió la villa de Madrid para so-

* Dióle el título de *Xaira*, para no dejar de poner alguna extravagancia en esta especie de tributo que rendia al gusto moderno. La traduccion está como todas sus cosas, muy desigual, y el sentido original en no pocas partes estropeado. ¡Pero cómo se luce á veces el versificador numeroso! ¡Con qué valentía resuenan en el teatro algunas de sus cláusulas, cuando se saben decir! Aun no se ha olvidado el efecto que hacia el célebre Maiquez cuando se entraba por los bastidores declamando aquel bello final del acto tercero:

El sexo que amenaza
Con su blandura avasallar al mundo,
Mande en Europa y obedezca en Asia.

lemnizar la paz ajustada en 1783 con la nacion británica, la atencion pública llevada con interés á los productos del ingenio, que en tiempos felices como aquellos, ocupan agradablemente y embellecen la sociedad; mil otras circunstancias en suma, habian excitado en gran manera la aplicacion y el talento, y despertado tambien la emulacion y la rivalidad. Unos y otros aspiraban á la palma y á la primacía, y en vez de procurársela con obras verdaderamente de ingenio y de saber, se la querian arrancar unos á otros con disputas frívolas, cavilaciones y rencillas. Huerta, como hemos visto, estaba contra todos, y todos estaban contra Huerta: Forner contra Iriarte, Iriarte contra Forner: los apologistas de nuestras letras contra sus censores, y los censores de nuestras letras contra ellos. ¿Sobre qué no se escribió, y de qué no se disputó? Fatigábanse las prensas, y hervian las gacetas en publicaciones de folletos, sátiras y epígramas que se lanzaban unos á otros los ingenios españoles, sin otro objeto que el de desacreditarse, desdorando el arte y perdiendo miserablemente el tiempo. Yo no decidiré aqui si el escándalo y perjuicios que esto ocasionaba eran suficientemente compensados con la actividad que estas guerrillas daban al espíritu literario, con los adelantamientos que en ellas se procuraban el arte de la crítica y del raciocinio, con las investigaciones en fin y con los descubrimientos que se hacian en el campo de la crítica y de la historia. Aun cuando se concedan facilmente estas ventajas bajo un aspecto, siempre queda mucha duda de que el arte ganase algo con estos interminables debates. El verdadero culto de las musas consiste en versos, no en críticas; y la opinion que lleva á la estimacion y á

la gloria es la que uno se adquiere por sí mismo, y no la que quita á los demas. ¿Dónde estarían las artes, dónde las ciencias, dónde la moral, si estuviera en manos de la petulancia y de la mala fe, ayudadas en buen hora de la agudeza y del talento, convertir lo verdadero en falso, en feo lo hermoso, en malo lo bueno? Esto no es posible, y toda obra que tiene en sí su principio de vida suficiente para poder subsistir, está á cubierto de estos esfuerzos impotentes de la contradiccion y la malicia. ¿Qué queda de tantas satirillas, unas chistosas y otras insulsas, como se escribieron contra Huerta? Nada: pero queda su Raquel, y sus adversarios tendrian á buena dicha que sus composiciones dramáticas, si alguna hicieron, ocupasen en la escena el lugar honroso y distinguido en que aquella pieza está colocada. Todas las invectivas de Forner contra Iriarte no han podido quitar á las fábulas literarias la opinion pública que cada dia las favorece mas; y todos los desprecios de Iriarte ácia Forner no le han podido arrancar el concepto ventajoso que se merecia por su disposicion poco comun para la poesía elevada, por el brio y resolucion con que escribia la prosa, por su constante aplicacion y por su inmensa doctrina. Y por el contrario ¿qué necesidad tenia la *Riada* de la carta fulminante de Varas para venir al suelo? Por su mismo peso cayera aquel tan pobre poema, al modo que se han sepultado tambien en el olvido mas profundo, sin que nadie les ayudase á caer, las anacreónticas del supuesto Melchor Diaz, los versos y demas escritos del malhadado Trigueros.

ARTICULO IV.

Iriarte. — Samaniego. — Prosaismo.

Don Tomas de Iriarte, que tuvo demasiada intervencion activa y pasivamente en estas contiendas, ocupaba entonces un lugar muy distinguido en nuestra literatura, debido en gran parte á sus talentos, pero tambien á circunstancias que no eran absolutamente literarias. Todo lo que una razon bien formada, una erudicion escogida, una discrecion natural cultivada con el trato mas urbano de la corte, podian procurar de regularidad, de juicio, de tersura y de elegancia á un ingenio vivo y despejado, otro tanto ponia este escritor en sus obras, que de pronto excitaron notablemente la atencion pública y le dieron mucha nombradía. Pero si estas calidades bastaban para ejercitarse felizmente en los géneros medios y templados, no asi en los que exigen mucha elevacion de alma, gran vuelo de fantasía, viveza en la expresion de los afectos, gala y fuerza en los colores, número y flexibilidad en los sonidos. De estas dotes, que son los grandes y verdaderos medios poéticos, Iriarte enteramente carecia. Asi es que siendo poeta frecuentemente en sus fábulas y alguna vez en sus epístolas, epígramas y poesías ligeras, no lo es nunca en el poema de la Música, que es mas bien un tratado que un poema; no lo es en sus descripciones campestres, faltas donde quiera de sencillez, de amenidad y de halago; no lo es en su Guzman, imitacion infeliz de un modelo, que debió ser el único ejemplar en su género; y menos, en fin, lo es en su traduccion de la Eneida, de la cual se

puede decir que comprendia perfectamente bien el sentido, pero no la poesía. Difuso, laxo, frio, sin color, y (lo que es mas estraño en un músico) falto de ritmo y de armonía*, aun cuando sus versos sean tersos y elegantes, ni pinta, ni conmueve, ni interesa; y sus escritos quedan como ejemplo y escarmiento de cuanto pierde un autor cuando se empeña en seguir sendas á que su natural no le inclina, y en donde no le bastan sus fuerzas.

Eran sin embargo tales su autoridad y su crédito, que Samaniego al publicar por el mismo tiempo sus fábulas morales, le decia al frente del libro tercero de ellas:

En mis versos, Iriarte,
Ya no quiero mas arte

* Causa ciertamente maravilla que un hombre que por su aficion y práctica en la música debia tener un oido tan delicado, diese principio á su poema con un verso á quien falta la cadencia y acentuacion de tal; y que jamas quisiese correguirle sin embargo de ser tan facil. De cualquiera modo que se coloquen haciendo sentido las palabras que le componen, resulta siempre un verso bien construido, menos en la combinacion en que él las puso: él escribió:

Las maravillas de aquel arte canto

lo que no es propiamente verso, pudiendo serlo de estos otros tres modos:

Canto las maravillas de aquel arte:
Canto del arte aquel las maravillas:
Del arte aquel las maravillas canto.

Contábase entonces que Huerta recientemente reconciliado con Iriarte, y convidado á una lectura del poema, al oir el primer verso, y extrañando su disonancia, se le hizo repetir dos veces, preguntó si habia allí alguna errata, y viendo que el autor no convenia en la necesidad de reformarle, se levantó de su asiento, y dejó la concurrencia, sin que ni el ruego, ni el respeto, ni consideracion alguna le pudiesen reducir á que continuase escuchando.

Que poner á los tuyos por modelo:
A competir anhelo
Con tu numen que el sábio mundo admira,
Si me prestas tu lira;
Aquella en que tocaron dulcemente
Música y poesía juntamente.
Esto no puede ser: ordena Apolo
Que digno solo tú la pulses solo.
¿Y por qué solo tú? Pues cuando menos,
¿No he de hacer versos fáciles, amenos,
Sin ambicioso ornato?
¿Gastas otro poético aparato?
Si tú sobre el Parnaso te empinases
Y desde allí cantases;
Risco tramonto de época altanera,
Góngora que se siga te dijera.
Pero si vas marchando por el llano,
Cantándonos en verso castellano
Cosas claras, sencillas, naturales;
Y todas ellas tales
Que aun aquel que no entiende poesía
Dice: eso yo tambien me lo diría;
¿Por qué no he de imitarte? etc.

Sin duda Samaniego, en obsequio de la doctrina que predica y del modelo que admira, se esfuerza aqui á dar el ejemplo con la regla; y lo hace en versos tan naturales y tan llanos, que tocan ya en triviales y rastreros. Pero sin insistir en ello, por los respetos que se le deben, podria reponérsele que semejante estilo y versificacion, propios de una fábula, de una epístola familiar, ó de un cuento alegre y picaresco, no lo son en modo alguno de los géneros elevados de la poesía, donde

Non satis est puris versum perscribere verbis.

Podria manifestársele tambien, que él mismo, por mas que diga, no sigue tan puntualmente las huellas del escritor madrileño. El no ponia en sus

apólogos igual cultura, igual limpieza de ejecucion, igual mérito de invencion y de oportunidad que el que luce en las Fábulas literarias: Samaniego procede con mas abandono, y á veces con descuido y desaliño: pero ¿con cuánta mas gracia, con cuánta mas poesía de estilo cuando el objeto lo requiere, con cuánto mas jugo y flexibilidad? Iriarte cuenta bien, pero Samaniego pinta: el uno es ingenioso y discreto, el otro gracioso y natural. Las sales y los idiotismos que uno y otro esparcen en su obra son igualmente oportunos y castizos: pero el uno los busca, el otro los encuentra sin buscarlos, y parece que los produce por sí mismo: en fin, el colorido con que Samaniego viste sus pinturas, y el ritmo y armonía con que las vigoriza y les da halago, en nada dañan jamas al donaire, á la sencillez, á la claridad, ni al despejo. Si en él hubiera algo de mas candor é ingenuidad, si descubriera menos malicia, si supiera elevarse á las profundas miras y grandes pensamientos morales, á que sabe remontarse á veces La-Fontaine sin dejar de ser fabulista, si diera en fin mas perfeccion á sus versos cortos, que no corren cuando los escribe solos con la misma gracia y fluidez que cuando los combina con los grandes, seria dificil negarle el primer lugar entre los mas felices imitadores del fabulista francés. Aun asi, ¿quién se le podrá disputar? Por opinion y por uso ya sus fábulas se han hecho clásicas, no hay niño que no las aprenda con facilidad y con gusto, no hay hombre hecho que no les tenga aficion, las ediciones se repiten á porfia, y el gran calificador del mérito de los escritos, el tiempo, confirma cada dia mas el feliz desempeño del autor en el útil y noble objeto que se propuso.

Este gusto abandonado y natural, introducido y autorizado con las obras de estos dos escritores, fue seguido por *D. Francisco Gregorio de Salas*, autor de algunos epígramas chistosos y del *Observatorio Rústico* en que por el aprecio y amor que el autor se concilia se desea que hubiese mas poesía; por *D. Vicente María Santibañez*, traductor de la Heroida de Pope, con cuyo estilo y caracter tenia el suyo tan poca analogía y semejanza; por el *Marques de Ureña*, autor del poema burlesco de la *Posmodia*; por el *Conde de Noroña*, que exceptuada la *Oda á la Paz*, donde levantó algun tanto el tono, lo demas que escribió está tambien en este estilo; por otros escritores, en fin, de mucho menos nota, y tan pronto nacidos como olvidados.

La poesía en aquel tiempo, libertada de los últimos delirios del culteranismo apadrinados por Huerta, se veía expuesta á otros vicios, por ventura mas contrarios á su naturaleza, que eran el prosaismo y la flojedad. La mayor parte de los versos que entonces se escribian, á fuerza de aspirar á la llaneza, á la claridad y á la sencillez, rayaban en los términos de lo bajo y lo trivial. Pensaban sus autores que por haber ajustado sus pensamientos en renglones de once sílabas, con alguna cadencia métrica y buenos consonantes al fin, dispuestos en una simetría exacta y puntual, estos renglones eran versos, y ellos por consiguiente poetas. Pero Horacio ha dicho que no son propiamente poemas aquellos donde

Acer spiritus ac vis
Nec verbis nec rebus inest;

y en los escritos de que hablamos ni habia fuerza ni vigor en los pensamientos, ni color en el estilo,

ni ritmo en las palabras. Esta última falta es la que menos se disimula á un poeta; porque como siempre se le supone cantando, y por medio del oido se ha de dirigir al corazon y á la fantasía, resulta que la parte música, ó llámese *ritmo* del discurso, es la calidad primera y la mas esencial de su arte y de su talento.

Cuando leemos en Virgilio:

Jam mihi per rupes videor lucosque sonantes
Ire: libet Partho torquere Cydonia cornu
Spicula: tamquàm hæc sint nostri medicina furoris,
Aut Deus ille malis hominum mitescere discat,

lo que llama comunmente la atencion, es la belleza y vivacidad de las dos imágenes primeras, y la melancólica expresion de los dos sentimientos con que se termina el pasage. Pero el delicado y exquisito gusto con que estan enlazadas las cláusulas que le componen, las inflexiones, los cortes suspensivos, el suave y querelloso desaliento de la frase final, la mágia prosódica, en fin, que anima y da vida á todo este admirable período, será sentida y conocida de solo aquellos pocos, cuya alma y cuyo oido simpaticen en algun modo con el alma y el oido de Virgilio.

Si se nos preguntase en qué consiste este ritmo, responderíamos con un elocuente escritor cuyas ideas aqui resumimos, que el ritmo consiste en un conjunto particular de expresiones delicadamente escogidas; en una distribucion de sílabas lentas ó rápidas, sordas ó agudas, ásperas ó suaves, alegres ó melancólicas; en un encadenamiento, en fin, de onomatopeyas análogas á las ideas

de que el poeta está fuertemente poseido, á los sentimientos que le agitan, á las imágenes que le ocupan, á las sensaciones que quiere producir, á la naturaleza, movimiento y caracter de las acciones y pasiones que se propone expresar. Asi el ritmo es la imagen de lo que pasa en el alma del poeta, manifestada por la inflexiones de su voz, por sus degradaciones succesivas, por los pasages y tonos diversos de un discurso: don natural que nace de la sensibilidad de los órganos y de la movilidad del alma; secreto que ni se aprende, ni se comunica, ni puede tampoco reducirse á reglas. Lo único que el arte puede hacer en él es perfeccionarle; pero aun esta perfeccion, siendo buscada, tiene un no sé qué de preparacion y de aparato, que ya perjudica á su efecto. El ritmo de reflexion agrada siempre menos que el de instinto, porque el instinto se plega de suyo á las infinitas variedades del ritmo, y esto á la reflexion no le es fácil. De aqui nace una de las diferencias que los grandes humanistas hallan entre Homero y Virgilio, entre Ariosto y el Tasso. Sucede igualmente asi entre nuestros poetas. Herrera, que busca el ritmo con tanto esmero, no siempre acierta á encontrarle; mientras que sus discípulos Arguijo y Rioja le suelen hallar con mas facilidad; y que en poetas menos perfectos, pero mas naturales, viene á veces por sí mismo á colocarse en sus versos, como sucede á veces con Lope de Vega y Balbuena.

El estudio y el gusto que se adquiere con la instruccion pueden señalar el sitio donde conviene poner este verso:

Por el puro, adormido y vago cielo:

tambien podrán dar la idea de empezar un soneto

á una batalla naval con este otro :

Hondo Ponto, que bramas atronado ;

pero la naturaleza sola es la que dicta la acentuacion verdadera, el ritmo propio de un período poético entero: ella sola es la que ha dictado á Balbuena esta octava, en que pinta, en las últimas palabras de una jóven que se muere, su desaliento y agonía :

Llamarme con delgadas voces siento
Del seno obscuro de la tierra helada :
Trístes sombras cruzar veo por el viento,
Y que me llaman todas de pasada :
Fáltanme ya las fuerzas y el aliento.
¡ Cielos ! ¿ á cual deidad tengo agraviada,
Que en medio de mi dulce primavera
Con tan nuevo rigor quiere que muera ?

La naturaleza es tambien la que inspiró á Lope de Vega estos versos, en que tan bien retratados están el delirio y la confusion de la desdeñosa Eco, cuando Narciso le dice repeliéndola :

Primero se verá firme la luna,
Parado el sol, constante la fortuna,
Y yo sin alma, que á mi cuerpo toques,
Y á escuchar tus regalos me provoques :
Vete, loca muger ! vete, infelice !
Eco por las oscuras
Sombras de aquellas verdes espesuras
Tambien huyendo dice :
Vete, loca muger ! vete infelice !
Hermosa llora, y despreciada muere, &c.

Y este bellísimo trozo tiene tanto mas el caracter de inspirado, cuanto que está confundido en un tropel de malísimos versos atestados de extravagancias y pedanterías. ¿ Pero qué no se perdona á un poeta

cuando acierta á producir esta música divina? Se le ve á veces por lograrla sacrificar hasta la propiedad de los términos; y el hombre sensible que le escucha, no solo le perdona, sino que le agradece tambien este sacrificio. Sin esta armonía no valen ningunos versos la pena de leerse, porque carecen de movimiento y de color. Ella es la que da á los escritos una gracia siempre nueva, y la que produce el placer que se siente en oir ó declamar buenos versos, aun cuando se sepan de memoria: porque, si bien pueden retenerse las ideas y las imágenes, no asi el encadenamiento de las inflexiones fugitivas de la armonía. Y lo peor es que sin la facilidad de encontrar esta acentuacion, no solo no se escribe bien en verso, pero ni tampoco en prosa, ni aun se lee, ni se habla bien. Todo esto se hace con el alma, y el ritmo que la retrata, de ella nace y á ella se dirige. Y asi cuando un poeta es seco, duro y desabrido, no se diga de él que no tiene oido: lo que debe decirse es que no tiene alma.

Disimúlese esta digresion á la necesidad de fijar y aclarar ciertas ideas; y téngase por una transicion que ocasiona la diferencia observada entre los poetas de que acabamos de hablar y los que van á ser el objeto de nuestra atencion ulterior.

ARTICULO V.

Melendez. = Jovellanos.

Formábase entretanto y empezaba á florecer en Salamanca el ingenio que habia de dar al arte un rumbo y caracter enteramente diverso, el único que el siglo XVIII puede, sin recelo de quedar vencido, oponer á los líricos españoles de los siglos anteriores. Imaginacion viva y flexible, sensibilidad ardiente y delicada, tino y gusto en observar los accidentes de los fenómenos que la naturaleza presenta á los sentidos y al alma, un espíritu fácil á la exaltacion y entusiasmo, en fin un oido exquisito y delicado para sentir y producir los atractivos de la armonía; fueron las dotes con que la naturaleza enriqueció á Melendez, y que los excelentes estudios, en que Cadalso le sirvió de guia, cultivaron y desenvolvieron con el éxito mas feliz. Ayudaba á ello desde Sevilla con sus contínuos avisos y exhortaciones el inmortal Jovellanos, y sosteníanle en su aplicacion y en sus esfuerzos sus dos amigos y compañeros el festivo Iglesias y el agustiniano Gonzalez. No tardó mucho tiempo en salir á volar con sus propias alas, y en recibir las palmas debidas á su laudable anhelo y justas esperanzas: su *Batilo*, su *Oda á las Artes*, sus *Bodas de Camacho* (que aqui consideramos solo por su aspecto lírico y no por el dramático), en fin, el tomo de sus poesías publicado en 1785, fueron otros tantos triunfos que, asegurando los progresos y el caracter del arte, coronaron al autor de una gloria que se va haciendo mas sólida y brillante cada dia, y probablemente no perecerá jamas.

Veíase sin duda en aquellas poesías un estilo y entonacion semejantes á la que en los versos cortos habian puesto Góngora y Villegas, y á la que en los mayores usaron Garcilaso, Luis de Leon, Herrera y Francisco de la Torre; pero con infinito mas gusto, con una elegancia mas contínua y mas esmerada, con una poesía de estilo mas vigorosa y pintoresca, con una eleccion de asuntos y pensamientos harto mas interesante, efecto necesario y natural de una instruccion bebida en libros y en autores que habian venido despues. No era posible á Villegas hacer una anacreóntica tan pura como la de *el Viento*, ni á Góngora un romance tan ideal y melancólico como el de *la Tarde*; ni á ninguno de los otros escritores tomar un vuelo tan alto y tan sostenido como el que se admira en las dos odas á las artes, en la fúnebre á Cadalso, y en la de *las Estrellas*. No es mi ánimo aqui preferir talentos á talentos, y sacrificar el concepto bien merecido de los padres de nuestra poesía en las aras de su sucesor, porque fue mi maestro y mi amigo. Lejos de mí tan injusta y temeraria parcialidad. Yo comparo solamente las obras, y hallo que el escritor moderno, si bien formado por el ejemplo de los antiguos, ha podido, ayudado de los adelantamientos del tiempo en que vivia, dar mayor interes y consistencia á sus ideas, mas grandeza y regularidad á su composicion, mas fuerza y seguridad á su movimiento.

No hay duda que en los géneros cortos, especialmente en los romances y anacreónticas, ha alcanzado á una perfeccion no conocida hasta él, y todavía no seguida, ni aun de lejos, por los que se han propuesto seguirle. La opinion no le es tan favorable en los versos mayores, y en los géneros

de mas alta y grave composicion: mas aun cuando pueda concederse facilmente que es mucho mas perfecto y agradable en los unos que en los otros; sería injusto negarle el tributo de gratitud y admiracion que se le debe, por el gran talento que mostró y por el adelantamiento que supo dar á muchos de esos géneros, en los cuales podrá en buen hora encontrársele desigual á sí mismo, pero no menos grande si se le compara con los demas escritores. Sus versos endecasílabos, cuando se emplean en asuntos bucólicos ó descriptivos, tienen todo el gusto y la perfeccion del género á que corresponden. Si el argumento es lírico, cualquiera que sea su elevacion ó dificultad, Meléndez se alza y se iguala con él, y le desempeña con tanta destreza como felicidad. Su estilo en todas partes está lleno de poesía y de color, sus versos son apacibles y sonoros, sus períodos en general bien y convenientemente construidos y distribuidos; su Batilo, en fin, sus silvas, sus epístolas, algunas elegías, y tantas odas excelentes, asi en el género templado como en el sublíme, le calificarán siempre de un poeta de primer órden, aun sin el auxilio de sus anacreónticas, de sus romances y de sus idilios.

Es preciso confesar, sin embargo, que su caracter propendia mas á la gracia, á la morbidez y á la ternura, que al vigor y á la energía. El caracter pastoril que ha dado á la mayor parte de sus poemas, les quita el halago y el interes de la variedad, y contribuye tambien á darles un tono de afeminacion y de molicie, que descontenta al ánimo por poco austero que sea. Era singular, sin duda, su talento para describir: pero le sucede lo que á todos, que es abusar de lo que se

tiene en demasía, y por abundante da en difuso, y por volver frecuentemente á unos mismos objetos en cansado: bien que este defecto sea por ventura mas propio del género que del escritor. En las composiciones doctrinales y filosóficas suple la falta de fuerza con la declamacion ; y lo vago de las ideas con el lujo del estilo. Por último en la parte de invencion y composicion deja siempre algo que desear; el interes no és progresivo; las terminaciones no son siempre felices y bien graduadas, y el arreglo del todo no corresponde siempre al mérito de la bella ejecucion en cada una de sus partes. Siente bien, describe bien, cuenta poco, y dialoga mal. Nunca debió arrojarse á tratar asuntos que no estaban ni en su cuerda ni en su caracter; y la *Caida de Luzbel*, el *Sistema del universo*, la *Inmensidad de la naturaleza*, y otros argumentos de igual clase, prueban con la infelicidad de su desempeño, que si el objeto y el conjunto de las ideas cabian en los principios y en el saber del autor, no se avenian de modo alguno con los medios poéticos que poseía.

Esta desigualdad en sus obras se notára menos, y su gloria fuera harto mas pura, si en las diferentes ediciones que hizo de sus poesías hubiera procedido con otro esmero y otra severidad. La última, sobre todo, que él dejó arreglada antes de morir, y en que sus editores siguieron puntualmente sus instrucciones, no debiera ya resentirse de tan excesiva indulgencia. Y asi como en la segunda que hizo en Valladolid tuvo la resolucion de desechar diferentes composiciones que acusaban demasiado los pocos años y la inexperiencia del autor, debió tambien tener en la última la misma entereza, y excluir todo aquello que

el tiempo habia ya calificado como poco digno del resto; con tanta mas razon cuanto que salia enriquecida de tantos versos nuevos y exquisitos. Cuatro volúmenes de anacreónticas, romances, odas, églogas y elegías, todas de una misma pluma, y las mas sobre materia campestre y pastoril, son por cierto demasiados; y no era facil, ó mas bien era imposible, distribuir por todos ellos el interes y la variedad suficiente para poderse leer con igual placer que estimacion. Esto obligaba á entresacar de todas aquellas obras lo que mereciese la unánime aprobacion de la razon y el buen gusto, y desechando irremisiblemente lo demas, hacer de lo escogido solamente dos tomos, y estos dos tomos fueran de oro.

Al fijar en esta época literaria la vista sobre Melendez, se presenta al instante á par de él el ilustre Jovellanos, como amigo, como Mecenas y como compañero en los progresos del arte. La variedad de talentos y de conocimientos que este hombre insigne poseía, y la muchedumbre de trabajos útiles en que se ejercitó, formarian un cuadro tan singular, como interesante y glorioso á nuestras letras y á nuestra civilizacion, si este fuese el lugar propio de trazarlo. Él pertenecía á la elocuencia por sus bellos elogios; á la historia por su discurso sobre los espectáculos, y por mil investigaciones históricas sobre nuestras antigüedades; á las nobles artes por su pasion, por su gusto exquisito en ellas y por la proteccion que les daba; á la economía por su admirable Ley Agraria; á la política por sus elocuentes Memorias; á las ciencias por el Instituto que fundó; á la filosofía por el grande espíritu que animó todos sus trabajos; á la virtud por los ejemplos de

dignidad, de justicia, de entereza y de amor á su patria y á los hombres, que toda su vida dió con el anhelo mas vivo y con la constancia mas noble. Era, por cierto, un espectáculo tan bello y grato como raro y singular ver la afluencia de todos los estudios, de todos los talentos, á aquella casa que parecía el asilo y el templo de las musas. El artista del mismo modo que el orador, el historiador y el poeta, el jurisconsulto y el economista, el hombre de letras consumado y el alumno que apenas empezaba; todos erán recibidos con benevolencia y aficion; todos entendidos y contextados en su lengua y en su ramo: los unos recibian avisos, los otros lecciones, otros fomento, algunos auxilio, y todos placer y honor. El respeto y el amor que se conciliaba con este atractivo general era consiguiente al bien que las letras y las artes y los que las cultivaban recibian de esta conducta grande y generosa. Todos le amaban, todos le veneraban, y una mirada de aprobacion, una sonrisa de Jovino era la recompensa mas grata que entonces podian recibir la aplicacion y el ingenio.

Pero aqui le consideramos solo por sus relaciones con la poesía, arte que siempre amó, que cultivó en muchos de sus géneros de un modo siempre apreciable y á veces sobresaliente, y á cuyos progresos puede decirse contribuyó todavía mas con sus consejos y su influjo, que con su ejemplo, con ser este tan grande y poderoso. Comenzóse á formar en Sevilla al mismo tiempo que Melendez en Salamanca; y amigos comunes les hicieron conocerse, escribirse y formar aquella conexion que duró la mayor parte de su vida, y que tan provechosa fue á Melendez y tan gloriosa á los dos. Allí escribió su *Delin-*

cuente honrado, su *Pelayo*, su traduccion del libro 1.° de *el Paraiso perdido*, y diferentes poesías líricas que corren manuscritas. En todas estas producciones se descubre bien el talento, el sano juicio, y las buenas ideas y gusto de su autor. Pero el estilo, no bien formado todavía, es mas bien una prosa noble y culta, que una diccion verdaderamente poética: los versos no tienen el halago, el número y la armonía que necesitan para herir agradablemente el oido y grabarse en la memoria. Los cortos, sobre todo, están generalmente mal construidos, faltos de gracia, de cadencia y de rotundidad. Quizá en Sevilla no tenia con quien aconsejarse oportunamente cuando componía, ó no habia podido hacer en nuestros poetas el estudio necesario para adquirir en esta parte la práctica que le faltaba: quizá el trato mas frecuente que tuvo despues con Melendez, con el maestro Gonzalez y con otros humanistas, le dió luces y máximas que él supo aprovechar con envidiable destreza: lo cierto es que hasta que compuso la *Descripcion del Paular* y las dos sátiras que tantas veces se han reimpreso, ni sus versos, ni su estilo tienen, rigorosamente hablando, el caracter de verdadera poesía. Ya estos escritos lo son; y por la belleza, brio y perfeccion con que están ejecutados, el autor pudo ponerse en primera línea á par de los que entonces cultivaban el arte con mas acierto y mayor reputacion. Pudieran dolerse las musas de que un escritor dotado de tan ventajosas calidades no se ocupase exclusivamente de ellas. Los géneros nobles y elevados á que él por caracter y estudios propendia, ganáran mucho, sin duda, con su aplicacion á ellos. Pero en las altas y nobles atenciones en que estuvo ocu-

pado sin cesar, no le era posible frecuentar mas el Parnaso, y solo puede considerársele como un ardiente apasionado de los ejercicios de las musas. A ellas debió su educacion primera, á ellas despues sus mas dulces distracciones, á ellas, en fin, la elegancia y la armonía de su prosa magestuosa y elocuente. En sus brazos nació y en sus brazos tambien puede decirse que murió: su último escrito fue un canto patriótico á los Astures, y en este eco de su voz agonizante resonaron por última vez en los labios de Jovino la patria y la poesía.

ARTICULO VI.

De Cienfuegos y otros poetas. = Conclusion.

Iglesias, amigo tambien y compañero de estudios de Melendez, siguió diverso rumbo que él, y con sus epígramas y letrillas ha logrado un aplauso general y bien merecido. Para esta clase de poesía satírica y juguetona su talento era sin duda eminente, y á nadie cede sino á Quevedo, del cual, si á la verdad no tiene el raudad ni la vivacidad, tampoco presenta el mal gusto y las extravagancias. Faltóle estar en un teatro mayor para dar mas extension á sus miras y poder tender su azote sobre vicios y defectos, que en el retiro en que vivia no podia conocer ni adivinar. Faltóle tambien mas caudal de instruccion: la que tenia era superficial y poco correspondiente á la época en que escribía; y sus estudios se limitaban al manejo casi exclusivo de los poetas antiguos españoles, que leía, copiaba, y aun desmenuzaba para aprovecharse de sus fragmentos.* Esta exclu-

* Entre la confusion de papeles que dejó al morir

sion de estudios pudo sin duda limitar el caudal de sus pensamientos y de sus medios; pero le afianzó una calidad poco comun entre sus contemporáneos, la de ser eminentemente puro en la diccion, y que todas sus frases, palabras y modismos, tan castizos como claros, pueden usarse con seguridad y confianza. A la misma escuela pertenece el agustiniano *Fr. Diego Gonzalez* exacto y puntual observador del lenguage y formas antiguas, y cuya modesta ambicion se contentó con el título de hábil imitador de un gran poeta.

Pero de todos los discípulos de aquella escuela fundada por Cadalso y tan ilustrada por Melendez, el que despues de este lírico insigne ha llamado mas la atencion pública, asi para la crítica como para el aplauso, es *Cienfuegos*. Los humanistas afectan ahora tratarle con un rigor tanto mas extraño, cuanto mas favorable habia sido la acogida que sus escritos lograron en un principio. Los ánimos se hallaban entonces mejor preparados á recibir las impresiones que les daba un escritor, entregado todo á la ilusion de la filan-

---

se encontraron muchos que no eran mas que centones de versos de diferentes poetas antiguos, unas veces descompuestos, otras literales, pero siempre combinados de manera que formasen un todo regular. De esta clase son algunas de sus odas, y la mayor parte de sus villanescas, de sus églogas y de sus idilios. Las principales fuentes donde bebia para este trabajo eran Balbuena y Quevedo. Ignórase el uso que pensaba hacer en adelante de estos estudios; y sus editores los publicaron conforme vinieron á sus manos. Lo mas particular es que en ellos lo raro y extraño de la ejecucion no perjudica á la sencillez del pensamiento principal, ni á la regularidad del todo, ni á la gracia en las letrillas, ni al fuego y expresion melancólica de la oda y de los idilios.

tropía mas exaltada, á las sensaciones deliciosas y tristes de la melancolía mas profunda, y defensor valiente de todas aquellas virtudes en que consisten la dignidad y la elevacion humana. Su imaginacion tan ardiente como viva se ponía facilmente al nivel de estos sentimientos, y los ecos en que se exhalaban eran tan enérgicos como robustos. Nadie le excede en fuerza y en vehemencia, y no sería mucho decir que tampoco nadie le iguala. Aunque el fondo de ideas sobre que su imaginacion se ejercita pueda decirse tomado de la filosofía francesa, no ciertamente el tono ni el caracter, que guardan mas semejanza con la poesía osiánica y con la poesía alemana. Pero si el estilo, por llevar el sello robusto y fogoso de su índole y de su ingenio, se hacia respetar de los lectores, no asi la diccion, á que daban cierto aire de afectacion y extrañeza el uso excesivo de palabras compuestas, los arcaismos poco necesarios, y sobre todo las frases y palabras inventadas por el escritor y usadas por su autoridad particular. Disimuláronse de pronto estas libertades en obsequio de las nobles miras, grandeza de pensamientos, bellas imágenes y calor arrebatado con que se enriquecian y animaban aquellos versos, de un caracter nuevo hasta entonces en nuestra poesía. Melendez á la sazon habia dejado de escribir: D. Leandro Moratin se hallaba fuera de España: otros escritores que entonces comenzaban no habian adquirido aun ni la fuerza ni el nombre que despues. Asi Cienfuegos, desde que empezaron á conocerse sus primeros ensayos, parecia la sola esperanza de nuestro Parnaso, y los amantes de las musas le respetaron y saludaron como á tal. Mucho antes de que sus versos saliesen á luz, uno de

los que mas agriamente los han censurado despues decia públicamente que cuando llegasen á imprimirse *tendrla la España un poeta.* Jovellanos, tan propio por su caracter y por la propension de su espíritu para juzgar y apreciar los nobles cantos del nuevo escritor, decia *que Cienfuegos habia puesto el punto muy alto.* Realmente era asi, y el yerro de este poeta consistia en haber llevado la exaltacion de sus ilusiones y sentimientos ideales hasta un grado dificil de ponerse en armonía con el temple de los demas.

Esta aura de favor se ha convertido despues en una severidad, en mi opinion, injusta, y sin duda alguna excesiva, dándose como dificultosamente el título de poeta á quien por ventura el defecto real que manifiesta es el de serlo en demasía. Por unas pocas locuciones, viciosas si se quiere, y desdeñadas del gusto y uso comun, se le tacha de escritor extravagante y contagioso, de quien la juventud debe huir si no quiere corromperse. Yo no trataré aqui ni de acusar ni de defender estas innovaciones de lenguage, porque su exámen no es de este lugar; pero sí diré que ellas solas no constituyen la poesía de Cienfuegos.*

* Todo poeta que tiene que formarse una diccion porque la que encuentra hecha no le basta para la expresion de lo que siente ó de lo que pinta, por mas esmero que ponga, se resiente siempre de la predileccion que da á ciertas expresiones ó palabras, que por repetidas, ó por poco conformes al estilo y gusto comun, constituyen lo que se llama *afectacion* ó *manera.* Herrera tiene la suya; Melendez la tiene tambien, y á Cienfuegos ha sucedido respectivamente lo mismo. Todos ellos, cual mas, cual menos, presentan un vicio en esta parte, que sus buenos imitadores procuran evitar, y que los talentos mediocres exageran. Acaso las innovaciones hechas por Cienfuegos no son tan extrañas por sí mismas como por el lugar en

Cuando se haya manifestado que sus versos no tienen ni cadencia ni armonía, que están faltos de imaginacion y de fuego, que sus miras son pobres, sus asuntos malos, y su ejecucion peor, entonces podrá parecer fundado el ceño con que se le mira. Pero los dos poemas líricos de *el Otoño* y de *la Primavera*, sus bellas epístolas morales y afectuosas, el primero y tercer acto de la *Zoraida*, el papel de Rodrigo en la *Condesa de Castilla*, el conjunto grande y magestuoso que presenta el *Idomeneo*, el fácil desempeño del *Pítaco*, tantos trozos, en fin, admirables ó por la sentencia, ó por la fantasía, ó por el calor de la expresion, reclamarán siempre contra esta prevencion injusta; y ponen al autor en un lugar harto eminente, para que su nombre pueda ser repetido jamás con indiferencia ó con desprecio.

Melendez, Jovellanos, Cienfuegos y sus imitadores habian introducido en la poesía española un gusto extraño, que parece tomado del frances, del aleman y del ingles. Otros han seguido diverso camino, y han preferido la imitacion italiana, cuyas formas tienen mas analogía con las nuestras, y por lo mismo su caracter ha podido parecer mas puro y mas natural. La índole propia de esta escuela es poner todo su esmero en la puntual simetría de los metros, en el halago de los números, en la elegancia y pureza del estilo, en la facilidad y limpieza de la ejecucion. Las dotes exteriores son su principal cuidado, los asuntos y los pensamientos no tanto: por manera que no

que las introduce; y lo que mas le ha perjudicado es el uso que ha hecho de ellas en sus tragedias, género que por su naturaleza se presta menos que el lírico á semejantes tentativas.

siempre se encuentran en ella la elevacion, la fuerza, y el vigor de expresion que serían de desear. Mas no por eso se la debe tener en menos, si es cierto que las gracias, la facilidad y la música son una parte tan esencial de la poesía. Este estilo á lo menos en gracias y en alhago no es vencido, ni por ventura igualado de otro alguno. No hacemos aqui mencion de los escritores que mas se han señalado en este género; porque los unos aun viven, y es tan corto el tiempo que ha pasado desde el fallecimiento de otros, que puede considerárseles todavía como vivos; y por mas imparcialidad que se guardase al hacer el examen crítico de su caracter y mérito poético, la censura podría parecer contradicion, y los aplausos lisonja.*

Si despues de recorrido este período se preguntase cuáles son los progresos que el arte debe á los ingenios que le han cultivado, puede responderse que la poesía les debe todo, pues que les debe su restauracion en un tiempo en que ya no habia musas en España. Ellos se las restituyeron haciéndolas cantar con un tono mas grave y sostenido, en composiciones mas esmeradas y regulares, y con formas, en fin, mas elegantes y decorosas. El apólogo es todo de este siglo: la tragedia clásica lo es tambien; y lo es la comedia de Terencio, no conocida tampoco en toda su pureza, hasta que con tanto aplauso la presentó en el teatro Moratin. Hay asimismo en los poetas modernos un caudal de ideas, de documentos de filosofía y de instruccion que no se encuentra, gene-

* De estos últimos escritores, como que en cierto modo pertenecen á la época de que se trata, se han escogido y puesto algunas poesías en el Apéndice.

ralmente hablando, en los de los siglos anteriores. Pero es preciso confesar tambien que en abundancia, en facilidad y en riqueza de fantasía no pueden competir con los antiguos, y que en esta última época el raudal de la poesía española ha sido mas escaso, con menos galas, menos armonía, y por consiguiente con menos efecto y menos agrado. Las causas de esta diferencia son muchas: pero aqui solo indicarémos algunas.

Atiéndase primero á que el sistema clásico, seguido constantemente por los autores de este siglo, les ha quitado mucha parte de su fuerza para volar con desahogo y producir con profusion. Corre mucho el que va libre, y seria injusto exigir igual osadía y presteza del que tiene que ir sujeto á tantos otros miramientos de conveniencia y verosimilitud. Venciérase sin duda esta dificultad, á mostrar el público y los poderosos un gusto y una pasion mas declarada en favor de este ramo de cultura. Pero entre los que han tenido en sus manos los destinos de la España y el manejo de sus negocios, ninguno ha tenido aficion particular á la poesía, pocos han querido ó sabido apreciarla, muchos menos comprenderla. De aqui la estimacion escasa, el ningun fomento, el corto estímulo y la poca emulacion: * fenómeno tan natural como necesario, atendidos los progresos que iban haciendo cada dia entre las naciones de Europa de una parte la razon, y de otra parte el interés. La poesía, hija de la imaginacion, tiene su principal

* A esta observacion general no se opone el período de favor que lograron las artes y las letras en el reinado de Carlos III: este período fue muy corto, y quince años de intermedio, por felices que fuesen, no podian contrapesar el influjo siniestro de todo un siglo.

valor y su influjo mas poderoso en la infancia y en la juventud de los pueblos, mas sujetos entonces á dejarse vencer de los prestigios que el arte lleva consigo. Pero cuando la razon empieza á prevalecer, y las miras de utilidad á dominar en los ánimos, ya es preciso en tal caso que la poesía decaiga.

España en el siglo XVIII ha empezado á pensar, á analizar y á calcular; ha tratado de adquirir artes útiles y productivas, de fomentar las ciencias, sin las cuales estas artes no pueden sostener ni progresar, y de ponerse, en cuanto le fuese posible, al nivel de las demas naciones en prosperidad y en riqueza. ¿Cómo en tal estado y con semejante ahinco, podria dar interes y atencion á estos juegos del ingenio, que sirven de distraccion un momento, y despues no se estiman y se olvidan? Tampoco era tan rica que los pudiese pagar, y por consiguiente el arte falto de gloria y de recompensa, no podia dejar de ir á menos.* Solo la poesía dramática por su particular caracter y por las aplicaciones necesarias que tiene, podia en tales circunstancias prosperar: pero por causas cuya explicacion pertenece mas bien á la historia del teatro que á este discurso, no podia pasar entre nosotros de meras tentativas. Cerrados pues todos

* No es decir con esto que los ingenios fuesen despreciados y desatendidos: al contrario, una gran parte de los que mas se han distinguido han sido elevados á destinos importantes y honoríficos por solo el mérito de sus estudios y de sus talentos. Pero cuando Melendez era agraciado con una plaza en la audiencia de Aragon, Forner con otra en la de Sevilla, Cienfuegos con una en la secretaría de Estado, y otros á este tenor, ellos en buen hora podian ganar mucho en fortuna y en consideracion civil; pero el arte perdía otro tanto, no pudiendo ya contar con sus trabajos para enriquecer su caudal.

los caminos á la emulacion y á la prosperidad, los ingenios que mas prometian se han visto obligados á abandonar un arte que tan pocas ventajas les presentaba, y se han entregado á otras ocupaciones que ofrecian mejor perspectiva á su ambicion y mayor campo á sus esperanzas. Por manera que, bien considerado todo, es aun mas de admirar y agradecer lo que se ha hecho, que de culpar y quejarse de lo que falta. Los poetas sin duda han sido en esta época menos en número que en lo pasado, y menos grandes si se quiere: pero el siglo era tambien infinitamente menos poético que los anteriores.



SIGLO XVIII.

POESÍAS

DE DON IGNACIO DE LUZAN.

CANCION I.

A la conquista de Oran.

Ahora es tiempo, Euterpe, que templemos
El arco y cuerdas, y de nuestro canto
Se oiga la voz por todo el emisfero;
Las vencedoras sienes coronemos
Del sagrado laurel, al que es espanto
Del infiel Mauritano, al Marte Ibero.
Ya ¿para cuando quiero
Los himnos de alegría y las canciones,
Premio no vil que el coro de las nueve
A las fatigas debe,
Y al valor de esforzados corazones?
¿Para cuando estará, Musas, guardado
Aquel furor que bebe
Con las ondas suavísimas mezclado
De la Castalia fuente el labio solo
De quien tuvo al nacer propicio á Apolo?
Una selva de pinos y de abetes

Cubrió la mar, angosta á tanta quilla:
Para henchir tanta vela faltó viento:
De flámulas el aire y gallardetes
Poblado divisó desde la orilla
Pálido el Africano y sin aliento:
Del húmedo elemento
Dividiendo los líquidos cristales,
Y blandiendo Neptuno el gran tridente,
Alzó airado la frente
De ovas coronada y de corales:
¿Quién me agovia con tenta pesadumbre
La espalda? ¿Hay quien intente
Poner tal vez en nueva servidumbre
Mi libre imperio? O ¿por ventura alguno
Me le quiere usurpar? ¿No soy Neptuno?
Así decia el dios: las españolas
Proras en tanto del undoso seno
Iban cortando la salada espuma:
Humildes retirábanse las olas;
Céfiro por el cielo ya sereno
Batia en torno su ligera pluma.
¿A donde irá la suma
De tanto alado pino? ¿Hay otro mundo
Que el español intrépido someta?
¿Hay otros que acometa
Riesgos por el océano profundo?
Si es que al soberbio inglés moverá guerra,
Ó si verá otra vez la Etnisia tierra?
¿A donde ha de ir, sino es donde le llama
La santa Fé, la verdadera fama?
Estremecióse el africano suelo,
Y tembláron de Orán torres y almenas

Del formidable vencedor á vista:
En vano á la mezquita erróneo celo
Trae madres y esposas de horror llenas
A rogar que Mahoma las asista.
No hay poder que resista
Al ímpetu y ardor del leon de España,
Que vino, vió y venció; y el agareno
Probó de susto lleno
A un tiempo amago y golpe de su saña:
Cual suele ver, no sin mortal desmayo
Rasgarse en ronco trueno
Las pardas nubes, y abortar el rayo,
El pasmado pastor, y todo junto
Arder cielo y encina á un mismo punto.

Reconocen los bárbaros adarves
El ya noto pendon que se enarbola
Con armas de Castilla y celtiberas:
Gimen de pena y rabia los alarbes
Al ver que el viento plácido tremola
Con respeto la cruz de las banderas.
De escuadras lisonjeras
De alados paraninfos cortejada
Entra la Fé triunfante por las puertas,
Ahora de nuevo abiertas
Por el celo de España y por su espada.
Huye del Alcoran el falso rito,
Y abandona desiertas
Las mezquitas infames; y bendito
El lugar profanado y templo inculto,
Vuélvese á consagrar en mejor culto.

Estas, o noble España, son tus artes,
Al cielo dirigir guerras y paces,

Pelear y vencer solo por Cristo:
Del orbe entero ya las cuatro partes
Siempre invencibles discurrir tus haces
Por la sagrada religion han visto.
Por tí desde Calisto
Hasta el opuesto polo en trecho inmenso
Al verdadero Dios el indio adora,
Y el que en la tierra mora
Donde al cruel Pluton se daba incienso.
Por tí del Evangelio arrebolada
Con mejor luz la aurora
Del Ganges sale, y por tí da la entrada
A nuestra Fé la mas remota playa
Del Japon, de la China y de Cambaya.
Por tí de hoy mas el bárbaro Numída,
El de Getulia, y el feroz Masilo
Dejarán la impia secta y ritos vanos:
Renacerán á mas felice vida
Cuantos habitan entre Lixo y Nilo
Abrazando la ley de los cristianos.
Con tratos mas humanos
El togado español pondrá sus leyes
Entonces al morisco vasallage;
Y parias y homenage
Recibirá de los vencidos Reyes.
La piedad, el valor, la verdadera
Virtud y el nuevo trage
Aprenderá la Libia prisionera;
Y sabiendo imitar, sin otra cosa,
Su misma esclavitud la hará dichosa.
Sulcará el industrioso comerciante
El libre mar Tirreno y el Egéo,

Sin temor de mazmorra ó de grillete:
¿Si diré lo que mandas que ahora cante,
O Febo, ó dejaré que lo que veo
Claro en la edad futura otro interpréte?
El andaluz ginete
Beberá del Cedron, el santo muro
Libertado será; y el fiel devoto
Podrá cumplir su voto,
De tiranos insultos ya seguro.
Tendrá la España, mas que un tiempo Roma,
De su imperio en el coto,
El marfil indio y el sabéo aroma
Para las aras y el sagrado fuego;
Ven, o dichosa edad, pero ven luego.

De tu antiguo valor así no olvides
Los ilustres ejemplos, patria mia,
Lejos del ocio y de extrangera pompa:
Ame el fuerte mancebo armas y lides,
Y en vez de afeminada melodía
Guste solo del parche y de la trompa.
Ambos hijares rompa
Con la espuela el bridon: con pecho fuerte
Entre polvo, humo y fuego á verse aprenda,
Y por la brecha asciende
A buscar y vencer la misma muerte:
Ó aprenda á domeñar del mar la furia,
Ó á moderar la rienda
Del gobierno político en la curia,
Dejando en guerra y paz clara memoria:
Así se sube al templo de la gloria.

Pues ya tanto tu vuelo se remonta,
Cancion lijera y pronta,

Vé de Orán á la playa,
Y allá tambien contigo al campo vaya
Este aplauso primero:
Y di en mi nombre al vencedor Ibèro,
Que si por dicha tanto
Como ya su valor puede mi canto,
Sin que el tiempo ó la envidia al fin lo estorbé,
Será eterna su fama en todo el orbè.

CANCION II.

A la defensa de Orán.

Dame segunda vez, Euterpe amiga,
Bien templada la lira y nuevo aliento,
Que alcance á referir nuevas hazañas:
Ya de Orán y de Ceuta las campañas
Ofrecen otra vez alto argumento
Que á renovar aplausos nos obliga.
El Africa enemiga
Ya produce otras palmas y laureles
Para adornar del español la frente.
Tú, divina Piéride, consiente
Que del furor sagrado con que sueles
Grandes héroes cantar, y sus renombres
A pesar del olvido, entre los hombres
Inmortales hacer, pida hoy no poco:
Es justa la razon por que te invoco.
Como la generosa águila altiva
Sobre las vagas aves hecha reina,
Y que sirve al Tonante el pronto rayo,

Si de su arrojo en el primer ensayo
Culebra arrebató que escamas peina,
Y erguida la cerviz su furia aviva;
En vano ya cautiva
De la garra feroz silba y forceja
Que el ave, uñas y pico ensangrentada
No suelta mas la presa, y remontada
Por la region suprema el vuelo aleja,
Hasta que al monstruo el fiero orgullo abate;
Y destrozado en desigual combate,
Palpitando algun miembro en tierra yace;
Lo demas en el aire su hambre pace:
  Así la osada juventud de España
Contra el moro obstinado ahora defiende
Las conquistas debidas á su brio.
En vano el ya perdido señorío
La descendencia de Ismael pretende
Recobar con la fuerza ó con la maña.
Veráse la campaña
De Marruecos, de Argél y Terudante
De púrpura teñida y rios rojos:
Revolcará los bárbaros despojos
Al mar del mediodía y al de atlante,
Destinados juguete al Euro y Noto:
Cuando despues sulcare algun piloto
Las playas hasta donde fué Cartágo,
Conocerá en los huesos el estrago.
  Es dificil empresa al enemigo
La firmeza vencer de tales pechos,
Que honra solo, valor y fé respiran:
Ya vulgares ejemplos no se admiran;
Ya del brazo español no salen hechos

Sin conducir la heroicidad consigo.
Del infeliz Rodrigo
No dura mas el ocio y muelle trato:
Entre noble vergüenza y rabia lucha
Cualquiera de nosotros cuando escucha
El nombre pronunciar de Mauregato.
Ya en defender circunvalado muro,
Con varia muerte es del Ibero duro
Propio, innato el teson, del cual arguyo
Que seria obstinado, á no ser suyo.
¡O Cantabria feroz! ¡O de Sagunto
Inflexible valor! ¡O gran Numancia
Cuyas pérdidas hoy son nuestra gloria!
Siempre que se renueva la victoria
De nuestra heróica indómita constancia,
Falta voz á la fama en tal asunto.
Cuando el extremo punto
Llegó del hado, el fiero Numantino
Al fuego se arrojó de rogos varios,
Dejando admiracion á los contrarios,
Trofeos no; que el vencedor latino,
Cuyo valor no en vano se eterniza,
Solo pudo triunfar de la ceniza:
No haga otra gente de constancia alarde,
Que á esto no llegó nunca, ó llegó tarde.
Nace del fuerte el fuerte, y de la interna
Virtud del padre toma el becerrillo
Que en las dehesas de Jarama pace.
¿Acaso alguno vió jamas que nace
Del agüila feroz triste cuclillo,
Nocturno buho ó palomita tierna?
Como en cadena eterna

Se eslabona el valor, y la prudencia
Se infunde al español de sus pasados:
De aquellos ascendientes celebrados
Esta nació valiente descendencia,
De quien ahora tiembla el Mauritano:
Despues vendrán, y no lo espero en vano,
Emulándose en glorias y en efetos
Los hijos de los hijos y los nietos.
Cancion, si yo pudiese, bien querria
Hacer de modo que tu voz oyese
La zona ardiente, la templada y fria;
Y que en tus alas fuese
La fama de mi patria y sus trofeos
A los pueblos del Indo, á los Sabeos,
A los de Arauco, Tauro, Ida, Erimanto:
Pero no son tus alas para tanto.

CANCION III.

Leida en la Academia de las Nobles Artes año de 1753.

Ya vuelve el triste invierno
Desde el confin del Sármata aterido
A turbar nuestros claros horizontes
Con el ceñudo aspecto y faz rugosa
Con que, á influjo de la osa,
Manda intratable en los Rifeos montes
Y en la Zembla polar; donde, temido
Señor de eterna nieve y hielo eterno,
Con tirano gobierno

La entrada niega á todo trato humano:
El piloto olandés se atreve en vano.
Avido pescador del cete inmenso,
A surcar codicioso,
El piélago glacial: el frio intenso
Pára su rumbo, y deja riguroso
En remota region lejos del puerto
La quilla inmoble el navegante yerto.
La hermosa primavera
Desterrará al invierno, coronada
La bella frente de jazmin y rosa,
Cual iris que en las nubes aparece:
Se alegra y reverdece
A su vista la tierra; y olorosa
Recrea los sentidos, revocada
La lozanía y juventud primera.
Poco antes prisionera
La fuentecilla de enemigo hielo,
Ya entonces libre fertiliza el suelo
Y nuevas yerbas alimenta y cria:
Robles, hayas y pinos
Vuelven á hacer la selva mas umbría:
En tanto al aire mil suaves trinos
Esparcen las canoras avecillas,
Mas agradables cuanto mas sencillas.
Sucederá el estío;
Y el can fogoso y el leon rugiente
Marchitará la verde pompa y flores,
Y agotará á la fuente sus cristales:
Así bienes y males
Mezcla próvido el cielo: moradores
Hay en la fria zona, hay en la ardiente

Sufriendo extremos de calor y frio.
Su vario señorío
Ejerce en todo la inconstante suerte:
Nace sujeta á succesiva muerte
Cada estacion: murió la antigua gloria
De Roma y de la Grecia,
Cuyas soberbias ruinas y memoria
Tanto la fama lisonjera aprecia:
Que al impulso fatal de las edades
Mueren tambien los reinos y ciudades.
Solo la virtud bella,
Hija de aquel gran Padre, en cuya mente
De todo bien la perfeccion se encierra,
Constante dura sin mudanza alguna:
En vano la fortuna
Hace contra su paz rabiosa guerra,
Cual contra firme escollo inutilmente
Rompe el mar sus furiosas ondas: ella,
Como la fija estrella,
Que el rumbo enseña al pálido piloto
Cuando mas brama el aquilon y el noto,
Al puerto guia nuestro pino errante.
¿Quién con esto se acuerda
De envilecer su plectro resonante
Donde de vista la virtud se pierda?
O un falso bien, ó un engañoso halago
Sirva de asunto al canto, y mas de estrago?
No, no; lejos aparte
Apolo del Parnaso error tan ciego,
Y en sus sagrados bosques no resuene
Sino pura armonía y casto acento:
Con severo instrumento

Calzado el gran coturno, el aire llene
De trágico terror Leghinto, el griego
Canto emulando en sencillez y en arte:
Yo cantaré de Marte
Las heróicas hazañas, que gloriosos
Acabaron los hijos generosos
De nuestra España, y llenaré la esfera
De aplausos de su fama:
Y sin ser por afecto lisonjero,
Mi voz, creciendo la apolínea llama,
Me oirán remotos climas admirados
Celebrar nuevos hechos ignorados.
Mas Febo en este dia
No me permite que de Marte airado
Cante las obras y el furor horrendo,
Ni estragos tristes de sus armas fieras.
Cedan palmas guerreras
A pacífica oliva, y el estruendo
Militar se convierta mejorado
En apacible métrica armonía.
A tí la lira mia,
Noble Academia, hoy se consagra solo;
A tí me manda celebrar Apolo,
Y que á tus bellas hijas floreciente
Corona teja amiga
La poesía para ornar su frente,
Premio no vil de toda su fatiga:
Lo que no puede el oro el verso puede;
Que el dar eterna fama á todo excede.
La luz y sombras dieron
Feliz principio y ser á la Pintura;
Creció su gracia el vario colorido,

Y el arte del Escorzo y Perspectiva:
Solo el tacto en la viva
Imitacion de objetos lo fingido
Puede reconocer, y la estructura
Que artificiosas líneas compusieron.
Cuanto los ojos vieron,
Cuanto ideó la fantasía, fieles
Imitadores copian los pinceles,
A un lienzo dando bulto, alma y acciones;
Y con arte que admira
Movimientos, afectos y pasiones
De gozo, de dolor, miedo, amor, ira;
Y si le falta hablar, la vista duda
Como tal perfeccion puede ser muda.
Con cincel primoroso,
Noble Escultura, igual sabes los duros
Mármoles animar; y afecto blando
Diestra inspirar en modelados bustos.
Tus palacios augustos,
O grande Arquitectura, levantando
Arcos, teatros y soberbios muros,
Sabes tu nombre eternizar famoso.
Aun del Rodio Coloso
Dura la admiracion, y la romana
Gente ensalza al autor de la Trajana
Columna: aun vive el nombre de Lisipo:
Aun vive Apeles, claro
Amigo del gran hijo de Filipo;
Y viven, á pesar del tiempo avaro,
Praxiteles y Zeuxis, y el que quiso
Todo el arte apurar en su Jaliso.
Pero ¿á qué fin la achêa

Fama me acuerda nombres y memorias
De antiguos siglos, cuando ya los cielos
Me ofrecen nuevo asunto en nuestra Iberia?
El arte á la materia
Excede con primores y desvelos
En este real albergue, en quien las glorias
De España cifra una ingeniosa idea.
Tal es justo que sea
La esfera y centro de sus grandes Reyes,
Para dar desde aquí suaves leyes
A los dos obedientes emisferios.
Aquí al vivo esculpidos,
Por el cincel de artífices esperios
Respiran Reyes siempre esclarecidos;
Y el primero es Fernando, en cuya guarda
Ruge un leon y su señal aguarda.
Mas ¿cuál tan peregrina
Fábrica suntuosa se levanta
Obra de docta mano? ¿A quién dedica
Un magnífico celo el nuevo templo?
De tan devoto ejemplo
La universal aclamacion publica
El intento piadoso, y de la santa
Educacion los frutos adivina.
A aquel que de la Alpina
Grey fue pastor celoso, al grande Sales
Consagra estas memorias inmortales
De una gran Reina la piedad profusa.
Permite que en tus sienes
Entrelace, Señora, humilde musa
Esta yedra á los lauros que ya tienes,
En tanto que con plectro mas sonoro

Se ocupa en tí todo el aönio coro.
   Sagrado Evangelista,
Tambien tus aras renovadas veo
Por artífice diestro, que redujo
Lo hermoso y grande á limitado giro.
Allí igualmente admiro
Al pincel español, cuyo dibujo
Ilustre hazaña y militar trofeo
Del gran Felipe acuerda á nuestra vista;
A Samuel y al Salmista
Rey al ungirse otro pincel colora;
Y al santo Apóstol que la España implora
Por su patron, en la feliz orilla
Del Ibero y el sacro
Principio de la antigua alma capilla,
Y el pilar y divino simulacro
Al fresco esprime, y como todo á vuelo
Al suelo aragonés se vino el cielo.
   Nieto del grande Albano,
A quien Minerva y Marte belicoso
Guian de la virtud al arduo templo
De claros ascendientes por las huellas;
Tú tambien á las bellas
Tres nobles artes con ilustre ejemplo
Amparas y proteges, y oficioso
Tiendes en su favor la amiga mano.
Y tú, que pio, humano,
El imperio español en paz estable
Riges, sexto Fernando, admite afable
Agradecidos votos que te ofrecen
Las artes decoradas:
A tí las ciencias, que á tu influjo crecen,

A tí invocan las musas, y alentadas
Con tu piedad, de flores de Helicona
Van tejiendo á tu frente otra corona.
  Suspende aquí tu vuelo,
Cancion, no quieras remontarte tanto;
Es muy débil tu voz, inculto el canto
Para tan alto empeño: al dios de Delo
Cede la empresa; él solo
Con cítara divina
Sabrá esparcir del uno al otro polo
El nombre de Fernando, y celebrarle:
Tú con respeto humilde te avecina
A su real trono; y pues para elogiarle
Tu amor ni voces ni conceptos halla,
Póstrate á tu Señor, ámale y calla.

NOTICIA

DE DON IGNACIO DE LUZAN.

Nació en Zaragoza á 28 de marzo de 1702, de una familia muy distinguida en aquel reino. La muerte de sus padres acaecida en su primera edad, y los disturbios que habia en España en aquel tiempo con motivo de la guerra de succesion, le llevaron á Italia, donde, bajo el amparo y al cuidado de un tio suyo hizo sus primeros estudios, y tomó una instruccion muy ámplia en humanidades, filosofía y derecho civil.

Pero la literatura y la poesía fueron sus ocupaciones favoritas; y en su primera juventud se ejercitaba en componer versos en italiano y en latin, idiomas que poseía como si fueran propios suyos. Tambien llegó á poseer con mucha perfeccion el frances, el aleman y el griego, á que se dedicó despues con grande ahinco.

Vuelto á España publicó su *Poética* en Zaragoza en 1737, y habiendo venido á la corte supo no solo con sus talentos y su literatura, sino con el conocimiento y tino que hablaba de los negocios públicos, y con su agradable y urbano trato, granjearse tal concepto de capacidad y despejo, que fue succesivamente nombrado en 1747 secretario de la Embajada de Paris; Encargado de negocios en aquella corte al año siguiente, y vuelto á España en el de 50, Consejero de Hacienda; Superintendente de la Real casa de Moneda de Madrid; y poco despues Tesorero de la Biblioteca Real. Al tiempo que el gobierno le destinaba á empleos superiores por la confianza que en él tenia, falleció en Madrid de una enfermedad aguda en 19 de marzo de 1754.

Ademas de su *Poética* compuso diferentes poesías, algunas de ellas publicadas en el Parnaso español: tradujo del frances la comedia intitulada *La razon contra la moda* que corre impresa, y del italiano algunas óperas de Metastasio. Publicó tambien en prosa las *Memorias literarias de Paris*, y algun otro opúsculo sobre materias de crítica, historia y literatura; y dejó otros diferentes escritos de que se hace mencion en la juiciosa vida que se lee al frente de la última edicion de su Poética. Fue de la Academia Española, de la de la Historia, y de la de

San Fernando: los mas señalados hombres de letras que habia en España en su tiempo fueron sus amigos, y en gran parte sus discípulos: y atendidos su caracter y prendas virtuosas, sus talentos y sus estudios, el noble uso que hizo de ellos, y sus servicios al estado, es sin duda uno de los hombres que mas bien hicieron en aquella época á su patria y á las letras, y nadie mienta su nombre sino con aprecio y veneracion.

EL DEUCALION.

POEMA

De Don Alonso Verdugo de Castilla,
Conde de Torrepalma.

La horrenda historia del undoso estrago,
Castigo universal del orbe entero,
Y de su acerbo fin terrible amago,
Repite, o Musa; si al idioma ibero,
Si á la bética lira, si al alhago
De la sonante rima lisonjero,
Como inspirastes al cantor latino,
Grata concedes tu favor divino.
Y tú, del numeroso Apolo, en tanto,
De Mercurio elocuente alto museo,
Suspende para oir mi humilde canto,
A la lira la accion, ó al caduceo:
Perdone el fuego á la copela, en cuanto
Sobre el agua cruël pendiente veo
Tu piadosa atencion, mientras conoces
Que escorias son de tu crisol mis voces.
Ya la indignada Astrea abandonaba
Ultimo numen el inicuo mundo;
Y ya la férrea edad aprisionaba
Entre muros el antes errabundo
Pueblo; ya mal sufridos levantaba
Sus tronos la ambicion, y del fecundo
Tronco de la impiedad y la malicia
Brotaba la licencia y la injusticia.

Tiránico el poder, las leyes muertas,
Venerado el delito, el culto vano,
La piedad falsa, las cautelas ciertas,
El trato fraudulento, el juicio insano,
Erraba el mundo; y á las altas puertas
Del claustro de los Dioses soberano,
Llamaba con igual desasosiego
La impía queja y el devoto ruego.

Jove la execracion mas que el gemido
Atónito escuchó, y el indignado
Rey del etéreo Olimpo conmovido,
Los dioses junta atento y alterado:
Duda el celeste coro; y prevenido
El silencio, con ánimo inflamado
Vierte en la exhortacion que los conspira,
Así la magestad, así la ira:

«¿Hasta cuando, deidades soberanas,
Su engaño el mundo seguirá grosero,
Y el contrario agitar de las humanas
Pasiones copiará su caos primero?
¿Dónde llevan los hombres sus livianas
Mentes? ¿Qué error les odia el verdadero
Bien de la dulce paz, ó qué malicia
Deprava la recíproca justicia?

La fugitiva Astrea aun no ha librado
Su pura toga del audaz insulto,
Y á su etéreo solar se ha refugiado
Rehusando indignada el falso culto:
De la fe y la virtud acompañado
Se retira el honor del vulgo inculto,
Y el amor la fraterna sangre olvida,
Y en ella la inocencia huye temida.

Yace la religion : ¿ qué templo, qué aras
Vió rectos humos ni sencillo ruego,
Sin que el voto sacrílego manchara
Mas que la sangre el jaspe, el puro fuego?
Ya en vez de la piedad ruega la avara
Ansia de succeder, y en culto ciego
Hallar pretenden la deidad propicia
Cómplice de su error ó su injusticia.
Ya de los anchos términos del mundo
Todo el espacio aun es límite breve
Al humano poder, que furibundo
Tirano usurpadoras armas mueve.
Entre lagos de sangre el triunfo inmundo
Canta impío; y sacrílega se atreve
A asaltar las esferas celestiales
La ambicion de los míseros mortales.
Vosotros lo decid, que de la insana
Guerra sufrísteis los trabajos duros,
Y (afrenta es referirlo) de la humana
Audacia recelásteis mal seguros:
¿Por ventura bastó á la soberana
Mansion la altura de sus claros muros,
Para que no intentasen los gigantes
Escalar sus alcázares distantes?
Mirad ¡ o sumos dioses! profanados
Los templos en honor vuestro erigidos:
Ved en horrenda púrpura bañados
Titubear los tronos mal sufridos:
Los inocentes lares apagados
Con sangre ó en incendio convertidos;
Y si aun vive algun justo, opreso duda
Entre argolla servil ó espada aguda.

Ya de nuestra clemencia escarnecida
Los abusados límites ignoro,
Y temo que humillado piedad pida
Al vano mundo el soberano coro,
Ó que intente su audacia presumida
A los cielos borrar los astros de oro:
Tanto sufrir infama la constancia,
Y hace complicidad la tolerancia.

Si tanto se tolera, otro esta silla
Indigno ocupe, y este cetro grave
Rija con débil mano, al cual se humilla
Cuanto en el seno aun del futuro cabe;
El flaco imperio entonces sin mancilla,
La deidad vana de ultrajar acabe
El mundo; mas no á mí, en cuya clemencia
Pende su disoluble consistencia.

Aun se vibra en mi mano el inflamado
Trisulco, á las maldades prometido,
Que al Pelion sobre el Osa levantado
La alta mole arruinar supo esgrimido:
Aun se oye á Licaon encarnizado
Vagar las selvas con nocturno aullido;
Y aun estremece el pardo Lilibeo,
Cuando palpita exánime Tifeo.

Aun hay Júpiter, dioses: hoy os juro
Vengados: arda en fuego portentoso
El ínfimo orbe, cuyo vulgo impuro
La última pena prueba criminoso."
Tal diciendo, abre airado el limbo oscuro,
Que es sepulcro de Encélado nubloso,
Y los adustos Cíclopes convoca
Al negro umbral de la tartárea boca.

Ya los fieros ministros fiera exhiben
La enorme llama, y en la fragua etnea
Inmenso yunque prontos aperciben,
Y el sonante martillo á la taréa:
Mas en su inalterable ley escriben
Los necesarios hados que aun no sea
Abrasada la tierra: muda intento,
E impera igual estrago á otro elemento.

Al vago reino del cerúleo hermano
La dominante horrenda voz convierte,
Y, ¡o tú! dice, del líquido oceáno
Grande moderador, mi acento advierte:
La forcejada rienda de la mano
Dura relaja á la cuadriga fuerte:
Deja esta vez tu reprimida saña
Corrér libre por la árida campaña.

Inspira el Jove undoso la sonante
Concha, y el eco vuelve repetido
Horrísono el Triton aun mas distante,
Ronco alentando el caracol torcido:
De las tormentas présago, el nadante
Vulgo de los delfines conmovidos
Cruza nadando; el pescador se espanta,
Truena el polo, y el golfo se levanta.

Con torpe mano apenas abrir osa
Éolo la caverna de los vientos:
Huyen silbando de la gruta odiosa,
Y empañan las esferas sus alientos;
Vierte el astro su lluvia procelosa;
Arma Orion sus truenos truculentos:
Aun del aura, aun del céfiro las plumas
Perezosas ventilan negras brumas.

Muge el undosó toro, levantadas
Las puntas de sus cuernos litorales:
Al repetido incurso atropelladas
Van huyendo las playas desiguales:
Las ondas, prodigiosamente hinchadas,
Amenazan las luces celestiales;
Y de negro vapor lluvioso velo
A los ojos del mundo niega el cielo.

Las dulces venas de las claras fuentes,
Que bebió en riego escaso el verde prado,
Los peñascosos cauces impacientes
Rompen, y el campo borran inundado:
Los viejos rios las mojadas frentes
Levantan con horrible ceño airado,
Y las urnas volcando, aun juzgan poca
La vasta plenitud de su ancha boca.

Con ímpetu ruinoso los torrentes
Disuelven de los montes las raices,
Envolviendo en sus túmidas crecientes
Los pueblos y los campos infelices:
Con largo miedo suerte igual las gentes
Esperan de la sierra en las cervices,
Mientras admiran su áspero desierto
De nunca vistas naves triste puerto.

Vuelve el pino á sus montes: ya la quilla
Navega el valle en que arrastró primero:
La altura en que anidaba la sencilla
Paloma alberga al tiburon roquero;
Los peces se deslizan en cuadrilla
Sobre la grama en que saltó el cordero:
El risco ya es escollo, y ya á la piedra
Cubren las algas, que vistió la yedra.

El piloto, que al fin de su jornada
Desde lejos descubre el patrio suelo,
La improvisa tormenta viendo armada,
Las faenas duplica y el anhelo:
En tanto de las ondas superada
La patria, pierde el tino y el consuelo;
Fluctúa extraño mar la propia tierra,
Y en sus techos las áncoras aferra.
Cual al cercano asilo refugiado,
Torre eminente ocupa ú alta roca,
Y del inmenso piélago cercado,
Crecer ve el agua, y ya su muerte toca:
Cual corre al templo y á los pies postrado
De ídolo colosal clemencia invoca;
Urge el peligro, y olvidando el culto,
Sube á los hombros del gigante bulto:
Cual de la erguida palma la accesible
Caña trémulo escala: cual confia
Del añoso nogal al inmovible
Tronco, y salvarse en la alta copa fia,
Temiendo solo si al embate horrible
La podrida raiz ceder podria:
Resiste por su mal firme y profunda,
Y el que nadára leño, árbol se inunda.
El viejo labrador, que vió primero
De la turbia creciente arrebatada
Su pingüe siembra, su guardado apero,
Y al fin nadar su choza destrozada,
Próvido al monte huye; y el ligero
Vulgo de su familia la erizada
Altura busca, el hombro trabajado,
De la pobre riqueza mal cargado.

Guia el anciano, y de la tierna planta
Del niño la torpeza reprehende:
Mas que la fuga el riesgo se adelanta:
Ya nadie á conservar su carga atiende:
Ya del mísero viejo se quebranta
El ánimo y la fuerza; mas suspende
La reverencia al hijo: huye esperando,
La mano, el brazo, el hombro al padre dando.

Yacen bajo las aguas sepultados
Los altos templos, los palacios reales,
Y los marinos dioses admirados
Registran los ignotos penetrales:
Ya en vez de las espigas coronados
Ve Cibeles sus frisos de corales;
Y donde tripudiaban las Bacantes,
Coros tejen las Dríades nadantes.

A las escasas cumbres retirados,
Se estrechan en el último recinto
Los que sin eleccion juntó asombrados
Duro consorcio al ámbito sucinto,
Sin que el pastor los silbe los ganados:
Y las fieras se asocian por instinto
En la cima, que juntos yacer deja
El perro al lobo y al leon la oveja.

Crecen las ondas, crece la tormenta,
Y compiten la última esperanza
Los hombres y las fieras; ya es sangrienta
Muerte de uno la vida que otro alcanza:
Desalojar al flaco el fuerte intenta;
Sobre el fuerte el ligero se avalanza:
Huye del toro vírgen temerosa,
Y otra al cuello indómado ascender osa.

El fino esposo, apenas ocupada
La espalda del caballo belicoso,
Los brazos tiende á la que ya inundada
Su nombre clama en hábito amoroso:
La cadera á la esposa destinada
Ocupa el enemigo; y al dudoso
Trance que de tan rara lucha pende
Pone funesta paz la onda que asciende.
Sobre la última roca retirada
Amante madre, al tierno infante asida,
La planta de las ondas ya bañada,
Lo levanta á los hombros afligida;
Del miedo y de las olas perturbada
En el piélago cae desvanecida,
Y aun en la ansia letal agonizando
Va el hijo entre las ondas levantando.
Ya las últimas cumbres inundaban
Las aguas, y al cubrirlas el mar fiero,
De míseros nadantes se escuchaban
Los roncos votos y el clamor postrero:
Con monstruosa expansion se dilataban
Las ondas de sú espacio verdadero,
Y cuanto mas extensas menos graves
El peso no consienten de las naves.
Del líquido sutil humedecidas
Fluye la tierra sus innatas sales,
Y en légamo se funden derretidas
Las eminentes cumbres desiguales:
De los vientos las ondas impelidas
Forman corrientes, y ellas los canales;
Y en vehemente y vario movimiento
Muda la forma de la tierra el viento.

Solo en el vasto mar se descollaba
De laureles inmunes coronado
El bifronte Parnaso, en que bañaba
Los umbrales del templo venerado
De Temis la onda inquieta, y azotaba
Tan tormentosa el pórtico elevado,
Que al alto friso del sagrado muro
Salpicó de espumoso limo oscuro.
En poca barca prodigiosamente
Del espumoso ponto sustentada,
Escasa copia sí, pero inocente,
Afligida, mas no contaminada,
Yugo imponia á la soberbia frente
Del mar, freno á la furia desatada
Del viento, aquella de inocencia pura
Celeste inmunidad, salud segura.
Deucalion solo y Pirra por los hados,
Como inocentes raros ejemplares
De virtud incorrupta, preservados
De la culpa y la ruina populares;
Entrambos de los númenes sagrados
Cultores pios, que unos patrios lares,
Un tálamo juntó, y en breve pino
Unió el amor y conservó el destino.
Puerto feliz al leño zozobrado,
Si poca tierra, da la cima breve
Y mucha duda al ánimo turbado,
Cual debil esperanza elegir debe:
Dichoso el buque si, pero cascado,
Mal otra vez á tanto mar se atreve:
La cumbre escasa bien se representa
Ultima en la ruïna, mas no exenta.

Ya no hay contra quien armen vengativa
Su ira los cielos; Júpiter serena
El ceño torvo y la violencia activa
De ondas y vientos aplacar ordena:
El mar, cuya tormenta destructiva
Los montes disolvió, ya de la arena
No sufre el peso, y liquidando el seno
De sus aguas coagula otro terreno.

La vaga nuncia de la etérea Juno
Tiende el gayado manto; el sol renace:
El bramido del ábrego importuno
Cesa, y la nube el Aquilon deshace:
Sus ruinosos ímpetus Neptuno
Templa: la tierra entre las ondas nace:
Huye el mar; y ya en pardos orizontes
La mojada cerviz sacan los montes.

Con mudo horror desde la cumbre yerta
Restituirse el mundo absortos miran,
Y con tierna memoria y vista incierta
La antigua tierra en nueva forma admiran:
Y la llanura en partes descubierta,
Ya las últimas aguas se retiran;
Y las húmedas sierras al sombrío
Valle destilan gota á gota el rio.

Llora el orbe desierto el generoso
Nieto de Prometeo, y ¡o cuán dura
Vida nos guarda el cielo (clama ansioso)
Sobreviviendo á tanta desventura!
Nosotros solo en cuanto luminoso
Febo descubre, de su lumbre pura
Gozamos noche eterna y mar profundo:
Todas las gentes cubre todo el mundo.

Sola tú, solo yo, con igual suerte
Vivimos: en los dos la especie humana
Fallece, ó se conserva si la muerte
Fiera nuestro consorcio no profana:
Aun con terror la triste vista advierte
De nubes una y otra cumbre cana:
Si uno faltase ¡qué infelicemente
Seria el otro el único viviente!

Yo, si tú de las ondas sumergida
Fueses, (no escuchen voz tan ominosa
Los cielos) no quedára con la vida
Ni reusára los hados de mi esposa:
Mas tú, si de la barca combatida
Caer me vieses á la mar undosa,
¿Cómo pudieras en tan triste suerte
Salvar tu vida, ni sufrir mi muerte?

Pero esta singular, esta de tantos
Riesgos mortales vida combatida,
Don generoso de los dioses santos,
Ríndase á su bondad reconocida:
Suceda la piedad á los espantos,
Y antigua religion la nueva vida
Consagre: sea adoracion profunda
El primer culto de la edad segunda.

Los dioses de los templos profanados
Y de la desolada tierra huyeron:
Los altares dejaron indignados,
Y de los tardos votos se rieron:
En el etéreo olimpo retirados
Con rostro enjuto el comun llanto vieron:
Solo Temis severa en alto templo
Al castigo preside y al ejemplo.

Mas si es placable la celeste ira,
Víctima ya á su enojo el mundo ha sido:
Ya tanta ruina á la piedad conspira,
Ya tanta pena el crímen ha abolidó:
No en vano á su clemencia la fe aspira
Que entre sus puras leyes ha vivido:
Honremos la deidad, y escuche luego
El justo numen nuestro justo ruego.
Con medrosa piedad en el limoso
Umbral imprimen la devota planta:
El templo en un silencio pavoroso
Oscuro asombra, é inundado espanta:
Fétido cieno, en vez del religioso
Fuego, cubre profano el ara santa:
Póstranse al frio jaspe; y así en tanto
Con voz tímida alterna ruego y llanto:
«¡O tremendo del mundo criminoso
Inmaculado númen, de su ruina
Sola reliquia, y del delito odioso
Inevitable ultriz, Temis divina!
Si en tanto estrago cumplen prodigioso
Su indignacion los cielos, si termina
Su cólera, no sea, cual contemplo,
Venganza esteril tan costoso ejemplo.
Desolada la tierra, gira en vano
El sol, trayendo al mundo inutil dia,
Mientras desierto el orbe del humano
Vulgo, las focas, los delfines cria:
¿Serán estos del culto soberano
Dignos ministros en su esfera fria?
No os falte, o dioses, tanto sacrificio:
Porque la virtud viva, nazca el vicio.

Benignos conservad cuantos ofrece
Héroes grandes, justísimos varones
La venidera edad, si no perece
La emulada virtud de las naciones:
Aun entre la mas bárbara florece
Rústica religion, y en pobres dones
Honra vuestra clemencia el aldeano,
Como en sus hecatombes el tirano.

¡Ojalá como supo el grande abuelo
La humana forma al barro primitivo
Dar ingenioso, y usurparle al cielo
Para llama vital su fuego activo;
Pudiera yo, imitando su desvelo,
Dar nueva gente al tiempo succesivo!
Mas quien puede implorar clemencia, puede
Cuanto el cielo á los ruegos fiel concede."

Calló, y de horror absorto religioso
El flebil eco hasta el silencio escucha:
Alta luz mueve el templo y el dudoso
Animo entre esperanza y temor lucha:
El duro labio aliento prodigioso
Informa; y suerte pronunciando mucha,
Así predice, articulando el viento
En frase oscura, pero en claro acento:

«Salid, cubrid el rostro, y desceñidos,
Los huesos á la espalda id arrojando
De vuestra madre." Callan suspendidos
El cruel vaticinio interpretando:
Atónitos vacilan, y afligidos,
Repitiendo tal vez, tal repugnando,
Amarga suerte, la que aun no dispensa
Los patrios manes de la impía ofensa.

Rompe el silencio Deucalion; "no yerra
Mi fe, dice: el misterio he descubierto;
Piadosa no inhumana ley encierra:
Las deidades no engañan, todo es cierto:
Gran madre de los hombres es la tierra,
Huesos las piedras suyos; si el desierto
Mundo poblar el hado así prescribe,
Piadoso y facil modo nos exhibe.

Flamea no ruborosa á la inspirada
Casta propagacion el rostro cela:
La que del hombro pende desatada,
La aun no virgínea zona, libre tela
Forma luego en nupciales imitada
Supersticiosos ritos: que á secuela
Del fausto ejemplo anuncian religiosos
Copia á la prole, dicha á los esposos.

Con indecisa fé, con titubeante
Mano á la espalda frias piedras tiran,
Y tímida la accion, el paso errante
La paludosa tierra inciertos giran:
Aun el ánimo duda repugnante
El prodigio que obran y no miran:
Pero constante su piedad prosigue,
Y el fin, que aun esperar duda, consigue.

Vegeta el duro canto, se enternece,
Y, trasmutado de interior fermento,
De órganos y de humores se enriquece,
Y al vital se prepara movimiento:
Ya de la humana forma haber parece
El primero confuso lineamento,
Cual en dudosas señas de la errante
Luna el orbe figura su semblante.

Abúltanse, y mil términos en vano
El otra vez comun campo produce,
De vario sexo, como lo es la mano,
Cuyo tiro á viviente lo reduce:
En las perfectas formas soberano
Aflato auras vitales introduce:
Muévense, sienten, piensan, hablan, aman,
Y en pueblos por el orbe se derraman.
Las brutas formas, el calor suave,
La templada humedad, la aura fecunda
Imprimen; y la tierra aborta grave
De su primera prole grei segunda:
La fiera montaraz, aërea el ave
De los tímidos céspedes redunda;
Y semiformes los reptíles yacen,
Siendo aun parte del légamo en que nacen.
Desnuda entonces, y jamas vestida
Del antiguo verdor la tierra vuelve:
Ó por fatal castigo enflaquecida,
Ó porque el agua su vigor disuelve.
En tener frutos, en escasa vida
Naturaleza su poder resuelve,
Moderando los astros mas propicios
La fuerza en su virtud á nuestros vicios.
¡O de petréo origen prole dura,
Generacion de mármoles helada,
Cuya rebelde rigidez aun dura
En tus feroces pechos propagada!
¡O feliz tu primera compostura
De barro humilde y de alta luz formada,
En cuya masa tierna y obediente
Aun fué docilidad el ser viviente!

Pudo de piedra á hombre conducirte
La piedad de los dioses; y pudiera
A tu fria inaccion restituirte
Con pena digna su virtud severa:
Solo sus santas leyes reducirte
No pueden de hombre á justo; pues espera
Que quien lo fragil reparando enmienda,
Tambien lo duro quebrantando ofenda.

POESÍAS
DE DON NICOLAS FERNANDEZ MORATIN.

QUINTILLAS.

Fiesta antigua de toros en Madrid.

Madrid, castillo famoso
Que al Rey moro alivia el miedo,
Arde en fiestas en su coso
Por ser el natal dichoso
De Alimenon de Toledo.
Su bravo alcaide Aliatar,
De la hermosa Zaida amante,
Las ordena celebrar
Por si la puede ablandar
El corazon de diamante.
Pasó vencida á sus ruegos
Desde Aravaca á Madrid;
Hubo pandorgas y fuegos,
Con otros nocturnos juegos
Que dispuso el adalid.
Y en adargas y colores,
En las cifras y libreas
Mostraron los amadores
Y en pendones y en preseas
La dicha de sus amores.
Vinieron las moras bellas

De toda la cercanía,
Y de lejos muchas de ellas,
Las mas apuestas doncellas
Que España entonces tenia.
El ancho circo se llena
De multitud clamorosa
Que atiende á ver en su arena
La sangrienta lid dudosa
Y todo en torno resuena.
La bella Zaida ocupó
Sus dorados miradores
Que el arte afiligranó,
Y con espejos y flores
Y damascos adornó.
Añafiles y atabales
Con militar armonía
Hicieron salva y señales
De mostrar su valentía
Los moros mas principales.
No en las vegas de Jarama
Pacieron la verde grama
Nunca animales tan fieros
Junto al puente que se llama
Por sus peces de Viveros,
Como los que el vulgo vió
Ser lidiados aquel dia;
Y en la fiesta que gozó
La popular alegría
Muchas heridas costó.
Salió un toro del toril
Y á Tarfe tiró por tierra
Y luego á Benalguacil;

Despues con Hamete cierra
El temeron de Conil.
  Traia un ancho liston
Con uno y otro matiz,
Hecho un lazo por airon
Sobre la enhiesta cerviz
Clavado con un arpon.
  Todo galan pretendia
Ofrecerle vencedor
A la dama que servia:
Por eso perdió Almanzor
El potro que mas queria.
  El alcaide, muy zambrero,
De Guadalajara, huyó
Mal herido al golpe fiero:
Y desde un caballo overo
El moro de Horche cayó.
  Todos miran á Aliatar,
Que aunque tres toros ha muerto
No se quiere aventurar,
Porque en lance tan incierto
El caudillo no ha de entrar.
  Mas, viendo se culparia,
Va á ponérsele delante:
La fiera le acometia;
Y sin que el rejon le plante
Le mató una yegua pía.
  Otra monta acelerado:
La embiste el toro de un vuelo
Cogiéndole entablezado;
Rodó el bonete encarnado
Con las plumas por el suelo.

Dió vuelta hiriendo y matando
A los de á pie que encontrára,
El circo desocupando,
Y emplazándose se para
Con la vista amenazando.

Nadie se atreve á salir;
La plebe grita indignada:
Las damas se quieren ir
Porque la fiesta empezada
No puede ya proseguir.

Ninguno al riesgo se entrega,
Y está en medio el toro fijo,
Cuando un portero que llega
De la puerta de la Vega
Hincó la rodilla y dijo:

Sobre un caballo alazano
Cubierto de galas y oro,
Demanda licencia urbano
Para alancear un toro
Un caballero cristiano.

Mucho le pesa á Aliatar,
Pero Zaida dió respuesta
Diciendo que puede entrar,
Porque en tan solemne fiesta
Nada se debe negar.

Suspenso el concurso entero
Entre dudas se embaraza,
Cuando en un potro ligero
Vieron entrar por la plaza
Un bizarro caballero.

Sonrosado, albo color,
Belfo labio, juveniles

Alientos, inquieto ardor,
En el florido verdor
De sus lozanos abriles.

Cuelga la rubia guedeja
Por donde el almete sube:
Cual mirarse tal vez deja
Del sol la ardiente madeja
Entre cenicienta nube.

Gorguera de anchos follages,
De una cristiana primores,
Por los visos y celages
En el yelmo los plumages
Verjel de diversas flores.

En la cuja gruesa lanza
Con recamado pendon,
Y una cifra á ver se alcanza
Que es de desesperacion,
Ó á lo menos de venganza.

En el arzon de la silla
Ancho escudo reverbera
Con blasones de Castilla,
Y el mote dice á la orilla,
Nunca mi espada venciera.

Era el caballo galan
El bruto mas generoso,
De mas gallardo ademan,
Cabos negros y brioso,
Muy tostado y alazan:

Larga cola recogida
En las piernas descarnadas,
Cabeza pequeña, erguida,
Las narices dilatadas,

Vista feroz y encendida.
  Nunca en el ancho rodeo
Que da Betis con tal fruto,
Pudo fingir el deseo
Mas bella estampa de bruto
Ni mas hermoso paseo.
  Dió la vuelta al rededor:
Los ojos que le veían
Lleva prendados de amor:
Alá te salve, decian,
Déte el Profeta favor.
  Causaba lástima y grima
Su tierna edad floreciente:
Todos quieren que se exima
Del riesgo, y él solamente
Ni se precia, ni se estima.
  Las doncellas al pasar
Hacen de ambar y alcanfor
Pebeteros exhalar,
Vertiendo pomos de olor,
De jazmines y azahar.
  Mas cuando en medio se para
Y de mas cerca le mira
La cristiana esclava Aldara,
Con su señora se encara
Y asi la dice y suspira:
  Señora, sueños no son:
Asi los cielos vencidos
De mi ruego y afliccion,
Acerquen á mis oidos
Las campanas de Leon,
  Como ese doncel que ufano

Tanto asombro viene á dar
A todo el pueblo africano,
Es Rodrigo de Vivar
El soberbio castellano.
Sin descubrirle quien es
La Zayda desde una almena
Le habló una noche cortés;
Por donde se abrió despues
El cubo de la Almudena.
Y supo que fugitivo
De la corte de Fernando
El cristiano, á penas vivo,
Está á Jimena adorando
Y en su memoria cautivo.
Tal vez á Madrid se acerca
Con frecuentes correrías
Y todo en torno la cerca:
Observa sus saetías,
Arroyadas y ancha alberca.
Por eso le ha conocido:
Que en medio de aclamaciones
El caballo ha detenido
Delante de sus balcones
Y la saluda rendido.
La mora se puso en pie
Y sus doncellas detras:
El alcaide que lo vé,
Enfurecido ademas,
Muestra cuan celoso esté.
Suena un rumor placentero
Entre el vulgo de Madrid:
No habrá mejor caballero,

Dicen, en el mundo entero,
Y algunos le llaman Cid.
  Crece la algazara, y él
Torciendo las riendas de oro
Marcha al combate crüel,
Alzá el galope, y al toro
Busca en sonoro tropel.
  El bruto se le ha encarado
Desde que le vió llegar,
De tanta gala asombrado,
Y al rededor le ha observado
Sin moverse de un lugar.
  Cual flecha se disparó
Despedida de la cuerda,
De tal suerte le embistió:
Detras de la oreja izquierda
La aguda lanza le hirió.
  Brama la fiera burlada:
Segunda vez acomete
De espuma y sudor bañada,
Y segunda vez la mete
Sutil la punta acerada.
  Pero ya Rodrigo espera
Con heróico atrevimiento,
El pueblo mudo y atento;
Se engalla el toro y altera,
Y finge acometimiento.
  La arena escarba ofendido,
Sobre la espalda la arroja
Con el hueso retorcido:
El suelo huele y le moja
Con ardiente resoplido.

La cola inquieto menea,
La oreja diestra mosquea,
Vase retirando atras,
Para que la fuerza sea
Mayor y el ímpetu mas.
El que en esta ocasion viera
De Zaida el rostro alterado,
Claramente conociera
Cuanto le cuesta cuidado
El que tanto riesgo espera.
Mas ay! que le embiste horrendo
El animal espantoso!
Jamas peñasco tremendo
Del Cáucaso cavernoso
Se desgaja estrago haciendo;
Ni llama asi fulminante
Cruza en negra oscuridad
Con relámpagos delante,
Al estrépito tronante
De sonora tempestad,
Como el bruto se avalanza
En terrible ligereza;
Mas rota con gran pujanza
La alta nuca, la fiereza
Y el último aliento lanza.
La confusa vocería
Que en tal instante se oyó,
Fue tanta, que parecia
Que honda mina reventó,
Ó el monte y valle se hundia.
A caballo como estaba
Rodrigo, el lazo alcanzó

Conque el toro se adornaba:
En la lanza le clavó
Y á los balcones llegaba.
  Y alzándose en los estribos
Le alarga á Zaida diciendo:
Sultana, aunque bien entiendo
Ser favores excesivos,
Mi corto don admitiendo,
  Si no os dignáredes ser
Con él benigna, advertid
Que á mí me basta saber
Que no le debo ofrecer
A otra persona en Madrid.
  Ella, el rostro placentero,
Dijo y turbada: Señor,
Yo le admito y le venero,
Por conservar el favor
De tan gentil caballero.
  Y besando el rico don
Para agradar al doncel,
Le prende con aficion
Al lado del corazon
Por brinquiño y por joyel.
  Pero Aliatar el caudillo
De envidia ardiendo se vé,
Y trémulo y amarillo
Sobre un tremecen rosillo
Lozaneando se fue.
  Y en ronca voz, castellano,
Le dice, con mas decoros
Suelo yo dar de mi mano,
Si no penachos de toros,

Las cabezas del cristiano.
Y si vinieras de guerra
Cual vienes de fiesta y gala,
Vieras que en toda la tierra
Al valor que dentro encierra
Madrid, ninguno se iguala.
Así, dijo el de Vivar,
Respondo: y la lanza al ristre
Pone y espera á Aliatar:
Mas sin que nadie administre
Orden, tocaron á armar.
Ya fiero bando con gritos
Su muerte ó prision pedia,
Cuando se oyó en los distritos
Del monte de Leganitos
Del Cid la trompetería.
Entre la Monclova y Soto
Tercio escogido emboscó,
Que viendo como tardó
Se acerca, oyó el alboroto
Y al muro se abalanzó.
Y si no vieran salir
Por la puerta á su señor,
Y Zaida á le despedir,
Iban la fuerza á embestir;
Tal era ya su furor.
El alcaide recelando
Que en Madrid tenga partido,
Se templó disimulando;
Y por el parque florido
Salió con él razonando.
Y es fama que á la bajada

Juró por la cruz el Cid
De su vencedora espada,
De no quitar la celada
Hasta que gane á Madrid.

ANACREÓNTICA.

El arroyo.

Vagaba por los montes
Un arroyuelo humilde,
Jamas acostumbrado
A salir de su linde.
Viniéronle deseos
De ver el mar horrible,
Movido de las cosas
Que de él la fama dice;
Y con ocultos pasos
Entre espadaña y mimbres,
Hizo que por el valle
Sus aguas se deslicen.
Ya que llegó á la orilla
Que las ondas embisten,
Los peligros le asustan,
Los golfos y las sirtes.
Y cuando ver creía
Palacios de viriles,
Y en trono de corales
Neptuno y Anfitrite;
Halló las bramadoras
Tempestades terribles,

Cadáveres y tablas
De naves infelices.
Atras volver el paso
Quiso, pero lo impiden
Erizados peñascos,
Montes inaccesibles;
Sin amparo en la tierra
El de los cielos pide:
¿Hubo marinos dioses
Que él no invocase humilde?
Pero á su ruego sordos
La súplica no admiten;
Que haber suele ocasiones
En que el llanto no sirve:
Asi sucede al hombre
Que su quietud despide,
Y á los vicios se entrega
Que halagüeños le brinden.
Que al verse aprisionado
Entre pasiones viles,
Salir intenta cuando
Salir es ya imposible.

LETRILLA.

Amor aldeano.

Hoy mi Dorisa
Se va á la aldea,
Pues se recrea
Viendo trillar.

Sígola aprisa:
Cuantos placeres
Mantua tuvieres
Voy á olvidar,
  Que ya no quiero
Mas dignidades:
Las vanidades
Me quitó amor.
Ni fama espero
Ni anhelo á nada,
Solo me agrada
Ser labrador.
  Voy amoroso
Para servirla,
Quiero seguirla
Por donde va.
Verá el hermoso
Trigo amarillo;
Luego en el trillo
Se sentará.
  Yo iré con ella,
Y el diestro brazo
En su regazo
Reclinaré.
La ninfa bella
Me dará vida
Agradecida,
Viendo mi fe.
  De esotros trillos
Que estén mas lejos
Los zagalejos
Me envidiarán.

Mil Cupidillos,
Viendo á la bella
En torno de ella,
Revolarán.
Yo alborozado
Con dulces sones
Tiernas canciones
La cantaré.
Ni habrá cuidado,
Ni habrá fatiga
Que con mi amiga
No aliviaré.

CANTILENA.

El sueño.

Hay una gruta
En la olorosa
Alcarria umbrosa,
Entre zarzales
Y peñascales,
De humilde arroyo
Que en sus honduras
Suena aguas puras
Y coge el Arlas
Para llevarlas
Al rico Tajo
Que está alla abajo.
La gruta enfrian
Los cefirillos
Que entre tomillos

Vagan soplando.
Muy trasparente
Casi á la entrada
De agua filtrada
(La cual resuda
La peña ruda)
Poza ha formado
El destilado
Humor deshecho:
Que, desde el techo
Cayendo grato,
De rato en rato
Forma sonido
Blando al oido,
Y hace pompillas
En las orillas.

A guarecerme
De ardiente siesta,
Niño y cobarde
Llegué una tarde,
De angustia lleno
Y acalorado.
Llevé en el seno
Diversas flores
Que dan olores,
Y recostado
Con pueril ceño,
Süave sueño
Me dejó en calma
La débil alma:
Las florecitas
De las manitas

Se me cayeron.
  Luego vinieron
Trayendo corvas
Largas tiorbas
Las nueve hermanas,
Ninfas lozanas
Muy amorosas.
Rojos claveles,
Lirios y rosas
Forman caireles
Al pelo de oro:
Que con decoro
Esconde á trechos
Los albos pechos
Como la nieve.
Arrullo leve
De la que alterna
Tórtola tierna
Oigo y suspiro;
Y en sueños miro
Que las doncellas
De flores bellas
Me dan corona,
Y de Helicona
Y aónia fuente
Bañan mi frente.
Erato hermosa,
Que á Venus canta
Con gracia tanta,
Su dulce boca
Une á la mia,
Y allí imprimía

Ardiente beso
Con muy travieso
Abrazo junto.
Desde aquel punto
Quedé inflamado
Y enamorado
Suävemente.
Iras y horrores
Del fiero Marte
Vayan á parte;
Solo la risa
De mi Dorisa,
Y el cerco ondoso
De oro precioso
Que orna su frente,
Y la hermosura
Celeste y pura
Que absorto admira
El universo,
Canta mi verso,
Suena mi lira.

SONETOS.

I.

Un alto y generoso pensamiento,
Inspiracion del cielo soberano,
Me puso la áurea cítara en la mano
Para cantar el dulce mal que siento.
Y fue tan grato el sonoroso acento,
Que la ancha vega, el apacible llano,

Y el cavernoso monte carpentano
Mostraron compasion de mi tormento.
  Turbóse el rio de cerúleo manto,
Oculto entre los álamos sombríos,
Al ver su cisne lamentarse tanto:
  Moviéronse los brutos mas impíos
Y los ásperos troncos á mi llanto;
Y no la que causó los males mios.

II.

A don Juan Bautista Conti, cuando tradujo en italiano la Egloga primera de Garcilaso.

  Las bellas ninfas del undoso rio
En que halló cristalino manseólo
El hijo audaz del rubicundo Apolo
Quisieron escuchar al cisne mio.
  Y dijo Febo: el instrumento fio
A tu destreza ¡ o jóven ! pues tú solo
Desde el oro de Tajo al de Pactolo
Llevarás de este amor el cruel desvío.
  Cantaste, Conti; y á tu vóz volvieron
Atónitas las ondas á escucharte
Las quejas de Salicio en son toscano.
  Lampecia y sus hermanas no sintieron,
Mientras cantabas con dulzura y arte,
El precipicio del perdido hermano.

III.

Dorisa en trage magnífico.

¡Qué lazos de oro desordena el viento,
Entre garzotas altas y volantes!
¡Qué riqueza oriental, y qué cambiantes
De luz que envidia el sacro firmamento!
¡Qué pecho hermoso, do el amor su asiento
Puso, y de allí fulmina á los amantes,
Absortos al mirar sus elegantes
Formas, su delicioso movimiento!
¡Qué vestidura arrostra, de preciado
Múrice tinta, y recamada en torno
De perlas que produjo el centro frio!
¡Qué extremo de beldad, al mundo dado
Para que fuese de él gloria y adorno!
¡Qué heróico y noble pensamiento el mio!

CANCION.

A Pedro Romero, torero insigne.

Cítara aurea de Apolo, á quien los dioses
Hicieron compañera
De los regios banquetes, y ¡ o sagrada
Musa! que el bosque de Helicon venera,
No es tiempo que reposes:
Alza el divino canto y la acordada
Voz hasta el cielo osada
Con eco que supere resonante

A el estruendo confuso y vocería,
Popular alegría
Y aplauso cortesano triünfante,
Que se escucha distante
En el sangriento coro matritense;
En cuya arena intrépido se planta
El vencedor circense,
Lleno de glorias que la fama canta.
Otras quiere adquirir, y asi de espanto
Y de placer se llena
La villa que domina entrambos mundos.
Corre el vulgo anhelante, rumor suena,
Y se corona en tanto
De bizarros galanes sin segundos
Y atletas furibundos
El ancho anfiteatro. Alli se asoma
Todo el reino de amor, y la hermosura
Que á Venus desfigura,
Y no hay humano pecho que no doma,
(Baldon de Grecia y Roma)
Y en opulencia y aparato hesperio,
Muestra Madrid cuanto tesoro encierra
Corte de tanto imperio
Del mayor soberano de la tierra.
Pasea la gran plaza el animoso
Mancebo, que la vista
Lleva de todos su altivez mostrando,
Ni hay corazon que esquivo le resista.
Serena el rostro hermoso,
Desprecia el riesgo que le está esperando:
Le va apenas ornando
El bozo el labio superior, y el brio

Muestra y valor en años juveniles
Del iracundo Aquiles.
Va ufano al espantoso desafio:
¡Con cuanto señorío!
¡Qué ademan varonil! ¡ qué gentileza!
Pides la venia, hispano atleta y sales
En medio con braveza,
Que llaman ya las trompas y timbales.
No se miró Jasòn tan fieramente
En Colcos embestido
Por los toros de Marte, ardiendo en llama,
Como precipitado y encendido
Sale el bruto valiente
Que en las márgenes corvas de Jarama
Rumió la seca grama.
Tú le esperas, á un numen semejante,
Solo con débil aparente escudo
Que dar mas temor pudo:
El pie siniestro y mano está delante,
Ofrécesle arrogante
Tu corazon que hiera, el diestro brazo
Tirado atrás con alta gallardía;
Deslumbra hasta el recazo
La espada que Mavorte envidiaría.
Horror pálido cubre los semblantes
Entre sudor bañados
Del atónito vulgo silencioso:
Das á las tiernas damas mil cuidados
Y envidia á sus amantes:
Todo el concurso atiende pavoroso
El fin de este dudoso
Trance. La fiera que llamó el silbido

A tí corre veloz, ardiendo en ira
Y amenazando mira
El rojo velo al viento suspendido.
Da tremendo bramido
Como el toro de Fálaris ardiente,
Hácese atras, redobla, cabecea,
Eriza la ancha frente,
La tierra escarba y larga cola ondea.
Tu anciano padre, el gladiator ibero
Que á Grecia España opone,
Con el silvestre olivo coronado;
Por quien la áspera Ronda ya se pone
Sobre Elis, y el ligero
Asopo el raudo curso ha refrenado,
Cediendo al despeñado
Guadalentin: tu padre, que el famoso
Nombre y valor que en tí ve renovarse,
No puede serenarse,
Hasta que mira al golpe poderoso
El bruto impetuoso
Muerto á tus pies, sin movimiento y frio
Con temeraria y espantosa hazaña,
Que por nativo brio
Solamente no es bárbara en España.
¿Quién dirá el grito y el aplauso inmenso
Que tu accion vocifera,
Si el precio de tus méritos pregona
La envidia con adorno á la extrangera
Que dice: en el extenso
Mundo, ¿cuál rey que ciña la corona
Entre hijos de Belona
Podrá mandar á sus vasallos fieros,

Como el dueño feliz de las Españas,
Hacer tales hazañas?
¿Cuál vencerán á indómitos guerreros
En lances verdaderos,
Si estos sus juegos son y su alegría?
¡Oh! no conozca España que varones
Tan invencibles cria!
¡Rogádselo á los cielos, o naciones!
Y tú por quien Vandalia nombre toma
Cual la aquiva Corinto,
(Ni tal vió el circo máximo de Roma)
Si algo ofrece á mi verso el Dios de Cinto,
Tu gloria llevaré del occidente
A la aurora pulsando el plectro de oro:
La patria eternamente
Te dará aplauso, y de Aganipe el coro.

CANTO ÉPICO. *

Las naves de Cortés destruidas.

Canto el valor del capitan hispano
Que echó á fondo la armada y galeones,
Poniendo en trance, sin auxilio humano,
De vencer ó morir á sus legiones:
El que holló el ancho imperio mejicano
A pesar de tan bárbaras naciones:
Empresa digna de su aliento solo,
Si en verso cabe, y si me inspira Apolo.

* Véase la nota al fin.

Y tú, sacra Piéride, si alguna
Hay en Parnaso por feliz destino,
Que á engrandecer la hispánica fortuna
El hado dichosísimo previno:
Mi pecho enciende en llama cual ninguna,
Vierte en mi labio cántico divino,
Que está esperando la impaciente España
Del gran Cortés la prodigiosa hazaña.

Díctame, Musa, cómo ya arrollado
El mejicano golfo turbulento,
En mil combates vencedor del hado,
Coyunda impuso al bárbaro sangriento;
Y como á Vera-Cruz el nombre ha dado,
Edificada en sólido cimiento;
Freno á las gentes fieras y remotas,
Escala y puerto á las indianas flotas.

Aquí ostentaba su milicia un dia
Con pompa y gala, y en vistoso alarde;
Asombra la feroz caballería;
Tal es el fuego que en los brutos arde.
La robusta española infantería
Aliento infunde al pecho mas cobarde:
Tocan clarines, y las cajas suenan,
Mares y playas y montañas truenan.

Muéstrase altivo el ínclito guerrero,
Sandoval digo, en un caballo armado,
Monte parece de bruñido acero,
A penas por su dueño sujetado:
Ancho pavés sin cifra ni letrero,
Y el peñasco de Amaya relevado,
Solar de su linaje; y por decoro
La banda negra sobre campo de oro.

Con un sayo galan de fino paño,
Con gorbion de encarnado y amarillo,
En un revuelto pisador castaño
Monta Pedro Gonzalez de Trujillo;
Y Dávila, soberbio en genio extraño,
Fatiga los hijares á un tordillo,
Llevando en el escudo sin cuarteles
Por antiguo blason trece roeles.
De pecho firme y ancha de cadera,
Con lazos jaldes, y con borlas blancas,
Muy briosa de juego y de carrera,
Sin temor de arrecifes ni barrancas:
De bordada melania la pechera,
Y bélicas cubiertas de las ancas,
Rige una yegua Pedro de Alvarado;
Que á tierra no pasó mejor soldado.
Tirada atrás la roja sobreveste,
Descubre el peto y espaldar bruñido,
Vuelan las plumas de color celeste
Sobre el almete de oro guarnecido:
Y indicando cuan poco le moleste,
Roto el arco y las flechas de Cupido,
Era su empresa: en potros jerezanos
Le siguen y respetan sus hermanos.
Ordaz con fuertes armas pavonadas,
Fiero en palabras, rígido en semblante,
Monta un peceño, y lleva recamadas
De azul y negro las baldetas de ante:
Ni las mudas edades ya pasadas,
Ni el alto olvido harán que yo no cante,
¡O insigne Lariz! tu valor, que vuela
Desde Panuco al cabo de la Vela.

Ni serás en mis versos olvidado,
Célebre Alfonso, honor de los Mendozas,
Que un corcel cabos negros y melado
Gobiernas, y corriendo te alborozas:
El escudo en triángulos cortado
Muestra las rojas bandas de que gozas,
Y por orla y riquísimo tesoro
El Ave de Gabriel quitada al moro.
Y Juan Velazquez de Leon movia
Un valiente caballo, y con la espuela
Le aflige, y con el freno le oprimía,
Sonándole la espada en la escarcela,
Yelmo con tembladora argentería,
En cuerpo y en el ristre la arandela:
En él encuentra la razon abrigo,
Deudo Velazquez, y Cortés amigo.
Un Leon rojo por blason ponia
En sus cuarteles con dorados marcos,
Jactándose con él que descendia
De los leones de la casa de Arcos:
Una soberbia alfana, cuya cria
Vió el mar nacer en los veleros barcos,
Sedeño el rico á paso lento lleva,
Y un negro asido á la nielada greva.
Y tú, Morla, tambien en blanco armado
Vas escaramuzando largo trecho
Sobre un fuerte bridon azabachado,
De moscas blancas salpicado el pecho:
Pacheco un bayo arremetiendo alado,
Muestra, corriendo al general derecho,
Ancha faja de azules cuñas llena,
Blason de los señores de Villena.

Ya desfilaba con mover airoso
Saucedo, tierno joven rubicundo,
Que él cual otro no fuera mas hermoso,
Ni pasó tan gallardo al Nuevo Mundo:
El mirar de un Adonis amoroso;
Y, uniendo á lo galan lo furibundo,
Va con escarces, vueltas y reveses
Sobre un potro alazan de treinta meses.
Una casaca verde acuchillada
De trasflor y sutiles caniquíes,
Mostrando rica tela nacarada
Con broches y alamares de rubíes:
Cadena de labor muy extremada,
Y mangas de almaizares tunecíes,
Vergel de muchas y diversas flores,
Y el lazo del codon de mil colores.
En un rucio rodado muy brioso
Sale Escobar con malla y finos antes;
Y en un caballo negro poderoso
Villarroël con ojos centellantes.
Celebrará mi verso numeroso
Tus hechos, y las armas radiantes
Con que ¡o diestro Dominguez! tú reluces,
Domador de caballos andaluces.
Admira tan lucida cabalgada,
Y espectáculo tal doña Marina,
India noble al caudillo presentada,
De fortuna y belleza peregrina,
De la injuria del clima reservada,
Y del color del alba matutina,
Muestra que herir bien puede el pecho humano
Cupido con harpon americano.

Con despejado espíritu y viveza
Gira la vista en el concurso mudo:
Rico manto de extrema sutileza
Con chapas de oro autorizarla pudo:
Prendido con bizarra gentileza
Sobre los pechos en airoso nudo,
Reina parece de la indiana zona,
Varonil y hermosísima amazona.
Ella atónita mira, y asombrada
De tanta pompa y tanta gallardía;
Y ansiosa no queriendo dudar nada,
Informarse de todo pretendia:
El paso adelantó determinada
Acia el casto Aguilar que allí venia,
Primero haciendo en muestras de obediencia
A Cortés su señor la reverencia;
Y inquieta dice: «¡o noble compañero!
A mí por tus desgracias semejante,
Cuéntame de este ejército guerrero
Quién son aquellos que se ven delante:
Que aun no á todos conozco, y yo no quiero
Ignorar ni su nombre ni semblante:
Di, acaba'': y Aguilar se sonreía
De ella, y con la alta permision decia:
Aquel membrudo de mirar sangriento,
Que cinco lirios por empresa tiene,
Argüello es de Leon, que violento
Vive en quietud, y así á la guerra viene:
Mírale cuan robusto y corpulento,
Cómo cruje la lanza y la sostiene
Con la ancha cota de dobleces once,
Y el escudo con láminas de bronce.

Nájera es aquel rubio riojano;
Diestro en la esgrima: aquel otro García;
Y el que sigue el intrépido Lezcano,
Y Juanes por quien Turia se gloría,
Y Ortiz, cuya vihuela con su mano
Tanto arrebata en célica harmonía,
Que estar mas que la Tracia mereciera
Con diez luceros en la octava esfera.

Ese determinado madrileño
Es un noble Ramirez de los Vargas,
Que mil veces al moro en duro empeño
Partió con los turbantes las adargas:
Mira en la suya el muro malagueño,
Y el puente roto, y en hileras largas
A cañonazos multitud de infieles
Muertos entre marlotas y alquiceles.

Soto el de Toro, Olea el de Medina
Son aquellos que ves: aquel Portillo;
Pizarro, á quien del rumbo descamina
De sus primos nuestro ínclito caudillo:
Juan es aquel de la coraza fina,
Que el Tórmes entre juncias y tomillo
Le arrulló en la aula de las ciencias sola
La celebrada Atenas española.

Mira aquel batallon de infantería
Del aguerrido Heredia gobernado,
Que el francés en Italia le temia,
Cuando el Gran capitan le vió á su lado:
Farfan es aquel alto que blandia
La pica, y de su patria amartelado,
Se va siempre acordando en sombra vana
De la dulce Sevilla y de Triana.

Aquel de la loriga, y ambos lados
Con pistoletes llenos de osadía,
Es Mesa el montañes, que sin cuidados
El maneja un cañon de artillería:
Usagre y Catalan van á sus lados,
Porque son de la misma compañía,
Y diestros artilleros los pregona
La invencible nacion de Barcelona.
Aquellos de escaupiles acolchados
Siguen al alcarreño Jaramillo:
Mas le siguen tus ojos inflamados,
Si ¡o Cacica! permítesme el decillo:
Aquel que allí escuadrona los soldados
Es el fiel Bernal Diaz del Castillo,
Que sirve en esta célebre jornada
Cual César, con la pluma y con la espada.
Prosiguiera Aguilar; pero venia
Batiendo el acicate de ambos lados
Mercado en una remendada pia,
El mas niño de todos los soldados:
Por su doncel al general servia,
Apartaba los indios apiñados,
Diciendo plaza á infinidad de gente,
Plaza, que pasa el general al frente.
Hácenle salva, y alta vocería
Se levanta á los cielos, resonando
Gentil descarga de arcabucería,
Que hasta Méjico el eco fue bramando:
Atruena la espantosa artillería
Por las concavidades retumbando:
Corral, Volante con Rangel ligeras
Abatieron al suelo las banderas.

Cortés, el gran Cortés::: ¡Divina Clio,
Tu alto influjo mi espíritu levante!
¿Quién jamas tuvo objeto como el mio,
Ni tan glorioso capitan triunfante?
¡Con qué aspecto real y señorío
Se le muestra á su ejército delante!
¡O qué valor que ostenta y qué nobleza!
¡Ó cuanta heroicidad y gentileza!

Ricas armas de esmero y maestría
Listadas de oro puro centellantes,
Con pernos de preciosa pedrería,
Evillas y chatones de diamantes,
Gorjal grabado, en cuyo canto habia
De perlas y crisólitos piujantes,
Cegando como el sol, á quien parece
El arnés con que armado resplandece.

Deslumbra la finísima celada
Cual fúlgido cristal resplandeciente
Con plumages y airon empenachada,
Que el céfiro alhagaba mansamente:
El brazal y esquinela burilada
Rayos saca de luz como el oriente:
Música forman, guarnecidas de oro
Templadas piezas, al crujir sonoro.

Al hombro izquierdo el capellar tremola
Favonio airosamente, y con lazadas
De plata y seda atado en una sola,
Que vuelve las vislumbres duplicadas:
Roja banda afollada en la pistola
Con muchos rapacejos, y enredadas
Puntas al cinturon, y allí pendiente
De Toledo la espada omnipotente.

Ancho escudo embrazó de fuerte acero,
Con labores en torno rutilante,
Que mas reverberando que el lucero,
Parece de un limpísimo diamante:
Esculpió en medio por blason guerrero
Entre las uñas de un leon rapante
Un mundo encadenado, y quebrantadas
Las columnas de Alcides derribadas.

La gruesa lanza estriada y rebutida
De barras de metal lleva en la cuja,
Y un pendoncillo ó banderilla asida
Que bordó con primor sutil aguja:
Y al encuentro y veloz arremetida
Hace corriendo que al impulso cruja
Cuando con duro y resonante callo
Embiste el hermosísimo caballo.

Era alazan tostado, corpulento,
De ardiente vista, y con feroz ultrage
Bate el suelo, mirándose opulento
Con tan precioso y bárbaro equipage:
De ormesí recamado el paramento,
De seda y oro y borlas el rendage,
De bronces entallados la estribera,
Záfiros y balages la testera.

El soberbio animal la clin extiende,
Como quien sabe el dueño que pasea,
Con agudo relincho el aire enciende,
Y indómito y ufano se pompea:
En cuanto ¡o Betis! tu raudal comprende,
Que con verdes olivas se hermosea,
Tal monstruo no abortó naturaleza,
Ni unió tanta hermosura en tal fiereza.

Cortés recorre así los escuadrones
Con vivos ojos, plácido semblante,
Siendo por ademan y por acciones
A cosa mas que humana semejante:
Y afable dice: ¡O fuertes campeones!
¿Cuál órgano mortal será bastante
A cantar tanta hazaña celebrada,
Que debo yo al valor de vuestra espada?
Hércules nuevos, de portentos fieros
Habeis triunfado con asombro mio:
No ignore España, ilustres compañeros,
Cuanto la ensalza vuestro heroico brio:
¿Quién serán los audaces mensageros,
Que el mar salado por el norte frio
Corten al sesgo con tajante quilla
A llevar tales nuevas á Castilla:
Y al rey don Cárlos, al monarca hispano
Refieran esta accion tan señalada,
Y como tiene ya por vuestra mano
Su España en tierra y nombre duplicada?
Decid primero, como el monstruo insano
De la envidia en Velazquez halló entrada,
Y estorbar quiere heroicos pensamientos
A pesar de enemigos elementos:
Y que triunfando de él y de las olas,
Y vencedores del terrible infierno,
Vió Cozumel las naves españolas,
Y el simulacro con escarnio eterno:
Y en el rio tambien de Banderolas,
A Grijalba siguiendo su gobierno,
Tomamos puerto en la obstinada tierra,
Que el paso defendió con cruda guerra.

¿Y quién ha de callar la memorable
Batalla de Tabasco y gran conquista?
El poder de los indios formidable,
Su arrogancia increible por no vista?
¿Y cómo el tren de gente innumerable
A los campeones que la cruz alista
Humilló al fin la indómita cabeza,
Y el bárbaro teson de su braveza?
Contad los arcos y las armas fieras,
Los escudos con fuegos abrasados,
Y que besan naciones tan guerreras
Los pies del Rey Católico sagrados:
Los cempoales de largas cabelleras,
Los de las sierras con el dardo osados,
De Cinpacingo y Quiabislan, qué ataques
Sufren con los robustos Totonaques.
Decid, en fin, que al fuerte y poderoso
Emperador de ocaso Motezuma,
A quien su inmensa Méjico en precioso
Bálsamo adora, y entre aroma y pluma,
Marchamos á vedar el horroroso
Holocausto en que al ídolo perfuma
Con víctimas humanas y anhelantes
Corazones y entrañas palpitantes.
Dijo: y á todos tímido recelo
Mas que la guerra la respuesta ataja;
Pues saben que Velazquez con desvelo
Por vengarse solícito trabaja:
Y al mar cubriendo su ceruleo velo,
Desde Cuba al Darien de naves cuaja,
Cerrando altivo con velera popa
Las sendas de la América á la Europa.

Sobre un potro de Córdoba ligero,
Lleno de carmesí plumagería,
Con flecos en el verde mosquitero
Montejo estaba audaz con ufanía:
Y volviendo al galan Portocarrero,
Que en un rucio rodado le seguia,
De coracina y fuerte lanza armado,
Carpetas y gualdrapas de brocado;

Jóven, le dijo, si dejar la guerra
Pareciere vileza y cobardía,
No ya por las delicias de mi tierra
Esta abandono en tan urgente dia:
Tantos peligros que ese golfo encierra,
Y constante desprecia mi osadía,
Serán respuesta al que decir intente,
Que de este suelo tímido me ausente.

Yo solo por los mares procelosos,
Rompiendo de Velazquez las armadas,
Bararé con mis buques presurosos
De España en las riberas apartadas:
Mas si tú con alientos generosos
Seguirme quieres, y las alteradas
Hondas surcamos en nadante pino,
La fama nos dará blason divino.

Estremecióse el generoso mozo
Con ansia de la gloria concebida,
El rostro enciende, donde el blando bozo
Muestra la tierna juventud florida:
Y dice: La nobleza de que gozo
Sabes bien: ves mi empresa conocida,
Con escaques azules jaquelada,
Y las quince banderas de Granada.

Si sabes del de Palma las acciones,
¿Cómo presumes que el seguirte deje
En las dificultosas ocasiones?
Contigo muera, y no de tí me aleje.
Dijo, y se derribó de los arzones:
Montejo sin saber qué le aconseje,
Le abraza afable, los caballos dieron
A sus amigos, y á Cortés se fueron.

Los principales cerca de él estaban
En gruesas y altas lanzas apoyados:
Unos en los mosquetes descansaban,
Y otros en los escudos muy pesados:
Del mensage dificil razonaban,
Cuando ofrecen los dos determinados
Llevarle al rey, volviendo desde España
Con nueva gente á hallarse en la campaña.

Entonces de contento alborozado
Torres el veterano exclama: ¡ oh cielo!
Y ¡oh deidad! que en tu auxilio se ha fiado
Mi patria con solícito desvelo!
No está el brio español tan apagado,
Ni aun en tal clima y tan distante suelo,
Cuando aun se admira entre enemigas gentes
Tal esfuerzo de jóvenes valientes.

Así diciendo el venerable anciano
Con lágrimas ternísimas lloraba:
Muestra el cabello bajo el yelmo cano,
Y sollozando apenas pronunciaba:
Con la antes fuerte y ya trémula mano
Ciñe sus cuellos y sus rostros lava,
Palpandolés con amorosas muestras
Los fuertes pechos, y robustas diestras;

Y ¡o mancebos fortísimos! decia,
Id á la dulce España, á quien no espero
Ver ya jamas, que al templo de María
Mi última edad sacrificarla quiero:
Y al punto del alto hombro desprendia
El rico tahalí, que en trance fiero
El quitó cuerpo á cuerpo en ancha plaza
A Malique Alabez, ganando á Baza.

Este que en perlas y esmeraldas orna
Le dá al mas jóven con luciente espada
Mallorquina: á Montejo luego torna,
Y al morrion quitó fuerte lazada:
Con él la frente en otro tiempo adorna,
Le dice, Boabdelí Rey de Granada,
Que el alcaide prendió de los Donceles,
Terror de los Zegries y Gomeles.

Abrázanlos esotros capitanes
Y los despiden amorosamente,
Y con el fruto traen de sus afanes
De Motezuma el bárbaro presente:
Cortés con amistosos ademanes
Les fia su justicia, y reverente
Al caro padre y tierna madre envía
Dones, que ya por muerto le tenia.

Ya parten los dos ínclitos guerreros
Con ansia de la fama presurosos:
Ya les dan los amados compañeros
Mil dones de la América preciosos:
Adornados de bandas y plumeros
Tremolaban galanes y animosos
De oro en bilbilitanos capacetes
Garzotas entre blancos martinetes.

Todos los acompañan al navío,
Desde cuya alta popa ya tomando
Está Anton de Alaminos señorío
Del mar, que cede á su timon y mando:
Al canal de Bahama y su bajío
Está la vista y proa enderezando,
Por donde nunca se atrevió ninguno
A romper los estanques de Neptuno.
Cuando el rabioso espíritu, que enciende
La discordia y rencor en los mortales,
Oponerse al designio audaz pretende
Desde los calabozos infernales;
El centro infiel del báratro se hiende,
Pues ya se ven patentes las señales,
Que larga edad se están allí temiendo
Con el recelo al Orco estremeciendo.
En el abismo antigua fama habia
Que la gente española vencedora
Al católico yugo humillaria
Las gentes del Ocaso y de la Aurora:
El príncipe infernal, que ya veía
Cumplirse los pronósticos ahora,
Concilio horrendo de la negra gente
Llama, y habló con cólera impaciente:
¿Conque no solo habeis de ser vencidos
Del alto Arcángel que brilló en luz pura,
Sino de hombres infames abatidos,
Sino ¡qué horror! de humana criatura?
¡O espíritus eternos, que atrevidos
Fuisteis al Hacedor! ¿temeis su hechura?
¿Sufrireis con ultrage y vituperio
Que un hombre emprenda el fin de vuestro imperio?

¡Mas ay! que ese mancebo el mismo dia
Que nacer vimos al Sajon Lutero,
Le vió España nacer con ansia mia,
Pues pierdo en él cuanto en esotro adquiero:
Vísteis con cuan escasa compañía
Mísero, fugitivo y comunero
Le llevó el mar á incógnitas regiones,
Que no vieron Colon ni los Pinzones.

Ya allí los sacrificios no consiente,
En que yo contra el hombre vengativo
Víctima le hago á un tiempo y delincuente,
De vida eterna y temporal le privo:
Y ya templo consagra reverente
A esa Madre del Hijo de Dios vivo,
A esa muger, que lo es aunque divina,
Y á quien mi frente á mi pesar se inclina.

En ella estriba todo el gran denuedo
De la española intrépida osadía:
Ella al Indio cruel dió espanto y miedo:
Porque sin ella España ¿qué seria?
Ya miro que la fé de Recaredo
Alumbró los antípodas del dia,
Y el sacerdote, asombro allí no visto,
Baja á sus manos con su voz á Cristo.

Con pacíficos ramos en hilera
Los soldados cantaron el *Hossanna*
Con tal seguridad, cual si allí fuera
La Basílica insigne Toledana:
Y présaga la mente verdadera
Ya ve que la soberbia castellana
Va por su Rey y Religion triunfante
A hacer portentos, que al infierno espante.

¡Ay, que ya me parece que mirando
Estoy encadenado á Motezuma
Por ese hombre feroz, digno del bando
Que resistió la omnipotencia suma!
Mil naciones humildes tributando
Adoracion con oro, aroma y pluma:
¡Tremendo Dios! ¡Tanto favor á sola
La soberbia fierísima española!

Mas no nos acobarde el grande intento,
Espíritus rebeldes, que mayores
Fueron los nuestros, cuando al alto asiento
Del mismo Dios clamamos con furores:
La grande empresa excite nuestro aliento,
De ellos mismos nos valgan los rencores;
Pues para España no hay en la campaña
Mayor contrario que la misma España.

Mientras Narvaez á impedirlo llega
Hinchendo el leste su volante lona,
Con sedicion amotinada y ciega
Arda en tumulto el pueblo de Belona:
Dijo: y al punto el báratro se entrega
A horrenda confusion: gimió Gorgona:
Silban y braman monstruos diferentes
De quimeras, dragones y serpientes.

No de otra suerte, ó con menor estruendo
Desgajándose el polo centellante,
Su clara luz el cielo obscureciendo,
Reventando el infierno horror tronante:
Los astros de sus círculos cayendo,
Naturaleza absorta y vacilante,
Temblarán cielo, tierra y mar profundo
En la profetizada fin del mundo.

Mas ya Portocarrero las amarras
De un tajo rompe, al piélago sonante
Los lleva el viento, boudean ya las garras
En las banderas del leon rapante:
El rumbo anhelan de españolas barras,
Y á lo lejos el peto relumbrante
Muestra Montejo, y izan presurosos
Dejando largos surcos espumosos.

Con lágrimas los siguen y gemidos,
Y el buen viage gritan desde tierra:
Los tósigos de Averno enfurecidos
En los ánimos flacos hacen guerra:
Grado con los Peñates atrevidos
Mal en el pecho su furor encierra:
Junta en corrillo el vulgo bajo y fiero,
Lenguaraz á la chusma habló Escudero.

¿Y hasta cuando, infelices, les decia,
Durará vuestro engaño? ¿y hasta cuando
Creereis la temeraria altanería
De ese imprudente á quien le dais el mando?
No es valor la frenética osadía,
Ni el ir á un mundo entero contrastando
Con tan corto escuadron, que aunque triunfemos,
Que crédito le den no lograrémos.

Ya sé que el Macedon, sé que el Romano
Venció batallas é infinitas gentes:
Mas ¿qué ejército impulso dió á su mano?
¿Y qué preparativos diferentes?
No negaré el esfuerzo castellano,
Supondré á los contrarios no valientes:
Mas, ¿qué espíritu basta á la defensa
De quien resiste á multitud inmensa?

Finja el caudillo que animados troncos
Volcais cual la segur en la montaña,
Y que su antara y caracoles roncos
Ni á la venganza incita ni á la hazaña:
Que son cobardes, bárbaros y broncos,
Que el fulminante azufre los engaña:
Que cual centauros juzgue su rudeza
Hombre y caballo todo de una pieza.

Mas, ¿cómo negará la muchedumbre
Temible, que á flechazos descendiendo
Sobre nosotros, hizo ya costumbre
De las bombardas el terrible estruendo?
¿Ni el impulso y tremenda pesadumbre,
Que muestra el que evitó su fin horrendo
En roto escudo y abollado casco
De las fuertes macanas de Tabasco?

Y cuando el clima y la naturaleza
Contra nosotros mismos no se armára,
¿Cuánta ventaja lleva la fiereza
Del Indio montaraz y astucia rara?
¿Quién ignora el ejército y grandeza
De Motezuma atroz, que ya prepara
A sus deidades en banquete infausto
De nuestros cuerpos hórrido holocausto?

¡Ay cuanto afan y muerte nos espera!
¡Y cuan pocos á España volveremos!
Ya experimentareis el alma fiera
De Cuauhtemuch su furia y sus extremos:
De Miscuac, que un caiman trae por cimera,
Tarde el ímpetu audaz conoceremos:
Y es, si acaso triunfamos, solamente
Porque otro en torpes vicios se alimente.

Yo ví á Theutile y Pilpatoc severo
Como volvió la espalda, despreciando
Al mismo Hernan Cortés: sé que guerrero
Se arma en Tlascala innumerable bando:
Ni el extender el culto verdadero,
Ni el gran deseo de humillar al mando
Del Monarca español la tierra ó presa,
Disculparán tan temeraria empresa.

¡O locura! ¡Los moros africanos,
Ricos, vecinos, moros y valientes,
Infestan nuestras costas, y lejanos
Venimos á vengarlo en otras gentes!
Sin trabajo ¡o famosos castellanos!
Mil reinos les tomáramos potentes,
Y mas nos cuesta aquí solo buscarlos,
Que lo que allá costára el conquistarlos.

¿No es afrenta del pueblo bautizado
Que esté en prisiones la sagrada Helía,
Habiendo él con sus armas ya llegado
Hasta el nadir y el túmulo del dia?
Allá sí que católico soldado
Con fé valiente desalojaria
De tu muralla el bárbaro gentío,
Santa Jerusalen, el brazo mio.

Mas si Cortés tan imposible hazaña
Quiere hacer, muera, ó pierda la obediencia.
Pues no es razon de la lealtad de España
Que así se abuse en tanta contingencia.
Ciega esperanza al corazon engaña,
Pero sepa enmendarlo la prudencia:
Seguidme, dijo, al mar: grita la gente,
Cunde el tumulto arrebatadamente.

Como cuando en la octava maravilla
Del grande Escorïal tan celebrado
Se mueve el coro, donde el arte brilla
Al furioso huracan desenfrenado:
Tiembla el panteon, la altísima capilla
Y estupendo cimborio agigantado,
Por los claustros bramando el aire zumba
Y el pórtico magnífico retumba;

Así la zuiza militar en tierra,
Y á bordo la marítima zaloma
Se escucha con motin y civil guerra,
Y oculta rebelion al rostro asoma.
Cortés, en cuyo corazon se encierra
Valor, á quien ningun peligro doma,
Las filas corre, y lleno de osadía,
Compañeros heróicos, les decia:

¿Qué es esto, generosos españoles?
¿Que es de vuestro valor? ¿qué estoy oyendo?
Vosotros sois de la milicia soles?
¿A vuestro brazo el orbe está temiendo?
¿Conque vuestras mesanas y penoles
Despreciaron del Ponto el monstruo horrendo:
Conque osasteis lo mas con alma presta;
Ó despreciais lo poco que nos resta?

Pues no lo despreceis, que altas hazañas
Dignas de vuestro ardor habrá algun dia:
¿El riesgo apeteceis de las campañas?
¡Qué propio en la española valentía!
Ya me dareis albricias por extrañas
Empresas que hollará vuestra osadía:
La fama con excelso y nuevo canto
Pondrá en el mundo admiracion y espanto.

No el vil temor ataja vuestro brio,
Ni olvido tanta hazaña celebrada:
¿Donde está, donde, aquel soldado mio
Que á Maila dividió su ardiente espada?
¿Ó el que en el espantoso desafio
Con Tumpoton de maza barreada
De una estocada, en que alto impulso encierra,
Al bárbaro clavó contra la tierra?
Aqui estais todos, compañeros fieles,
Yo por vosotros moriré el primero:
Vamos, dijo, á vencer. Mas los noveles
Se arremolinan en tumulto fiero:
Con las dagas hiriendo en los broqueles
Insta por Cuba en vulgo vocinglero,
Crece en las voces el teson y instancia,
Y en el caudillo invicto la constancia;
Bien como cuando el mar embravecido
Se altera, se entumece y alborota,
Y de uno y otro viento compelido
De la alta Gades la muralla azota:
A cuyo choque, aunque tan repetido,
Eternamente permanece inmota,
Sin que á las olas su constancia amanse,
Ni de embestirla el piélago se canse.
Mas viendo que eran sus esfuerzos vanos,
Arremetió el caballo poderoso,
Que alza menuda braja con las manos
Al ímpetu feroz y sonoroso:
Y dice: auxilios débiles humanos
No den favor al corazon medroso:
Ó venza ó muera, su única esperanza
Caiga deshecha al tiro de mi lanza.

Y alta la diestra atrás con gallardía,
En los estribos todo el cuerpo alzando,
Fulmina el fresno, y rápida crujía
La banderilla, y silba reguilando:
Y á la nao capitana, á quien mecia
Blanda mareta, llega atravesando
De una á otra banda, y al impulso internas
Retumbáron las lóbregas cavernas.

Vieras la chusma y los grumetes luego
Saltar á nado á la cercana orilla,
Que el ancho boqueron con agua ciego
A borbotones llena la escotilla,
La amura de estribor cede al trasiego,
Cae de costado, y la alta popa humilla
Su balçonage, y las furiosas olas
Entran por las abiertas portañolas.

A pique va sin tempestad la armada,
Porque los españoles animados
De la alta accion, con prisa acelerada
Dan barreno á los buques ancorados:
El fiero Hernan Cortés con vista airada
Terror infunde, y á los alterados
Que en la conjuracion mostráran brio,
Hace dar al través con su navío.

Esto mismo Carrasco, y esto hacia
Alvarez Chico: Yañez arrebata
Una hacha de armas, la carlinga heria
Dando al golfo su golpe entrada grata;
Gines en el bajel que conducia,
Cual si fuera enemigo, desbarata
Toda la eslora, á cuyos roncos sones
Huyeron los voraces tiburones.

El fuerte galeon empavesado
Que comandaba Ordaz el arrogante,
Su mismo capitan le ha despalmado
Por dar satisfaccion de sí bastante:
Y Arvenga el Levantisco ha disparado
Al branque de otro un tiro fulminante,
Y la proa y bauprés desaparecen
Entre pompas y círculos que crecen.

A fondo van así los corpulentos
Bajeles; pero ciegos los soldados
Los estragos del agua juzgan lentos,
Tal los tiene el caudillo ya inflamados:
Impacientes, furiosos y violentos,
De alquitran mil hachones, y embreados
Fuegos arrojan, prenden al instante
Los restos de la flota naufragante.

Arde la pez y estopa resinosa
Y el betun y fortísimos tablones,
De Vulcano la cólera furiosa
Desune el calafate y trabazones;
Extiéndese la llama sonorosa,
Y á formar condensados nubarrones
Con vapor negro asciende hasta lo sumo
En confusas pirámides el humo.

Fenece así el bellísimo navío
Del hermoso Saucedo embanderado,
Al que en Sanlúcar vió zarpar el rio
De flámulas y jarcias adornado:
Tambien, Godoy, al tuyo fuego impío
Quemó, y al de Moron bien artillado,
Al que condujo á Dávila violento,
Morla el fuerte, y Argüello el corpulento.

Ya en la llanura inmensa aparecian
De tanta armada trozos solamente
Medio quemados: popas se veían
Y proas de oro envuelto en llama ardiente,
Pedazos de banderas que se hundian,
Que el agua ó fuego nada allí consiente,
Y aniquilan los míseros fragmentos
Ya unidos los opuestos elementos.

Todo es horror, cuando hasta los oscuros
Senos del mar con ímpetu silbando
Ciega legion de espíritus impuros
Se precipita el Ponto rebramando:
Albricias, noble España, que seguros
Tus vencimientos son, y al cielo alzando
La alegre vista, mira como el cielo
Te da el premio, esperanzas y consuelo:

Pues cándida paloma descendiendo
Sobre los pabellones, el alado
Giro tendió ácia Méjico, luciendo
Con los visos y albor tornasolado:
El aire en luz purísima vistiendo,
Cual descogiendo el arco variado
La ninfa de Taumante ácia poniente
Trae mil colores con el sol en frente.

Cortés, ambas las manos levantadas
Dice: Ya entiendo, espíritu divino,
Que no de mi fervor te desagradas:
Sigo pronto tu anuncio y mi destino;
Los suyos por la cruz de las espadas
Juran no desistir del gran camino
Hasta ensalzar en vez del Dios horrendo
La cruz que tremolada van siguiendo.

En la hazaña el ejército se empeña,
Ya resuena el clarin y cajas luego,
Crece la aclamacion, y hecha la seña
Marcha el campo español: ya no hay sosiego:
Equilíbrase el bronce en la cureña;
Y aplicando la mecha al botafuego
Con ronco estruendo globos infernales
Reventáron los cóncavos metales.
Los ídolos de Méjico tembláron
Al gran rimbombe, y que á su culto aguarde
Mudanza triste, absortos receláron
Ciegos ministros con terror cobarde.
Si lás musas mi verso eternizáron,
Mientras fiero el leon de España guarde
Con las terribles zarpas ámbos mundos,
A pesar de enemigos furibundos;
Heróico Hernan Cortés, será cantada
Tu accion por cuantos doblan la rodilla
Al Monarca español, que en fe acendrada
El orbe que ganaste se le humilla:
Tu accion, que dió á la fama voz no usada,
Al universo espanto y maravilla,
Júbilo al cielo, llanto al orco impío,
Y alta materia al rudo canto mio.

NOTICIAS

DE D. NICOLAS FERNANDEZ MORATIN.

Nació en Madrid en 1737: siguió la carrera de las letras, y estudió la filosofía en el colegio de los Jesuitas de Calatayud, y

el derecho civil en Valladolid. Fue ayuda de guardajoyas de la Reina Doña Isabel Farnesio, á la que acompañó en su retiro de San Ildefonso, y despues vino con ella á Madrid cuando la muerte de Fernando VI. Aquí se distinguió al instante por sus conexiones con los primeros literatos de aquel tiempo, por su talento para la poesía, por su gusto y conocimientos en humanidades, y por su celo ardiente en combatir todos los errores y abusos que afeaban entonces esta amena parte del saber humano. Su primera obra fue la comedia de la *Petimetra*; despues en diferentes tiempos dió las tragedias de Lucrecia, de Hormesinda y de Guzman el Bueno, el poema didáctico de *la Caza*, el periódico intitulado *el Poeta*, y otros diferentes opúsculos en verso y prosa. Su último escrito fue el canto épico *las naves de Cortés*, que presentó á la Academia española para el primer concurso poético que se celebró en ella; y aunque no obtuvo el premio, ha quedado, sin embargo, en la opinion general como un escrito superior, y la mejor obra de Moratin. Falleció en Madrid á 11 de mayo de 1780 á los cuarenta y dos años de su edad, dejando un hijo que ha dado con sus talentos y con sus escritos un lustre todavía mas grande á su nombre. Fue de la sociedad económica de Madrid, y de los Arcades de Roma con el nombre de *Flumisbo Thermodonciaco*.

POESIAS

DE DON JOSEF CADALSO.

ANACREÓNTICAS.

I.

Discípulo de Apeles,
Si tu pincel hermoso
Empleas por capricho
En este feo rostro;
No me pongas ceñudo
Con iracundos ojos
En la diestra el estoque
De Toledo famoso,
Y en la siniestra el freno
De algun bélico monstruo,
Ardiente como el rayo,
Ligero como el soplo;
Ni en el pecho la insignia
Que en los siglos gloriosos
Alentaba á los nuestros,
Aterraba á los moros:
Ni cubras este cuerpo
Con militar adorno,
Metal de nuestras indias,
Color azul y rojo:
Ni tampoco me pongas
Con vanidad de docto

Entre libros y planos,
Entre mapas y globos.
Reserva esta pintura
Para los nobles locos
Que honores solicitan
En los siglos remotos.
A mí, que solo aspiro
A vivir con reposo
De nuestra fragil vida
Estos instantes cortos,
La quietud de mi pecho
Representa en mi rostro,
La alegría en la frente,
En mis labios el gozo.
Cíñeme la cabeza
Con tomillo oloroso,
Con amoroso mirto,
Con pámpano beodo;
El cabello esparcido
Cubriéndome los hombros,
Y descubierto al aire
El pecho bondadoso.
En esta diestra un vaso
Muy grande, y lleno todo
De Jerezano nectar
Ó de manchego mosto.
En la siniestra un tirso
Que es bacanal adorno,
Y en postura de baile
El cuerpo chico y gordo:
Ó bien junto á mi Filis
Con semblante amoroso,

Y en cadenas floridas
Prisionero dichoso.
Retrátame, te pido,
De este sencillo modo,
Y no de otra manera,
Si tu pincel hermoso
Empleas por capricho
En este feo rostro.

II.

¿Quién es aquel que baja
Por aquella colina,
La botella en la mano,
En el rostro la risa;
De pámpanos y yedra
La cabeza ceñida;
Cercado de zagales,
Rodeado de ninfas,
Que al sonde los panderos
Dan voces de alegría,
Celebran sus hazañas,
Aplauden su venida?
Sin duda será Baco
El padre de las viñas,
Pues no, que es el Poeta,
Autor de esta letrilla.

III.

Vuelve, mi dulce lira,
Vuelve á tu estilo humilde:
Y deja á los Homeros

Cantar á los Aquiles.
Canta tú la cabaña
Con tonos pastoriles,
Y los épicos metros
A Virgilio no envidies.
No esperes en la corte
Gozar dias felices,
Y vuélvete á la aldea
Que tu presencia pide.
Ya te aguardan zagales
Que con flores se visten
Y adornan sus cabezas
Y cuellos juveniles.
Ya te esperan pastores
Que deseosos viven
De escuchar tus canciones
Que con gusto repiten.
Y para que sus voces
A los ecos admiren,
Y repitan tus versos
Los melodiosos cisnes;
Vuelve, mi dulce lira,
Vuelve á tu tono humilde,
Y deja á los Homeros
Cantar á los Aquiles.

IV.

Unos sabios gritaban
Sobre el sabor y nombre
Del licor que ofrecia
Ganimédes á Jove,

En las celestes mesas
Convidados los Dioses,
Suspensos los luceros
Y admirados los hombres;
Y yo dije á mi Filis:
Déjales que den voces;
El nombre nada importa
Y del sabor responde:
Que será el que tú dejas
Cuando los labios pones
En la copa en que bebes
Los béticos licores
Cuando contigo bebo,
Cuando conmigo comes;
Y déjales que griten
Sobre el sabor y nombre
Del licor que ofrecia
Ganimédes á Jove.

LETRILLA I.

De este modo ponderaba
Un inocente pastor
A la ninfa á quien amaba
La eficacia de su amor:
¿Ves cuantas flores al prado
La primavera prestó?
Pues mira, dueño adorado,
Mas veces te quiero yo.
¿Ves cuánta arena dorada
Tajo en sus aguas llevó?
Pues mira, Filis amada,

Mas veces te quiero yo.
¿Ves al salir de la aurora
Cuanta avecilla cantó?
Pues mira, hermosa pastora,
Mas veces te quiero yo.
¿Ves la nieve derretida
Cuanto arroyuelo formó?
Pues mira, bien de mi vida,
Mas veces te quiero yo.
¿Ves cuanta abeja industriosa
De esa colmena salió?
Pues mira, ingrata y hermosa,
Mas veces te quiero yo.
¿Ves cuantas gracias la mano
De las deidades te dió?
Pues mira, dueño tirano,
Mas veces te quiero yo.

LETRILLA II.

De amores me muero,
Mi madre, acudid:
Si no llegais pronto
Vereisme morir.
Catorce años tengo,
Ayer los cumplí,
Que fue el primer dia
Del florido abril,
Y chicos y chicas
Me suelen decir:
¿Por qué no te casan,
Mariquilla? dí.

De amores me muero, &c.
Y á fé, madre mia,
Que allá en el jardin
Estando á mis solas
Despacio me ví
En el espejito
Que me dió en Madrid
Las ferias pasadas
Mi primito Luis.
De amores me muero, &c.
Miréme y miréme
Cien veces y mil,
Y dije llorando,
¡Ay pobre de mí!
¿Por qué se malogra
Mi dulce reir
Y tierno mirar?
¡Ay niña infeliz!
De amores me muero, &c.
Y luego en mi pecho
Una voz oí
Cual cosa de encanto
Que empezó á decir:
¿La niña soltera
De qué ha de servir?
La vieja casada
Aun es mas feliz.
De amores me muero, &c.
Si por ese mundo
No quisiéreis ir
Buscándome un novio,
Dejádmelo á mí:

Que yo hallaré tantos
Que pueda elegir,
Y de nuestra calle
Yo no he de salir:
De amores me muero, &c.
Al lado vive uno
Como un serafin,
Que la misma misa
Que yo suele oir:
Si voy sola, llega
Muy cerca de mí,
Y se pone lejos
Si tambien venís:
De amores me muero, &c.
Me mira, le miro,
Si me vió le ví,
Se pone mas rojo
Que el mismo carmin.
Y si esto le pasa
Al pobre, decid,
¿Qué quereis, mi madre,
Que me pase á mí?
De amores me muero, &c.
Enfrente vive otro
Taimado y sutil,
Que suele de paso
Mirarme y reir,
Y disimulado
Se viene tras mí,
Y á ver donde voy
Me suele seguir:
De amores me muero, &c.

Otro hay que pasea
Con aire gentil
La calle cien veces,
Y aunque diga mil:
Y á nuestra criada
Le suele decir:
Bonita es tu ama:
¿Te habla de mí?
De amores me muero, &c.

ENDECHAS.

Apaga, Cupido,
Tu ligera llama,
Si enciende Himeneo
Sus antorchas sacras.
Respeta de Lesbia
La mano ligada
A la de su dueño
Con tiernas guirnaldas.
Virtud y modestia,
Honor y constancia
Por medio del templo
La llevan al ara.
Tus armas son pocas
Para arrebatarla
De la tropa fuerte
Que ya la acompaña.
Y si tus intentos
A tanto llegáran,
Vencido, abatido,
Burlado quedáras.

Y nuevo trofeo
Seria tu aljaba
Del triunfo seguro
Que honor alcanzára.
No mas me presentes
Con lisonjas falsas
Mudables cimientos
Para mi esperanza;
Que de sus virtudes
A la luz sagrada
Huyen las ideas
Culpables y vanas;
Como en noche oscura
Entre las montañas
El miedo al viajante
Pinta sombras varias;
Hasta que del carro
De Febo las llamas
Esparciendo luces
Disipan fantasmas.

ELEGÍA

A LA FORTUNA.

Donde hallarás quien resistirse pueda,
Ciega deidad, al delicioso encanto
Del son del torno de tu instable rueda?
  Si de algun triste el doloroso llanto
Aparta al sabio de la atroz rüina;
Qué poco dura el saludable espanto!
  La mayor parte con vigor camina

Al aereo templo de la diosa fama,
Y despreciar ejemplos determina.
  Enciende la ambicion su horrenda llama,
Toca el clarin la gloria, el mundo suena,
Y nuevas redes tu locura trama.
  El alma débil de furor se llena;
Segunda vez se entrega á tu mudanza,
Que los gustos mas gratos envenena.
  Tambien guióme un tiempo la esperanza,
Monstruo á quien abortó tu devaneo,
Y culpé tu rigor y tu tardanza.
  ¡O cuantas veces se inflamó el deseo
En este pecho joven é inocente,
Que ya por fin desengañado veo!
  ¡Cuál crecia el incendio, que imprudente
Propuso levantar al firmamento
Mi nombre del ocaso al orïente!
  El militar estruendo, el duro acento
Del gefe que las tropas disponia,
El ronco son del bélico instrumento,
  La clin del animal que Betis cria,
El brillo que el dorado Tajo presta
Al fierro de Cantabria, patria mia;
  La pólvora, á las madres tan funesta,
Con estrépito horrendo en los cañones,
Que tantas vidas y sollozos cuesta;
  Y de la horrenda guerra las acciones
Parecíanme glorias soberanas
Dignas de los que habitan las mansiones
  Del alto Olimpo, y que las nueve hermanas
Solo debian entonar loores
A las almas feroces é inhumanas.

Llenábase mi pecho de furores
Al leer de Curcio y de Solís la historia,
De Alejandro y Cortés aduladores.
Envidiaba á los dos la fiera gloria
De ver en Motezuma y en Darío
Caprichos de la suerte y la victoria.
Un héroe sabio y un monarca pio
Parecíanme indignos de su cuna,
Su libro indigno del estudio mio.
Con gusto ví la bélica fortuna
Del soberbio Breton al Lusitano
Dar contra España audacia no oportuna.
Y las melenas del leon hispano
Coronarse con lises, y á su saña
Rendir Almeida el alto muro ufano.
Y al ver de Marte por la dura España
Rodar el carro con horrible estruendo,
Y alzar la muerte su infeliz guadaña;
Iba yo en mi memoria recorriendo
Historias dignas de dolor y espanto,
Y mi alma con los nombres complaciendo
De Numancia, Sagunto y de Lepanto,
De Méjico, de Cuzco y de Pavía,
De San Quintin, de Almansa y Campo-santo,
De Roncesvalle, y tanto crudo dia
Que en nuestros fastos con orgullo se halla,
Y lee la juventud con alegría.
Deseaba llegase la batalla
En que las tropas, que La-Lipe ordena,
Huyesen de Lisboa á la muralla,
O rindiesen el cuello á la cadena
Para venir de Atocha al templo santo,

Que de himnos victoriosos siempre suena,
Y do ven las naciones con espanto
Banderas y estandartes y tambores
Con nuestro gozo y con ageno llanto.
Pero dias mas gratos y mejores
Iba trayendo el tiempo á los mortales,
Enfrenando de Marte los rigores,
Y Cárlos, lastimado de los males
Que el mundo en tantos daños padecia,
Le quiso repartir bienes iguales.
Y así como Neptuno volvió el dia,
Quietud y el sol al triste mar, turbado
Por ira de la diosa que queria
Anonadar la gente á quien el hado
Prometia el imperio de la tierra;
Así tambien al mundo encarnizado
En una larga y horrorosa guerra,
Cárlos dió paz, y el mundo gozar pudo
Los muchos bienes que su nombre encierra.
El soldado colgando el fuerte escudo
En el nativo hogar, al padre anciano
Con tono extraño y ademan forzudo
Contó los lances de la guerra, ufano
De que su simple voz oida sea
Por cariñosa madre, tierno hermano,
Zagales toscos de la misma aldea,
Y la zagala joven y gallarda
Con quien unir su corazon desea,
Y á quien el dia deseado tarda.
Ya de otro caos la naturaleza
Sale segunda vez; no se acobarda
El marinero ya con la fiereza

Del mar, ni el labrador ya se detiene
En romper de la tierra la dureza.
Cada arte y ciencia nueva vez previene
A quien la trate aplausos y consuelo:
A los mortales la quietud ya viene.
Y la voz de los pueblos llega al cielo
Con júbilos: con gozo y alegría
El cielo esparce su bondad al suelo.
Y yo sintiendo el deseado dia,
Viendo en él mi esperanza fenecida,
Pues la guerra tu gracia me ofrecía,
Viné á la Corte, donde nueva vida
Nuevas lides ofrece, y nueva pena
Con colores de gustos bien fingida.
Allí arrastré la rígida cadena,
Tan dura que, aun despues de rescatado,
En mis oidos su rüido suena.
Sí, fortuna: yo ví (cuan espantado
Hasta ver que lo mismo siempre ha sido)
Ví lo que nunca hubiera yo soñado:
Y por tus sacerdotes conducido
Tus ritos ví, tus víctimas y templo,
Jóven audaz y nada apercibido.
Guióme de otros muchos el ejemplo
Cuya vida juzgaba yo calmada
Y ahora esclavitud triste contemplo.
Ya con rodilla ante el altar doblada
Movió mi débil mano el incensario,
Por culto de una estatua inanimada.
La cara del amigo y del contrario
Mil veces ví con arte equivocarse,
La del cobarde y la del temerario.

En fin, ví con dolor adulterarse
Virtud, honor, bondad, y con pasiones
Del mas horrible género mezclarse.
Me engañaste hasta aquí. ¡Cuántas razones,
Tirana, me pusiste, deseando
Llevarme mas allá! ¡Cuántas me pones
Con rostro afable y con acento blando
Aun despues del desprecio con que veo
Al que vas abatiendo ú ensalzando!
Lo sabes, y que yo solo deseo
Huir de tí, porque jamas consigas
De mi pecho formar nuevo trofeo,
Por mas que me acaricies ó persigas.

CANCION PRIMERA

En alabanza de Don Nicolas Moratin.

El semidios, que alzándose á la cumbre
Del alto Olimpo, prueba la ambrosía
Entre la muchedumbre
De dioses en la mesa del Tonante,
Y en copa de diamante
Purpúreo nectar bebe,
Al son de la armonía
De los astros que el cielo en torno mueve,
Si desciende algun dia
Al mundo, le fastidian los manjares
De huerto, viñas, selva, montes, mares.
Desde que el campo Elíseo al tierno Orfeo
Oyó cantar su amor en tono blando,
Y el ardiente deseo

De volver á lograr su dulce esposa,
Cuya lira amorosa,
Mientras duró sonando,
De Sísifo y de Tántalo un momento
Paró todo el tormento;
Ya no se admira, cuando
Algun mortal al verse en tal delicia
Las gracias canta á su deidad propicia.
Quien vió surcando el mar minas gigantes
Sangrientas amazonas, gente extraña,
Y límites distantes
De humana audacia no, mas sí del mundo,
Y el piélago profundo
Pasa con ancha nave
Volviendo rico á España;
En su tranquilo hogar vivir no sabe,
Desprecia la cabaña
La barca y red que le ocupó primero
Antes que fuéra osado marinero.
El jóven que una vez del Tració Marte,
De pálidos cadáveres cercado,
Tremoló el estandarte,
Y en su carro triunfal fué conducido,
De su patria aplaudido,
Con bélico trofeo
Y júbilo aclamado,
Por volver á la lid arde en deseo:
Ya desdeña el arado,
Hijos, esposa, padre, mesa y lecho:
Solo el guerrero horror le llena el pecho.
Y al que al divino Moratin oyere
Los metros que el timbreo dios le inspira,

Y el brio con que hiere
La cítara de Píndaro sagrada,
Ya nunca mas le agrada
La humana voz, ni sones
De otra cualquiera lira;
Por mas que suenen ínclitas canciones
Que el necio vulgo admira:
Canta, pues, entre todos el primero,
Y calle Ercilla, Herrera, Horacio, Homero.
  Cancion, dile á mi amigo
Que me falta el aliento,
Y que cuando cantar su gloria intento,
Callo mil veces mas de lo que digo.

CANCION II.

Al mismo asunto.

¡Ay, si cantar pudiera
Los hijos de los dioses lira de hombre,
Y cual trompa guerrera
De altísona armonía,
Que ambos polos atónitos asombre
Resonase la mia,
Hijo de Febo, jóven prodigioso,
Cuál se alzára mi númen orgulloso!
  Se alzára por regiones
Astros, esferas, mundos; y á su acento
Las célicas mansiones
Eco sacro darian,
Y los dioses del alto firmamento
A escucharme vendrian.

Anfion y Orfeo no triunfaron tanto
Del mar, y hórrido reino del espanto.
Creyéndome inspirado
Para cantar tus loores dignamente,
Mandándomelo el hado,
Las musas castellanas
Con lauro coronándome la frente
Vendrian mas ufanas
Que las de Tebas, cuando el Dios del dia
A Píndaro portentos influía.
La cítara Lesbiana,
Que con marfil y pulso á trinar hecho
Tañe la diestra ufana,
En vano, dulce amigo,
Para cantarte aplico al blando pecho:
No resuena conmigo
Como en tu mano armónica resuena,
De pompa, magestad y gloria llena.
Resuena cual solia
La de Salicio y Títiro en lo blando
La dulce lira mia;
Parezco al imitarte
Pastor que con su avena está imitando
Las trompetas de Marte:
Los céfiros se rien y recrean
Y las purpúreas flores se menean.
Con lascivos arrullos
Ya los pájaros juntan su armonía,
Y el rio sus mormullos
Muy gustoso y tranquilo,
Cuando el mundo de horrores temblaria
Del Orinoco al Nilo,

Si las ruedas del carro resonáran
Y á la trompeta atroz acompañáran.
Fatíganme en lo interno
Furias, trasgos y manes que aparecen
Del horrísono infierno
Y báratro profundo,
Y sol y luna y astros se oscurecen,
Y se anonada el mundo
Rompiéndose ambos polos con estruendo,
Y el caos primero tímido estoy viendo.
Euménides atroces
Su fuego en torno esparcen con silbido,
Y horrendísimas voces,
Con víboras, serpientes,
Con culebras el pelo entretegido,
Los brazos relucientes
Con triste luz; ¡o corazon, te pasmas!
Que solo muestra espectros y fantasmas.
La Envidia las conmueve
Sacándolas del centro del abismo,
Y con ardid aleve
En mi pecho las hunde,
Con fiero ardor contra mi amigo mismo,
Porque mil celos fundo
Cuando la fama le aclamó poeta
Con el son inmortal de su trompeta.
¿Conque permite el hado,
Me dice en ronco son la horrible Dea,
Que parezca olvidado
Tu nombre con tu verso,
Y que de Moratin la musa sea
La que del universo

Haga sonar en uno y otro polo
Con cítara que envidie el mismo Apolo?
Dijo: y su pecho lleno
De áspides ponzoñosas y rencores
Me arrojó su veneno:
Se encendió el pecho mio
Cual seca mies del rayo á los ardores
Vibrado en el estío:
Tu nombre aborrecí con fiero ceño,
Cual esclavo la mano de su dueño.
Mas la Amistad sagrada
Con su cándida túnica desciende
De la empírea morada:
De virtudes un coro
La cerca, y con su manto se defiende:
Su carro insigne de oro
Deslumbra y ciega al monstruo que me incita,
Y al centro del horror le precipita.
Mirándome la Diosa
Con faz serena y plácida hermosura
Dejó mi alma gozosa,
Cual esparce alegría
Rosada aurora tras la noche oscura:
Dando consuelo el dia
Desde el lejano lúcido orizonte
Al hombre, al bruto, al ave, al campo, al monte.
Mi frente, que arrugada
De mi alma mostró el cruel tormento,
Con mano regalada
Alzó diciendo: vive
Con amigo tan ínclito contento;
Como tuyo recibe

El justo aplauso y lírica corona
Que le dá Olimpo, España y Helicona.
Aquellos que yo he unido
Con mis vínculos gratos y celestes,
Despues que hayan cumplido
Los dias de sus hados
Castor y Polux; Pílades y Orestes
A Olimpo son llevados,
Y Júpiter llenando mi deseo
Eternos viven Piritóo y Teseo.
Deja á las torbas almas
La sátira y rencor, y tus laureles
Junta á las sacras palmas
De Moratin divino:
No temen los amigos si son fieles
Las iras del destino,
Y al lado de sus versos asombrosos
Se admirarán los tuyos amorosos.
A él le ha dado Apolo
La cítara de Píndaro sonante
Para que cante él solo
De Cárlos las hazañas;
Oyendo desde el punto mas distante
Américas y Españas,
Coronado en cada una de las zonas,
Y sus virtudes mas que sus coronas.
Y por probarse á veces
Cantará de la patria y sus varones
Heroicás altiveces:
Escúchale entonando
Sagrados himnos, líricas canciones,
Y estándole escuchando

Suspenso el cielo, quedan sin empleo
Espada, lira, rayo y caduceo.
Para él es digno asunto
Lo de Méjico y Cuzco y de Pavía
Y Numancia y Sagunto,
San Quintin y Lepanto,
Y de Almansa y Brihuega el claro dia
Feliz á España tanto:
Pero tú. . . canta céfiros y flores,
Arroyos dulces y ecos de pastores.
Dijo, y fuese volando,
Dejando el alma llena de consuelo,
Y un rastro fué dejando
De clara luz sagrada
Desde la humilde tierra al alto cielo:
Su corona estrellada
En torno por el aire difundía
Etéreo olor de líquida ambrosía.

ODA I.

A Cupido.

Niño temido por los dioses y hombres,
Hijo de Venus, ciego amor, tirano;
Con débil mano vencedor del mundo;
Dulce Cupido,
Quita del arco la fatal saeta,
Deja mi pecho que con fuerza heriste
Cuando la triste, la divina Filis
Me dominaba.
Desde que el hilo de su dulce vida

Por dura parca feneció cortado,
Desde que el hado la llevó á la sacra
Cumbre de Olimpo,
Guardo constante la promesa justa
De que ella sola me seria cara,
Aunque pasára las estigias ondas
Con Aqueronte.
De negros lutos me vestí llorando,
Y de cipreses coroné mi frente,
Eco doliente me llevó con quejas
Hasta su tumba.
Sobre la losa que regué con sangre
De una paloma negra y escogida,
Fue repetida por mi voz la sacra
Justa promesa.
Sacra ceniza, repetí mil veces,
Sombra de Filis, si mi pecho adora
Otra pastora, desde tan tremenda
Lóbrega noche;
Haz que á mi falso corazon asombre
Cuanto las cuevas del Averno ofrecen,
Cuanto padecen los malvados, cuanto
Sísifo sufre.
Júrolo, Filis, por tu amor y el mio,
Por Venus misma, por el sol y luna,
Por la laguna que venera el Padre
Omnipotente.
Las losas duras á mi acento triste
Mil veces dieron ecos horrorosos,
Y de dudosos ayes resonaron
Túmulo y ara.
Dentro del mármol una voz confusa

Dijo : Dalmiro, cumple lo jurado :
Quedé asombrado, sin mover los ojos,
Pálido y yerto.
Temo si rompo tan solemnes votos
Que Jove apure su rigor conmigo :
Y otro castigo, que es el ser llamado
Pérfido, aleve.
Entre los brazos de mi nueva amante
Temo la imagen de mi antiguo dueño,
Ni alegre sueño, ni tranquilo dia
Ha de dejarme.
En vano Cloris, cuyo amor me ofreces,
Y á cuyo pecho mi pasion inclinas,
Pone divinas perfecciones juntas
Ante mis ojos.
Ante mi vista se aparece Filis,
En mis oidos su lamento suena,
Todo me llena de terror, y al suelo
Tímido caigo.
Lastima causen á tu pecho, o niño,
Las voces mias, mis dolientes voces,
Y si conoces el dolor que causas
Lástima tenme.
La nueva antorcha que encendiste apaga,
Y mi constante corazon respire ;
Haz que no tire tu invencible mano
Otra saeta.
¡Ay! que te alejas y me siento herido,
Ardo de amores, y con presto vuelo
Llegas al cielo, y á tu madre cuentas
Tu tiranía.

ODA II.

A Venus.

Madre divina del alado niño,
Oye mis ruegos, que jamas oiste
Otra tan triste lastimosa pena
Como la mia.
Baje tu carro desde el alto Olimpo
Entre las nubes del sereno cielo,
Rápido vuelo traiga tu querida
Blanca paloma.
No te detenga con amantes brazos
Marte, que deja su rigor al verte,
Ni el que por suerte se llamó tu esposo
Sin merecerlo.
Ni las delicias de las sacras mesas
Cuando á los dioses lleno de ambrosía
Brinda alegría Jove con la copa
De Ganimédes.
Y el eco suena por los altos techos
Del noble alcazar, cuyo piso huellas
Lleno de estrellas de luceros y astros,
Luz soberana.
Cerca del ara de tu templo en Pafos,
Entre los himnos que tu pueblo dice,
Este infelice tu venida aguarda:
Baja volando
Alzo los ojos al verter el vaso
De leche blanca y de mïel sabrosa,
Ciño con rosa, mirtos y jazmines

Tú que á los pechos llenas de placeres,
¿Por qué no quieres que Dalmiro triunfe?
Mándalo, Venus.

NIÑA PRIMERA.

Como la rosa
Agradecida
Dá mil aromas
Al amoroso
Céfiro blando,
Cuando la halaga
Y la rodea;

NIÑO PRIMERO.

Haz que reciba
En su regazo
Cloris afable
Al que la adora.

CORO DE NIÑOS.

Reina de Pafos y de amores diosa,
Tú que á los pechos llenas de placeres
¿Por qué no quieres que Dalmiro triunfe?
Mándalo, Venus.

NIÑA SEGUNDA.

Como la yedra
Halla en el olmo
Vínculo firme
Cuando le abraza;

NIÑO SEGUNDO.

Haz que á su amante
Plácido rostro
Ponga la ninfa
Cuando le vea:
Pábulo nuevo

Halle su llama
En su querida
Dulce zagala.

CORO DE NIÑAS.

Reina de Chipre, diosa de Cithéres,
Tú que á los dioses y á los hombres mandas
¿Por qué no ablandas á la dulce Cloris?
Mándalo, Venus.

NOTICIA

DE DON JOSEF CADALSO.

Nació en Cádiz á 8 de octubre de 1741. Sus padres le enviaron desde muy jóven á recorrer los paises extrangeros, y á los veinte años ya habia visitado la Francia, la Inglaterra y la Alemania. Volvió á España, y sus primeros ensayos en la literatura no fueron muy felices, á juzgar por *la Optica del cortejo* que se le atribuye. Despues reformó sus estudios, y empezó á aprovecharse de lo que habia aprendido fuera de España, y de las observaciones que hacia en la literatura nacional. La primera obra que dió al público como fruto de estas tareas fue el *Sancho García*, tragedia en el gusto clásico, que se representó en los teatros de la Corte, y logró poca aceptacion como todas las de este género entonces. Salió á luz la primera vez con el nombre de Juan del Valle en 1771, y despues en 1781 con el del autor. En seguida de la tra-

gedia publicó los *Eruditos á la violeta*, que lograron un aplauso extraordinario, impresos en 1772. En el año siguiente dió á luz los *Ocios* de su juventud, ó sus Poesías líricas que acrecentaron su reputacion : una y otra obra salieron con el nombre de Don Josef Vazquez. Escribió tambien á imitacion de las Cartas persianas las *Cartas Marruecas*, publicadas despues de su muerte, y algun otro opúsculo que tambien se ha dado á luz, aunque imperfecto.

Siguió la profesion de las armas, y fue comandante de escuadron en el regimiento de caballería de Santiago, y despues graduado de coronel. Hallándose con su cuerpo en Salamanca, conoció y trató mucho á Melendez, Iglesias, Gonzalez y otros humanistas cuyos estudios dirigió, principalmente los de Melendez. Murió herido de una granada en el sitio de Gibraltar en 27 de febrero de 1782.

POESIAS

DE DON TOMAS DE IRIARTE.

EPÍSTOLA I.

A Cadalso, dedicándole la traduccion del Arte poetica de Horacio.

Recibe, o buen Dalmiro, por tributo
Debido á tu amistad ese volumen,
Código en que las leyes se resúmen
Del crítico y poético instituto;
Y acógele benigno, como fruto
De un gran trabajo y de un escaso númen.
  Desde luego verás en su portada
Mucho renglon de letra floreada,
Con su poco de epígrafe latino
Del Romano Orador mas estupendo;
Y en el folio vecino
Un discurso tremendo
Para los que blasfemen de quien hable
Contra libros del tiempo venerable.
Proseguirás leyendo.
Versos á izquierda, versos á derecha;
Unos en un idioma ya perdido,
Otros en el que ya se vá perdiendo;
Y encontrarás al fin larga cosecha
De necesarias notas,
Que serán á esta fecha

Pábulo de envidiosos ó de idiotas.
Pagué á los impresores sus propinas,
Salió el tomo anunciado en la gaceta;
Ví mi nombre estampado en las esquinas:
Nada falta: la obra está completa.
«Nó (me dirás): te falta lo primero,
»Y mereces dar vueltas á una noria
»Pues lo mejor dejaste en el tintero,
»No queriendo poner dedicatoria."
Mas referirte en confianza quiero
De sérias reflexiones el conjunto
Que antes hice á mis solas sobre el punto.
Ocurrióme buscar algun magnate
Que de mi traduccion fuese padrino;
Pero dije despues: ¡qué desatino!
¿Es por ventura Horacio un botarate
Que escribe algun sainete chabacano,
O zarzuela de noches de verano
Llena de impropiedades,
Indecencias, errores, necedades?
¿Ó alguna tonadilla divertida
En que cuente una cómica su vida?
¿Ó el pobre traductor que con esmero
Interpretó la epístola *ad Pisones*,
Ha compuesto romances ó canciones
Pintando á Costillares y á Romero
Como los dos famosos campeones
Que mas ilustran hoy el reino Ibero?
No, no: por ningun caso:
Que si lo sabe Apolo justiciero
Me cerrará la entrada del Parnaso.
Pensé luego si acaso

Fuera mas justo consagrar mi escrito
Al gremio presumido de erudíto
Que suele frecuentar las librerías;
Pero dije al instante, no en mis dias.
¿A quién perdona el numeroso bando
De los qué, viendo libros por el forro,
Y tan solo citando
Nombres y frontispicios,
Tienen pasmado á veces todo un corro?
Tambien alguno de ellos se figura
Que entre buenos patricios
Que aman la nacional literatura
Hace honroso papel, porque deprime,
Como que ya del público es esclavo,
Al que por celo, y sin ganar ochavo,
Con otra aprobacion su libro imprime.
Hablará en una tarde un tomo en folio
Mayor que el diccionario de Nizolio,
Y no escribe una página de octavo.
Y el otro que pretende
Ganar la palma de escritor, emprende,
Salga melon, ó salga calabaza,
Cualquier libro francés, y le disfraza
A costa de poquísimo trabajo,
En idioma genízaro ó mestizo,
Diciendo á cada vez: yo te bautizo
Con el agua del Tajo
Por mas que hayas nacido junto al Sena;
Y rabie Garcilaso enhorabuena;
Que si él hablaba lengua castellana,
Yo hablo la lengua que me dá la gana.
No permitan las musas que mi Horacio

Salga en dedicatoria ó en prefacio,
Implorando favores,
Elogio ú proteccion de estos señores.
Poco despues se me ofreció la idea
De consagrar al Matritense vulgo
Esta nueva tarea
Que para el bien del público divulgo;
Pues de aquel gran maestro los consejos
Remedio suelen ser de abusos viejos.
Creí que su lectura alcanzaria
A dar un susto á Marta y Bayalárde,
Que reinan en las tablas todavía;
Mas ví que la reforma está muy lejos;
Pues quiso mi fortuna que una tarde
Entrase en lo que llaman coliseo,
Donde ofrecen recreo
Que no fuera recreo en Berbería,
Ni en el siglo duodécimo lo fuera.
De dos ingenios era
Ó de tres la comedia que se hacía:
Y oí que en medio de ella un comediante
Dijo con seriedad: «Sepa el discreto
»Que lo representado es de Moreto,
»Y sigue el otro autor de aquí adelante."
Me confundo, me aturdo,
Quédome frio, sonrojado, absorto,
No del terrible absurdo,
Pues de un ingenio al arte no sujeto,
Mas que un buen parto espero yo un aborto;
Sino de la plebeya tolerancia,
Hija de una torpísima ignorancia.
Noté que con espíritu pacato

Sus puestos conservó la gente toda.
Las palmadas irónicas de moda,
Que han sido succesoras del silbato,
Yo no sé para cuándo se guardaban.
Ni yo ví en los semblantes
De los muchos y honrados circunstantes
Muestras de que tal vez se disgustaban.
Ni desde la tertulia á la luneta
Oí run run que al bárbaro poeta
Condenase, ú al cómico insolente.
Y aqueste mismo vulgo que indolente
Con tan rara humildad todo esto aguanta,
Siéndole al parecer indiferente
Lo que se representa ó bien se canta;
Con gran tesón, con fervoroso empeño
Por esta ó por aquella comedianta
Se apasiona tal vez, se quita el sueño,
Disputa, se atormenta,
Se pica, se acalora, y se impacienta.
¿Nunca has pisado el suelo Madrileño
Durante aquellos dias
De la santa cuaresma
En que se enganchan ambas compañías?
¿No has visto como copian una resma
De listas que contienen
Nombres, patrias y grados
De los farsantes que de fuera vienen,
Como de los que salen descartados,
Ó de los que ajustados se mantienen?
¡Con qué curiosidad, con cuánto anhelo,
Con qué parcialidades y pendencias
Andan todos en varias concurrencias

Por aquel manuscrito al redopelo!
El empeño es saber, quien representa:
Si la Anastasia queda cuarta ó quinta,
Si será la Isabel sobresalienta,
Si es dama la Violante ó la Jacinta;
Pero ninguno averiguar intenta
Si los dramas serán buenos ó malos,
Ni si en los intervalos
Han de ofrecer sainetes insolentes,
Modelos de pacíficos maridos,
De tunos y de pillos indecentes,
Ó baile de candil que acabe en palos;
Ni si saldrán vestidos
Neron con su peluca y su casaca,
Ó con sus dos relojes doña Urraca.
Lo mismo es esto que buscar violines,
Un violon, contrabajo, clave y viola,
Oboes ó flautas, trompas ó clarines,
Y timbales que meten batahola,
Y cuando ya la orquesta se convoque,
Música no tener para que toque,
Ó tenerla tan mala y displicente
Que á los ratones de la casa ahuyente.
  Con un pueblo que sufre vicios tales,
Aun cuando bien conoce el desatino,
No es decente que el docto Venusino
Malogre sus discursos racionales;
Ni soy yo tan injusto, necio, ú loco
Que pretenda tampoco
Que á Horacio estudien los que nada leen;
Y menos en la tierra donde creen
Que el arte y sus preceptos verdaderos

Son invencion moderna de extrangeros.
  Fundado en estas sólidas razones,
Y otras que no te explico
Por evitar molestas digresiones,
Mi tomo á poderosos no dedico,
Ni á los que se intitulan literatos,
Ni á espíritus plebeyos insensatos:
Te le dedico á tí, Dalmiro amigo,
Para que con Horacio, y aun conmigo,
Juicioso te lamentes, ó te rias
Del buen gusto que reina en nuestros dias.
  Cuando yo de este mundo al otro parta,
Si vivo estás y mi recuerdo estimas,
Mi traduccion te pido que reimprimas
Y por dedicatoria aquesta carta.

EPÍSTOLA II.

A un amigo, enviándole algunas de sus poesías que deseaba ver.

Pues lo quieres y pides, te remito
Fabio, esas castellanas poesías,
Que, confiadas solo en que son mias,
Se precian de llevar buen sobrescrito
Para que las disculpe ó las apruebe,
No el dictamen que des como erudíto,
Sino el afecto que el autor te debe.
  En pago de mis versos solicito
Que hoy tu ingeniosa decision acuda
A sacarme, si es facil, de una duda
Que ha dias me persigue y la persigo,

Y la imaginacion me tiene inquieta:
Es á saber, amigo,
Si es un bien, ó es un mal el ser poeta.
Yo que lo dudo, mis razones tengo;
Óyelas, pues, y á tu sentir me avengo.
Por una parte hay ratos en que alabo
Al piadoso destino
Que en vez de hacerme esclavo
Del juego, ociosidad, infame vino,
Ú otros excesos viles,
Quiso desde los años juveniles
Infundirme un espíritu coplero,
Que, aunque no me da fama ni dinero,
Me entretiene, deleita y satisface,
Y á mis solas me hace
Olvidar cuanto encierra el mundo entero.
No ignoro que la lista
De las útiles artes necesarias
Al intrínseco bien de los Estados
No incluye las tareas de un versista;
Pero sé que las varias
Proezas de varones esforzados,
Los aciertos loables de un Gobierno,
Y cuanto las naciones adelanten
Queda en olvido eterno
Cuando líricos faltan que lo canten.
Los pueblos y los siglos que carecen
De heröicos poetas, asímismo
Carecen siempre, o Fabio, de heroismo.
No dudes, no, que en todos los reinados
Si las letras humanas no florecen,
Las demas ciencias y artes descaecen.

Y en donde los teatros son dechados
De buen gusto, decoro y recto juicio,
¡Cuán pleno beneficio
Difunde la elegante poesía!
Los hombres cuya gran sabiduría
Vive en la griega y la romana historia,
Tuvieron por deleite y aun por gloria
Sujetar sus conceptos
Al yugo de los métricos preceptos:
Y omitiendo estos públicos loóres
Con que el arte de Apolo
Han celebrado ingenios superiores,
Contemplaré tan solo
Aquel vario placer con que ameniza
El civil trato y sociedad privada.
El tierno corazon á quien hechiza
Una beldad discreta y agraciada,
Su dicha en dulces versos encarece.
El que la ausencia sufre, ó los rigores,
Su mal con tristes metros adormece.
Quien de las bellas artes los primores
Mira cual bienes de la humana vida,
Los pinta con poéticos colores;
Y aquel que amigos tiene ó bienhechores,
En sus rimas tal vez no los olvida
¿Donde hay gozo que iguale al de un poeta
Cuando acaba de hallar un consonante
Natural, adecuado y elegante,
Con que un sonoro verso se completa?
¡Qué vanidad en su interior se excita
Cuando con un pausado manoteo
Y voz declamatoria, se recita

Para su propio y único recreo
Lo que sacar al público medita!
Si lo enseña á un curioso, y este abona
Verso por versó con propicio voto,
¡Cuál se ensancha, cuál triunfa, cuál blasona!
Aunque entienda morir hambriento y roto,
No trueca en aquel punto su persona
Por la del mas feliz, mas regalado
Canónigo que tenga toda España,
Que coma, beba, y duerma sosegado,
Y logre un ama fiel y nada uraña.
Pues ¿qué diré del júbilo que siente
El poeta que se halla por fortuna
En una alegre mesa, y de repente
Se explica en una décima oportuna
Que suspende á la turba concurrente?
Los repetidos vivas y el ruïdo
Que hacen con los cuchillos en los platos
Los que el númen le aplauden, á su oido
Son mil veces mas gratos
Que el acorde solfeo
De Febo, de Anfion, y el Tracio Orfeo.
Estos, y muchos mas, dichosos ratos
El poético oficio proporciona,
Cuando benignamente nos corona
De verde lauro las calientes sienes.
Mas ya verás, o Fabio, en un instante
Este lauro marchito:
Verás al infeliz versificante
(¡Tales son de la suerte los vaivenes!)
De su antigua pasion y error contrito,
En pésames trocar los parabienes.

Primeramente, amigo, el pobrecito
Tuvo en hacer sus versos gran trabajo:
Alguno de ellos hubo que le trajo
Tres dias mal comido y caviloso.
Buscó en su casa una remota pieza
Y retiróse á ella silencioso.
Rascóse dos mil veces la cabeza,
Y tres mil se chupó los dos pulgares;
Escribió treinta versos regulares,
Doscientos malos y catorce buenos;
Y echó sus cien borrones á lo menos.
Batalló contra un perro consonante
Que todo su concepto deslucía,
Desterró un epíteto redundante,
Y enmendó una feroz cacofonía.
Item mas, con bastante sentimiento
(¡O sacrificio raro é inhumano!)
Desperdició un hermoso pensamiento
Que, aunque era agudo, enfático y galano,
Entonces no venia bien á cuento.
  Traslada en fin la obra de su mano;
Entrégala á un amigo por fineza,
Y apenas éste á divulgarla empieza
Cuando por las tertulias corren copias
Tan viciadas por bárbaros copiantes,
Que el autor, exornado con variantes,
Ya desconoce sus ideas propias.
  Para mayor dolor advierte luego
Que un idiota importuno,
Como si fueran coplas de algun ciego,
Va á leerle sus versos en voz alta.
Testimonios levanta en cada uno,

Y sílaba ó diccion siempre le falta:
Como niño de escuela deletrea;
El desgraciado autor está que salta,
Y entre tanto bosteza la asamblea.
Aun mas que esto sucede en otra parte,
Donde habla un licenciado presumido
Como si hubiera comentado el arte
Del aplaudido Horacio,
(Nombre que, ni aun citado, habrá leido
En nota marginal de algun prefacio;)
Y creyendo que en críticas disputas
Convencen las razones descorteses,
Condena en dos palabras absolutas
El trabajo apreciable de dos meses.
Solo con que un poeta dé por suya
Una versificada friolera,
Correrá luego alguna voz maligna
Que, sin mas fundamento, le atribuya
Cualquier sátira indigna
Que perjudique á su intencion sincéra;
O versos le prohijan á lo menos,
Que ni en un villancico fueran buenos.
¿Quieres que en nuestros dias
Haya necio librero
Que publique á su costa poesías
Para perder su tiempo y su dinero,
Mientras hay moralista que le paga,
A los Salmaticenses y á Larrága,
Aprendiz de letrado
Que le compra á Pichardo y á Salgado;
Y muchachos que rompen á millones
Belarminos, Espejos y Catones;

Ó que en latinas aulas hacen uso
Del Arte que Nebrija no compuso?
Despues, algunos ricos y magnates
Que dar pudieran recompensa honrosa,
Hoy solo piden que les hablen prosa,
Y á los poetas tienen por orates.
Las damas, que tampoco ya despuntan
Como en siglos pasados por discretas,
Si en el teatro público se juntan
Aplauden, cuando mas, al tramoyista;
Oyen tal cual chulada del sainete,
Y sirve lo demas de sonsonete
Mientras están haciendo una conquista.
El actual abandono me contrista
De las dormidas musas castellanas:
Y en verdad, Fabio, que la vez que llego
Á una esquina ó portal en donde un ciego
Canta y vende sus coplas chabacanas,
Cercado de vulgar y zafia gente,
Le quito mi sombrero reverente,
Diciéndole con mucha cortesía:
Dios te conserve, insigne Jacarero,
Que nos das testimonio verdadero
De que aún hay en España poesía.
Bienes y males he citado, amigo,
Que alcanzan á los hijos del Parnaso,
Y te figurarás lo que no digo:
Resuelve, pues, en tan dudoso caso,
Ya que esperando tu respuesta quedo,
Si es justo se alce estatua á un buen poeta,
Ó al que se atreva á serlo, se le meta
En la casa de locos de Toledo.

FABULAS LITERARIAS.

I.

El Oso, la Mona y el Cerdo.

Un oso, con que la vida
Ganaba un piamontés,
La no muy bien aprendida
Danza ensayaba en dos pies.
Queriendo hacer de persona
Dijo á una mona: ¿qué tal?
Era perita la mona,
Y respondióle, muy mal.
Yo creo, replicó el oso,
Que me haces poco favor.
¿Pues qué? ¿mi aire no es garboso?
¿No hago el paso con primor?
Estaba el cerdo presente,
Y dijo: ¡bravo! ¡bien vá!
Bailarin mas excelente
No se ha visto ni verá.
Echó el oso, al oir esto,
Sus cuentas allá entre sí,
Y con ademan modesto
Hubo de exclamar así:
Cuando me desaprobaba
La mona, llegué á dudar;
Mas ya que el cerdo me alaba
Muy mal debo de bailar.

Guarde para su regalo
Esta sentencia un autor:
Si el sabio no aprueba, malo,
Si el necio aplaude, peor.

II.

El Burro flautista.

Esta fabulilla,
Salga bien ó mal,
Me ha ocurrido ahora
Por casualidad.
Cerca de unos prados
Que hay en mi lugar
Pasaba un borrico
Por casualidad.
Una flauta en ellos
Halló que un zagal
Se dejó olvidada
Por casualidad.
Acercóse á olerla
El dicho animal;
Y dió un resoplido
Por casualidad.
En la flauta el aire
Se hubo de colar,
Y sonó la flauta
Por casualidad.
¡O! dijo el borrico:
¡Qué bien sé tocar!
¿Y dirán que es mala
La música asnal?

Sin reglas del arte
Borriquitos hay
Que una vez aciertan
Por casualidad.

III.

El Pato y la Serpiente.

A orillas de un estanque
Diciendo estaba un pato:
¿Á qué animal dió el cielo
Los dones que me ha dado?
Soy de agua, tierra y aire:
Cuando de andar me canso,
Si se me antoja, vuelo;
Si se me antoja, nado.
Una serpiente astuta
Que le estaba escuchando,
Le llamó con un silbo
Y le dijo: seo guapo,
No hay que echar tantas plantas,
Pues ni anda como el gamo,
Ni vuela como el sacre,
Ni nada como el barbo.
Y así tenga sabido,
Que lo importante y raro
No es entender de todo,
Sino ser diestro en algo.

IV.

El Gusano de seda y la Araña.

Trabajando un gusano su capullo,
La araña, que tejía á toda prisa,
De esta suerte le habló con falsa risa
Muy propia de su orgullo:
¿Qué dice de mi tela el seor gusano?
Esta mañana la empecé temprano,
Y ya estará acabada á mediodia,
Mire qué sutil es, mire qué bella....
El gusano con sorna respondia:
Usted tiene razon: así sale ella.

V.

Los Huevos.

Mas allá de las Islas Filipinas
Hay una que ni sé cómo se llama,
Ni me importa saberlo, donde es fama
Que jamás hubo casta de gallinas,
Hasta que allá un viajero
Llevó por accidente un gallinero.
Al fin tal fué la cria, que ya el plato
Mas comun y barato
Era de huevos frescos; pero todos
Los pasaban por agua (que el viajante
No enseñó á componerlos de otros modos).
Luego de aquella tierra un habitante

Introdujo comerlos estrellados.
¡ O qué elogios se oyeron á porfia
De su rara y fecunda fantasía !
Otro discurre hacerlos escalfados...
¡ Pensamiento feliz !... otro rellenos...
¡ Ahora sí que están los huevos buenos !
Uno despues inventa la tortilla ,
Y todos claman ya ¡ qué maravilla !
No bien se pasó un año
Cuando otro dijo : sois unos petates ,
Yo los haré revueltos con tomates :
Y aquel guiso de huevos tan extraño ,
Con que toda la isla se alborota,
Hubiera estado largo tiempo en uso
Á no ser porque luego los compuso
Un famoso extrangero á la *hugonota.*
Esto hicieron diversos cocineros ;
Pero ¡ qué condimentos delicados
No añadieron despues los reposteros !
Moles , dobles , hilados ,
En caramelo , en leche ,
En sorbete , en compota , en escabeche.
Al cabo todos eran inventores ,
Y los últimos huevos los mejores.
Mas un prudente anciano
Les dijo un dia : presumís en vano
De estas composiciones peregrinas.
¡ Gracias al que nos trajo las gallinas !
¿ Tantos autores nuevos
No se pudieran ir á guisar huevos
Mas allá de las Islas Filipinas?

VI.

El Jilguero y el Cisne.

Calla tú, pajarillo vocinglero,
(Dijo el cisne al jilguero):
¿Á cantar me provocas, cuando sabes
Que de mi voz la dulce melodía
Nunca ha tenido igual entre las aves?
El jilguero sus trinos repetia;
Y el cisne continuaba ¡ qué insolencia!
Miren como me insulta el musiquillo;
Si con soltar mi canto no le humillo
Dé muchas gracias á mi gran prudencia.
¡ Ojalá que cantáras!
(Le respondió por fin el pajarillo).
¡Cuanto no admirarías
Con las cadencias raras
Que ninguno asegura haberte oido,
Aunque logran mas fama que las mias!
Quiso el cisne cantar, y dió un graznido.
¡ Gran cosa! ganar crédito sin ciencia,
Y perderle en llegando á la experiencia.

VII.

La Abeja y el Cuclillo.

Saliendo del colmenar
Dijo al cuclillo la abeja:
Calla, porque no me deja

Tu ingrata voz trabajar.
N hay ave tan fastidiosa
En el cantar como tú:
Cucú, cucú, y mas cucú,
Y siempre una misma cosa.
¿Te cansa mi canto igual?
(El cuclillo respondió):
Pues á fé que no hallo yo
Variedad en tu panal:
Y pues que del propio modo
Fabricas uno que ciento,
Si yo nada nuevo invento
En tí viejísimo es todo.
Á esto la abeja replica:
En obra de utilidad
La falta de variedad
No es lo que mas perjudica;
Pero en obra destinada
Solo al gusto y diversion,
Sino es varia la invencion
Todo lo demas es nada.

VIII.

El Raton y el Gato.

Tuvo Esopo famosas ocurrencias.
¡Qué invencion tan sencilla! ¡qué sentencias!
He de poner, pues que la tengo á mano,
Una fábula suya en castellano.
Cierto (dijo un raton en su agujero)
No hay prenda mas amable y estupenda

Que la fidelidad; por eso quiero
Tan de veras al perro perdiguero.
Un gato replicó: pues esa prenda
Yo la tengo tambien... Aquí se asusta
Mi buen raton, se esconde,
Y torciendo el hocico, le responde:
¿Cómo? ¿la tienes tú?... ya no me gusta.
La alabanza que muchos creen justa,
Injusta les parece
Si ven que su contrario la merece.
¿Qué tal, señor lector? La fabulilla
Puede ser que le agrade y que le instruya.—
Es una maravilla:
Dijo Esopo una cosa como suya.—
Pues mire usted, Esopo no la ha escrito;
Salió de mi cabeza. —¿Conque es tuya?—
Sí, señor erudito:
Ya que antes tan feliz le parecia,
Critíquemela ahora porque es mia.

IX.

El Lobo y el Pastor.

Cierto lobo hablando con cierto pastor,
Amigo (le dijo), yo no sé por qué
Me has mirado siempre con odio y horror.
¿Tiénesme por malo? no lo soy á fé.
¡Mi piel en invierno qué abrigo no dá!
Achaques humanos cura mas de mil.
Y otra cosa tiene, que seguro está
Que la piquen pulgas ni otro insecto vil.

Mis uñas no trueco por las del Tejon,
Que contra el mal de ojo tienen gran virtud,
Mis dientes ya sabes cuan útiles son
Y á cuantos con mi unto he dado salud.
El pastor responde: perverso animal,
¡Maldígate el cielo, maldígate amen!
Despues que estás harto de hacer tanto mal,
¿Qué importa que puedas hacer algun bien?
Al diablo los doy,
Tantos libros lobos como corren hoy.

X

El Asno y su Amo.

Siempre acostumbra hacer el vulgo necio
De lo bueno y lo malo igual aprecio.
Yo le doy lo peor, que es lo que alaba.
Deste modo sus yerros disculpaba
Un escritor de farsas indecentes.
Y un taimado poeta que lo oía,
Le respondió en los términos siguientes:
Al humilde jumento
Su dueño daba paja, y le decia:
Toma, pues que con eso estás contento.
Díjolo tantas veces, que ya un dia
Se enfadó el asno, y replicó; yo tomo
Lo que me quieres dar; pero, hombre injusto
¿Piensas que solo de la paja gusto?
Dame grano y verás si me le como.
Sepa quien para el público trabaja,
Que tal vez á la plebe culpa en vano,

Pues si en dándole paja, come paja,
Siempre que le dan grano, come grano.

XI.

La Oruga y la Zorra.

Si se acuerda el lector de la tertulia
En que á presencia de animales varios,
La zorra adivinó por qué se daban
Elogios Avestruz y Dromedario;
Sepa que en la mismísima tertulia
Un dia se trataba del gusano,
Artífice ingenioso de la seda,
Y todos ponderaban su trabajo.
Para muestra presentan un capullo,
Examínanle; crecen los aplausos,
Y aun el topo, con todo que es un ciego,
Confesó que el capullo era un milagro.
Desde un rincon la oruga murmuraba
En ofensivos términos, llamando
La labor admirable, friolera,
Y á sus elogiadores, mentecatos.
Preguntábanse pues unos á otros:
¿Por qué este miserable gusarapo
El único ha de ser que vitupere
Lo que todos acordes alabamos?
Saltó la zorra y dijo; pese á mi alma,
El motivo no puede estar mas claro,
¿No sabeis, compañeros, que la oruga
Tambien labra capullos, aunque malos?
Laboriosos ingenios perseguidos,

¿Queréis un buen consejo? Pues cuidado:
Cuando os provoquen ciertos envidiosos,
No hagais mas que contarles este caso.

XII.

El Retrato de golilla.

De frase extranjera el mal pegadizo
Hoy á nuestro idioma gravemente aqueja;
Pero habrá quien piense que no habla castizo
Si por lo anticuado lo usado no deja.
Voy á entretenelle con una conseja;
Y porque le trai mas contentamiento,
En su mesmo estilo referilla intento,
Mezclando dos hablas la nueva y la vieja.
No sin hartos celos un pintor de ogaño
Viá como agora gran loa y valía
Alcanzan algunos retratos de antaño,
Y el no remedallos á mengua tenia;
Por ende, queriendo retratar un dia
A cierto Rico-home, señor de gran cuenta,
Juzgó que lo antiguo de la vestimenta
Estima de rancio al cuadro daria.
Segundo Velazquez creyó ser con esto,
Y así que del rostro toda la semblanza
Hubo trasladado, golilla le ha puesto,
Y otros atavíos á la antigua usanza.
La tabla á su dueño lleva sin tardanza:
El cual espantado fincó desde que vido
Con añejas galas su cuerpo vestido
Magüer que le plugo la faz á bastanza.

Empero una traza le vino á las mientes
Con que al retratante dar su galardon.
Guardaba heredadas de sus ascendientes
Antiguas monedas en un viejo arcon,
Del quinto Fernando muchas dellas son
Allende de algunas de Carlos Primero,
De entrambos Filipos Segundo y Tercero;
Y henchido de todas le endonó un bolson.

Con estas monedas, ó si quier medallas
(El pintor le dice) si voy al mercado,
Cuando me cumpliere mercar vituallas
Tornaré á mi casa con muy buen recado.
Pardiez (dijo el otro) ¿no me habeis pintado
En trage que un tiempo fué muy señoril,
Y agora le viste solo un alguacil?
Cual me retratásteis, tal os he pagado.

Llevaos la tabla, y el mi corbatin,
Pintadme al proviso en vez de golilla,
Cambiadme esa espada en el mi espadin,
Y en la mi casaca trocad la ropilla,
Ca no habrá naide en toda la villa
Que, al verme en tal guisa, conozca mi gesto.
Vuestra paga entonce contaros he presto
En buena moneda corriente en Castilla.

Ora pues, si á risa provoca la idea
Que tuvo aquel sandio moderno pintor,
¿No hemos de reirnos siempre que chochea
Con ancianas frases un novel autor?
Lo que es afectado juzga que es primor,
Habla puro á costa de la claridad;
Y no halla voz baja para nuestra edad,
Si fué noble en tiempo del Cid Campeador.

XIII.

El Té y la Salvia.

El té, viniendo del imperio chino,
Se encontró con la salvia en el camino.
Ella le dijo: ¿á dónde vás, compadre?
Á Europa voy, comadre,
Donde sé que me compran á buen precio.
Yo (respondió la salvia) voy á China,
Que allá con sumo aprecio
Me reciben por gusto y medicina.
En Europa me tratan de salvage,
Y jamas he podido hacer fortuna.
Anda con Dios, no perderás el viage;
Pues no hay nacion alguna
Que á todo lo extranjero
No dé con gusto aplausos y dinero.
La salvia me perdone
Que al comercio su máxima se opone.
Si hablase del comercio literario
Yo no defendería lo contrario;
Porque en él para algunos es un vicio
Lo que es en general un beneficio.
Y español que tal vez recitaría
Quinientos versos de Boileau y el Taso;
Puede ser que no sepa todavía
En qué lengua los hizo Garcilaso.

XIV.

El Cazador y el Huron.

Cargado de conejos,
Y muerto de calor,
Una tarde de lejos
Á su casa volvia un cazador.
Encontró en el camino
Muy cerca del lugar
Á un amigo y vecino,
Y su fortuna le empezó á contar.
Me afané todo el dia
(Le dijo) ¿pero qué?
Si mejor cacería
No la he logrado, ni la lograré.
Desde por la mañana
Es cierto que sufrí
Una buena solana,
Mas mira que gazapos traigo aquí.
Te digo y te repito,
Fuera de vanidad,
Que en todo ese distrito
No hay cazador de mas habilidad.
Con el oido atento
Escuchaba un huron
Este razonamiento,
Desde el corcho en que tiene su mansion;
Y el puntiagudo hocico
Sacando por la red
Dijo á su amo: suplico

Dos palabritas con perdon de usted.
Vaya: cuál de nosotros
Fué el que mas trabajó;
Esos gazapos y otros
¿Quién se los ha cazado sino yo?
Patron, ¿tan poco valgo
Que me tratan así?
Me parece que en algo
Bien se pudiera hacer mencion de mí.
Cualquiera pensaría,
Que este aviso moral
Seguramente haría
Al cazador gran fuerza; pues no hay tal.
Se quedó tan sereno,
Como ingrato escritor,
Que del auxilio ageno
Se aprovecha y no cita al bienhechor.

XV.

El Gallo, el Cerdo y el Cordero.

Habia en un corral un gallinero:
En este gallinero un gallo habia,
Y detras del corral en un chiquero
Un marrano gordísimo yacía.
Item mas, se criaba allí un cordero,
Todos ellos en buena compañía:
¿Y quién ignora que estos animales
Juntos suelen vivir en los corrales?
Pues (con perdon de ustedes) el cochino
Dijo un dia al cordero: ¡qué agradable,

Que feliz, que pacífico destino
Es el poder dormir! ¡qué saludable!
Yo te aseguro, como soy gorrino,
Que no hay en esta vida miserable
Gusto como tenderse á la bartola,
Roncar bien, y dejar correr la bola.
El gallo por su parte al tal cordero
Dijo en una ocasion: mira, inocente,
Para estar sano, para andar ligero
Es menester dormir muy parcamente.
El madrugar en julio ú en febrero
Con estrellas, es método prudente;
Porque el sueño entorpece los sentidos,
Deja los cuerpos flojos y abatidos.
Confuso, ambos dictámenes coteja
El simple corderillo, y no adivina
Que lo que cada uno le aconseja
No es mas que aquello mismo á que se inclina.
Acá entre los autores es muy vieja
La trampa de sentar como doctrina
Y gran regla, á la cual nos sujetamos,
Lo que en nuestros escritos practicamos.

XVI.

El Pedernal y el Eslabon.

Al eslabon de cruël
Trató el pedernal un dia,
Porque á menudo le heria
Para sacar chispas dél.
Riñendo éste con aquel,
Al separarse los dos

Quedaos, dijo, con Dios,
¿Valeis vos algo sin mí?
Y el otro responde: Sí,
Lo que sin mí valeis vos.
  Este ejemplo material
Todo escritor considere
Que largo estudio no uniere
Al talento natural.
Ni da lumbre el pedernal
Sin auxilio de eslabon,
Ni hay buena disposicion
Que luzca faltando el arte,
Si obra cada cual á parte
Ambos inútiles son.

XVII.

El Volatin y su Maestro.

  Mientras de un volatin bastante diestro
Un principiante mozalbillo toma
Lecciones de bailar en la maroma,
Le dice: vea usted, señor maestro,
  Cuanto me estorba y cansa este gran palo
Que llamamos chorizo ó contrapeso:
Cargar con un garrote largo y grueso
Es lo que en nuestro oficio hallo yo malo.
  ¿A qué fin quiere usted que me sujete
Si no me faltan fuerzas ni soltura?
Por ejemplo: ¿este paso, esta postura,
No la haré yo mejor sin el zoquete?
  Tenga usted cuenta... No es difícil... nada...

Así decia, y suelta el contrapeso.
El equilibrio pierde... Adios! ¿qué es eso?
¿Qué há de ser? Una buena costalada.
¡Lo que es auxilio juzgas embarazo,
Incauto jóven! (el maestro dijo):
¿Huyes del arte y método? Pues hijo,
No ha de ser este el último porrazo.

XVIII.

La Ardilla y el Caballo.

Mirando estaba una ardilla
A un generoso alazan,
Que dócil á espuela y rienda
Se adestraba en galopar.
Viéndole hacer movimientos
Tan veloces y á compas,
De aquesta suerte le dice
Con muy poca cortedad:
Señor mio,
De ese brio
Ligereza
Y destreza
No me espanto,
Que otro tanto
Suelo hacer, y acaso mas.
Yo soy viva,
Soy activa:
Me meneo,
Me paseo;
Yo trabajo,
Subo y bajo;

No me estoy quieta jamas.
El paso detiene entonces
El buen potro, y muy formal
En los términos siguientes
Respuesta á la ardilla dá:
Tantas idas
Y venidas,
Tantas vueltas
Y revueltas
(Quiero, amiga,
Que me diga)
¿Son de alguna utilidad?
Yo me afano,
Mas no en vano.
Sé mi oficio,
Y en servicio
De mi dueño
Tengo empeño
De lucir mi habilidad.
Conque algunos escritores
Ardillas tambien serán,
Si en obras frívolas gastan
Todo el calor natural.

SONETO.

¡Fresca arboleda del jardin sombrío,
Clara fuente, sonoras avecillas,
Verde prado que esmaltas las orillas
Del celebrado y anchuroso rio!
¡Grata Aurora que viertes ya el rocío
Por entre nubes rojas y amarillas,

Bello horizonte de lejanas villas,
Aura blanda que templas el estío!
¡O soledad! quien puede te posea:
Que yo gozára en tu apacible seno
El placer que otros ánimos recrea;
Si tu silencio y tu retiro ameno
Mas viva no ofrecieran á mi idea
La imagen de la ingrata por quien peno.

MADRIGAL.

¡Muger, muger! ¿Qué mas quieres de mí?
¿Quieres aborrecerme?—Eso haces ya.
¿Quieres mi corazon?—Ya te le dí.
¿Quieres muera á tus manos?—¡Ojalá!
¿Quieres versos?—Pues hételos aquí.
¿Quieres que no te vea?—Bien está.
Pues, dí, muger, ¿qué mas puedo hacer yo?
¿Olvidarte?—¡Ay mis ojos! eso no.

EPÍGRAMA.

Levántome á las mil, como quien soy.
Me lavo. Que me vengan á afeitar.
Traigan el chocolate; y á peinar.
Un libro... Ya leí... Basta por hoy.
Si me buscan, que digan que no estoy...
Polvos... Venga el vestido verdemar...
¿Si estará ya la misa en el altar?...
¿Han puesto la berlina? pues me voy.
Hice ya tres visitas. A comer...
Traigan barajas. Ya jugué. Perdí....

Pongan el tiro. Al campo; y á correr...
Ya Doña Eulalia esperará por mí...
Dió la una. A cenar, y á recoger.
¿Y es este un racional?—Dicen que sí.

Noticia de D. Tomas de Iriarte.

Nació en el puerto de Santa Cruz de la villa de Orotava en la isla de Tenerife, á 18 de setiembre de 1750. Sus padres fueron don Bernardo de Iriarte y doña Bárbara de las Nieves Hernandez de Oropesa.

A los diez años pasó á la villa de Orotava á estudiar la lengua latina bajo la enseñanza de su hermano Fr. Juan Tomas de Iriarte, de la órden de Predicadores, con quien adelantó tanto, que viniendo á España (á Madrid) á insinuacion de su tio don Juan de Iriarte, bibliotecario de S. M. partió de Santa Cruz á principio de 1764 y se despidió de su patria con unos dísticos latinos, que no se creyó al pronto pudiesen ser de un jóven de tan corta edad.

Continuó en Madrid su educacion su tio don Juan de Iriarte, especialmente en la latinidad y humanidades; aunque tambien estudió las matemáticas, geografia, historia, física, y las lenguas cultas, especialmente la inglesa, francesa é italiana. Así permaneció siete años en la enseñanza con sú tio: y despues de la muerte de éste cuidó de la correccion é impresion de la Gramática latina en 1774, y de las Obras sueltas que se publicaron en 1776.

Tuvo siempre mucha aficion á la música, y ya en Canarias tocaba varios instrumentos; pero en Madrid se perfeccionó con

las lecciones de su amigo y maestro don Antonio Rodriguez de Hita.

Su aficion á la poesía le dictó á los diez y ocho años de edad la comedia *Hacer que hacemos*, que imprimió en 1770 con el anagrama de don Tirso Imareta. Entonces tradujo del frances para el teatro de los Sitios Reales la comedia *el Filosofo casado*, *la Escocesa*, la tragedia *el Huérfano de la China*, y compuso ademas algunos dramas originales hasta 1775.

Por fallecimiento de su tio don Juan de Iriarte le succedió en 1771 en el empleo de oficial traductor de la primera Secretaría de Estado, que habia suplido en las enfermedades del tio: y asistió con el Marques de los Llanos en las Secretarias del Perú y de la Cámara de Aragon. Por este tiempo tuvo la comision de componer el *Mercurio político*, que mejoró mucho. Tradujo de órden superior varios apéndices para una obra en defensa de Palafox. Escribió los versos latinos y castellanos al nacimiento del Infante, é institucion de la Orden de Carlos III en 1771. Entonces escribió *los Literatos en cuaresma*, y varias poesías sueltas y epístolas á su amigo don Josef Cadalso.

En 1776 se le nombró archivero del Supremo Consejo de la Guerra; y al año siguiente publicó la traduccion del arte poética de Horacio: pero habiéndola criticado Sedano el colector del Parnaso español, contestó Iriarte con el diálogo *Donde las dan las toman* en 1778. A principios de 1780 dió á luz el poema de *La Música*. En 1782 publicó las *Fábulas literarias*, que fueron criticadas en el *Asno erudito* de Forner, al que contestó con un papel: *Para*

casos tales suelen tener los maestros oficiales. Amante de Virgilio quiso ensayarse en un poema épico, y eligió la conquista de Méjico por Cortés; pero conociendo la dificultad sustituyó la *traduccion de la Eneida*, de que publicó los cuatro primeros libros. Por órden del Conde de Floridablanca escribió las *Lecciones instructivas sobre la moral, la historia y la geografía*, para instruccion de los niños de las escuelas. En 1787 publicó la coleccion de sus obras en seis tomos, que despues de su muerte se ha reimpreso en ocho, añadiendo en los dos últimos muchas obras inéditas: publicó allí *la Señorita mal criada, el Señorito mimado, el Don de gentes*, comedias que compuso en diversos tiempos. La vida sedentaria le agravó su mal de gota, y murió de sus resultas el 17 de setiembre de 1791, y al dia siguiente se le enterró en la parroquia de San Juan.

Estando en Andalucía en 1790 á restablecerse de sus males, escribió el monólogo *Guzman el Bueno*: y en el corresponsal del censor se publicó su sátira en latin macarrónico contra el mal gusto de nuestras escuelas.

Tradujo con pureza y gracia *el Nuevo Robinson* de Campe, de que se han hecho varias ediciones (*).

* Esta noticia, y las de don Felix Samaniego y don Juan Pablo Forner que se ven mas adelante, son debidas á la amistad y diligencia del señor don Martin Fernandez Navarrete, que amistosamente las ha comunicado al editor, así como algunas de las composiciones inéditas que van en este tomo.

FÁBULAS MORALES

DE D. FELIX MARIA SAMANIEGO.

FÁBULA I.

El Aguila y el Escarabajo.

¡Que me matan! ¡favor! Así clamaba
Una liebre infeliz, que se miraba
En las garras de una águila sangrienta.
A las voces, segun Esopo cuenta,
Acudió un compasivo escarabajo;
Y viendo á la cuitada en tal trabajo,
Por libertarla de tan cruda muerte,
Lleno de horror exclama de esta suerte:
¡O reina de las aves escogida!
¿Por qué quitas la vida
A este pobre animal manso y cobarde?
¿No seria mejor hacer alarde
De devorar á dañadoras fieras;
Ó ya que resistencia hallar no quieras,
Cebar tus uñas y tu corvo pico
En el frio cadáver de un borrico?
Cuando el escarabajo así decia
La águila con desprecio se reía;
Y sin usar de mas atenta frase,
Mata, trincha, devora, pilla, y vase.
El pequeño animal así burlado,

Quiere verse vengado.
En la ocasion primera
Vuela al nido del aguila altanera:
Halla solos los huevos, y arrastrando
Uno por uno fuélos despeñando.
Mas como nada alcanza
A dejar satisfecha una venganza,
Cuantos huevos ponia en adelante
Se los hizo tortilla en el instante.
La reina de las aves sin consuelo
Remontando su vuelo,
A Júpiter excelso humilde llega,
Expone su dolor, pídele, ruega
Remedie tanto mal. El dios propicio,
Por un incomparable beneficio,
En su regazo hizo que pusiese
El águila sus huevos, y se fuese,
Que á la vuelta, colmada de consuelos,
Encontraria hermosos sus polluelos.
Supo el escarabajo el caso todo:
Astuto é ingenioso hace de modo
Que una bola fabríca diestramente
De la materia en que continuamente
Trabajando se halla,
Cuyo nombre se sabe aunque se calla;
Y que segun yo pienso,
Para los dioses no es muy buen incienso.
Carga con ella, vuela, y atrevido
Pone su bola en el sagrado nido.
Júpiter que se vió con tal basura
Al punto sacudió su vestidura,
Haciendo al arrojar la almondiguilla

Con la bola y los huevos su tortilla.
Del trágico suceso noticiosa,
Arrepentida el águila y llorosa
Aprendió esta leccion á mucho precio:
A nadie se le trate con desprecio
Como al escarabajo:
Porque al mas miserable, vil y bajo,
Para tomar venganza si se irrita,
¿Le faltará siquiera una bolita?

II.

El Raton de la Corte y el del Campo.

Un raton cortesano
Convidó con un modo muy urbano
A un raton campesino.
Dióle gordo tocino,
Queso fresco de Holanda;
Y una despensa llena de vianda
Era su alojamiento;
Pues no pudiera haber un aposento
Tan magníficamente preparado,
Aunque fuese en *Ratópolis* buscado
Con el mayor esmero,
Para alojar á *Roepán primero*.
Sus sentidos allí se recreaban:
Las paredes y techos adornaban,
Entre mil ratonescas golosinas,
Salchichones, perniles y cecinas.
Saltaban de placer, ¡o qué embeleso!
De pernil en pernil, de queso en queso.

En esta situacion tan lisonjera
Llega la despensera,
Oyen el ruido, corren, se agazapan,
Pierden el tino, mas al fin se escapan
Atropelladamente
Por cierto pasadizo abierto á diente.
¡Esto tenemos! dijo el campesino,
Reniego yo del queso, del tocino,
Y de quien busca gustos
Entre los sobresaltos y los sustos.
Volvióse á su campaña en el instante,
Y estimó mucho mas de allí adelante,
Sin zozobra, temor, ni pesadumbres,
Su casita de tierra y sus legumbres.

III.

La Lechera.

Llevaba en la cabeza
Una lechera el cántaro al mercado
Con aquella presteza,
Aquel aire sencillo, aquel agrado,
Que va diciendo á todo el que lo advierte:
¡Yo sí que estoy contenta con mi suerte!
Porque no apetecia
Mas compañía que su pensamiento,
Que alegre la ofrecia
Inocentes ideas de contento.
Marchaba sola la feliz lechera,
Y decia entre sí de esta manera:
Esta leche vendida

En limpio me dará tanto dinero;
Y con esta partida
Un canasto de huevos comprar quiero
Para sacar cien pollos que al estío
Me rodéen cantando el *pio, pio.*
  Del importe logrado
De tanto pollo mercaré un cochino;
Con bellota, salvado,
Berza, castaña, engordará sin tino,
Tanto que puede ser que yo consiga
Ver como se le arrastra la barriga.
  Llevarélo al mercado,
Sacaré de él sin duda buen dinero:
Compraré de contado
Una robusta vaca, y un ternero
Que salte y corra toda la campaña
Hasta el monte cercano á la cabaña.
  Con este pensamiento
Enagenada, brinca de manera,
Que á su salto violento
El cántaro cayó. ¡Pobre lechera!
¡Qué compasion! Adios leche, dinero,
Huevos, pollos, lechon, vaca y ternero.
  ¡O loca fantasía,
Qué palacios fabricas en el viento!
Modera tu alegría,
No sea que saltando de contento,
Al contemplar dichosa tu mudanza,
Quiebre su cantarillo la esperanza.
  No seas ambiciosa
De mejor ó mas próspera fortuna,
Que vivirás ansiosa

Sin que pueda saciarte cosa alguna.
No anheles impaciente el bien futuro,
Mira que ni el presente está seguro.

IV.

El Pescador y el Pez.

Recoje un pescador su red tendida
Y saca un pececillo. Por tu vida,
Exclamó el inocente prisionero,
Dame la libertad: solo la quiero,
Mira que no te engaño,
Porque ahora soy ruin; dentro de un año
Sin duda lograrás el gran consuelo
De pescarme mas grande que mi abuelo.
¡Qué! ¿te burlas? ¿te ries de mi llanto?
Solo por otro tanto
A un hermanito mio
Un señor pescador lo tiró al rio.
¿Por otro tanto al rio? ¡qué manía!
Replicó el péscador; ¿pues no sabia
Que el refran castellano
Dice: *mas vale pájaro en la mano.* . . . ?
A sarten te condeno, que mi panza
No se llena jamás con la esperanza.

V.

El Milano y las Palomas.

A las tristes palomas un milano,

Sin poderlas pillar, seguia en vano;
Mas él á todas horas
Servia de lacayo á estas señoras.
Un dia, en fin, hambriento é ingenioso,
Asi las dice: ¿amais vuestro reposo,
Vuestra seguridad y conveniencia?
Pues creedme en mi conciencia:
En lugar de ser yo vuestro enemigo,
Desde ahora me obligo,
Si la banda por rey me aclama luego,
A tenerla en sosiego,
Sin que de garra ó pico tema agravio,
Pues tocante á la paz seré un Octavio.
Las sencillas palomas consintieron:
Aclámanlo por rey: *viva*, dijeron,
Nuestro rey el milano.
Sin esperar á mas este tirano
Sobre un vasallo mísero se planta:
Déjalo con el *viva* en la garganta;
Y, continúando así sus tiranías,
Acabó con el reino en cuatro dias.
Quien al poder se acoja de un malvado,
Será en vez de feliz un desdichado.

VI.

Las Ranas pidiendo Rey.

Sin rey vivia libre independiente
El pueblo de las ranas felizmente.
La amable libertad solo reinaba
En la inmensa laguna que habitaba;

Mas las ranas al fin un rey quisieron:
A Júpiter excelso lo pidieron.
Conoce el Dios la súplica importuna,
Y arroja un rey de palo á la laguna:
Debió de ser sin duda un buen pedazo,
Pues dió su magestad tan gran porrazo,
Que el ruido atemoriza al reino todo:
Cada cual se zambulle en agua ó lodo;
Y quedan en silencio tan profundo,
Cual si no hubiese ranas en el mundo.
Una de ellas asoma la cabeza,
Y viendo á la real pieza
Publíca que el monarca es un zoquete.
Congrégase la turba, y por juguete
Lo desprecian, lo ensucian con el cieno,
Y piden otro rey, que aquel no es bueno.
El padre de los dioses irritado
Envía un culebron, que á diente airado
Muerde, traga, castiga,
Y á la mísera grey al punto obliga
A recurrir al Dios humildemente.
Padeced, les responde, eternamente,
Que asi castigo á aquel que no examina
Sí su solicitud será su ruina.

VII.

El Asno y el Caballo.

¡Ah! ¡quién fuese caballo!
Un asno melancólico decia,
Entonces sí que nadie me veria

Flaco, triste y fatal como me hallo.
  Tal vez un caballero
Me mantendria ocioso y bien comido;
Dándose su merced por muy servido
Con corbetas y saltos de carnero.
  Trátanme ahora como vil y bajo:
De risa sirve mi contraria suerte:
Quien me apalea mas, mas se divierte;
Y menos como cuando mas trabajo.
  No es posible encontrar sobre la tierra
Infeliz como yo. Tal se juzgaba,
Cuando al caballo vé como pasaba
Con su ginete y armas á la guerra.
  Entonces conoció su desatino;
Rióse de corbetas y regalos,
Y dijo: que trabaje y lluevan palos,
No me saquen los dioses de pollino.

VIII.

El Cordero y el Lobo.

  Uno de los corderos mamantones,
Que para los glotones.
Se crian, sin salir jamas al prado,
Estando en la cabaña muy cerrado,
Vió por una rendija de la puerta
Que el caballero lobo estaba alerta,
En silencio esperando astutamente
Una calva ocasion de echarle el diente.
Mas él, que bien seguro se miraba
Así lo provocaba:
Sepa usted, seor lobo, que estoy preso

Porque sabe el pastor que soy travieso ;
Mas si él no fuese bobo
No habria ya en el mundo ningun lobo;
Pues yo corriendo libre por los cerros ,
Sin pastores ni perros ,
Con sola mi pujanza y valentía
Contigo y con tu raza acabaría.
¡Adios, exclamó el lobo, mi esperanza
De regalar á mi vacía panza!
Cuando este miserable me provoca ,
Es señal de que se halla de mi boca
Tan libre como el cielo de ladrones.
Asi son los cobardes fanfarrones ,
Que se hacen en los puestos ventajosos
Mas valentones , cuanto mas medrosos.

IX.

El Caballo y el Ciervo.

Perseguia un caballo vengativo
A un ciervo que le hizo leve ofensa ;
Mas hallaba segura la defensa
En su veloz carrera el fugitivo.
El vengador, perdida la esperanza
De alcanzarlo y lograr así su intento,
Al hombre le pidió su valimiento
Para tomar del ofensor venganza.
Consiente el hombre ; y el caballo airado
Sale con su ginete á la campaña ,
Corre con direccion, sigue con maña ,
Y queda al fin del ofensor vengado.
Muéstrase al bienhechor agradecido :

Quiere marcharse libre de su peso;
Mas desde entonces mismo quedó preso,
Y eternamente al hombre sometido.
El caballo, que suelto y rozagante,
En el frondoso bosque y prado ameno
Su libertad gozaba tan de lleno,
Padece sujecion desde ese instante.
Oprimido del yugo ara la tierra:
Pasa tal vez la vida mas amarga:
Sufre la silla, freno, espuela, carga;
Y aguanta los horrores de la guerra.
En fin, perdió la libertad amable
Por vengar una ofensa solamente:
Tales los frutos son que ciertamente
Produce la venganza detestable.

X

La Águila y el Cuervo.

Una águila rapante,
Con vista perspicaz, rápido vuelo,
Descendiendo veloz de junto al cielo,
Arrebató un cordero en un instante.
Quiere un cuervo imitarla: de un carnero
En el vellon sus uñas hacen presa:
Queda enredado entre la lana espesa,
Como pájaro en liga prisionero.
Hacen de él los pastores vil juguete
Para castigo de su intento necio.
Bien merece la burla y el desprecio
El cuervo que á ser águila se mete.

XI.

Los Animales con peste.

En los montes, los valles y collados
De animales poblados,
Se introdujo la peste de tal modo,
Que en un momento lo inficiona todo.
Allí donde su corte el leon tenia,
Mirando cada dia
Las cacerías, luchas y carreras
De mansos brutos y de bestias fieras,
Se veían los campos ya cubiertos
De enfermos miserables y de muertos.
Mis amados hermanos,
Exclamó el triste rey, mis cortesanos,
Ya veis que el justo cielo nos obliga
A implorar su piedad, pues nos castiga
Con tan horrenda plaga;
Tal vez se aplacará con que se le haga
Sacrificio de aquel mas delincuente,
Y muera el pecador, no el inocente.
Confiese todo el mundo su pecado:
Yo cruel, sanguinario, he devorado,
Inocentes corderos,
Ya vacas, ya terneros:
Y he sido á fuerza de delito tanto
De la selva terror, del bosque espanto.
Señor, dijo la zorra, en todo eso
No se halla mas exceso
Que el de vuestra bondad, pues que se digna
De teñir en la sangre ruin, indigna

De los viles cornudos animales
Los sacros dientes, y las uñas reales.
Trató la corte al rey de escrupuloso:
Allí del tigre, de la onza y oso
Se oyeron confesiones
De robos y de muertes á millones;
Mas entre la grandeza, sin lisonja,
Pasaron por escrúpulos de monja.
El asno sin embargo muy confuso
Prorrumpió: yo me acuso
Que al pasar por un trigo este verano,
Yo hambriento, y él lozano,
Sin guarda ni testigo,
Caí en la tentacion; comí del trigo.
¡Del trigo! ¡y un jumento!
Gritó la zorra, ¡horrible atrevimiento!
Los cortesanos claman: éste, éste
Irrita al cielo que nos da la peste.
Pronuncia el rey de muerte la sentencia;
Y ejeutóla el lobo á su presencia.
Te juzgarán virtuoso,
Si eres, aunque perverso, poderoso;
Y aunque bueno, por malo detestable,
Cuando te miran pobre, miserable.
Esto hallará en la corte quien la vea;
Y aun en el mundo todo. ¡Pobre Astrea!

XII.

Congreso de los Ratones.

Desde el gran *Zapiron el blanco y rubio,*
Que despues de las aguas del diluvio

Fué padre universal de todo gato,
Ha sido Miauragato
Quien mas sangrientamente
Persiguió á la infeliz ratona gente.
Lo cierto es que obligada
De su persecucion la desdichada,
En *Ratópolis* tuvo su congreso.
Propuso el elocuente *Roequeso*
Echarle un cascabél, y de esa suerte
Al ruido escaparian de la muerte.
El proyecto aprobaron uno á uno.
¿Quién lo ha de ejecutar? eso ninguno.
Yo soy corto de vista: Yo muy viejo:
Yo gotoso, decian. El concejo
Se acabó como muchos en el mundo,
Proponen un proyecto sin segundo:
Lo aprueban. Hacen otro: ¡qué portento!
¿Pero la ejecucion? ahí está el cuento.

XIII.

El Lobo y la Oveja.

Cruzando montes y trepando cerros,
Aquí mato, allí robo,
Andaba cierto lobo,
Hasta que dió en las manos de los perros.
Mordido y arrastrado
Fué de sus enemigos cruelmente:
Quedó con vida milagrosamente;
Mas, inválido al fin y derrotado.
Iba el tiempo curando su dolencia:
El hambre al mismo paso le afligia;

Pero como cazar aun no podia,
Con las yerbas hacía penitencia.
Una oveja pasaba, y él la dice:
Amiga, ven acá, llega al momento:
Enfermo estoy, y muero de sediento:
Socorre con el agua á este infelice.
¿Agua quieres que yo vaya á llevarte?
Le responde la oveja recelosa.
Dime pues una cosa:
¿Sin duda que será para enjuagarte,
Limpiar bien el guarguero,
Abrir el apetito,
Y tragarme despues como á un pollito?
Anda, que te conozco, marrullero.
Así dijo y se fué, si no la mata.
¡*Cuanto importa saber con quien se trata!*

XIV.

El Asno y las Ranas.

Muy cargado de leña un burro viejo,
Triste armazon de huesos y pellejo,
Pensativo, segun lo cabizbajo,
Caminaba, llevando con trabajo
Su débil fuerza la pesada carga.
El paso tardo, la carrera larga,
Todo al fin contra el mísero se empeña,
El camino, los años y la leña.
Entra en una laguna el desdichado,
Queda profundamente empantanado.
Viéndose de aquel modo,
Cubierto de agua y lodo,

Trocando lo sufrido en impaciente,
Contra el destino dijo neciamente
Expresiones agenas de sus canas.
Mas las vecinas ranas
Al oir sus lamentos y quejidos,
Las unas se tapaban los oidos,
Las otras, que prudentes lo escuchaban,
Reprendíanle así, y aconsejaban:
Aprenda el mal jumento
Á tener sufrimiento,
Que entre las que habitamos la laguna
Ha de encontrar leccion muy oportuna.
Por Júpiter estamos condenadas
Á vivir sin remedio encenagadas
En agua detenida, lodo espeso;
Y á mas de todo eso,
Aquí perpetuamente nos encierra,
Sin esperanza de correr la tierra,
Cruzar el anchuroso mar profundo,
Ni aun saber lo que pasa por el mundo.
Mas llevamos á bien nuestro destino;
Y así nos premia Júpiter divino,
Repartiendo entre todas cada dia
La salud, el sustento y alegría.
Es de suma importancia
Tener en los trabajos tolerancia;
Pues la impaciencia en la contraria suerte
Es un mal mas amargo que la muerte.

XV.

El Asno y el Perro.

Un perro y un borrico caminaban
Sirviendo á un mismo dueño.
Rendido éste del sueño,
Se tendió sobre el prado que pasaban.
El borrico entretanto, aprovechado
Descansa y pace; mas el perro hambriento
Bájate, le decia, buen jumento,
Pillaré de la alforja algun bocado.
El asno se le aparta como en chanza:
El perro sigue al lado del borrico
Levantando las manos y el hocico,
Como perro de ciego cuando danza.
No seas bobo, el asno le decia:
Espera á que nuestro amo se despierte,
Y será de esa suerte
El hambre mas, mejor la compañía.
Desde el bosque entretanto sale un lobo:
Pide el asno favor al compañero;
En lugar de ladrar el marrullero
Con fisga respondió: no seas bobo:
Espera á que nuestro amo se despierte,
Que pues me aconsejaste la paciencia,
Yo la sabré tener en mi conciencia,
Al ver al lobo que te dá la muerte.
El pollino murió: no hay que dudarlo;
Mas si resucitára,
Corriendo el mundo á todos predicára:
Prestad auxilio, si quereis hallarlo.

XVI.

El Leon y el Asno cazando.

Su magestad leonesa en compañía
De un borrico se sale á montería.
En la parte al intento acomodada,
Formando el mismo leon una enramada,
Mandó al asno que en ella se ocultase,
Y que de tiempo en tiempo rebuznase
Cual trompeta de caza en el ojéo.
Logró el rey su deseo;
Pues apenas se vió bien apostado,
Cuando al son del rebuzno destemplado,
Que los montes y valles repetian,
A su selvoso albergue se volvian
Precipitadamente
Las fieras enemigas juntamente;
Y en su cobarde huida
En las garras del leon pierden la vida.
Cuando el asno se halló con los despojos
De devoradas fieras á sus ojos,
Dijo: par diez si llego mas temprano,
Á ningun muerto dejo hueso sano.
A tal fanfarronada
Soltó el rey una grande carcajada:
Y es que jamas convino
Hacer del andaluz al vizcaino.

XVII.

El Viejo y la Muerte.

Entre montes por áspero camino,
Tropezando con una y otra peña,
Iba un viejo cargado con su leña
Maldiciendo su mísero destino.
Al fin cayó, y viéndose de suerte
Que apenas levantarse ya podia,
Llamaba con colérica porfia
Una, dos y tres veces á la muerte.
Armada de guadaña en esqueleto
La parca se le ofrece en aquel punto;
Pero el viejo temiendo ser difunto,
Lleno mas de terror que de respeto,
Trémulo la decia y balbuciente:
Yo... señora... os llamé desesperado;
Pero... Acaba: ¿qué quieres, desdichado?
Que me cargues la leña solamente.
Tenga paciencia quien se crée infelice,
Que aun en la situacion mas lamentable
Es la vida del hombre siempre amable:
El viejo de la leña nos lo dice.

XVIII.

Los dos Machos.

Dos machos caminaban: el primero
Cargado de dinero,
Mostrando su penacho envanecido,
Iba marchando erguido

Al son de los redondos cascabeles.
El segundo, desnudo de oropeles,
Con un pobre aparejo solamente,
Alargando el pescuezo eternamente,
Seguia de reata su jornada
Cargado de costales de cebada.
Salen unos ladrones, y al instante
Asieron de la rienda al arrogante:
Él se defiende, y ellos le maltratan;
Y despues que el dinero le arrebatan,
Huyen, y dice entonces el segundo:
Si á estos riesgos exponen en el mundo
Las riquezas, no quiero, á fé de macho,
Dinero, cascabeles, ni penacho.

XIX.

El Gallo y el Zorro.

Un gallo muy maduro,
De edad provecta, duros espolones,
Pacífico y seguro,
Sobre un árbol oía las razones
De un zorro muy cortés y muy atento,
Mas elocuente cuanto mas hambriento.
Hermano, le decia,
Ya cesó entre nosotros una guerra
Que cruel repartia
Sangre y plumas al viento y á la tierra:
Baja, daré para perpetuo sello
Mis amorosos brazos á tu cuello.
Amigo de mi alma,
Responde el gallo, ¡ qué placer inmenso

En deliciosa calma
Deja esta vez mi espíritu suspenso!
Allá bajo, allá voy tierno y ansioso
Á gozar en tu seno mi reposo:
  Pero aguarda un instante,
Porque vienen ligeros como el viento,
Y ya están adelante,
Dos correos que llegan al momento
De esta noticia portadores fieles,
Y son segun la traza dos lebreles.
  Adios, adios, amigo,
Dijo el zorro, que estoy muy ocupado,
Luego hablaré contigo
Para finalizar este tratado.
El gallo se quedó lleno de gloria,
Cantando en esta letra su victoria:
  Siempre trabaja en su daño
El astuto engañador:
Á un engaño hay otro engaño,
Á un pícaro otro mayor.

XX.

Los Navegantes.

  Lloraban unos tristes pasageros
Viendo su pobre nave combatida
De recias olas y de vientos fieros,
Ya casi sumergida;
  Cuando súbitamente
El viento calma, el cielo se serena,
Y la afligida gente
Convierte en risa la pasada pena.

Mas el piloto estuvo muy sereno,
Tanto en la tempestad como en bonanza;
Pues sabe que lo malo y que lo bueno
Está sujeto á súbita mudanza.

XXI.

El Asno y el Lobo.

Un burro cojo vió que le seguia
Un lobo cazador, y no pudiendo
Huir de su enemigo, le decia:
Amigo lobo, yo me estoy muriendo:
Me acaban por instantes los dolores
De este maldito pie de que cojeo:
Si yo no me valiese de herradores,
No me vería así como me veo;
Y pues fallezco, sé caritativo:
Sácame con los dientes este clavo,
Muera yo sin dolor tan excesivo,
Y cómeme despues de cabo á rabo.
¡Oh! dijo el cazador con ironía,
Contando con la presa ya en la mano,
No solamente sé la anatomía,
Sino que soy perfecto cirujano.
El caso es para mí una patarata:
La operacion no mas que de un momento:
Alargue bien la pata,
Y no se me acobarde, buen jumento.
Con su estuche molar desenvainado
El nuevo profesor llega al doliente,
Mas éste le dispara de contado
Una coz que lo deja sin un diente.

Escapa el cojo: pero el triste herido
Llorando se quedó su desventura.
¡Ay infeliz de mí! bien merecido
El pago tengo de mi gran locura.
Yo siempre me llevé el mejor bocado
En mi oficio de lobo carnicero:
Pues si puedo vivir tan regalado,
¿A qué meterme ahora á curandero?
Hablemos en razon: no tiene juicio
Quien deja el propio por ageno oficio.

XXII.

El Asno y el Caballo.

Iban, mas no sé adonde ciertamente,
Un caballo y un asno juntamente:
Éste cargado, pero aquel sin carga.
El grave peso, la carrera larga,
Causaron al borrico tal fatiga,
Que la necesidad misma le obliga
A dar en tierra. Amigo compañero,
No puedo mas, decia, yo me muero,
Repartamos la carga, y será poca;
Si no, se me vá el alma por la boca.
Dice el otro: revienta enhorabuena:
¿Por eso he de sufrir la carga agena?
Gran bestia seré yo, si tal hiciere.
¿Miren, y qué borrico se me muere?
Tan justamente se quejó el jumento,
Que espiró el infeliz en el momento.
El caballo conoce su pecado,
Pues tuvo que llevar mal de su grado

Los fardos y aparejos todo junto;
Item mas, el pellejo del difunto.
Juan, alivia en sus penas al vecino,
Y él, cuando tú las tengas, déte ayuda;
Si no lo haceis así, temed sin duda
Que sereis el caballo y el pollino.

XXIII

El Labrador y la Providencia.

Un labrador cansado
En el ardiente estío,
Debajo de una encina
Reposaba pacífico y tranquilo.
Desde su dulce estancia
Miraba agradecido
El bien con que la tierra
Premiaba sus penosos ejercicios.
Entre mil producciones,
Hijas de su cultivo,
Veía calabazas,
Melones por los suelos esparcidos.
¿Por qué la Providencia,
Decía entre sí mismo,
Puso á la ruin bellota
En elevado preeminente sitio?
¿Cuánto mejor sería,
Que, trocando el destino,
Pendiesen de las ramas
Calabazas, melones y pepinos?
Bien oportunamente,
Al tiempo que esto dijo,

Cayendo una bellota
Le pegó en las narices de improviso.
  Par diez, prorumpió entonces
El labrador sencillo,
Si lo que fué bellota
Algun gordo melon hubiera sido,
  Desde luego pudiera
Tomar á buen partido,
En caso semejante,
Quedar desnarigado, pero vivo.
  Aquí la Providencia
Manifestarle quiso
Que supo á cada cosa
Señalar sábiamente su destino.
  Á mayor bien del hombre
Todo está repartido,
Preso el pez en su concha,
Y libre por el aire el pajarillo.

XXIV.

Un Cojo y un Picaron.

  Á un buen cojo un descortés
Insultó atrevidamente:
Oyólo pacientemente
Continuando su carrera,
Cuando al son de la cojera
Dijo el otro: una, dos, tres,
Cojo es.
  Oyólo el cojo: aquí fué
Donde el buen hombre perdió
Los estribos; pues le dió

Tanta cólera, y tal ira,
Que la muleta le tira;
Quedándose, ya se vé,
Sobre un pie.
Solo el no poder correr
Para darte el escarmiento,
Dijo el cojo, es lo que siento,
Que este mal no me atormenta:
Porque al hombre solo afrenta
Lo que supo merecer,
Padecer.

XXV.

La Zorra y el Chivo.

Una zorra cazaba;
Y al seguir á un gazapo,
Entre aquí se escabulle, allí lo atrapo,
En un pozo cayó que al paso estaba.
Cuando mas la afligia su tristeza
Por no hallar la infeliz salida alguna,
Vió asomarse al brocal por su fortuna
Del chivo padre la gentil cabeza.
¿Qué tal? dijo el barbon, ¿la agua es salada?
Es tan dulce, tan fresca y deliciosa,
Respondió la raposa,
Que en el tal pozo estoy como encantada.
Al agua el chivo se arrojó sediento:
Monta sobre él la zorra, de manera
Que haciendo de sus cuernos escalera,
Pilla el brocal, y sale en el momento.
Quedó el pobre atollado: cosa dura.

¿Mas quién podrá á la zorra dar castigo,
Cuando el hombre, aun á costa de su amigo,
Del peligro mayor salir procura?

XXVI.

El Lobo y el Perro.

En busca de alimento
Iba un lobo muy flaco y muy hambriento;
Encontró con un perro tan relleno,
Tan lucio, sano y bueno,
Que le dijo: yo extraño
Que estés de tan buen año
Como se deja ver por tu semblante;
Cuando á mí mas pujante,
Mas osado y sagaz, mi triste suerte
Me tiene hecho retrato de la muerte.
El perro respondió: sin duda alguna
Lograrás, si tú quieres, mi fortuna.
Deja el bosque y el prado;
Retírate á poblado,
Servirás de portero
A un rico caballero,
Sin otro afan, ni mas ocupaciones
Que defender la casa de ladrones.
Acepto desde luego tu partido,
Que para mucho mas estoy curtido,
Así me libraré de la fatiga
A que el hambre me obliga
De andar por montes sendereando peñas,
Trepando riscos y rompiendo breñas,
Sufriendo de los tiempos los rigores,

Lluvias, nieves, escarchas y calores.
A paso diligente
Marchaban juntos amigablemente,
Tratando varios puntos de confianza
Pertenecientes á llenar la panza.
En esto el lobo por algun recelo,
Que comenzó á turbarle su consuelo,
Mirando al perro dijo: he reparado
Que tienes el pescuezo algo pelado.
Dime: ¿qué es eso?—Nada.—
Dímelo por tu vida, camarada.—
No es mas que la señal de la cadena:
Pero no me dá pena;
Pues aunque por inquieto
A ella estoy sujeto,
Me sueltan cuando comen mis señores:
Recíbenme á sus pies de mil amores:
Ya me tiran el pan, ya la tajada,
Y todo aquello que les desagrada:
Éste lo mal asado,
Aquel un hueso poco descarnado;
Y aun un gloton que todo se lo traga,
A lo menos me halaga
Pasandome la mano por el lomo:
Yo meneo la cola, callo y como.—
Todo eso es bueno; yo te lo confieso;
Pero por fin y postre tú estas preso:
Jamas sales de casa,
No puedes ver lo que en el pueblo pasa.—
Es así.—Pues amigo,
La amada libertad que yo consigo
No he de trocarla de manera alguna

Por tu abundante y próspera fortuna.
Marcha, marcha á vivir encarcelado:
No serás envidiado
De quien pasea el campo libremente,
Aunque tú comas tan glotonamente
Pan, tajadas y huesos; porque al cabo
No hay bocado en sazon para un esclavo.

XXVII.

El Enfermo y la Vision.

¡Conque de tus recetas exquisitas
(Un enfermo exclamó) ninguna alcanza!...
El médico se fué sin esperanza,
Contando por los dedos sus visitas.
Así desengañado,
Y creciendo por horas su dolencia,
De este modo examina su conciencia:
En todos mis contratos he logrado
(No lo niego) ganancia muy segura:
Trabajé en calcular mis intereses:
Aumenté mi caudal en pocos meses,
Mas por felicidad que por usura,
Sin rencor ni malicia
Hice que á mi deudor pusiesen preso:
Murió pobre en la cárcel, lo confieso;
Mas en fin, es un hecho de justicia.
Si por cierto instrumento
Reduje á una familia muy honrada
A pobreza extremada,
Algun dia leerán mi testamento.
Entonces (muerto yo) se hará patente

En la tierra, lo mismo que en el cielo,
Para alivio de pobres y consuelo,
Mi caridad ardiente.
Una vision se acerca, y dice: hermano,
La esperanza condeno
Del que aguarda á morir para ser bueno:
Una accion de piedad está en tu mano.
Tus prójimos, segun sus oraciones,
Están necesitados:
Para ser remediados
Han menester siquiera cien doblones....
¡Cien doblones! No es nada.
Y si, porque Dios quiera, no me muero,
Y despues me hace falta ese dinero,
¿Sería caridad bien ordenada?....
Avaro ¿te resistes? Pues al cabo
Te anuncio que tu muerte está cercana....
¿Me muero? Pues que esperen á mañana.
La vision se volvió sin un ochavo.

XXVIII.

La Mona.

Subió una mona á un nogal;
Y cogiendo una nuez verde
En la cáscara la muerde;
Con que le supo muy mal.
Arrojóla el animal
Y se quedó sin comer.
Asi suele suceder
A quien su empresa abandona
Porque halla como la mona
Al principio que vencer.

XIX.

El Chivo afeitado.

Vaya una quisicosa.
Si aciertas, Juana hermosa,
Cual es el animal mas presumido
Que rabia por hacerse distinguido
Entre sus semejantes,
Te he de regalar un par de guantes.
No es el pavon ni el gallo,
Ni el leon ni el caballo,
Y así no me fatigues con demandas.—
¿Será tal vez.... el mono?—cerca le andas.—
¿El mico?—que te quemas;
Pero no acertarás: no, no lo temas.
Déjalo, no te canses el caletre,
Yo te diré cual es: el *Petimetre.*
Este vano orgulloso
Pierde tiempo, doblones y reposo
En hacer distinguida su figura.
No para en los adornos su locura:
Hace estudio de gestos y de acciones
A costa de violentas contorsiones.
No quiere oler á hombre ni en descuido.
Que mire, marche ó hable,
En todo busca hacerse *remarcable.*
¿Y qué consigue? Lo que todo necio:
Cuanto mas se distingue, mas desprecio.
En la historia siguiente yo me fundo.
Un chivo, como muchos en el mundo,
Vano extremadamente,

Se miraba al espejo de una fuente.
¡Qué lastima, decia,
Que esté mi juventud y lozanía
Por siempre disfrazada
Debajo de esta barba tan poblada!
¿Y cuándo? Cuando en todas las naciones
No tienen ni aun bigotes los varones?
Pues ya cuentan que son los Moscovitas
Si barbones ayer, hoy señoritas.
¡Qué cabrunos estilos tan groseros!
A bien que estoy en tierra de barberos.
La historia fue en Tetuan, y todo el dia
La barberil guitarra se sentia.
El chivo fue guiado de su tono
A la tienda de un mono,
Barberillo afamado,
Que afeitó al señorito de contado.
Sale barbilampiño á la campaña:
Al ver una figura tan extraña
No hubo perro ni gato
Que no le hiciese burla al mentecato.
Los chivos le desprecian, de manera
Que no hay mas que decir. ¡Quién lo creyera!
Un respetable macho
Dicen que se rió como un muchacho.

XXX.

El Filósofo y la Pulga.

Meditando á sus solas cierto dia
Un pensador filósofo, decia:
El jardin adornado de mil flores,

Y diferentes árboles mayores
Con su fruta sabrosa enriquecidos,
Tal vez entretejidos
Con la frondosa vid que se derrama
Por una y otra rama,
Mostrando á todos lados
Las peras y racimos desgajados,
Es cosa destinada solamente
Para qué la disfruten libremente
La oruga, el caracol, la mariposa:
No se persuaden ellos otra cosa.
Los pájaros sin cuento,
Burlándose del viento,
Por los aires sin dueño van girando.
El milano cazando
Saca la consecuencia:
Para mí los crió la providencia.
El cangrejo en la playa envanecido
Mira los anchos mares, persuadido
De que las olas tienen por empleo
Solo satisfacerle su deseo;
Pues cree que van y vienen tantas veces
Por dejarle en la orilla ciertos peces.
No hay (prosigue el filósofo profundo)
Animal sin orgullo en este mundo.
El hombre solamente
Puede en esto alabarse justamente.
Cuando yo me contemplo colocado
En la cima de un risco agigantado,
Imagino que sirve á mi persona
Todo el cóncavo cielo de corona.
Veo á mis pies los mares espaciosos,

Y los bosques umbrosos.
Poblados de animales diferentes.
Las escamosas gentes,
Los brutos y las fieras,
Y las aves ligeras,
Y cuanto tiene aliento
En la tierra, en el agua, y en el viento,
Y digo finalmente, todo es mio:
¡O grandeza del hombre y poderío!
Una pulga que oyó con gran cachaza
Al filósofo maza,
Dijo: cuando me miro en tus narices,
Como tú sobre el risco que nos dices,
Y contemplo á mis pies aquel instante
Nada menos que al hombre dominante,
Que manda en cuanto encierra
El agua, viento y tierra,
Y que el tal poderoso caballero
De alimento me sirve cuando quiero,
Concluyo finalmente: todo es mio.
¡O grandeza de pulga y poderío!
Asi dijo, y saltando se le ausenta.
De este modo se afrenta
Aun al mas poderoso,
Cuando se muestra vano y orgulloso.

XXXI.

La Mariposa y el Caracol.

Aunque te haya elevado la fortuna
Desde el polvo á los cuernos de la luna,
Si hablas, Fabio, al humilde con desprecio,

Tanto como eres grande serás necio.
¡Qué! ¿te irrita? ¿te ofende mi lenguage?—
No se habla de ese modo á un personage.—
Pues haz cuenta, señor, que no me oiste,
Y escucha á un caracol: vaya de chiste.
En un bello jardin cierta mañana
Se puso muy ufana
Sobre la blanca rosa
Una recien nacida mariposa.
El sol resplandeciente
Desde su claro oriente
Los rayos esparcia:
Ella á su luz las alas extendia,
Solo porque envidiasen sus colores
Manchadas aves y pintadas flores.
Esta vana, preciada de belleza,
Al volver la cabeza
Vió muy cerca de sí sobre una rama
A un pardo caracol. La bella dama
Irritada exclamó: ¿Cómo, grosero,
A mi lado te acercas? Jardinero,
¿De qué sirve que tengas con cuidado
El jardin cultivado,
Y guarde tu desvelo
La rica fruta del rigor del hielo,
Y los tiernos botones de las plantas,
Si ensucia y come todo cuanto plantas
Este vil caracol de baja esfera?
O mátale al instante ó vaya fuera.
Quien ahora te oyese,
Si no te conociese,
(Respondió el caracol) en mi conciencia

Que pudiera temblar en tu presencia.
Mas dime, miserable criatura
Que acabas de salir de la basura,
¿Puedes negar que aun no hace cuatro dias
Que gustosa solías
Como humilde reptil andar conmigo,
Y yo te hacia honor en ser tu amigo?
¿No es tambien evidente
Que eres por línea recta descendiente
De los orugas, pobres hilanderos,
Que mirándose en cueros
De sus tripas hilaban y tejian
Un fardo, en que el invierno se metian,
Como tú te has metido,
Y aun no hace cuatro dias que has salido?
Pues si éste fué tu orígen y tu casa,
¿Porque tu ventolera se propasa
A despreciar á un caracol honrado?
El que tiene de vidrio su tejado,
Esto logra de bueno
Con tirar las pedradas al ageno.

XXXII.

El Jóven Filosofo y sus compañeros.

Un jóven educado
Con el mayor cuidado
Por un viejo filósofo profundo,
Salió por fin á visitar el mundo.
Concurrió cierto dia
Entre civil y alegre compañía
A una mesa abundante y primorosa.

¡Espectáculo horrendo! ¡fiera cosa!
¡La mesa de cadáveres cubierta
A la vista del hombre!.... ¡Y éste acierta
A comer los despojos de la muerte!
El jóven declamaba de esta suerte.
Al son de filosóficas razones
Devorando perdices y pichones,
Le responden algunos concurrentes:
Si usted ha de vivir entre las gentes
Deberá hacerse á todo.
Con un gracioso modo,
Alabando el bocado de exquisito,
Le presentan un gordo pajarito.
Cuanto usted ha exclamado será cierto;
Mas al fin (le decian) ya está muerto.
Pruébelo por su vida... Considere
Que otro le comerá si no le quiere.
La ocasion, las palabras, el ejemplo,
Y segun yo contemplo,
Yo no sé que olorcillo
Que exhalaba el caliente pajarillo,
Al jóven persuadieron de manera
Que al fin se le comió. ¡Quien lo dijera!
¡Haber yo devorado un inocente!
Asi clamaba, pero friamente.
Lo cierto es que, llevado de aquel cebo,
Con mas facilidad cayó de nuevo.
La ocasion se repite
De uno en otro convite;
Y de una codorniz á una becada
Llegó el joven al fin de la jornada,
Olvidando sus máximas primeras,

A ser devorador como las fieras.
De esta suerte los vicios se insinúan,
Crecen, se perpetúan
Dentro del corazon de los humanos,
Hasta ser sus señores y tiranos.
¿Pues qué remedio?... Incautos jovencitos,
Cuenta con los primeros pajaritos.

NOTICIA

DE D. FELIX MARIA SAMANIEGO.

Nació en la villa de Laguardia, en la Rioja, á 12 de octubre de 1745. Fueron sus padres don Felix Sanchez Samaniego y doña Juana María Zabala, natural de Tolosa de Guipuzcoa. Como hijo mayor heredó los mayorazgos de su casa, y fue señor de las cinco villas del valle de Arraya. Recibió de sus padres la primera educacion: estudió dos años de leyes en Valladolid: viajó por Francia con mucha utilidad, y pasó despues á Vergara, donde adquirió importantes conocimientos con el frecuente trato del conde de Peñaflorida y del marques de Narros sus parientes y fundadores de la sociedad Bascongada, la primera que se estableció en España, de la cual fue Samaniego uno de los primeros socios de número desde el año de 1765 en que residia en Laguardia. Vivió despues muchos años en Bilbao por haber contraido allí su matrimonio con doña Manuela Salcedo, de quien no tuvo succesion. Como

socio de número concurria á las juntas generales que todos los años celebraba la sociedad alternativamente en Vitoria, Vergara y Bilbao, amenizando con su agradable y chistosa conversacion aquellas concurrencias. Residió tambien algunas temporadas en el seminario de Vergara, como presidente de turno entre los socios de número; y entonces fue cuando comenzó á escribir sus *Fábulas* acomodándolas á la capacidad de los niños. En 1782 le comisionó su provincia de Alava para evacuar en Madrid asuntos de la mayor importancia, que desempeñó completamente, sin embargo de estar prevenido contra él y su provincia el Ministerio; habiendo llegado á captarse de tal modo la íntima confianza del conde de Floridablanca, que tuvo empeño en darle algun destino importante, que reusó constantemente. La provincia le regaló á su regreso una bajilla de plata tasada en 400Ɒ reales, por no haber admitido dietas ni honorarios, y haber hecho crecidos gastos; pero su desinterés le hizo reusar este regalo, tomando solo una pieza en señal de agradecimiento.

A instancia de su tio el conde de Peñaflorida coordinó sus fábulas para instruccion de los seminaristas; y aprovechándose de un viaje que hizo á Valencia acompañando á la marquesa de San Miguel su cuñada, las imprimió allí en 1781. Al año siguiente presentó en las juntas de la sociedad el tomo segundo que se imprimió en Madrid por Ibarra en 1784 Entretanto publicó Iriarte sus *Fábulas literarias*: habíanse indispuesto los dos, y Samaniego imprimió un anónimo con el título de *Observaciones sobre las fábulas literarias*, y otros

folletos contra Iriarte; la parodia de su *Guzman*, las *Memorias de Cosme Damian* contra el prólogo del teatro de Huerta. &c. Poco cuidadoso de su fama literaria miraba con indiferencia y poco aprecio sus producciones, que hizo quemar en su última enfermedad. Extremamente aficionado á la música tocaba con mucho gusto el violin y la vihuela. Era graciosísimo en su conversacion: improvisaba con chiste y oportunidad; y falleció en Laguardia á 11 de agosto de 1801.

POESÍAS

DE D. JUAN MELENDEZ VALDES.

ANACREÓNTICAS.

I.

De mis versos.

Dicen que alegre canto
Tan amorosos versos,
Cual nuestros viejos tristes
Nunca cantar supieron.
Pero yo que sin sustos,
Pretensiones ni pleitos,
Vivo siempre entre danzas
Retozando y bebiendo;
¿Puedo acaso afligirme?
¿Pueden mis dulces metros
No sacar los ardores
De Cupido y Liëo?
¿Por qué los que me culpan
De vil codicia ciegos,
Inicuos atesoran
Y gozan con recelo?
Bien por mí seguir puede
Cada cual su deseo,
Pero yo antes que al oro

A los brindis me atengo.
Vengan pues vino y rosas,
Que mejor que no duelos
Son los sorbos süaves
Con que alegre enloquezco.
Asi á Dorila dije,
Que festiva al momento
Me dió llena otra copa
Gustándola primero,
Y entre mimos y risas
Con semblante halagüeño,
Respondióme: ¿qué, temes
La grita de los viejos?
Bebamos si nos riñen,
Bebamos y bailemos,
Que de tus versos dulces
Yo sola juzgar debo.

II.

De Dorila.

Al prado fue por flores
La muchacha Dorila,
Alegre como el mayo,
Como las gracias linda.
Tornó llorando á casa,
Turbada y pensativa,
Mal trenzado el cabello
Y la color perdida
Pregúntanla qué tiene,
Y ella llora afligida,
Háblanla, no responde:

Ríñenla, no replica.
Pues ¿qué mal será el suyo?
Las señales indican
Que cuando fue por flores
Perdió la que tenia.

III.

De la Nieve.

Dame, Dorila, el vaso
Lleno de dulce vino,
Que solo en ver la nieve
Temblando estoy de frio.
Ella en sueltos vellones
Por el aire tranquilo
Desciende, y cubre el suelo
De cándidos armiños.
¡O como el verla agrada
De esta choza al abrigo,
Deshecha en copos leves
Bajar con lento giro!
Los árboles del peso
Se inclinan oprimidos,
Y alcorza delicado
Parecen en el brillo.
Los valles y laderas
De un velo cristalino
Cubiertos, disimulan
Su mústio desabrigo,
Mientras que el arroyuelo
Con nuevas aguas rico,
Saltando bullicioso

Se burla de los grillos.
Sus surcos y trabajos
Ve el rústico perdidos,
Y triste no distingue
Su campo del vecino.
Las aves enmudecen
Medrosas en el nido,
Ó buscan de los hombres
El mal seguro asilo.
Y el tímido rebaño
Con débiles balidos
Demánda su sustento
Cerrado en el aprisco.
Pero la nieve crece;
Y en denso torbellino
La agita con sus soplos
El aquilon maligno.
Las nubes se amontonan,
Y el cielo de improviso
Se entolda pavoroso
De un velo mas sombrío.
Dejémosla que caiga,
Dorila; y bien bebidos
Burlemos sus rigores
Con nuevos regocijos.
Bebamos y cantemos:
Que ya el abril florido
Vendrá en las blandas alas
Del céfiro benigno.

IV.

La Tortolilla.

¡O dulce tortolilla!
No mas la selva muda
Con tus dolientes ayes
Molestes importuna.
Deja el arrullo triste ;
Y al cielo no ya mustia
Te vuelvas, y angustiada
Las otras aves huyas.
¿Qué valen ¡ay! tus quejas?
Acaso de la escura
Morada de la muerte
Tu dueño las escucha?
¿Le adularás con ellas?
¿O allá en la fria tumba
Los míseros que duermen
De lágrimas se cuidan?
Ay! no, que do la parca
Los guarda con ley dura,
No alcanzan los gemidos
Por mas que el aire turban.
En vano te querellas:
¿Do vuelas? ¿Por qué buscas
Las sombras ¡o infelice!
Negada á la luz pura?
Vuelve, cuitada, vuelve:
Y á llantos de viüda
Del blando amor sucedan
De nuevo las ternuras.

Adorna el manso cuello,
Los ojos desanubla,
Y aliña las brillantes
Mal descuidadas plumas.
Verás cual de tu pecho
Su ardor benigno muda
En risas y en placeres
Los duelos y amarguras.

V.

De las Ciencias.

Apliquéme á las ciencias,
Creyendo en sus verdades
Hallar facil alivio
Para todos mis males.
¡O que engaño tan necio!
¡O cuan caro me sale!
A mis versos me torno
Y á mis juegos y bailes.
Por cierto que la vida
Tiene pocos afanes
Para darle otros nuevos,
Y añadirle pesares.
Aténgome á mi Baco
Que es risueño y afable,
Pues los sabios, Dorila,
Ser felices no saben.
¿Qué me importa que fijo
Cual un bello diamante
Esté el sol en el cielo
Como él nazca á alumbrarme?

La luna está poblada. . . .
Mas que tenga millares
De vivientes, pues que ellos
Ningun daño me hacen.
Quita allá las historias:
Que mas allá del Ganges
Furioso sus banderas
El Macedón llevase,
¿Qué nos hará, Dorila?
Si por mucho que pasten
Sobra á nuestras corderas
La mitad de este valle.
Pues si no á la justicia. . . .
Venga un sorbo al instante,
Que en mentando á esta diosa
Me estremezco cobarde.
Los que estudian padecen
Mil molestias y achaques,
Desvelados y tristes,
Silenciosos y graves.
¿Y que sacan? mil dudas,
Y de estas luego nacen
Otros nuevos desvelos
Que otras dudas les traen.
Asi pasan la vida.
¡Vida cierto envidiable!
En disputas y en odios,
Sin jamas concertarse.
Dame vino, zagala,
Que como él no me falte,
No hayas miedo que cesen
Mis alegres cantares.

VI.

Al Viento.

Ven ¡plácido Favonio!,
Y agradable recrea
Con soplo regalado
Mi lánguida cabeza.
Ven ¡o vital aliento
Del año, de la bella
Aurora nuncio, esposo
Del alma Primavera!,
Ven ya: y entre las flores
Que tu llegada esperan,
Ledo susurra y vaga,
Y enamorado juega.
Empápate en su seno
De aromas y de esencias,
Y adula mis sentidos
Solícito con ellas.
Ó de este sauz pomposo
Bate las hojas frescas
Al ímpetu suave
De su ala lisonjera.
Luego á mi amable lira
Mas bullicioso llega,
Y mil letrillas toca
Meciéndote en sus cuerdas.
No tardes, no, que crece
Del crudo sol la fuerza,

Y el ánimo desmaya
Si tú el favor le niegas.
Limpia oficioso, limpia
Con cariñosa diestra
Mi ardiente sien, y en torno
Con raudo giro vuela.
Yo regaré tus plumas
Con el alegre nectar
Que dá la vid, cantando
Mi alivio y tu clemencia:
Así el abril te ria
Contino; así las tiernas
Violas cuando pases
Te besen halagüeñas.
Así el rocío corra
Cual lluvia por tu huella,
Y en globos cristalinos
Las rosas te lo ofrezcan;
Y así cuando en mi lira
Sopláres, yo sobre ella
A remedar me anime
Tus silbos y tus quejas.

VII.

A un amigo en las Navidades.

Templa el laud sonoro
Del lírico de Teyo,
Y un rato te retira
Del popular estruendo;
Cantarémos, amigo,

Con alternado acento,
En dias tan alegres
Sus delicados versos:
Sus versos, que del alma
Las penas y los duelos
Disipan, cual ahuyenta
Las nubes el sol bello.
Y el inocente gozo,
Las gracias, y el risueño
Placer nos acompañen,
Y enciendan nuestros pechos.
O en el hogar sentados
Las musas y Liëo
Nos diviertan, y burlen
Las furias del enero.
¿Qué á nosotros la corte,
Ni el mágico embelese
De confusiones tantas,
Cual sigue el vulgo necio?
El sabio se retira,
Y admira dende lejos
Del mar alborotado
Las olas y el estruendo.
Gozoso en su fortuna
Su rostro está sereno,
Sus manos inocentes,
Tranquilos van sus sueños.
Ni el oro le perturba,
Ni adula al favor ciego,
Ni teme, ni codicia,
Ni envidia, ni dá celos.
Por eso entre sus vinos,

Sus bailes y sus juegos,
De sabio dieron nombre
Los siglos á Anacréon;
Mientras que el de Stagira,
Del Macedón maestro,
Con obras inmortales
No pudo merecerlo.
La vida es solo un punto,
Las honras humo y viento,
Cuidado los tesoros,
Y sombra los contentos.
Feliz el sabio humilde
Que en ócio vive, exento
De miedo y esperanzas,
Bastándose á sí mesmo.
Un libro, y un amigo
Pacífico y honesto,
Le ocupan y entretienen,
Y colman sus deseos.
Alegre el sol le nace:
De noche el firmamento
Consigo le enagena
En pos de sus luceros.
Sus horas deliciosas,
Cual plácido arroyuelo
Se pierden, que entre flores
Con risa va corriendo.
¡Dichoso el tal mil veces!
Su inmóvil planta beso,
Pues supo así elevarse
Del miserable suelo.
Un tiempo á mí Fortuna

Con rostro placentero
Tambien falaz me quiso
Contar entre sus siervos.
Llevóme á que adorára
La imagen de su templo;
Y al ánimo inocente
Detuvo prisionero.
Mas luego el Desengaño
Bajando desde el cielo,
Me muestra sus ardides
Y libra de su imperio.
De entonces, dulce amigo,
Seguro de mas riesgos,
La humilde medianía
En blanda paz celebro.

VIII.

La inconstancia del Céfiro:

A LISI.

¡Cuál vaga en la floresta
El céfiro suäve!
¡Cual con lascivo vuelo
Sus frescas alas bate!
Sus alas delicadas,
Que forman al mirarse
Del sol en los reflejos
Mil visos y cambiantes.
¡Cuán licencioso corre

De flor en flor, y afable
Con soplo delicioso,
Los mece y se complace!
Ahora á un lirio llega,
Ahora un jazmin lame,
La madreselva agita,
Y á los tomillos parte:
Do entre mil amorcitos
Vuela y revuela facil,
Y los besa y escapa
Con alegre donaire.
La tierna yerbezuela
Se estremece delante
De sus soplos sutíles,
Y en ondas mil se abate.
Él las mira y se rie;
Y el susurro que hacen
Le embelesa, y atento
Se suspende á gozarle.
Luego rápido vuelve,
Y alegre por los valles
No hay planta que no toque
Ni tallo que no halague.
Veráslo ya en la cima
Del olmo, entre las aves
Seguir con dulce silbo
Sus trinos y cantares;
Y en un punto en el suelo
Acá y allá tornarse
Con giro bullicioso
Festivo y anhelante.
Veráslo entre las rosas

Metido salpicarse
Las plumas del rocío
Que inquieto les esparce.
Verásle de sus hojas
Lascívo abrír el cáliz,
Y empaparse las alas
De su aroma fragante.
Batiendo del arroyo
Con ellas los cristales,
Verásle formar ledo
Mil ondas y celages.
Parece cuando vuela
Sobre ellos, que cobarde
Las puntas ya mojadas
No acierta á retirarse.
¿Pues qué, si al prado siente
Que las zagalas salen?
Verás á las mas bellas
Mil vueltas y mil darles.
Ora entre sus cabellos
Se enreda y se retrae:
El seno les refresca
Y ondéales el talle.
Sube alegre á los ojos,
Y en sus rayos brillantes
Se mira y dá mil vueltas
Sin que la luz le abrase.
Por sus labios se mete,
Y al punto raudo sale:
Baja al pie y se lo besa,
Y anda á un tiempo en mil partes.
Así el céfiro alegre

Sin nada cultivarle,
De todo lo mas bello
Felice gozar sabe.
Sus alas vagarosas
Con giros agradables
No hay flor que no sacudan
Ni rosa que no abracen.
¡Ay Lisi! ejemplo toma
Del céfiro inconstante:
No con Aminta solo
Tu fino amor malgastes.

IX.

El Arroyuelo:

A LA MISMA.

¡Con cuán plácidas ondas
Te deslizas tranquilo,
O gracioso arroyuelo,
Por el valle florido!
¡Cómo tus claras linfas,
Libres ya de los grillos
Que les puso el enero,
Me adulan el oido!
¡Cual serpean y rien,
Y en su alegre bullicio
La fresca verbezuela
Salpican de rocío!
Sus hojas delicadas
En tapete mullido

Ya se enlazan y adornan
Tu agradable recinto:
Ya meciéndose ceden
Al impulso benigno
De tus pasos süaves,
Y remedan su giro:
Ó te besan movidas
Del favonio lascivo,
Mientras tú las abrazas
Con graciosos anillos.
De otra parte en un ramo
Tu armonioso ruïdo
Acompaña un jilguero
Con su canoro pico.
¡Arroyuelo felice!
¿Como á Lisi no has dicho
Que á ser mudable aprenda
De tus vagos caminos?
Tú con fáciles ondas
Bullicioso y activo
Tiendes por todo el valle
Tu dichoso dominio.
Ya entre juncos te escondes:
Ya con paso torcido
Si una peña te estorba,
Salvas cauto el peligro.
Ya manso te adormeces;
Y los sauces vecinos
Retratas en las ondas
Con primor exquisito.
Tus arenas son oro,
Que bullendo contino,

A la vista reflejan
Mil labores y visos.
En tu mansa corriente
Giran mil pececillos,
Que van, tornan y saltan
Con anhelo festivo.
Nace el sol, y se mira
En tu espejo sencillo,
Que le vuelve sus rayos
Muy mas varios y vivos.
Tus espumas son perlas,
Que las rosas y lirios
De su márgen escarchan
En copiosos racimos.
Del amor conducidas
Las zagalas contigo
Consultan de sus gracias
El poder y atractivo.
Tú el cabello les rizas:
Tú en su seno divino
La flor pones, y adiestras
De sus ojos el brillo.
En tus plácidas ondas
Halla la sed alivio,
Distraccion el que pena,
Y el feliz regocijo.
Yo las sigo, y parece
Que riéndose miro
La verdad y el contento
En su humor cristalino;
Que escapando á mis ojos,
Y con plácido hechizo,

Al compas de sus ondas
Me adormecé el sentido.
¡O dichoso arroyuelo!
Si de humilde principio
Por tu inconstante curso
Llegáres á ser rio,
Si otro bosque, otras vegas
De raudales mas rico,
Con benéfica urna
Regáres fugitivo;
¡Ay! dí á mi Lisi al paso,
Que en su firme capricho
No insista; y dale ejemplo
De mudanza y olvido.

X.

La Mariposa:

A LA MISMA.

¿De donde alegre vienes
Tan suelta y tan festiva,
Los valles alegrando,
Veloz mariposilla?
?Por qué en sus lindas flores
No páras, y tranquila
De su púrpura gozas,
Sus aromas aspiras?
Mírote yo, ¡mi pecho
Sabe con cuanta envidia!
De una en otra saltando
Mas presta que la vista,

Mírote que en mil vuelos
Las rondas y acaricias:
Llegas, las tocas, pasas,
Huyes, vuelves, las libas.
De tus alas entonces
La delicada y rica
Librea se despliega,
Y al sol opuesta brilla.
Tus plumas se dilatan:
Tu cuello ufano se hincha:
Tus cuernos y penacho
Se tienden y se rizan.
¡Qué visos y colores!
¡Qué púrpura tan fina!
¡Qué nácar, azul y oro
Te adornan y matizan!
El sol cuyos cambiantes
Te esmaltan y te animan,
Contigo se complace,
Y alegre en tí se mira.
Los céfiros te halagan:
Las rosas á porfia
Sus tiernas hojas abren,
Y amantes te convidan.
Tú empero bulliciosa,
Tan libre como esquiva,
Sus ámbares desdeñas,
Su seno desestimas.
Con todas te complaces,
Y suelta y atrevida,
Feliz de todas gozas,
Ninguna te cautiva.

Ya un lirio hermoso besas:
Ya inquieta solicitas
La coronilla, huyendo
Tras un jazmin perdida.
El fresco alhelí meces:
A la azucena quitas
El oro puro; y saltas
Sobre una clavellina.
Vas luego al arroyuelo,
Y en sus plácidas linfas,
Posada sobre un ramo,
Te complaces y admiras.
Mas el viento te burla,
Y el ramillo retira;
Ó salpica tus alas
Si ácia el agua lo inclina.
Asi huyendo medrosa
Te tiendes divertida
Lo largo de los valles
Que abril de flores pinta.
Ahora el vuelo abates,
Ahora en torno giras:
Ahora entre las hojas
Te pierdes fugitiva.
¡Felice mariposa!
Tú bebes de la risa
Del Alba, y cada instante
Placeres mil varías.
Tú adornas el verano;
Tú á la vega florida
Llevas con tu inconstancia
El gozo y las delicias.

Mas ¡ay! mayores fueran
Mil veces aun mis dichas,
Si fuese á tí en mudarse
Mi Lisis parecida.

XI.

La noche de invierno.

¡O cuán horribles chocan
Los vientos! ¡o qué silbos,
Que cielo y tierra turban
Con soplo embravecido!
Las nubes concitadas
Despiden largos rios,
Y aumentan pavorosas
El miedo y el conflicto.
La luna en su albo trono
Con desmayado brillo
Preside á las tinieblas
En medio de su giro:
Y las menores lumbres,
El resplandor perdido,
Se esconden á los ojos
Que observan su camino.
Del Tormes suena lejos
El desigual ruïdo
Que forman las corrientes
Batiendo con los riscos.
¡O invierno! ¡o noche triste!
¡Cuan grato á mi tranquilo
Pecho es tu horror! ¡tu estruendo
Cuán plácido á mi oido!

Asi en el alta roca
Cantando el pastorcillo,
Del mar alborotado
Contempla los peligros.
Tu confusion medrosa
Me lleva hasta el divino
Ser, adorando humilde
Su inmenso poderío.
Y ante él absorto y ciego
Me anego en los abismos
De gloria que circundan
Su solio en el empíreo;
Su solio desde donde
Señala sus lucidos
Pasos al sol, y encierra
La mar en sus dominios.
¡O ser inmenso! ¡o causa
Primera! ¿donde altivo
Con vuelo temerario
Me lleva mi delirio?
¡Señor! ¿quien sois? ¿quién puso
Sobre un eterno quicio
Con mano omnipotente
Los orbes de zafíro?
¿Quién dijo á las tinieblas:
Tened en señorio
La noche; y vistió al alba
De rosa el manto rico?
¿Quién suelta de los vientos
La furia, ó llevar quiso
Las aguas en sus hombros
Del aire al gran vacío?

¡O Providencia! ¡o mano
Suäve! ¡o Dios benigno!
¡O padre! ¿Dó no llegan
Tus ansias con tus hijos?
Yo veo en estas aguas
La mies del blondo estío,
De abril las gayas flores,
De octubre los racimos.
Yo veo de los seres
En número infinito,
La vida y el sustento
En ellas escondido.
Yo veo. . . . no sé como,
Dios bueno, los prodigios
De tu saber explique
Mi pecho enternecido.
Cual concha nacarada,
Que abierta al matutino
Albor convierte en perlas
El cándido rocío;
La tierra el ancho gremio
Prestando al cristalino
Humor, con él fecunda
Sus gérmenes activos.
Y un dia el hombre ingrato
Con dulce regocijo
Las gotas de estas aguas
Trocadas verá en trigo.
Verá el pastor que el prado
Dá yerbas al aprisco,
Saltando en pos sus madres
Los sueltos corderillos;

Y en las labradas vegas
Tenderse manso el rio,
Los surcos fecundando
Con paso retorcido.
Los vientos en sus alas,
Cual ave que en el pico
El grano á sus polluelos
Alegre lleva al nido;
Tal próvidos extienden
A términos distintos
Las fértiles semillas
Con soplo repartido.
Las plantas fortifican
En recio torbellino,
Del aire desterrando
Los hálitos nocivos.
Y en la cansada tierra
Renuevan el perdido
Vigor, porque tributo
Nos rindan mas opimo.
¡O de Dios inefable
Bondad! ¡o altos designios
Que inmensos bienes causan
Por medios no sabidos!
Do quiera que los ojos
Vuelvo, Señor, yo admiro
Tu mano, derramando
Perennes beneficios.
¡Ay! siéntalos mi pecho
Por siempre, y embebido
En ellos, te tribute
Mi labio alegres himnos.

LETRILLAS.

I.

La flor del Zurguen.

Parad, airecillos,
No inquietos voleis,
Que en plácido sueño
Reposa mi bien:
Parad, y de rosas
Tejedme un dosel,
Pues yace dormida
La flor del Zurguen.
Parad, airecillos,
Parad, y vereis
Aquella que ciego
De amor os canté:
Aquella que aflije
Mi pecho cruël,
La gloria del Tormes,
La flor del Zurguen.
Sus ojos luceros,
Su boca un clavel,
Rosa las mejillas,
Sus trenzas la red
Do diestro Amor sabe
Mil almas prender,
Si al viento las tiende
La flor del Zurguen.
Volad á los valles;

Veloces traed
La esencia mas pura
Que sus flores dén.
Vereis, cefirillos,
Con cuanto placer
Respira su aroma
La flor del Zurguen.
Soplad ese velo,
Sopladlo, y veré
Cual late y se agita
Su seno con él:
El seno turgente,
Do tanta esquivez
Abriga en mi daño
La flor del Zurguen.
¡Ay cándido seno!
¡Quién sola una vez
Dolido te hallase
De su padecer!
Mas ¡oh! ¡cuán en vano
Mi súplica es!
Que es cruda cual bella
La flor del Zurguen.
La ruego, y mis ansias
Altiva no cree:
Suspiro, y desdeña
Mi voz atender.
Decidme, airecillos,
Decidme, ¿qué haré
Para que me escuche
La flor del Zurguen?
Vosotros felices

Con vuelo cortés,
Llegad, y besadle
Por mí el albo pie.
Llegad, y al oido
Decidle mi fé;
Quizá os oiga afable
La flor del Zurguen.
Con blando susurro
Llegad sin temer,
Pues leda reposa
Su altivo desden.
Llegad, y piadosos
De un triste os doled,
Asi os dé su seno
La flor del Zurguen.

II.

El despecho.

Sal ¡ay! del pecho mio,
Sal luego, amor tirano,
Y apaga el fuego insano
Que abrasa el corazon.
Bastante el albedrío
Lloró sus crudas penas
Esclavo en las cadenas
Que hoy rompe la razon.
No mas á una inhumana
Seguir perdido y ciego,
No mas con blando ruego
Quererla convencer.
Con su beldad ufana

Allá se goce altiva,
Que á mí no me cautiva
Quien me hace padecer.
Dos años la he servido,
Y en ello ¿qué he ganado?
Llorar abandonado,
Pesares mil sufrir.
¡O tiempo mal perdido!
¡O agravios! ¡o traiciones!
Tras tantas sinrazones
¿Como podré vivir?
Pensaba yo que un dia,
Favorecido amante,
Por mi pasion constante
Me coronára amor;
Y ardiente en mi porfia,
Contento en el desprecio,
Pensaba yo. . . . ¡qué necio
Juzgó mi ciego error!
Mis ansias como agravios
Suenan en sus oidos,
Los míseros gemidos
Irritan su esquivez.
Así mis tristes labios,
No osando ya quejarse,
Ni aun pueden aliviarse
Nombrándola una vez.
La busco, y tras su planta
Corriendo voy, mas ella
Me evita, y ni su huella
Logra mi fé adorar.
Que con fiereza tanta

Llegó ya á aborrecerme,
Que el rostro por no verme
Ni aun quiere á mí tornar.
¡Ingrata! ¡fementida!
Prosigue en tus rigores,
Ó añade otros mayores
Con bárbaro placer.
Sigue, que ya extinguida
La hoguera en que penaba,
Do el alma se abrasaba,
Quiero en venganza ver.
Mas no, mi dulce dueño,
Cese el desden impío,
Cese, y del amor mio
Déjate ya servir.
Y quien tu antiguo ceño
Sufrió, zagala hermosa,
Merezca que amorosa
Le empieces á seguir.

III.

Himno á Baco.

Bebamos, bebamos
Del suave licor,
Cantando beodos
Á Baco, y no á Amor.

Amigos, bebamos;
Y en dulce alegría
Pasemos el dia:

La copa empinad.
¿En qué nos paramos?
La ronda empecemos,
Y á un tiempo brindemos
Por nuestra amistad.
Bebamos, bebamos
Del suave licor,
Cantando beodos
A Baco, y no á Amor.
¡O qué bien que sabe!
Otro vaso venga:
Cada cual sostenga
Su parte en beber.
Y quien quiera alabe
De amor el destino;
Yo tengo en el vino
Todo mi placer.
Bebamos, bebamos, &c.
¡O vino precioso!
¡Como estás riendo!
¡Saltando! ¡bullendo!
¿Quién no te amará?
Tu olor delicioso
Color sonrosado,
Sabor delicado,
¿Qué no rendirá?
Bebamos, bebamos, &c.
Amor dá mil sustos,
Ansias y dolores:
Coja otro sus flores,
Cójalas por mí:
Que yo mis disgustos

Templaré bebiendo,
¡O Baco! y diciendo
Mil glorias de tí.
Bebamos, bebamos, &c.
Tú al Indo venciste:
Tú los tigres fieros
Cual mansos corderos
Pudiste ayuntar.
Tú el vino nos diste,
El vino que sabe
La pena mas grave
En gozo tornar.
Bebamos, bebamos, &c.
Venga, venga el vaso,
Que un sorbo otro llama:
Mi pecho se inflama
Y muero de sed.
Nadie sea escaso,
Ni aunque esté caïdo
Se dé por rendido:
Amigos, bebed.
Bebamos, bebamos, &c.

IDILIOS.

I.

Allí está la gruta
Del aleve Amor;
Huyamos, zagala,
Las iras del dios.
Su lóbrega boca
Me llena de horror.

Si es esto la entrada
¿Que hará su interior?
Los negros cuidados,
El flaco temor,
Los celos insomnes,
El ciego furor
La moran, y afligen
Con impio rigor
Los tristes que en ella
Su engaño encerró.
Huyamos, huyamos
Con planta veloz;
Si mas lo tardares
Ya no es de sazon.
Mira que sus redes
Nos tiende el traidor,
Y solo quien huye
Burlarle logró.
Falaz como artero,
Si escuchas su voz,
Tú serás su esclava,
Pero muy mas yo.
Lanzarnos ha ciegos
Con ímpetu atroz
Por sendas que falso
De flores sembró,
A un bosque sombrío,
Do en dura prision
Sin fin penaremos
En llanto y dolor.
Este aciago bosque
Lo finge el error,

Un val de delicias
Que nadie apuró.
Las risas alegres,
Tímido el pudor,
Las vivas ternezas
Y el grato favor,
Diz que lo habitaron
En célica union,
Cuando en su inocencia
El mundo vivió.
El Amor infante
Sin flechas ni arpon,
En nuestras cabañas
Triscando riyó;
Y la hermosa vírgen
No se avergonzó
De hallarse á los ojos
Desnuda del sol.
Si tal fue aquel tiempo
Ya todo acabó;
Y el amor del dia
No es, niña, este amor.
No en cosas que fueron
Ni en una ilusion,
Jamas la cordura
Sus dichas cifró.
Que el agua mas fria
La sed no apagó,
Si al labio tocarla
Ya rauda pasó. . . .
Asi hablaba un dia
Lleno de candor,

A una niña amable
Un simple pastor.
Ella muy mas simple,
Con nuevo teson,
Que nunca amaría
Resuelta juró.
Y ya en su inocencia
Se hallaban los dos
Perdidos de amores,
Diciendo que no.

II.

La Vuelta.

Zagal de mi vida,
Qué á mi amante cuello
Afanoso corres
De sudor cubierto;
Suspirado mio,
Gracioso embeleso,
Do abismadas siempre
Las potencias llevo;
Norte que arrebatas
Mi fiel pensamiento,
Mas claro y seguro
Que el que arde en el cielo;
Mi sola delicia,
Mi amable hechicero,
Con cuyo prestigio
Deliro sin seso;
Ya fina te logro,
Ya en salvo te veo,

Y tuya y tú mio
Por siempre seremos:
Y te hablo y escucho
Y al lado te tengo,
Y en firme lazada
Conmigo te estrecho.
En tanta delicia
Tan vivo mi pecho
Palpita, que apenas
Me alcanza el aliento.
Y el corazon triste
Que viéndote lejos,
Cubierto gemia
De horrores y duelo;
En lágrimas dulces
Y en ayes de fuego,
Parece que anhela
Salirse del pecho. . . .
Huyó de las sombras
El lóbrego ceño,
Y mi sol renace
Mas lumbroso y bello.
Calmó la borrasca,
Callaron los vientos,
Y en paz y delicias
Aduérmese el suelo.
Los hielos y horrores
Del áspero invierno
Son flores y aromas
Y muelle sosiego.
Gocemos, bien mio,
Unidos gocemos

De tanta ventura
Tras tan graves riesgos.
Mis tiernos suspiros
Y abincados lamentos,
En vivas alegres
Nos vuelvan los ecos.
Y el sol mas benigno,
Y el aire mas fresco,
Mas plácido el valle
Y el cielo mas ledo,
Celebren, acordes
Con mis sentimientos,
La gloria á que en verte
Cual loca me entrego.
Perderte he temido:
Temblé, lo confieso,
Que al fin no cedieses
A un bárbaro empeño.
Perdona, perdona
Benigno el exceso
De mi amor, las dudas
De que hoy me avergüenzo.
¡Yo pude formarlas! . . .
Sí, adorado dueño,
Que el amor ausente
Dos veces es ciego.
Un pecho apenado
Figúrase necio
Do quiera peligros
Y dudas y miedos.
Seguid en el mio,
Mis dulces recelos:

Los tibios no temen;
¡Infelices ellos! . . .
Proseguir no pudo
Que ya en sus ojuelos
Al zagal no via
De lágrimas llenos.
Y él tambien llorando
Con un dulce beso
A sus ansias puso
Finísimo el sello.

ROMANCES.

I.

A UNA SEÑORA,

dedicándola sus primeros romances.

Oye, señora, benigna
Los inocentes cantares,
Que del Tormes en la vega
Dicta amor á sus zagales;
Los cantares que algun dia,
Mezclados de tiernos ayes,
Tal vez las serranas bellas
Oyeron con rostro afable.
En la primavera alegre
De mis años, con suave
Caramillo y blandos tonos
Los canté por estos valles,
Cuando el bozo delicado
Aun no empezaba á apuntarme,

Ni el ánimo me afligian
Los sabios con sus verdades.
La dulce naturaleza,
Como cariñosa madre,
Despertó mi helado pecho,
Y el amor me hizo quejarme.
Entonces ¡quién á unos dias
Volviera tan agradables!
Ví la fuerza encantadora
De unos ojos celestiales,
De un rostro afable y sencillo,
Y de un alegre donaire.
Yo sufrí la ley, señora,
Y temí el rigor cobarde:
Yo adoré, yo fuí cautivo,
Y lloré agudos pesares.
¿Es acaso amar delito?
¡Quién no será de él culpable!
Despues los años severos,
Cargándome de sus graves
Cadenas, con duro imperio
Mandaron que atrás tornase.
¡Ay, que bárbaras contiendas!
¡O, qué encendidos combates!
¿Por qué para obedecerlos,
Blando Amor, debí dejarte?
Quedáronme de mis yerros
Estas quejas lamentables,
Que á besarte el pie rendidas
Vuelan hoy al Manzanares.
Ellas en mejores dias
Templaron mis crudos males,

Y aun ahora para alivio
Me manda Amor que las cante.
Óyelas pues, y no temas,
No temas que ellas te engañen;
Que Amor no finge en el campo
Como finge en las ciudades.

II.

Rosana en los fuegos.

Del sol llevaba la lumbre
Y la alegría del alba,
En sus celestiales ojos
La hermosísima Rosana,
Una noche que á los fuegos
Salió la fiesta de Pascua,
Para abrasar todo el valle
En mil amorosas ansias.
Por do quiera que camina
Lleva tras sí la mañana,
Y donde se vuelve rinde
La libertad de mil almas.
El céfiro la acaricia
Y mansamente la halaga,
Los cupidos la rodean,
Y las gracias la acompañan.
Y ella, asi como en el valle
Descuella la altiva palma
Cuando sus verdes pimpollos
Hasta las nubes levanta;
Ó cual vid de fruto llena
Que con el olmo se abraza,

Y sus vástagos extiende
Al arbitrio de las ramas;
Asi entre sus compañeras
El nevado cuello alza,
Sobresaliendo entre todas
Cual fresca rosa entre zarzas.
Todos los ojos se lleva
Tras sí, todo lo avasalla;
De amor mata á los pastores
Y dè envidia á las zagalas.
Ni las músicas se atienden,
Ni se gozan las lumbradas;
Que todos corren por verla,
Y al verla todos se abrasan.
¡Qué de suspiros se escuchan!
¡Qué de vivas y de salvas!
No hay zagal que no la admire
Y no se esmere en loarla.
Cual absorto la contempla
Y á la aurora la compara
Cuando mas alegre sale,
Y el cielo de su albor baña;
Cual al fresco y verde aliso
Que crece al márgen del agua,
Cuando mas pomposo en hojas
En su cristal se retrata;
Cual á la luna, si muestra
Llena su esfera de plata,
Y asoma por los collados
De luceros coronada.
Otros pasmados la miran
Y mudamente la alaban,

Y cuanto mas la contemplan
Muy mas hermosa la hallan.
Que es como el cielo su rostro
Cuando en la noche callada
Brilla con todas sus luces
Y los ojos embaraza.
¡Ay, qué de envidias se encienden!
¡Ay, qué de celos que causa
En las serranas del Tormes
Su perfeccion sobrehumana!
Las mas hermosas la temen,
Mas sin osar murmurarla,
Que cómo el oro mas puro
No sufre una leve mancha.
Bien haya tu gentileza,
Una y mil veces bien haya,
Y abrase la envidia al pueblo,
Hermosísima aldeana.
Toda, toda eres perfecta,
Toda eres donaire y gracia,
El amor vive en tus ojos
Y la gloria está en tu cara.
La libertad me has robado,
Yo la doy por bien robada,
Mas recibe el don benigna
Que mi humildad te consagra.
Esto un zagal la decia
Con razones mal formadas,
Que salió libre á los fuegos
Y volvió cautivo á casa.
Y desde entonces perdido
El dia á sus puertas le halla,

Ayer le cantó esta letra
Echándole la alborada:
Linda zagaleja
De cuerpo gentil,
Muérome de amores
Desde que te ví.
Tu talle, tu aseo,
Tu gala y donaire,
No tienen, serrana,
Igual en el valle.
Del cielo son ellos
Y tú un serafin:
Muérome de amores
Desde que te ví.
De amores me muero,
Sin que nada baste
A darme la vida
Que allá me llevaste,
Si ya no te dueles
Benigna de mí;
Que muero de amores
Desde que te ví.

III.

En unas bodas.

No por mí, bella aldeana,
Aunque sé bien cuanto pierdo,
Por tí sola me lastíma
Que te cases con un necio.
Tan discreta cortesía,
Tan gentil aire y aseo

Quien los merezca los goce
Y alcancen mas digno dueño;
Que si es la desdicha estrella
De la beldad, aunque el cielo
No te hiciera tan hermosa,
Ganáras mucho en no serlo.
¿Qué valen los rizos de oro,
Ni los alegres ojuelos,
Ni el carmesí de los labios
Ni lo nevado del pecho;
Qué el apacible agasajo
Y ese hablar tan halagüeño,
Que la libertad cautiva
Y embebece el pensamiento;
Si tan celestiales dones
Los ha de ajar un Fileno?
Para tan mal emplearlos
Valiera mas no tenerlos:
Que mejor yace el diamante
Perdido en su tosco seno,
Que no en la mano villana
Que no alcanza su alto precio;
Y el clavel mas bien flotando
Luce en el vástago tierno,
Que deshojado y sin vida
En fino búcaro puesto;
Y mas bien el jilguerillo
Se goza en dulces gorjeos
Volando de rama en rama,
Que en dorada jaula preso.
Si por ganadero rico
Con él te casan tus deudos,

Diles tú que no hay riquezas
Donde se echa el gusto menos.
Ellos se irán, y tú triste
Con el duro lazo al cuello,
Llorarás tarde, y en vano
Sentirás del yugo el peso.
¡Ay zagala! por tu vida
No tengas tan mal empleo:
Lástima ten de tí misma
Si yo no te la merezco.

IV.

El arbol caido.

Álamo hermoso, tu pompa
¿Donde está? ¿do de tus ramas
La grata sombra, el susurro
De tus hojas plateadas?
¿Donde tus vástagos bellos,
Y la brillantez lozana
De tantos frescos pimpollos
Que en derredor derramabas?
Feliz naciste á la orilla
De este arroyuelo, tu planta
Besó humilde, y de su aljofar
Rico feudo te pagaba.
Creciendo con él, al cielo
Se alzó tu corona ufana:
Rey del valle, en tí las aves
Sus blandos nidos labráran.
Por asilo te tomaron
De su amor; y cuando el alba

Abre las puertas al dia
Entre arreboles y nacar,
Aclamándola gozosas
En mil canciones, llamaban
A partir en tí sus fuegos
Las inocentes zagalas;
Que en torno tu inmensa copa
Con bulliciosa algazara,
Vió aun de la tarde el lucero
En juegos y alegres danzas.
Cuando en los floridos meses
Se abre el placer reanimada
Naturaleza, y los pechos
En sus delicias inflama;
Tú fuiste el centro dichoso
Do de toda la comarca
Los amantes se citaron
A sus celestiales hablas.
Los viste penar, los viste
Gemir entre ardientes ansias,
Y envolviste sus suspiros
En sombras al pudor gratas.
El segador anhelante
En tí en la siesta abrasada
Llamó al sueño, que en sus brazos
Calmó su congoja amarga;
Y con tu vital frescura
Tornó á herir la mies dorada
Reanimado, y ya teniendo
Su fatiga por liviana.
Despues con tus secas hojas
Al crudo enero. . . . la llama

Te tocó del rayo, y yaces
Triste ejemplo de su saña.
Cual con segur por el tronco
Roto, la pomposa gala
De tus ramas, en voluble
Pirámide al cielo alzadas,
El animado murmullo
De tus hojas, cuando el ala
Del céfiro las bullía,
Y el sentido enagenaba,
Tu ufanía, el verdor tierno
De tu corteza, entallada
De mil símbolos sencillos,
Todo en un punto acabára:
Y hollado, horroroso, yerto,
Solo eres ya en tu desgracia
Blanco infeliz de la piedra
Que ruda mano dispara:
Estorbo y baldon del prado,
Que cual ominosa carga
Tu largo ramage abruma,
El mirarte solo espánta.
Tu encuentro el ganado evita,
Sobre tí las aves pasan
Azoradas, los pastores
Huyen con medrosa planta:
Siéndoles siniestro agüero
Aun ver cabe tí parada
La fugitiva cordera
Que por perdida lloraban.
Solo en su horfandad doliente
La tórtola solitaria

Te busca, y piadoso alivio
La suya en tu suerte halla.
En tí llora, y en su arrullo
Se queda como elevada,
Y el éco sus ansias vuelve
De la vecina montaña.
El eco que lastimero
Por los valles se propaga,
Do solo horfandad y muerte
Suenan las flébiles auras.
Mientra al pecho palpitante
Parece que una voz clama.
De su tronco ¿qué es la vida
Si los árboles acaban?

V.

En una ausencia.

¿Qué sirve que viva ausente
Si con el alma te veo,
Zagala hermosa del Tormes,
Y te adora el pensamiento?
¿Qué sirve que ausente viva,
Si un amor fino y honesto
Bien así en la ausencia crece
Cual con seca leña el fuego?
Nunca está lejos quien ama,
Aunque tenga un mundo en medio:
Para el gusto no hay distancias,
Ni violencias para el pecho.
Solo, zagala, el que olvida
Se dice bien que está lejos,

Que yo donde quier que vaya
En mi corazon te llevo.
La esperanza me entretiene
Y en memorias me entretengo;
Que cuanto miro, bien mio,
Me parece tosco y feo.
Mis locas ansias se pierden,
Mis ayes los lleva el viento,
Las lágrimas el Eresma
Y el alba los dulces sueños.
En ellos ¡ay! ¡qué de noches
Me he hallado á tus plantas puesto,
Tal vez airada conmigo,
Tal vez benigna á mi ruego!
Y al despertar ¡qué de veces,
Como burlado me siento,
Llamándote, cual si oyeras,
Bañé con mi llanto el lecho!
Mas quisiera yo las noches,
Cuando entre escarchas y hielos
Quejandome de tu olvido
Me escucharon los luceros;
Mas que no estas noches tristes
De luto y dolor eterno,
Donde á solas me consumo
Y maldigo mis deseos.
¡Ay! cuando diré á tus rejas,
Como cantaba algun tiempo,
Ciego de amor y esperanzas,
Que cual humo se han deshecho:
Nunca yo visto te hubiera,
Ni la noche de los fuegos,

Nunca tú por mi ventura
Salieras, señora, á verlos.
Cuando... aquí llegaba un triste
A quien del Tormes trajeron
Al Eresma desterrado
La envidia, el odio y los celos.
Los compasivos zagales
Que sus gemidos oyeron
Consuélanle, y él responde
Que á un ausente no hay remedio.

VI.

El Colorin de Filis.

Miraba Filis un dia
Entre las doradas redes
De la jaula, por romperlas
Su colorin impaciente.
Filis, que amable y sencilla
Desde niña gustó siempre
De avecitas, y en sus juegos
Aun casada se entretiene,
Miraba al pobre cautivo
Llorar su mísera suerte
Con los píos mas agudos
Y los trinos mas dolientes:
Morder el sonoro arambre,
Y de alto á bajo correrle,
Pugnando su débil pico
Si los hilos doblar puede:
Sacudirlo enardecido,
De un lado y otro volverse,

Y avanzar cabeza y cuello
Por la abertura mas leve:
Descansar luego un instante;
Y con ímpetu mas fuerte
Saltar, volar, agitarse
Y ácia sí airado atraerle:
Tal que en su empeño y delirio
Con uña y pico inclemente
Batiendo la jaula entera,
A su esfuerzo la estremece.
¡ Ay ! dijo la bella Filis,
Y suspiró dulcemente,
¡ Que mal, jilguerito, pagas
Lo mucho que á mi amor debes!
¡Qué mal tan sañosa furia
Con tu placidez se aviene,
Con tu delicia esos ayes
Que agudos mi pecho hieren!
Mas pues entre grillos penas,
Por fina que te festeje,
No hayas miedo que te culpe
Tu esquivez, ni tus desdenes;
Que me olvide de tus gracias,
Ni tu ingratitud increpe,
Ni tu cólera castigue,
Ni de mi lado te aleje.
¿ Qué sirve que en tu cariño
Solícita me desvele,
Que la comida te ponga,
Que el bebedero te llene,
Que dadivosa mi mano
Regalos mil te presente,

Ni mi dedo te acaricie,
Ni con mi boca te bese?
¿Qué sirve que mis finezas
Tus donosuras celebren,
Ni en tus suavísimos trinos
Embebecida me lleves;
Pues encerrado y esclavo,
Sin esperanza de verte
Jamas con tu dulce amiga,
No es posible estar alegre?
No es posible, ave querida,
Por mas que en fingir te esfuerces,
Que no maldigas la mano
Que así entre hierros te tiene;
Y en cada mimo encubierto
Algun lazo no receles;
Con que tu bárbaro encierro
Mas ominoso te estreche:
Que de todo cautelosos
La injusticia al fin nos vuelve;
Y á los ojos que así miran
La amistad misma es aleve.
Yo tambien cautiva lloro;
Y aunque de rosa y claveles
Es mi cadena, en su peso
El corazon desfallece.
Huérfana y en tiernos años,
Que aun no cumplí diez y siete,
Abandoné mi albedrío
Al gusto de mis parientes.
Cúpome un amable dueño,
Que galan me favorece.

Cual amigo me respeta,
Y como hermano me quiere.
Pero aunque humilde me sirva,
Y por gran dicha celebre
Que su señora me llame,
Ni me engaña ni envanece:
Que yo tambien, jilguerito,
Me valgo de estos juguetes,
Cuando con graciosos quiebros
Armonioso me enloqueces.
Tambien, hijito te llamo
Si á mi voz piando vienes,
Y tus alitas me halagan,
Y tu piquito me muerde.
Y aun mas que tú ardiente y tierna
Tomándote blandamente
Te estrecho contra mi seno,
Te beso mil y mil veces:
Y nada ya dulce hallando
Con que mi fé encarecerte,
¡Ay, clamo, si con mis besos
Mi vida darte pudiese!
Otro tanto hace mi dueño
Cuando mi amor le enloquece,
Que no hay fineza que olvide,
Ni obsequio á que no se preste.
Él pasatiempos me busca,
Oros y galas me ofrece;
Y en su casa y albedrío
Mis voluntades son leyes.
Pero en medio este embeleso
Una voz mi pecho siente

Acá interior que me dice:
«Nada á una esclava divierte."
Este pensamiento amargo
Mancilla todos sus bienes,
Y cual ominosa sombra
Mi corazon obscurece.
Así como mis cariños
Tú, avecilla, pagar sueles
Con un pío, en que me increpas
La soledad en que mueres.
Aun ahora elevada y triste
Con un suspiro elocuente
La libertad me demandas,
Y á volar las alas tiendes.
No las tenderás en vano,
Que el corazon me enternecen
Tu expresion y tus quejidos;
Y así en paz, donoso, vete.
Vete en paz, la jaula abriendo
Dijo Filis; no te niegue
Mi amor lo que tanto anhelas,
Y tan fácil darte puede.
Vete, y venturoso goza
La libertad que ya tienes,
Y que yo alcanzar no puedo
Sino ¡ay triste! con la muerte.
Soltóle, voló, y el llanto
Brotó involuntariamente
De sus ojos, que se anegan
Con las lágrimas que llueven.
Y mirando á su avecilla,
Que ya en los aires se pierde,

Con un suspiro que lanza
Seguirla ilusa pretende.

VII.

La tempestad.

¿ Oyes, oyes el ruïdo
Del aquilon que en la selva
Entre los alzados robles
Con rápidas alas vuela ?
¡ O cual silba ! ¡ Como agita
Las ramas ! Sus hojas tiernas
En torbellinos violentos
Desparce con rabia fiera.
Una nube le acompaña
De negro polvo : la niebla
Se lanza en un mar undoso
Del cóncavo de las peñas,
Y cubre el cielo : la llama
Del sol desparece envuelta
En caliginosas nubes,
Y la noche á reinar entra.
Las aves huyen medrosas :
De espanto inmóvil se queda
El tardo buey, el establo
Azorado á hallar no acierta.
Crece el huracan : del trueno
La imperiosa voz resuena
Que el Omnipotente anuncia
A la congojada tierra.
Ya llega : otra vez horrible
El trueno la voz aumenta,

Y los relámpagos hacen
Del cielo una inmensa hoguera.
¡ Señor ! ¡ Señor ! compasivo
Mi albergue mira: tu diestra
No le aniquile : perdona
A un ser que te adora y tiembla.
Tú eres, Señor, poderoso:
Sobre los vientos te llevan
Tus ángeles ; de tu carro
Retumba la ronca rueda.
Tu carro es de fuego. El trueno,
El trueno otra vez: se acerca
El Señor : su trono en medio
De la tempestad asienta.
La desolacion le sigue ;
Y el rayo su voz espera
Prestas las alas : lo manda ;
Y el monte abrasado humea.
Arden las nubes: veloces
Los relámpagos serpean
Del Eterno en torno. ¡Impíos!
¡Ay! temblad, que Jehová llega.
Jehová la cóncava nube
Retumba, las hondas vegas
Jehová sonoras responden,
Jehová las altas esferas.
Despavorido al estruendo
El libertino despierta;
Y confundido el atéo
Su inefable ser confiesa.
De miedo y horror transidos
Al Dios que insultaron ruegan

Temblando; y ante sus iras
Aniquilarse quisieran.
Él entretanto imperioso
Domina: la frente excelsa
Mueve; la tormenta crece,
Y los montes titubean.
Llama al áspero granizo;
Y que anonade le ordena
De la vid el dulce fruto,
Y las ricas sementeras.
Le obedece, y con funesto
Estrépito se despeña
Al bajo suelo, y lo tala.
¡Señor! tus iras modera:
Mira al labrador que inmovil
De espanto, la obra contempla
De tu poder: sus hijuelos
Y su esposa le rodean:
Todos lloran; todos tienden
A tí las manos, y esperan
El pan de tí que hoy les robas.
¡Buen Dios! ¿dó está tu clemencia?
¿Vienes á asolarnos? ¿Vienes
A mover al hombre guerra?
¿No hay un justo que te implore?
¿Ó á las súplicas te niegas?
Tú en quien un padre oficioso
Hasta el vil insecto encuentra,
Que á millares de vivientes
Abres la mano y sustentas;
¿Olvidas hoy á tus hijos?
¿Ó dejarás que perezca

Sin pan el pobre ?... Tus iras
Ya desarma la inocencia.
Del justo el humilde ruego
Prevaleció: Jehová reina
Sobre el trueno : su alto cetro
Pasó sobre mi cabeza.
Ledo pasó : yo asombrado
Ni osé alzar la frente. ¡Oh! deja,
Señor, que humilde en el polvo
Adore tu providencia.
Que ya la benigna lluvia
De tu bendicion recrea
La árida tierra : ya baja,
Y blanda el aura refresca.
Con júbilo la reciben
Las aves, y en dulces lenguas
Por el mundo agradecido
Tu inmensa bondad celebran.
Pasó el nublado : la mano
Del Señor la ardiente fuerza
Del rayo imperiosa calma,
Y el viento y el trueno arredra.
Quiérelo ; y las torvas nubes
Bajo sus pies se congregan :
Mándalo ; y rápidas parten
De su trono mil centellas.
Oyónos, y á la montaña
La tempestad voló presta:
¿ No veis el hórrido estruendo?
¿ Y cual el bosque se anega?
Ya, Padre, ya nos indultas
Y el iris de paz nos muestras

En señal de la alianza
Que has jurado con la tierra,
Al cielo el Excelso torna:
Mortales, su omnipotencia
Cantad; y que el universo
Un himno á su gloria sea.

VIII.

La tarde.

Ya el Héspero delicioso
Entre nubes agradables
Cual precursor de la noche
Por el occidente sale;
Do con su fúlgido brillo
Deshaciendo mil celages,
A los ojos se presenta
Cual un hermoso diamante.
Las sombras que le acompañan
Se apoderan de los valles,
Y sobre la mustia yerba
Su fresco rocío esparcen.
Su corona alzan las flores,
Y de un aroma suäve
Despidiéndose del dia
Embalsaman todo el aire.
El sol afanado vuela,
Y sus rayos celestiales
Contemplar tibios permiten
Al morir su augusta imagen:
De la alta cima del cielo
Veloz se despeña, y cae

Del océano en las aguas,
Que á recibirlo se abren.
¡ O qué visos ! ¡ qué colores!
¡ Qué ráfagas tan brillantes
Mis ojos embebecidos
Registran de todas partes !
Mil sutiles nubecillas
Cercan su trono , y mudables
El cárdeno cielo pintan
Con sus graciosos cambiantes.
Los reverberan las aguas ,
Y parece que retrae
Indeciso el sol los pasos ,
Y en mirarlos se complace.
Luego vuelve, huye y se esconde,
Y deja en poder la tarde
Del Héspero , que en los cielos
Alza su pardo estandarte.
Del nido al caliente abrigo
Vuelan al punto las aves,
Cual al seno de una peña,
Cual á lo hojoso de un sauce.
Suelta el labrador sus bueyes ;
Y entre sencillos afanes
Para el redil los ganados
Volviendo van los zagales :
Lejos las chozas humean ,
Y los montes mas distantes
Con las sombras se confunden
Que sus altas cimas hacen.
El universo parece
Que de su accion incesante

Cansado el reposo anhela,
Y al sueño vá á abandonarse.
Todo es paz, silencio todo,
Todo en estas soledades
Me conmueve y hace dulce
La memoria de mis males.
El verde-oscuro del prado,
La niebla que undosa á alzarse
Empieza del hondo rio,
Los árboles de su margen,
Su deleitosa frescura,
Los vientecillos que baten
Entre las flores las alas,
Y sus esencias me traen,
Me enagenan y me olvidan
De las odiosas ciudades,
Y de sus tristes jardines
Hijos míseros del arte.
Liberal naturaleza
Porque mi pecho se sacie
Me brinda con mil placeres
En su copa inagotable.
Yo me abandono á su impulso:
Dudosos los pies no saben
Do se vuelven, do caminan,
Do se apresuran, do paren.
Bajo del collado al rio,
Y entre sus lóbregas calles
De altos árboles, el pecho
Lleno de pavor me late.
Miro las tajadas rocas
Que amenazan desplomarse

Sobre mí, tornar oscuros
Sus cristalinos raudales.
Llénanme de horror sus sombras,
Y empiezo triste á quejarme
De mis amargas desdichas,
Y á lanzar dolientes ayes:
Mientras de la luz dudosa
Espira el último instante,
Y la noche el velo tiende
Que el crepúsculo deshace.

SONETOS.

I.

El pensamiento.

Cual suele abeja inquieta revolando
Por florido pensil entre mil rosas,
Hasta venir á hallar las mas hermosas
Andar con dulce trompa susurrando;
Mas luego que las vé, con vuelo blando
Baja y bate las alas vagarosas,
Y en medio de sus venas olorosas
El delicado aroma está gozando;
Así, mi bien, el pensamiento mio
Con dichosa zozobra por hallarte
Vagaba de amor libre por el suelo:
Pero te ví, rendíme, y mi albedrío,
Abrasado en tu luz, goza al mirarte
Gracias que envidia de tu rostro el cielo.

II.

La resignacion.

¿Qué quieres, crudo amor? deja al cansado
Ánimo respirar solo un momento,
Baste el veneno en que abrasar me siento,
Y el dardo agudo al corazon clavado.
Ni duermo, ni reposo, y de mi lado
Cual sombra huye el placer: Ah! ¿qué lamento
Suena en mi triste oido? De tormento
Basta, amor, basta, pues de mí has triunfado.
Le ruego asi, y á mi dolor movido
Él me muestra la lumbre por quien muero,
Puro rayo de angélica hermosura.
Yo me postro á adorarla, y encendido
En fuego celestial, penar mas quiero,
Y morir pido como gran ventura.

III.

La reconvencion.

Dame, traidor Aminta, y jamas sea
Tu cándida Amarili desdeñosa,
La guirnalda de flores olorosa
Que á mis sienes ciñó la tierna Alcea.
¡Ay! dámela cruël, y si aun desea
Tomar venganza tu pasion celosa,
He aquí de mi manada una amorosa
Cordera: en torno fenecer la vea.
¡Ay! dámela, no tardes; que el precioso
Cabello ornó de la pastora mia

Muy mas que el oro del Ofir luciente,
  Cuando cantando en ademan gracioso
Y halagüeño mirar, merecí un dia
Ceñir con ella su serena frente.

IV.

La fuga inutil.

  Tímido corzo, de cruël acero
El regalado pecho traspasado,
Y el seno de la yerba emponzoñado,
Por demas huye del veloz montero.
  En vano busca el agua, y el ligero
Cuerpo revuelve ácia el doliente lado:
Cayó, y se agita, y lanza acongojado
La vida en un bramido lastimero.
  Así, la flecha al corazon clavada,
Huyo en vano la muerte, revolviendo
El ánima á mil partes dolorida:
  Crece el veneno, y de la sangre helada
Se va el herido corazon cubriendo,
Y el fin se llega de mi triste vida.

V.

El remordimiento.

  Perdona, bella Cintia, al pecho mio,
Si evita cauto tu adorable llama,
Que Filis solo su fineza inflama
Y él la idolátra aun en el marmol frio.
  Si amarte intento, del silencio umbrío
Su voz infausta por venganza clama:

¿Así, me dice ¡ o pérfido ! se ama ?
¡ Ay! tiembla, tiembla mi furor ¡ impío!
Vuélveme á mi inocencia y á mi pura
Candidez virginal; tú de mi pecho
¡Ingrato, ingrato! has la virtud lanzado.
Vuélveme mi virtud:::: su sombra oscura
Me sigue así, y en lágrimas deshecho
Me hallo en el duro suelo desmayado.

BATILO.

ÉGLOGA.

FRAGMENTOS.

BATILO, ARCADIO, POETA.

BATILO.

Paced, mansas ovejas,
La yerba aljofarada,
Que el nuevo dia con su lumbre dora,
Mientras en blandas quejas
Le cantan la alborada
Las dulces avecillas á la Aurora:
La cabra trepadora,
Ya suelta, se encarama
Por el monte enramado:
Vosotras de este prado
Paced la yerba y la menuda grama,
Paced, ovejas mias,
Pues de abril tornan los alegres dias.

Mejórase la tierra
De verdor coronada,
Y aparecen de nuevo ya las flores:
Desciende de la sierra
La nieve desatada,
Y ejercen sus contiendas los pastores:
Todo el prado es amores,
Retoñan los tomillos,
Las bien mullidas camas
Componen en las ramas
A sus hembras los dulces pajarillos,
Y con susurro blando
Va el arroyo las flores salpicando.

Así cual es sabroso
Despues de noche fría
El rocío del alba al mústio prado,
Ó cual tras enojoso
Invierno el alegría
Sereno sol de abril vuelve al ganado;
Asi cual al cansado
Pastor, que tras hambriento
Lobo corrió, es la fuente,
Tras el marzo inclemente;
Tal es á mí del céfiro el aliento;
Y cual á abeja rosa
Del campo así la vida deliciosa.

Mas por aquella loma
Tras sus vacas manchadas,
El pastoril acento al viento dando,
El dulce Arcadio asoma:
Sus voces regaladas
Mas y mas cada vez se van notando.

Tambien viene cantando,
Cual yo, de la florida
Estacion. Salir quiero
A encontrarle primero;
Algo acaso dirá de mi querida,
Ó la nueva tonada
Que Tirsi canta á su Licori amada.

ARCADIO.

¿Quién, viendo el alegría
De este florido prado
Y el brillo y resplandores del rocío,
Ó la hambrienta porfía
Con que pace el ganado,
Y el soto lejos, plácido y sombrío,
Y el noble señorío
Con que el claro sol nace,
Ó las ondas sin cuento
Que hace en la yerba el viento,
Y los hilos de luz que el aire hace,
No sentirá movido
El corazon y el ánimo embebido?
No á mi gusto sea dado
Riquezas enojosas,
Ni el oro que cuidados da sin cuento:
No el ir embarazado
Entre galas pomposas,
Ni corriendo vencer al raudo viento;
Mas sí cantar contento
Sentado á par mi Elisa,
Viendo desde esta altura
Del valle la verdura,

Y de mi dulce bien la dulce risa,
Y pacer mi ganado,
Y al Tórmes deslizarse sosegado.
Pero aquel que allí veo
Que por el prado viene,
¿No es Batilo el zagal? Tan de mañana
¡Cuán bien á mi deseo
La suerte lo previene!
Guarde el cielo, pastor, tu edad lozana.

BATILO.

La gracia sobrehumana
De tu rabel y canto
Guarde del lobo odioso;
Y sigue en tan sabroso
Tono, que de los valles es encanto,
Y el ganado alboroza
Y el choto jugueton por él retoza.

ARCADIO.

Tú mas ántes al viento
Suelta esa voz suäve,
Que á todas las zagalas enamora,
Tañendo el instrumento
Que el desden vencer sabe,
Y ablandar como cera á tu pastora;
Y la letra sonora
Cántame que le hiciste
Cuando te dió el cayado,
Por el manso peinado
Que con lazos y esquila le ofreciste,
O bien la otra tonada

De la vida del campo descansada.
Premio será á tu canto
Este rabel, que un dia
Me dió en prenda de amor el sabio Elpino,
Y en él con primor tanto
Pintó la selva umbría,
Que muestra bien su ingenio peregrino.
Del Tórmes cristalino
Formó en él la corriente,
Que parece ir riendo,
Y á lo largo paciendo
Los manchados rebaños mansamente,
Y la ciudad de lejos
Del sol como dorada á los reflejos.
A un álamo arrimado
Alegre un zagal canta
Mientras su amada flores va cogiendo:
Por el opuesto lado
Un mastin se adelanta,
Y á otra zagala fiestas viene haciendo:
Todo que lo está viendo
Lejos un ciudadano,
El semblante afligido,
Y en cuidados sumido,
Haciéndole á otro señas con la mano,
Que al umbral de una choza
Rie entre los pastores y se goza.

BATILO.

Y yo de Delio hube
Una flauta preciada,
Labrada de su mano diestramente.

Tan guardada la tuve
Que jamas fue tocada:
Pero mi amor en dártela consiente.
Los valles y la fuente
Puso en ella de Otea:
Cual por abril el llano
Con rosas mil galano,
Un muchacho en el cerro pastorea,
Y el rabel otro toca,
Y á contender cantando le provoca.
De flores coronadas,
Mas bellas que las flores,
Y el cabello en la espalda al viento dado,
Van bailando enlazadas,
Causando mil ardores
Las zagalas en medio el verde prado.
Un anciano está á un lado
Que la flauta les toca,
Y algunas ciudadanas
Mirándolas ufanas,
Y como que la envidia las provoca
Con regocijo tanto.
Pero tú empieza, y seguiré yo el canto.

ARCADIO.

Dulce es el amoroso
Balido de la oveja,
Y la teta al hambiento corderuelo:
Dulce, si el caluroso
Verano nos aqueja,
La fresca sombra y el florido suelo:
El rocío del cielo

Es grato al mustio prado:
Y á pastor peregrino:
Descanso en su camino:
Dulce el ameno valle es al ganado,
Y á mí dulce la vida
Del campo, y grata la estacion florida.
  Las inocentes horas
De júbilo y paz llenas,
¿Donde mejor se gozan que en el prado?
¿Quién mejor las auroras
Ve amanecer serenas,
Que el zagal al salir tras su ganado?
¡Venturoso cuidado!
¡Mil veces descansada
Pajiza choza mia!
Ni yo te dejaria
Si toda una ciudad me fuera dada,
Pues solo en tí poseo
Cuanto alcanzan los ojos y el deseo.
  ¿Para qué el vano anhelo
Ni los tristes cuidados
Que engendra la ciudad y sus temores?
Mejor es ver el cielo
Que no techos pintados:
Mejor son que las galas nuestras flores.
Los árboles mayores
Nos dan facil cabaña,
Una rama sombrío,
Otra reparo al frio,
Y cuando silba el ábrego con saña
En las noches de enero,
Lumbre para bailar un roble entero.

BATILO.

Y á mí leche sobrada
Me dá, y natas y queso,
Y su lana y corderos mi ganado:
Mil colmenas labrada
Miel de tierno cantueso,
Y pomas olorosas el cercado.
Gobierna mi cayado
Dos hatos numerosos,
Que llenan los oteros
De cabras y corderos;
Y deja á los zagales envidiosos
Mi dulce cantilena,
Que á las mismas serranas enagena.
Mas bienes no deseo,
Ni quiero mas fortuna,
Contento con mi suerte venturosa.
En este simple arreo
No hay pastorcilla alguna
Que huya de mis amores desdeñosa.
Su guirnalda de rosa
Me dió ayer Galatea,
Filis este cayado,
Y este zurron leonado
La niña Silvia que mi amor desea:
Mas yo á Filena quiero,
Ella me paga, y por sus ojos muero.

ARCADIO.

Pues cuando el sabio Elpino
Se huyó de la alquería
A la ciudad por sus hechizos vanos,

Con su ingenio divino
¡Qué cosas no decia
Despues de los falaces ciudadanos!
Aun á los mas ancianos,
Si te acuerdas, pasmaba,
Contándonos los hechos
De sus dañados pechos.
Yo, zagalejo entonces, le escuchaba;
Y aun guarda la memoria
La mayor parte de su triste historia.
El semblante sereno
Y el corazon dañado,
Cual es el fruto de silvestre higuera,
Miel envuelta en veneno
El decir concertado,
Pechos lisiados de la envidia fiera:
Hijos que desespera
La vida de sus padres,
Muertes, alevosías,
Entre esposos falsías,
Y doncellas vendidas por sus madres;
Esto contaba Elpino
De la ciudad, despues que al campo vino.

BATILO.

Y Dalmiro cantaba,
Aquel que fué á la guerra,
Y vió las tierras donde muere el dia,
Que en nada semejaba
El rio de esta sierra
Al mar soberbio que pavor ponia.
Me acuerdo que decia

Que, del viento irritado,
Espantable bramaba,
Y las olas alzaba
Hasta tocar el cielo encapotado,
Tragándose navíos,
Como las enramadas nuestros rios.
  Que entonce el alarido
Y acabar de los tristes
Quebraba el corazon en tal cuíta,
Cual si débil balido
De herida oveja oístes,
Ó choto que su madre solicita.
¡O ceguedad maldita
Poner vida y ventura
Sobre un pino delgado!
Mejor es de este prado
Hollar con firme planta la verdura
Tras los corderos mios,
Que ver, Arcadio, el mar ni sus navíos.

ARCADIO.

  Ni yo, Batilo, quiero
Ver mas que nuestros prados,
Ni beban mis ganados de otro rio.
Aquí no lobo fiero
Nos tiene alborotados,
Ni nos daña el calor, ó hiela el frio:
Ño ageno poderío
Nuestro querer sujeta,
Ni mayoral injusto
Nos avasalla el gusto.
Todos vivimos en union perfeta:

Y el sol y helado cierzo
Nos dan salud y varonil esfuerzo.
  Como las ciudadanas
A engañar no se enseñan
Nuestras bellas y cándidas pastoras,
Ni en su beldad livianas
Nuestro querer desdeñan,
Ó mudan de amador á todas horas:
Mejor que las sonoras
Canciones de la villa
Su voz suena á mi oido,
Y que el ronco alarido
De sus plazas la voz de mi novilla.
Mas canta tu tonada
De la vida del campo descansada.

BATILO.

  ¡O soledad sabrosa!
¡O valle! ¡o bosque umbrío!
¡O selva entrelazada! ¡o limpia fuente!
¡O vida venturosa!
Sereno y claro rio
Que por los sauces corres mansamente:
Aquí entre llana gente
Todo es paz y dulzura,
Y gloriosa armonía
Del uno al otro dia:
La inocencia de engaño está segura,
Y todos son iguales
Pastores, ganaderos, y zagales.
  El cielo sosegado
Y el canto repetido

De las pintadas aves por el viento,
El balar del ganado,
Y apacible sonido
Que del céfiro forma el blando aliento;
Tal vez el tierno acento
De alguna zagaleja
Que canta dulcemente,
Y este oloroso ambiente
En grata suspension al alma deja,
Y á sueño descansado
Brinda la yerba del mullido prado.
Así Tirsi decia,
Que la primera gente,
Como agora vivimos los pastores,
Por los campos vivia
En la edad inocente,
Antes que del verano los ardores
Marchitáran las flores,
Cuando la encina daba
Mieles, y leche el rio,
Cuando del señorío
Los términos la linde aun no cortaba,
Ni se usaba el dinero,
Ni se labraba en dardos el acero.
Aqui Delio y Elpino
Moráron, y el famoso
Que dijo de las magas el encanto
Con su verso divino
Junto al Bétis undoso,
Y aquí Albano entonó su dulce canto.
¡O grata vida! ¡o cuanto
Me gozo en tí seguro!

De flores coronado,
Y al cielo el rostro alzado
Este vaso de leche alegre apuro.
Bebe, Arcadio, y gocemos
Tan feliz suerte, y á la par cantemos.

ARCADIO.

Cual la dulce llamada
De paloma rendida
Es al tierno pichon que la enamora,
Cual yedra enmarañada
Que á reposar convida,
Y cual agrada el baile á la pastora,
Tal es tu voz sonora,
Zagalejo, á mi oido:
Ni así es el prado ameno
De grata yerba lleno,
De las ovejas con hervor pacido
En fresca madrugada,
Cual es á mí tu música extremada.

BATILO.

No el lirio comparado
Con zarza montuosa
Ser debe, ó con el cardo la azucena:
Ni así aquel desagrado
Y altivez enojosa
De las de la ciudad con la serena
Gracia de mi Filena.
Ellas me desdeñaron
Allá en su plaza un dia:
Yo sus burlas reía

Y ellas de mis desprecios se enojaron:
Volvíme á mis corderos,
Y á gozar, zagaleja, tus luceros.

ARCADIO.

Y yo á mi Elisa amada
Fuí compañero acaso
La tarde en la ciudad que fiesta habia:
Cual luna plateada
Reluce en cielo raso,
Asi Elisa entre todas relucia.
¡Cuan bella parecia,
Batilo! Los sus ojos
Mil pechos abrasaron,
Mil envidias causaron,
Y se hicieron á un tiempo mil despojos.
¡Ay, Elisa, bien mio,
De tu firmeza mi ventura fio!

BATILO.

Darme quiere Lisardo
Por el mi manso un choto
Para llevarlo en don á sus amores:
Yo para tí lo guardo,
Y el nido que en el soto
Ayer cogí con ambos ruiseñores.
¡Ay, si yo en mis ardores
Fuese abeja y volára,
Mi bien, siempre á tu lado;
Ó en colorin mudado,
Continuo mis amores te cantara;
Ó hecho flor me cortases,

Y á tu labio de rosa me allegases!

ARCADIO.

No á la cigarra es dado
De voz haber porfia
Con jilguero que canta en la enramada,
Ni con cisne, extremado
En dulce melodía,
Puede ser abuvilla comparada:
Ni á tu voz regalada
Mi tono desabrido.
¡O fuente! ¡o valle! ¡o prado!
¡O apacible ganado!
Si el canto de Batilo es mas subido
Que el de los ruiseñores,
Grata escuche Filena sus amores.

BATILO.

La alondra en compañía
De la alondra se goza,
Y con su par el jilguerillo hermoso,
El ciervo en selva umbría
Con otro se alboroza,
Y con el agua el ánade pomposo:
Yo con el amoroso
Rostro de mi pastora,
Ella con sus corderas,
Y estas en las laderas
Cuando de nueva luz el sol las dora,
Y á Arcadio mi tonada,
Y á todo el valle su cantar agrada.

POETA.

Asi loando fueron
La su vida inocente
Los dos enamorados pastorcillos,
Y los premios se dieron
Del álamo en la fuente,
Llevando allí á pastar sus corderillos:
Y yo, que logré oillos
Detras de un haya umbrosa,
Con ellos comparado
Maldije de mi estado:
De entonces la ciudad me fue enojosa,
Y mil alegres dias
Gozo en sus venturosas caserías.

ELEGÍA I.

La partida.

En fin voy á partir, bárbara amiga;
Voy á partir, y me abandono ciego
A tu imperiosa voluntad. Lo mandas;
Ni sé, ni puedo resistir; adoro
La mano que me hiere; y beso humilde
El dogal inhumano que me ahoga.
No temas ya las sombras que te asustan,
Las vanas sombras que te abulta el miedo
Cual fantasmas horribles, á la clara
Luz de tu honor y tu virtud opuestas,
Que nacer solo hicieran... en mi labio
La queja bien no está: gima, y suspire;
No á culpar tu rigor dé los instantes

Del mas ardiente amor tal vez postreros.
Tú, de tí misma juez, mis ansias juzga:
Mi dolor justifica; á mí no es dado
Sino partir. ¡O Dios! ¡de mi inefable
Felicidad huir! ¡en mis oidos
No sonará su voz! ¡no las ternezas
De su ardiente pasion! ¡mis ojos tristes
No la verán, no buscarán los suyos,
Y en ellos su alegría y su ventura!
No sentiré su delicada mano
Dulcemente tal vez premiar la mia,
Yo extático de amor... ¡Bárbara! ¡Injusta!
¿Qué pretendes hacer? ¿qué placer cabe
En afligir al mismo á quien adoras?
Que te idolatra ciego? no, no es tuyo
Este exceso de horror: tu blando pecho,
De dulzura y piedad á par formado,
No inhumano bastára á concebirlo.
  Tu amable boca, el órgano suäve
De amor, que solo articular palabras
De alegría y consuelo antes supiera,
No lo alcanzó á mandar. Sí: te conozco;
Te justifico, y las congojas veo
De tu inocente corazon... mi vida,
Mi esperanza, mi bien, ¡ah! ve el abismo
Do vamos á caer: que te fascinas;
Que no conoces el horrible trance
En que vas á quedar, que á mí me aguarda
Con tan amarga arrebatada ausencia.
No lo conoces deslumbrada: en vano
Tranquila ya, despavorida y sola
Me llamarás con doloridos ayes.

Habré partido yo; y el rechinido
Del eje, el grito del zagal, el bronco
Confuso son de las volantes ruedas,
A herir tu oido y afligir tu pecho
De un tardío pesar irán agudos.
Yo entre tanto, abatido, desolado,
A tu estancia feliz vueltos los ojos,
Mis ojos ciegos en su llanto ardiente,
Te diré adios; y besaré con ellos
Las dichosas paredes que te guardan,
Mis fenecidas glorias repasando
Y mis presentes invencibles males.
¡Ay! ¿dó si un paso dás donde no encuentres
De nuestro tierno amor mil dulces muestras?
Entra aquí, corre allá, pasa á otra estancia;
Aquí ellas te dirán se postró humilde
A tus pies, y la mano allí le diste:
Allá, loco en su ardor, corrió á tu encuentro
En lágrimas de amor: con mil ternezas
Mas allá fino te ofreció su llama,
Y al cielo hizo testigo y los luceros
De su lazada eterna, indisoluble,
En la noche feliz... Sedlo, fulgentes
Antorchas del olimpo; y tú, callada
Luna, que atiendes mis sentidas quejas,
Y antes mi gloria y sus finezas viste:
Sedlo; y benignas en mi amarga suerte
Ved á mi amada, vedla, y recordadle
Su santo indisoluble juramento.
Vedla, y gozad de su donosa vista,
De las sencillas animadas gracias
De su semblante. ¡O Dios! yo afortunado

Las gozaba tambien : su voz oia,
Su voz encantadora, que elevada
Lleva el alma tras sí; su voz que sabe
Hacer dulce hasta el *no*, gratas las quejas.
¡O qué de veces de sus tiernos labios
Me enagenó la plácida sonrisa,
Las vivas sáles y hechiceras gracias!
¡O qué de tardes, de agradables horas,
De nuestra dicha hablando, instantes breves
Se nos huyeron! ¡qué de ardientes votos!
¡Qué de suspiros y esperanzas dulces
Crédulas nuestras almas concibieron,
Y el cielo hoy en su cólera condena!
¡Qué proyectos formábamos!... Mi vida
Mi delicia, mi amor, mi bien, señora,
Amiga, hermana, esposa, ¡o si yo hallára
Otro nombre aun mas dulce! ¿qué pretendes?
¿Sabes dó quieres despeñarme? espera,
Aguarda pocos dias, no me ahogues.
Despues yo mismo partiré: tú nada
Tendrás que hacer ni que mandar: humilde
Correré á mi destierro y resignado.
Mas ora ¡irme! ¡dejarte! Si me amas,
¿Por qué me echas de tí, bárbara amiga?..
Ya lo veo; te canso: cuidadosa
Conmigo evitas el secreto; me huyes:
Sola te asustas, y de todo tiemblas.
Tu lengua se tropieza balbuciente;
Y embarazada estás cuando me miras.
Si yo te miro, desmayada tornas
La faz, y alguna lágrima... ¡o martirio!
Yo me acuerdo de un tiempo en que tus ojos,

Otros ¡ay! otros eran, me buscaban;
Y en su mirar y regaladas burlas
Alentaban mis tímidos deseos.
¿Te has olvidado de la selva hojosa
Do, huyendo veces tantas del bullicio,
En sus obscuras solitarias calles
Buscamos un asilo misterioso
Do alentar libres de mordaz censura?
¿Qué sitio no oyó allí nuestras ternezas?
¿No ardió con nuestra llama? Al lugar corre
Do reposar solíamos, y escucha
Tu blando corazon: si él mis suspiros
Se atreve á condenar, dócil al punto
Cedo á tu imperio, y parto. Pero en vano
Te reconvengo: yo te canso; acaba
De arrojarme de tí, cruel... Perdona,
Perdona á mi delirio: de rodillas
Tus pies abrazo, y tu piedad imploro.
¡Yo acusar tu fineza!... ¡yo cansarte!...
¡A tí que me idolatras!... no: la pluma
Se deslizó; mis lágrimas lo borren.
¡O Dios! yo la he ultrajado: esto restaba
A mi inmenso dolor. Mi bien, señora,
Dispón, ordena, manda: te obedezco:
Sé que me adoras; no lo dudo: humilde
Me resigno á tu arbitrio... el coche se oye;
Y del sonante látigo el chasquido,
El ronco estruendo, el retiñir agudo
Viene á colmar la turbacion horrible
De mi agitado corazon... se acerca
Veloz, y para: te obedezco, y parto.
Adios, amada, adios: el llanto acabe,

Que el débil pecho en su dolor se ahoga.

II.

De mi vida.

¿Dónde hallar podré paz? el pecho mio
Cómo alivio tendrá? de mi deseo
¿Quién bastará á templar el desvarío?
Cuanto imagino, cuanto entiendo y veo
Todo enciende mi mal, todo alimenta
Mi furor en su ciego devanéo.
Se alza espléndido el sol y el mundo alienta
De vida y accion lleno: á mí enojosa
Brilla su luz y mi dolor fomenta.
Corre el velo la noche pavorosa
Bañando en alto sueño á los mortales,
Y en plácida quietud todo reposa.
Yo solo en vela en ansias infernales
Gimo, y el llanto mis mejillas ara;
Y al cielo envío mis eternos males.
¡Ay! ¡la suerte enemiga cuán avara
Desde la cuna se ostentó conmigo!
Jamas el bien busqué, que el mal no hallára.
En cuitada horfandad, niño, de abrigo
Falto, solo en el mundo, quien me hiciese
No hallé un alhago, ó me abrazase amigo.
¿Justicia pudo ser que así naciese
Para ser infeliz? ¿que de mi seno
Nunca el gozo señor ni un punto fuese?
¿Nacen los hombres á penar? ¿ageno
Es el bien de la tierra? ¿ó me castigas

A mí tan solo, Dios clemente y bueno?
Perdona mi impaciencia si me obligas
A tan miseras quejas: ¿por qué el crudo
Dolor un breve punto no mitigas?
¿Por qué, por qué me hieres tan sañudo?
¿Quieres, justo Hacedor, romper tu hechura?
¿El polvo ¡ay padre! ¿en qué ofenderte pudo?
Dá paz á este mi pecho, de la oscura
Tiniebla en que mis pies envueltos veo,
Llévame por tu diestra á la luz pura.
El iluso y frenético deseo
Rige, Señor, con valedora mano;
Y haz la santa virtud mi eterno empleo.
Yo de mí nada puedo: que liviano
Si asirlo quiero, escapa: si frenarle,
De mi flaco poder se burla insano.
¡ Cuantas! ¡ o cuantas veces arrancarle
Del abismo do está! ¡ cuantas del puro,
Del casto bien propuse enamorarle!
¡ O si alcanzase en soledad seguro
Vivir al menos! exclamé llorando:
Mi estado fuera entonces menos duro.
Ferviente hasta el gran Ser la mente alzando,
La quieta noche, el turbulento dia
Pasára yo sus obras contemplando.
Con el alba la célica armonía
De las aves del sueño me llamára,
Y á las suyas mi lengua se uniría
A adorar su bondad: cuando vibrára
Mas sns fuegos el sol, del bosque hojoso
La sombra misteriosa me guardára.
Si su pendon la noche silencioso

Alzára, y en su trono la alba luna
Bañára el mundo en esplendor gracioso;
  Yo, sus pasos siguiendo, de una en una
Recordára, seguro de mas daños,
Las vueltas que en mí usára la fortuna.
  Allí alegre riyera sus engaños,
Su falaz ofrecer, el devanéo
De mis perdidos juveniles años.
  Amé, y hallé dolor: volví el deseo
A las ciencias, creyendo que serian
Al alma enferma saludable empleo.
  Las ciencias me burlaron, me ofrecian
Remedios que mis llagas irritaban,
Y á la hidalga razon grillos ponian.
  Dejélas; y corrí do me llamaban
La oficiosa ambicion y los honores
Entre mil que sus premios anhelaban;
  Mas fastidiéme al punto; y á las flores
Me torné del placer tras un mentido
Bien, que á mi pecho causa mil dolores.
  ¡O! ¡hubiese siempre en soledad vivido!
¡Siempre del mundo al ídolo cerrado
Los ojos, y á su voz mi incauto oido!
  Y hubiera tantas ansias excusado,
Tanto miedo y vergüenza y cruda pena,
Vigilia tanta en lágrimas bañado.
  Pero el cielo parece que condena
Los hombres al error; y que se place
En que arrastren del vicio la cadena.
  Nunca el seguro bien nos satisface:
El placer nos fascina: la paz santa
Morada nunca entre sus flores hace.

¿Quién hay que huelle con segura planta
La árdua senda del bien? ¿y quién perdida
La torna á hallar, y en ella se adelanta?
Toda es escollos nuestra frágil vida.
Tiende el vicio la red; y la dañosa
Ocasion por mil artes nos convida.
El deseo es osado cuan medrosa
Y flaca la razon. A quién el oro,
A quién mirada encanta cariñosa,
Otro al son corre del clarin sonoro
Tras la gloria fatal; y en grato acento
Le suena el bronce horrible, el triste lloro.
Aquel con ímpia audacia al elemento
Voluble se abandona en frágil nave;
Y los monstruos del mar mira contento.
Nadie se rige por razon, ni sabe
Qué codicia, qué teme, qué desea,
Cuál cosa vitupere, y cuál alabe.
Así el hombre infelice devanea,
Sin que jamas el justo medio acierte;
Y el mal de todos lados le rodea,
Hasta que dá por término en la muerte.

III.

De las miserias humanas.

¡Con qué silencio y magestad caminas,
Deidad augusta de la noche umbrosa,
Y en la alta esfera plácida dominas!
Llena de suave albor, tu faz graciosa
Ver no deja el ejército de estrellas
Que sigue fiel tu marcha perezosa:

Mientras el carro de cristal entre ellas
Rigiendo excelsa vas: y el hondo suelo
Ornas y alumbras con tus luces bellas.
Salve ¡o brillante Emperatriz del cielo
Y Reina de los astros! salve, hermana
Del almo sol, de míseros consuelo.
A tí me acojo en la tormenta insana
Que me abisma infeliz, á tí que amiga
Oirme sabes, y acorrerme humana.
Que en tí de alivio cierto su fatiga
Descarga el triste; y el que en grillos llora
Con tu presencia su penar mitiga.
Perdido el rumbo, el náufrago te implora
Contra la tempestad en noche oscura;
Y el solitario tu deidad adora.
Y á todos tu solícita ternura
Acoje y cura su llagado seno,
Lanzando de sus rostros la amargura.
¡Luna! ¡piadosa luna! ¡cuánto peno!
No, jamas otro en tu carrera viste,
A otro infeliz cual yo de angustia lleno.
Un tiempo en lira de marfil me oiste
Cantar insano mi fugaz ventura,
Y envidia acaso de un mortal tuviste.
¡O! ¡cómo iluso en juvenil locura
El mundo ante mis ojos parecia
Risueño, y de la vida el aura pura!
Crédulo yo á los hombres ofrecia
Mi llano inerme seno: entre sus manos
Cual simple corderillo me metia.
Ingenuos siempre, fáciles, humanos,
Y la alma paz pintada en el semblante,

Hermanos los creí, y hallé tiranos:
De oido sordo y pecho de diamante
Cuando en su amparo el infeliz los llama;
Y en solo el mal su corazon constante.
A quién ciego furor el pecho inflama:
Quién en muelle placer se aduerme ciego;
Y quién en ira atroz sangriento brama.
Sopla la envidia su dañado fuego,
Mientras de oir hinchada se desdora
La vanidad de la indigencia el ruego.
¡ Ay! ¡ay de aquel que abandonado llora;
Y vil ultraje de enemigos hados
Crédulo en ellos fia solo un hora!
Burlado gemirá, cual disipados
Al puro rayo del naciente dia
Los palacios del sueño fabricados:
El que iluso en su ardiente fantasía
Cuanto anheló gozaba, congojoso
Maldice despertando su alegría.
Apénase burlado; y sin reposo
Del bien soñado, que cual sombra vana
Huye, en pos corre, y llámale lloroso.
Cada cual solo en adorar se afana
El ídolo que alzó su devanéo;
Y al cielo su aficion lo encumbra insana.
¿Quién hace, quién de la virtud su empleo?
¿Quién busca osado la verdad divina,
Ó al aura del favor cierra el deseo?
Llorosa al suelo la inocencia inclina
Su lastimada faz, y tiembla, y gime;
Y el vicio erguido por do quier camina.
Fiero el poder con ruda planta oprime

La sencilla bondad, que desolada
Ni aun huyendo su vida al fin redime.
¡ La lumbre del saber yace eclipsada
En brazos del error, que omnipotente
Oprime la ancha tierra sojuzgada.
¡ Y el mortal ciego, cuya excelsa mente
Sublimarse debiera en raudo vuelo
Sobre el trono del sol resplandeciente,
Y allí fijar en el confin del cielo
Su mansion inmortal, siempre en llorosa
Pena, en mísero afan gime en el suelo.
Gime, y adoracion rinde afrentosa
A otro mortal cual él, ó si se aíra,
Mudo, azorado, ni aun quejarse osa.
Muy mas que si en su cólera le mira
Indignado el Señor, cuando su mano
Vibra el rayo, ministro de su ira;
El rápido huracan con vuelo insano
Trastorna el bajo mundo; y de la sierra
El roble erguido precipita al llano.
Yo vi correr la asoladora guerra
Por la Europa infeliz: á su bramido
Gemir el cielo, retemblar la tierra;
Y un pálido esqueleto sostenido
Sobre ella y sobre el mar, con mano airada
Miles hundir en el eterno olvido:
El fuego asolador, la mies dorada
Aniquilar, la mies ¡ o saña impía !
Del dueño inerme en lágrimas regada;
Y á un pueblo solo el círculo de un dia
Desparecer de sobre el triste suelo,
Que el temblon viejo y la niñez huía.

En tal devastacion ciego el anhelo
Del humanal orgullo complacerse;
Y en locos himnos insultar al cielo.
Tanto el hombre infeliz embrutecerse
Puede ¡o dolor! el hombre que debiera
De una gota de sangre estremecerse;
Y en fraternal union, en tanta fiera
Peste como su sér mísero amaga,
Tierno acorrerse en su fugaz carrera,
Si, como atiende la ilusion aciaga
De la pasion que su razon fascina,
Y el blando fuego de su seno apaga,
Dócil supiese oir su vóz divina;
Su voz que entonce incorruptible suena,
Y á la mansa piedad siempre le inclina.
El daño universal mi própia pena
Me hizo, luna, olvidar: miro á mi hermano,
Al hombre miro en infeliz cadena;
Y aunque grave mi mal, ya me es liviano.

ODAS.

I.

En los dias de Filis.

En las alas del céfiro llevada
Por la rosada esfera
Baja de frescas flores adornada
La alegre primavera:
Y el mústio prado, que el helado invierno
Cubrió de luto triste,

Al blando soplo de favonio tierno
De yerba y flor se viste.
  Las aves en los árboles cantando
Su venida celebran;
Y el yelo los arroyos desatando
Entre guijas se quiebran.
  Mas sale Fili en el glorioso dia
Que años cumple dichosa,
Sale, y mas rosas tras su planta cria
Que primavera hermosa.
  La venturosa tierra, que animada
Con su beldad divina
De tan no vista gala se vé ornada,
Humilde se le inclina;
  Y de aromas y de ambares cargando
Del seno de las flores,
El viento los sentidos regalando
Le envía mil olores.
  Las plantas á su vista reverdecen,
Los arroyuelos saltan
Por los amenos valles que florecen
Y de aljofar se esmaltan.
  Las dulces y parleras avecillas
Le dan con voz sonora,
Con sus picos haciendo maravillas,
Mas trinos que á la aurora;
  Y uniendo de sus tonos no aprendidos
La música extremada,
Le echan dejando los calientes nidos
Otra nueva alborada.
  Salve, le dicen, copia peregrina
De la beldad eterna;

Salve, virginal rosa y clavellina,
Salve, azucena tierna;
Salve, y al bajo mundo de tus dones
Liberal enriquece.
¡Ay! ¡qué lazo á los tiernos corazones
Ya tu hermosura ofrece!
Amor, el blando amor desde tus ojos
Mil fuegos ya dispara,
Y otros tantos cautivos por despojos
A tus plantas prepara.
¡Qué inocente rubor si se alboroza!
¡Qué si oreándose apura
Ufana el arte, y se contempla y goza
Tu angélica hermosura!
¿Para qué bello joven venturoso,
Alma Venus, preparas
La delicada rosa que amoroso
Sacrifiqué en tus aras?
¿A quién, á quién benigna has acordado
Tal premio? ¿ó quién es digno
De ver tu pecho de su ardor tocado,
Pimpollo peregrino?
Que en vano el cielo tu beldad no cria;
Y aunque el rostro colores,
Tan áspero desden será algun dia
Trocado en mil ardores.
Así las avecillas van cantando
Con delicado acento;
Y un ¡viva Filis! al olimpo alzando,
Se esparcen por el viento.

II.

A la Fortuna.

Cruda fortuna, que voluble llevas
Por casos tantos mi inocente vida,
De hórridas olas agitada siempre,
Nunca sumida:
Tú que de espinas y dolor eterno
Pérfida colmas con acerba mano
Tus vanos gozos, de la mente ciega
Sueño liviano:
Aunque sañosa de tiniebla cubras
Lóbrega el cielo, que en humilde ruego
Férvido imploro; por huir tu odioso
Bárbaro fuego:
Aunque el asilo de mi hogar me robes;
Aunque me arrastres ominosa y fiera
Desde los campos de la dulce patria,
Donde ligera
Tu undosa vena con alegre curso,
Ancho Garona se desliza, y pura
Riega los valles, que de mieses orna
Rica natura:
Y solo y pobre en peregrino suelo
Mi labio al cáliz apurado lleve,
Con que á la envidia la calumnia unida
Me infama aleve;
Nunca rendido mi inocente pecho
Nunca menguado mi valor aguardes,
Ni que mi plectro varonil querellas
Gima cobardes.

Como afirmado en su robusto tronco
Añoso roble en elevada sierra
Inmóvil burla del alado viento
La hórrida guerra:
El justo firme en su opinion, seguro
De su conciencia reirá á la suerte.
Miedo, amenaza, inútiles asaltan
Su ánimo fuerte.
Ponme, Fortuna, do en eterna nieve
Gime abismado el aterido mundo,
Que en noche envuelto nebulosa y sueño
Yace profundo:
Ponme do Febo su fogoso carro
Sin cesar rueda por el ancho cielo;
Do Sirio ardiente la arenosa tierra
Cubre de duelo:
Siempre tranquilo, moderado siempre
Con igual frente me verás ¡ o cruda !
Sin que provoque tu rigor, ni á viles
Lloros acuda.

III.

El medio dia.

Velado el sol en esplendor fulgente
En las cumbres del cielo,
Lanza derecho ya su rayo ardiente
Al congojado suelo:
Y al medio dia rutilante ordena
Que su rostro inflamado
Muestre á la tierra, que á sufrir condena
Su dominio cansado.

El viento el ala fatigada encoje
Y en silencio reposa,
Y el pueblo de las aves se recoje
A la alameda umbrosa.
Cantando ufano en dulce caramillo
Su zagaleja amada,
Retrae su ganado el pastorcillo
A una fresca enramada;
Do juntos ya zagales y pastoras
En regocijo y fiesta
Pierden alegres las ociosas horas
De la abrasada siesta:
Mientra en sudor el cazador bañado,
Bajo un roble frondoso,
Su perro fiel por centinela al lado,
Se abandona al reposo:
Y mas y mas ardiente centellea
En el cenit sublime
La hoguera que los cielos señorea
Y el bajo mundo oprime.
Todo es silencio y paz. ¡Con qué alegría
Reclinado en la grama
Respira el pecho, y por la vega umbría
La mente se derrama;
Ó, los ojos alzando embebecido
A la esplendente esfera,
Seguir anhelo en su extension perdido
Del sol la ardua carrera!
Deslúmbrame su llama asoladora;
Y entre su gloria ciego
Torno á humillar la vista observadora
Para templar su fuego.

Las próvidas abejas me ensordecen
Con su susurro blando,
Y las tórtolas fieles me enternecen
Dolientes arrullando.
Lanza á la par sensible Filomena
Su melodioso trino,
Y con su amor el ánimo enagena
Y suspirar divino.
Serpea entre la yerba el arroyuelo,
En cuya linfa pura
Mezclado resplandece el claro cielo
Con la grata verdura.
Del álamo las hojas plateadas
Mece adormido el viento,
Y en las trémulas ondas retratadas
Siguen su movimiento.
Como á lo lejos su enriscada cumbre
Descuella la alta sierra,
Que recamada de fulgente lumbre
El horizonte cierra.
Estos largos collados, estos valles
Pintados de mil flores,
Esta fosca alameda en cuyas calles
Quiebra el sol sus ardores;
El vago enmarañado bosquecillo
Do casi se oscurece
La ciudad, que del dia al aureo brillo
Cual de cristal parece;
Estas lóbregas grutas. . . . ¡ó sagrado
Retiro deleitoso!
En tí solo mi espíritu aquejado
Halla calma y reposo.

Tú me das libertad; tú mil suäves
Placeres me presentas,
Y mi helado entusiasmo encender sabes,
Y mi cítara alientas.
Mi alma sensible y dulce en ver se goza
Una flor, una planta,
El suelto cabritillo que retoza,
La avecilla que canta.
La lluvia, el sol, el ondeante viento,
La nieve, el hielo, el frio,
Todo embriaga en celestial contento
El tierno pecho mio;
Y en tu abismo, inmortal naturaleza,
Olvidado y seguro,
Tu augusta magestad y tu belleza
Feliz cantar procuro;
La lira hinchendo en mi delirio ardiente
Los cielos de armonía,
Y siguiendo el riquísimo torrente
Audaz la lengua mia.

ODA IV.

La Aurora boreal.

No tiembles, Lice, ni los ojos bellos
De objeto tanto atónita retires:
Perdone á tu mejilla
El miedo que su púrpura mancilla.
¿Viste no ha nada la brillante llama
Morir del sol, que lánguido su carro
Deslizó al mar undoso?
Élo, pues torna su esplendor glorioso.

Esas ardientes flechas, esa hoguera
Viva, agitada; que en su lumbre inflama
Del aire el gran vacío,
Rompiendo de la niebla el cerco umbrío:
Tantos grupos y piélagos de fuego
Que hirviendo bullen, la riqueza suma
De matices y albores,
Que del iris apocan los primores,
Son otra nueva aurora que del polo
Corriendo boreal, con sus reflejos
El horizonte dora,
Cual la que al dia en su nacer colora.
Allá en su natal suelo y su infinita
Copia de luz, si rozagante tiende
La undosa vestidura,
Suple del sol la pompa y la hermosura.
Viératla allí de mil y mil maneras
El cielo esclarecer: ora lanzarse
En rápido torrente,
Ora alzar leda la rosada frente,
Ora el oro del fúlgido topacio
Mentir sus llamas, ó el azul mas puro,
Y ora de la mañana
El claro albor y la encendida grana.
Si no se agita en turbulentos rayos,
Que aquí y allá flamígeros discurren,
Ahogando sus centellas
El fuego brillador de las estrellas;
Ó en arco inmenso se derrama y sube
Hasta el cenit, do pródiga sembrando,
Su inexhausto tesoro,
Tremola ufana su estandarte de oro:

Que el Lapon rudo extático contempla,
Ó á su próvida luz atento vaca
A sus pobres afanes,
Y acata entre ella á sus paternos manes.
Asi el imperio de la noche vence
Que aquellas plagas desoladas cubre,
Llenando de alegría
Su eterno hielo y su tiniebla umbría.
Hija del sol, cual la que alegre rie
Para nosotros en el rubio oriente,
Recamada de albores,
Bañando en perlas las dormidas flores;
Del caro padre el rutilante carro
Purpúreo manto y túnica vistosa
Agraciada recibe,
Y de su llama y sus favores vive.
Asi la nuestra, al empezar fogoso
El mismo sol su plácida carrera,
Le antecede lumbrosa,
La sien ceñida de jazmin y rosa.
No temas pues sus ráfagas ardientes,
Ni rayos tantos ni vistosos juegos
Como en sus pasos forma,
Ni si en mil modos su beldad transforma.
La misma siempre en apariencia varia,
Si la ignorancia la tembló algun dia,
Y amenazó esplendente
Del tirano cruël la torva frente:
Hoy la verdad en colocar se place
Su númen claro en el radiante trono
Donde inocente brille,
Y nada aciago su fulgor mancille.

Rigiendo augusta con luciente cetro
El yerto polo y páramos sombríos,
Do en toda su grandeza
Su magestad se ostenta y su belleza.
Goza pues, Lice, sin zozobra goza
Del vistoso espectáculo que ofrece
Un nuevo dia al suelo,
Ardiendo hermoso el ámbito del cielo.

V.

En una salida de la Corte.

¡O, con qué silbos resonando aflige
El aquilon mi oido! en negras nubes
Encapotado el cielo
El rápido huracan revuelve el suelo.
El blando otoño se amedrenta, y cede
Al invierno sañudo, que entre nieblas
Alza su frente umbría
Por la enriscada cumbre de Fuenfría.
Cesan mudas las aves, largas lluvias
Inundan los collados, á un torrente
Otro torrente oprime;
Y el lento buey con el arado gime.
Oigo tu voz, Minerva: ya me ordenas
La corte abandonar por el retiro
Pacífico, y el coro
De divinos poetas. El canoro
Cisne de Mantua y el amable Teyo,
La dulce abeja del ameno Tibur,
Laso, y el culto Herrera,
Del Tórmes á la plácida ribera

Me arrastran; y tú en lauro coronado,
¡O gran Leon! que tu laud hiriendo
Tierno en el bosque umbrío
Frenaste el curso al despeñado rio.
La falsa corte y novelero vulgo
Desdeña el númen: los tendidos valles
Y el silencio le agrada,
Y la altísima sierra al cielo alzada.
En ocio y paz de la verdad atiende
Allí la augusta voz, el alma docil
Su clara luz recibe,
Huye el error y la virtud revive.
Y al cielo alzados los clementes ojos
Le seña con la mano la ardua cumbre
Do la gloria se asienta,
Y á su lauro inmortal el pecho alienta.
Con vuestra llama inflamaré mi acento,
¡O blandos cisnes de Helicon! y alegre
Burlaré del oscuro
Pluviosio enero en el hogar seguro:
Que tambien algun dia silbó el Noto
Sobre vuestras cabezas; y aterido
Tambien quiso el invierno
El eco helar de vuestro labio tierno.
¡Ay! ¡qué dura en el mundo! al albo dia
La noche apremia: desparece el año;
Y juventud graciosa
Cede fugaz á la vejez rugosa.
¿A qué afanar para un instante solo?
Ya me acecha la muerte, y ni los ruegos
Enternecen la cruda,
Ni hay escapar de su guadaña aguda.

Ella herirá, y en el sepulcro umbrío
Polvo y nada entraré; sin que mas deje,
¡O amargo desconsuelo!
Que un nombre vano y lágrimas al suelo.

VI.

La gloria en las artes.

Don grande es la alta fama:
Ínclito premio de virtud, que al cielo
Remonta envuelto en nube voladora,
Desde el afan del circo polvoroso
Al atleta dichoso
Que arrebató la oliva triunfadora.
Ó ya á la muerte, ardiendo en noble anhelo,
Entre el plomo tronante, entre la llama
Al ciudadano aclama
Que impávido obedece su mandado,
Trepando por la brecha con pie osado.
De agudas picas una selva espesa
A su pecho se opone:
Mas él al cabo lleva el ardua empresa:
Brioso sobrepone
El vencedor pendon al alto muro,
Y el fruto coge de su afan seguro.
Desde la popa hincharse
Siente el sabio Ligur, la onda enemiga,
El trueno retumbar, la quilla incierta
Vagar llevada á la merced del viento,
La chusma sin aliento,
Y una honda boca hasta el abismo abierta:
¡Vil galardon á su inmortal fatiga!

Pero él escribe en tanto sin turbarse
La ínclita accion. «Hallarse
»Podrá un dia, diciendo, tan preciado
»Depósito, y mi nombre celebrado
»De la Fama será." Quiso benino
Darle la mano el cielo,
Y entre las olas plácido camino
Abrirle fausto hasta el hispano suelo.
Los hombres á su arrojo sin segundo
Deben doblado en su extension el mundo.
La Fama á tanto alienta:
Ella al alma feliz que rica nace
De claro entendimiento, la retira
Del vulgo, y de Sofia á la morada
La conduce elevada,
Do sus tesoros silenciosa admira.
¿Qué vigilia, qué afan la satisface?
¿Ó en qué invencion su anhelo se contenta?
Todo lo ansia sedienta
A par que alcanza mas: la noche, el dia
Son breves á su ardor. Solo ella guia
Del mando en el sendero peligroso
Al varon eminente
Que, mientras duerme el ocio perezoso,
Busca profundo, y forma diligente
Leyes que hagan al mundo afortunado:
Frutos de su vigilia y su cuidado.
Mas la gloria lo ordena,
La gloria, de almas grandes alimento,
Que, á la virtud divina confiada,
Peligros y sudores desestima.
Esta llama que anima

El frágil mortal pecho, denodada
Todo lo emprende y tienta. A su ardimiento
¿Qué puede huir? La inmensidad terrena
El corazon no llena
Del hombre: aun le parece espacio breve
A la mente, y altiva á mas se atreve.
Ya el águila caudal suelto le mira
Partir su señorío
Cuando en los aires se remonta y gira:
Baja el ardiente rayo á su albedrío;
Y aun es fama que el Sena, al verse hollado
De humana planta, se paró asustado.
Tal del Genio divino
Es el poder · la mente creadora,
Émula del gran ser que le dió vida,
Hasta las obras enmendar desea
De su suprema idea.
Asi en la llana tabla colorida
Nuevos seres engendra, y los mejora
De diestra mano el toque peregrino.
Asi halló, con destino
Fausto, el dibujo Ardices contornado:
El color Polignoto variädo
Despues: las líneas otro: los pinceles
Un otro: en perspectiva
Se ordenaron los cuerpos: cupo á Apeles
La gracia celestial, nunca mas viva
Que al admirarla Grecia compendiada
En su Coa, deidad aun no acabada.
Al arte engañadora,
¿Qué entonces resistió? Duda la mano
Sombras palpando; si la vista ó ella

Es la burlada, y torna, y se asegura.
Una inmensa llanura
Encierra espacio breve, y por corrella
La planta anhela con ardor liviano.
Aun la sombra de Helena me enamora;
Y aun tierno el pecho llora
De la infelice Elisa el doloroso
Trance, al mirar su lienzo mentiroso.
¡O mágico poder! El delicado
Boton, la parda nube,
La vaga luz, el verde variado,
El ave que volando al cielo sube,
Solo unas líneas son, y el pensamiento
Cual la misma verdad llevan contento.
Ni los mas escondidos
Movimientos del alma y sus pasiones
Pueden el reino huir de los pinceles.
Sorpréndelos el arte: indaga el pecho,
Y héle un volcan hecho
De turbados deseos, que los fieles
Matices le trasladan. Las razones
Del Itacense escuchan los oidos:
Yelmo y pabés bruñidos,
Y el asta del gran hijo de Peleo
Venganza al griego demandando veo.
El Ateniense Genio, vario, airado,
Feroz, fugaz, injusto,
Clemente, compasivo y elevado
A un tiempo advierto. Y al mirar me asusto
La faz de la ímpia guerra, que indignada
Al carro brama de Alejandro atada.
Tanto el deseo alcanza

De una fama inmortal: tal fuego prende
Su ansia en el corazon. Ella al divino
Apeles llevó á Rodas de sus lares
Por los tendidos mares:
Tiene años siete en un afan contino
De *Jaliso* al autor: el genio enciende
De Rafael, y el cetro le afianza,
Con eterna alabanza,
De la pintura en su Tabor pasmoso:
Vargas, Céspedes, Juanes, el reposo
Pierden por ella el Lacio discurriendo.
Y tú, Mengs sobrehumano,
Tú, malogrado Mengs, en ella ardiendo
Los pinceles no sueltas de la mano:
Vé tus divinas tablas envidiosa
Naturaleza, y tu alma aun no reposa.
Mas ¡o memoria aciaga!
Mengs muere, y en su tumba el Genio helado
De la pintura yace. La hechicera
Gracia, la ideal belleza, la ingeniosa
Composicion, la hermosa
Verdad del colorido, la ligera
Expresion, el dibujo delicado. . . .
¡Ah! ¿Dónde triste mi discurso vaga?
Deja que satisfaga,
Noble Academia, á mi dolor: de flores
Sembrad la losa fria: estos honores
Son al pintor filósofo debidos,
Al émulo de Apeles.
Si tú, dulce Carmona, repetidos
En el cobre nos das de sus pinceles
Los milagros, ¡o cuánta! ¡o cuánta gloria

Guarda el tiempo á la suya y tú memoria!
  Mas yo del mármol mudo,
Del mármol respirante arrebatado
Do volverme no sé. Por cualquier parte
Un númen halla atónito el deseo.
Aquí extasiado veo
Que al mismo Amor amor infunde el arte.
Allí del fiero atleta
Huyo, y siento acullá que al golpe rudo
El gladiator forzudo
Cae, agoniza, y lanza por la herida,
Envuelto en sangre, la infelice vida.
Quiero ahuyentar el ave que arrebata
Al barragan Troyano:
Por el dolor que á Níobe maltrata
Tierno se agita el corazon liviano;
Y en él cual cera cada bulto imprime
El mismo afecto que falaz exprime.
  Émula y compañera
Del mágico pincel, tú en el grosero
Mármol con mano diestra vas buscando
La divina beldad que en sí tenia.
Tú á su materia fria
Dar sabes vida y movimiento blando:
Y haces eterno al ínclito guerrero.
Aun de Antonino al sucesor venera
Presente Roma: aun fiera
La faz del Macedon dura entallada.
Y tú, en inmensas fábricas osada
Con arcos y palacios suntuösos,
Tambien ¡o Arquitectura!
Sabes eternizar: siempre famosos

Serán Delfos y el Faro: intacta dura
La fama de Artemisa: ni sumido
Verá ¡o Cárlos! tu nombre el negro olvido.
¡O pio, feliz, justo!
¡O comun padre! ¡o triunfador, amigo
Y amparo de las artes generoso!
Benigno Cárlos, tu Real largueza
Las sublimó á la alteza
En que hoy las goza el español dichoso.
Desde tu excelso trono blando abrigo
¡O! dales indulgente. Deja, Augusto,
Deja acercar sin susto
A tus plantas mi musa reverente,
Ceñir de lauro tu sagrada frente.
Deja á las artes, al hispano anhelo
Gozar tu deseada
Forma en estatuas mil: da este consuelo
A tus amados. Mantua decorada
Del vencedor de Nápoles se vea.
¡O, alcáncelo mi ruego, y luego sea!
Y tú, que con él partes
El celo y los cuidados, embebido
En la comun salud, tambien patrono
De las musas, munífico Mecenas,
Las congojosas penas
Depon del mando, y oficioso al trono
Sube el ferviente voto repetido
Que hacen conmigo tus amigas artes.
Tú, que aquí les repartes
Tus dones liberal, tambien al lado
Del tercer Cárlos te verás copiado:
Ya en faz amiga y mano cariñosa,

Dando á esta turba ardiente
De jóvenes la palma gloriösa :
Ya oyendo al artesano diligente,
Ó ya al triste colono el yugo grave,
Legislador tornando mas suave.

VII.

A las estrellas.

¿Do estoy? ¿qué presto vuelo
De alada inteligencia me levanta
Desde la tierra vil á los reales
Alcázares del cielo?
Parad, soles ardientes,
Lámparas eternales,
Que huis girando en ligereza tanta,
Las alas esplendentes
Coged, coged; y en vuestra luz gloriosa
Abísmese mi vista venturósa.
  Por do quiera fulgores,
Y viva accion, y presto movimiento.
El Dios del universo aqui ha sentado
Su corte entre esplendores:
Del infinito coro
De angeles acatado,
Grato aqui escucha el celestial concento
De sus laudes de oro;
Cual alma celestial el orbe alienta,
Y en sola una mirada lo sustenta.
  ¿Qué es de la tierra oscura?
¿Este átomo de polvo que orgulloso
Devastándolo agita el hombre insano

¡Ay! ora en guerra dura?
Desparecio ; y perdido
Su sol con ella ; en vano
Ansia el ánimo hallarlo cuidadoso
Entretanto encendido
Fanal, ni á sus planetas : allí estaba
La blanca luna ; y Marte allá tornaba.
Sobre ellos sublimado
Corro en la inmensidad : la lira ardiente,
El Orion, las Pléyades lluviosas,
Y á tí, ¡o Sirio ! inflamado
En viva, hermosa lumbre
Dejo atras, y las Osas.
Sobre el fanal del polo refulgente
Del empíreo á la cumbre
Trepo : la mente aun mas allá se lanza,
Y de la creacion el fin alcanza.
¡Qué digo el fin? . . . empieza
Otro y otro sistema, y otros cielos,
Y otros soles y globos cristalinos
De indecible belleza.
¿Qué serafin glorioso
En sus vagos caminos
Podrá alcanzarlos con sus raudos vuelos?
Mi espírtu congojoso
Por do quier halla mas, si mas desea ;
Y el infinito en torno le rodea.
Sí, sí, que la inefable
Diestra del Hacedor no se limita
Cual la mente humanal á cerco breve.
El mar ancho, insondable,
Tan nada le ha costado

Cual la arenilla leve:
Lo propio un claro sol, que esa infinita
Multitud que ha sembrado
Como el polvo en el ancho firmamento,
Y hoy de nuevo encender miles sin cuento.
Ante él como la nada
Asi es la creacion, menos que un puro
Rayo solar á su orbe luminoso:
Ni en su mente sagrada
Hay *hasta aqui*: su diestra
Jamas yace en reposo,
Del punto que animando el caos oscuro,
En soberana muestra
De su alto mando le intimó: *fenece*;
Y á esta ancha inmensa bóveda: *aparece*.
¡Ojalá en ella unido
A algun cometa ardiente su carrera
Rápida inmensurable acompañára!
En el éter perdido,
Curioso indagaría
Tanta y tanta luz clara.
Ya en su giro cien siglos me escondiera:
Ya cabe el sol veria
De dó su llama sempiterna viene;
Qué brazo asi colgado le sostiene;
Qué es el opaco anillo
Del helado Saturno, y si al radiante
Júpiter los satélites aumentan
Su benéfico brillo:
En la cándida zona
Cuántos soles se cuentan;
Cuántos en el zodiaco centellante;

Quién puso la corona
Dó está, y la Hidra, y el Centauro fiero;
Dó la Andrómeda brilla, y dó el Boyero:
  Y á todos demandára
Por su infinito autor, dónde asentado
Entre esplendores y eternal ventura
Su excelso trono alzára;
Por cuál feliz camino
La humilde criatura
Puede trepar á su inefable estado;
Dó su confin divino
Toca, y qué sol le alumbra; ó dónde dijo:
«De mis obras el término aquí fijo.
  «Cesemos: este sea
«Postrer lucero, el vallador lumbroso
«A la gran obra que yacía acordada
«En mi inefable idea,
«Columna magestuosa
«Entre el ser y la nada
«Alzada por mi brazo poderoso.
«Mi bondad ve gozosa
«Del postrer mundo al átomo primero;
«Y en todo brilla, y mi supremo esmero."
  Decid, pues, encendidos
Globos que ardeis sin número, fanales
Que ornais el manto de la noche umbría,
Los hombres embebidos
Alzando hasta la altura
Del Ser grande que os guia
Rodando en esas plagas eternales:
Vosotros que segura
Senda al sabio mostrais, que os mira atento

Por el tendido líquido elemento;
Ó en voluble semblante
Diérais al labrador en la apartada
Edad lecciones, como fiel partiese
Su trabajo incesante,
Y la rauda presteza
De los tiempos midiese:
Decid, globos, decid ¿dónde le agrada
De su faz la belleza
Mostrar á ese gran Ser? ¿dónde mi anhelo
La verá, de su gloria caido el velo?
Buscárale cuidoso
Por todo el ancho mundo, á la indistinta
Variedad de los seres demandando
Por su Hacedor glorioso.
El insecto brillante
Me responde sonando:
El que de oro y azul mis alas pinta
Está mas adelante:
Está mas adelante, me responde
La garza que en la nube audaz se esconde.
Y la mar procelosa,
Mas adelante, rebramando suena,
Y el fiero Leviatan en su hondo abismo:
En la aura vagarosa
Trinando al pueblo alado
Decir oigo lo mismo;
Y el rayo asolador que el mundo llena
En su vuelo inflamado
De horror y pasmo, *mas allá*, me clama,
Mora el que enciende mi sonante llama.
¿Dónde, soles gloriosos

Está este *mas allá* que nunca veo?
¿Jamas ni un alma vencerá atrevida
Los lindes misteriosos
De ese imperio inefable,
Por mas que enardecida
Avance en su solícito deseo?
¡Ah! siempre inmensurable
Al hombre agobiará naturaleza
Agobiado en su mísera bajeza:
Siempre, lumbres sagradas,
Vosotras ardereis, en pos la mente
Vuestro áureo giro seguirá afanosa
Con alas desmayadas,
Y caerá sin aliento.
La noche misteriosa
Colgará con su velo refulgente
El ancho firmamento;
Y yo en mi amable error luego embriagado
Tornaré inquieto á mi feliz cuidado.

NOTICIA

DE D. JUAN MELENDEZ VALDES.

Nació en la villa de Ribera del Fresno, provincia de Extremadura, á 11 de marzo de 1754: estudió en Salamanca, y se dedicó á la carrera de jurisprudencia, en cuya facultad se graduó de doctor cuando acabó sus estudios. Allí fue conocido de Cadalso, que fijó y dirigió la aficion y el talento que tenia para la poesía. La Academia española premió en 1780 su égloga de *Batilo* en elogio de la vida campestre, y la villa de

Madrid su comedia pastoral de *las Bodas de Camacho* en 1784. Al año siguiente dió á luz el tomo primero de sus *Poesías líricas*, recibido con un aplauso extraordinario, y con el cual se puso al frente de los poetas que entonces habia en España. Era á la sazon catedrático de humanidades en Salamanca: el gobierno le promovió en 1789 á una plaza en la audiencia de Zaragoza, de donde despues fue trasladado á la chancillería de Valladolid. Allí publicó en 1797 la segunda edicion de sus poesías en tres tomos en octavo que dedicó al príncipe de la Paz. Al aprecio que merecia entonces del privado debió ser traido á Madrid á la fiscalía de la sala de Alcaldes de Corte, que desempeñó hasta el año siguiente, en que le alcanzó la desgracia de su amigo Jovellanos, y fue mandado salir de Madrid y enviado á Medina del Campo con una comision insignificante. Priváronle despues de su empleo y le confinaron á Zamora: allí vivió algun tiempo, hasta que, mitigada algun tanto la animosidad que habia contra él, le fueron devueltos sus honores y sus sueldos, y se le permitió residir en Salamanca. Los acontecimientos políticos y militares de la invasion francesa en 1808 le sacaron de aquel retiro para tomar en ellos una parte que, despues de hacerle correr el peligro inminente de morir á manos del populacho de Oviedo, le obligó en último resultado á salir de su patria y pasar en Francia los años que le restaban de vida. Su muerte fue en Mompeller en 24 de mayo de 1817; dejando preparadas sus poesías para la tercera edicion que se ha hecho de todas ellas en cuatro tomos en octavo en la Imprenta Real, año de 1820.

POESÍAS

DE DON GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS.

IDILIO I.

Al Sol.

Padre del universo,
Autor del claro dia,
Brillante sol, á cuyos
Influjos la infinita
Turba de los vivientes
El ser debe y la vida:
Tú, qne rompiendo el seno
De la alba cristalina,
Sales sobre el oriente
A derramar el dia
Por los profundos valles
Y por las altas cimas;
De cuyo reluciente
Curso las diamantinas
Y voladoras ruedas
Con rapidez no vista
Hienden el aire vago
De la region vacía;
En hora buena vengas,
De luces matutinas
De rayos coronado
Y llamas nunca extintas,
A henchir las almas nuestras

De paz y de alegría.
La tenebrosa noche,
De fraudes, de perfidias
Y dolos medianera,
Se ausenta de tu vista,
Y busca en los profundos
Abismos su guarida.
El sueño perezoso,
Las sombras, las mentidas
Fantasmas, y los sustos,
Su horrenda comitiva,
Se alejan de nosotros,
Y en pos del claro dia
El júbilo, el sosiego
Y el gozo nos visitan.
Las horas transparentes
De clara luz vestidas
Señalan nuestros gustos
Y miden nuestras dichas.
Ó bien brillante salgas
Por las eóas cimas
Rigiendo tus caballos
Con las doradas bridas;
Ó ya el luciente carro
Con nuevo ardor dirijas
Al reino austral, de donde
Mas luz y fnego vibras;
Ó, en fin, precipitado
Sobre las cristalinas
Occiduas aguas caigas
Con luz mas blanda y tibia;
Tu rostro refulgente,

Tu ardor, tu luz divina
Del hombre serán siempre
Consuelo y alegría.

II.

A la Luna.

¿A dónde vas vestida
De suaves resplandores
Con paso tan callado,
O reina de la noche?
En tanto que Morfeo
Con plácidos vapores
Suspende las tareas
De fieras, aves y hombres;
¿Qué impulso, qué destino
Tu reluciente coche
Eleva en los collados
Del húmedo horizonte?
¿Por qué la sombra ahuyentas
De los celestes orbes,
Y en el paterno cahos
Sepultas sus horrores?
¡Por qué con luz radiante
Al érebo te opones,
Y su heredado imperio
Le usurpas á la noche?
¡Qué inútil desperdicio
De luces y fulgores,
Que el mundo soñoliento
Ni ve ni reconoce!
¡Cuán vana y oficiosa

Los derramas sin órden
Por las desiertas playas,
Por los medrosos bosques!
Mas ¡ay! que ya descubro
La fuerza que dispone
Tus rumbos, é imperiosa
Da causa á tu desórden.
Un numen implacable
Te arrastra, un numen rompe
De tu pudor los lazos
Y enciende tus pasiones.
Ni el escuadron inmenso
De estrellas y de soles
Que sigue lento el curso
De tu esplendente coche:
Ni el trono en que resides
Bañado en luz, ni el noble,
Alto, inmortal orígen
De tu deidad triforme
Bastaron á librarte
De amor y sus arpones.
Tú amas, sí, tú sigues
La ley que reconocen
Con fuerza irresistible
Los hombres y los dioses:
Y en tanto que corrida
Quisieras las regiones
Trocar del alto cielo
Por los tartáreos bosques,
Del duro amor guiada
Registras todo el orbe,
Las playas y los valles,

Los mares y los montes,
Buscando ansiosa y triste
Al barragan que sobre
Las cumbres de Tesalia
El hado de tí esconde.
Le hallas por fin, mas cuando
Amante reconoces
De tu pasion la causa
Y al dulce triunfo corres,
El mísero insensible,
Y hundido en sueño torpe,
Ni á tu esplendor despierta,
Ni aun sueña tus favores.

III.

A un Supersticioso.

¿Por qué consultas, dime,
Con las estrellas, Fabio,
Y vas en tus mansiones
Tu oróscopo buscando?
¿Son ellas por ventura
A quienes fue encargado
Dar principio á tus dias
Ó término á tus años?
Las vidas de los hombres
No penden de los astros,
Que en el Olimpo tienen
Moderador mas alto.
Aquel gran Ser que supo
Con poderosa mano
Los orbes cristalinos

Sacar del hondo caos;
Que enciende el sol, y guia
Su luminoso carro,
Que mueve entre las nubes
De estruendo y furia armado
Su coche, y forma el trueno
Que vibra el fuerte rayo,
Refrena el viento indocil,
Y aplaca el mar turbado;
Aquel es de tu vida
El dueño soberano,
Y él solo en sí contiene
La suma de tus años.
Implórale, y no fies
Tu dicha en los arcanos
Del tiempo, ni al incierto
Compas del astrolabio
Implórale, y no alces
Tus ojos al zodiaco,
Que á sus constelaciones
Del hombre no ligaron
Las dichas, ni el contento
Con ciega ley los hados.
Implórale, y ahora
Escrito esté el amargo
Momento de tu muerte
Sobre el fogoso tauro;
Ora por las pleyadas
No visto, de Acuario
Guardado esté en la urna;
Respeta de su brazo
La fuerza omnipotente

Y adórala postrado:
Que no de los planetas
Ni los volúbles astros
Pendiente está tu vida,
Mas solo de su brazo.

IV.

A Anfriso.

Con dulce y triste acento
Cantaba el otro dia
Anfriso congojado
Desdenes de su Lisa.
Cantaba los enojos
De la engañosa ninfa;
Y al son bien acordado
De su laud salía
Envuelta en mil suspiros
Su queja bien sentida.
Oyéronle, y sus males
Sintieron compasivas
Las aves que cruzaban
Por la region vacía.
Los brutos en el centro
De las montanas silvas,
Y en su argentado márgen
Las claras fuentecillas.
Jovino, á cuya oreja
La flevil armonía
Llegó, tambien dolióse
De pena tan esquiva.
¿Cabe en humanos pechos,

Lleno de horror decía,
Tan doble y falso trato,
Tan bárbara perfidia?
¿Qué Dios, qué astro enemigo
Con influëncia esquiva
Pudo apartar dos almas
Que el blando amor unía?
Mas ¡ay! que son acaso
¡O Anfriso! de tu Lisa
Fingidos los enojos:
Que á veces desconfian
Celosas las mugeres
De nuestra fe, y altivas
Para probarnos solo
Nos niegan sus caricias.
Cubren la ardiente llama
Que el pecho les agita,
Y en vez de dulce agrado,
Y en vez de dulce risa,
Ofrece su semblante
Enojo y crueles iras.
Mas guarte, no las creas
Anfriso, á las malignas:
¡Ay! guarte, no te engañe
Con sus astucias Lisa!
Cuando se muestre airada
No adules su malicia
Con quejas vergonzosas,
Con lágrimas indignas:
¡Ay! guarte, no te dobles,
¡Ay! guarte, no te rindas.
Si te ama, sufre y deja

Que con cruëza impía
Traspase sus entrañas
La flecha vengativa,
Con la que herir de lleno
Tu corazon medita.
Verás que amor la vuelve
A tus halagos fina:
Y aquella que á tu pecho
Hizo sentir esquiva
Tan fieros sobresaltos,
De tu desden corrida
Hará por obligarte
Finezas exquisitas;
Y tú estarás vengado
Cuando ella arrepentida.
Mas si no te ama ¡ay! guarte,
No adules su perfidia
Con quejas vergonzosas,
Con lágrimas indignas.

V.

A Melendez.

¿Quién me dará que pueda,
Batilo, remontado
Sobre el humilde vulgo
Seguirte por el árduo
Camino por do corres
Con gigantéos pasos
Al templo de la fama?
¿Quién me dará que al alto
Monte contigo pueda

Subir á henchir mis labios
Cual tú del dulce nectar
En el randal castálio?
¡Pluguiera al Dios intonso
Que juntos del Parnaso
Venciésemos la cima,
Y en ella rodeados
De gloria, á par del numen
Viviésemos loando
De la virtud divina
La gracia y los encantos!
Entonces sí que, libres
Del soplo envenenado
Del odio y de la envidia,
Burláramos cantando
Sus tiros descubiertos
Y sus ocultos lazos.
Entonces sí que, lejos
Del turbulento bando
Que sigue los pendones
Del vicio, y agitados
De un estro mas divino
Las liras, por la mano
De la amistad guarnidas
De oro y marfil, tocando,
Los cielos de armonía
Hinchiéramos, en tanto
Que la parlera fama
Llevaba resonando
Unidos nuestros nombres
Desde el arturo al austro.
Entonces sí que, absortos

Al peregrino encanto
De nuestra voz, los hombres
Huyeran desde el ancho
Camino de los vicios,
Hasta los poco hollados
Senderos que conducen
A la virtud, ganando
Con santo ardor la altura,
Do tiene el soberano
Rector del cielo al justo
Su galardon guardado.

SONETOS.

I.

Á Clori.

Sentir de una pasion viva y ardiente
Todo el afan, zozobra y agonía,
Vivir sin premio un dia y otro dia;
Dudar, sufrir, llorar eternamente:
Amar á quien no ama, á quien no siente,
A quién no corresponde, ni desvía;
Persuadir á quien cree y desconfia,
Rogar á quien otorga y se arrepiente:
Luchar contra un poder justo y terrible,
Temer mas la desgracia que la muerte,
Morir, en fin, de angustia y de tormento
Víctima de un amor irresistible;
Ve aquí mi situacion, esta es mi suerte,
¿Y aun pretendes, cruël, que esté contento?

II.

A la misma.

De agudo mal el golpe no esperado
Asusta, Clori, tu preciosa vida;
Y al mirarte doliente y afligida
Mi enfermo corazon tiembla asustado.
Dos veces con influjo porfiado
Ejerce el mal su saña enfurecida,
Una turbando mi alma dolorida,
Otra afligiendo tu ánimo angustiado.
¿Cuál, Clori, de los dos, pues, la inclemencia
Del mal sentimos ambos de consuno,
Cuál, dime, sufrirá mayor martirio?
¿Tú, en quien se ceba la cruël dolencia;
Ó yo que todo el mal siento importuno
De tu misma dolencia y mi delirio?

EPÍSTOLA.

FABIO A ANFRISO.

Descripcion del Paular.

Credibile est illi numen inesse loco.
OVIDIUS.

Desde el oculto y venerable asilo
Do la virtud austera y penitente
Vive ignorada, y del liviano mundo
Huida, en santa soledad se esconde,
El triste Fabio al venturoso Anfriso
Salud en versos flébiles envía.

Salud le envía á Anfriso, al que inspirado
De las mantuanas Musas, tal vez suele
Al grave son de su celeste canto
Precipitar del viejo Manzanares
El curso perezoso; tal suäve
Suele ablandar con amorosa lira
La altiva condicion de sus zagalas.
¡Pluguiera á Dios, o Anfriso, que el cuitado,
A quien no dió la suerte tal ventura,
Pudiese huir del mundo y sus peligros!
¡Pluguiera á Dios, pues ya con su barquilla
Logró arribar á puerto tan seguro,
Que esconderla supiera en este abrigo,
A tanta luz y ejemplos enseñado!
Huyera así la furia tempestuosa
De los contrarios vientos, los escollos,
Y las fieras borrascas tantas veces
Entre sustos y lágrimas corridas.
Así tambien del mundanal tumulto
Lejos, y en estos montes guarecido,
Alguna vez gozára del reposo,
Que hoy desterrado de su pecho vive.
¡Mas ay de aquel que hasta en el santo asilo
De la virtud arrastra la cadena,
La pesada cadena con que el mundo
Oprime á sus esclavos! ¡Ay del triste
En cuyo oido suena con espanto,
Por esta oculta soledad rompiendo,
De su señor el imperioso grito!
Busco en estas moradas silenciosas
El reposo y la paz, que aquí se esconden,
Y solo encuentro la inquietud funesta,

Que mis sentidos y razon conturba.
  Busco paz y reposo, pero en vano
Los busco ¡o caro Anfriso! que estos dones,
Herencia santa, que al partir del mundo
Dejó Bruno en sus hijos vinculada,
Nunca en profano corazon entraron,
Ni á los parciales del placer se dieron.
  Conozco bien que, fuera de este asilo,
Solo me guarda el mundo sinrazones,
Vanos deseos, duros desengaños,
Susto y dolor; empero todavía
A entrar en él no puedo resolverme.
No puedo resolverme, y despechado
Sigo el impulso del fatal destino,
Que á muy mas dura esclavitud me guia.
Sigo su fiero impulso, y llevo siempre
Por todas partes los pesados grillos,
Que de la ansiada libertad me privan.
  De afan y angustia el pecho traspasado,
Pido á la muda soledad consuelo,
Y con dolientes quejas la importuno.
Salgo al ameno valle, subo al monte,
Sigo del claro rio las corrientes,
Busco la fresca y deleitosa sombra,
Corro por todas partes, y no encuentro
En parte alguna la quietud perdida.
  ¡Ay, Anfriso, qué escenas á mis ojos,
Cansados de llorar, presenta el cielo!
  Rodeado de frondosos y altos montes
Se extiende un valle, que de mil delicias
Con sábia mano ornó naturaleza.
Pártele en dos mitades, despeñado

De las vecinas rocas, el Lozoya,
Por su pesca famoso y dulces aguas.
Del claro rio sobre el verde márgen
Crecen frondosos álamos, que al cielo
Ya erguidos alzan las plateadas copas,
O ya sobre las aguas encorbados,
En mil figuras miran con asombro
Su forma en los cristales retratada.
De la siniestra orilla un bosque ombrío,
Hasta la falda del vecino monte
Se extiende: tan ameno y delicioso,
Que le hubiera juzgado el gentilismo
Morada de algun Dios, ó á los misterios
De las silvanas Dríadas guardado.
Aquí encamino mis inciertos pasos,
Y en su recinto ombrío y silencioso,
Mansion la mas conforme para un triste,
Entro á pensar en mi cruël destino.
La grata soledad, la dulce sombra,
El aire blando, y el silencio mudo,
Mi desventura y mi dolor adulan.
No alcanza aquí del padre de las luces
El rayo acechador, ni su reflejo
Viene á cubrir de confusion el rostro
De un infeliz, en su dolor sumido.
El canto de las aves no interrumpe
Aquí tampoco la quietud de un triste;
Pues solo de la viuda tortolilla
Se oye tal vez el lastimero arrullo,
Tal vez el melancólico trinado
Do la angustiada y dulce Filomena.
Con blando impulso el céfiro suäve,

Las copas de los árboles moviendo,
Recrea el alma con el manso ruido:
Mientras el dulce soplo desprendidas
Las agostadas hojas, revolando,
Bajan en lentos círculos al suelo:
Cúbrenle en torno, y la frondosa pompa
Que al árbol adornára en primavera,
Yace marchita y muestra los rigores
Del abrasado estío y seco otoño.
Así tambien de juventud lozana
Pasan ¡o Anfriso! las livianas dichas!
Un soplo de inconstancia, de fastidio,
Ó de capricho femenil las tala
Y lleva por el aire, cual las hojas
De los frondosos árboles caïdas.
Ciegos empero, y tras su vana sombra
De contino exhalados, en pos de ellas
Corremos hasta hallar el precipicio
Do nuestro error y su ilusion nos guian.
Volamos en pos de ellas, como suele
Volar á la dulzura del reclamo
Incauto el pajarillo: entre las hojas
El preparado visco le detiene:
Lucha cautivo por huir, y en vano;
Porque un traidor, que en asechanza atisba,
Con mano infiel la libertad le roba,
Y á muerte le condena ó cárcel dura.
¡Ah! ¡dichoso el mortal de cuyos ojos
Un pronto desengaño corrió el velo
De la ciega ilusion! ¡Una y mil veces
Dichoso el solitario penitente
Que, triunfando del mundo y de sí mismo,

Vive en la soledad libre y contento!
Unido á Dios por medio de la santa
Contemplacion, le goza ya en la tierrra;
Y retirado en su tranquilo albergue
Observa reflexivo los milagros
De la naturaleza, sin que nunca
Turben el susto ni el dolor su pecho.
Regálanle las aves con su canto,
Mientras la aurora sale refulgente
A cubrir de alegría y luz el mundo.
Nácele siempre el sol claro y brillante,
Y nunca á él levanta conturbados
Sus ojos, ora en el oriente raye,
Ora del cielo á la mitad subiendo,
En pompa guie el reluciente carro,
Ora con tibia luz, mas perezoso,
Su faz esconda en los vecinos montes.
Cuando en las claras noches cuidadoso
Vuelve desde los santos ejercicios,
La plateada luna en lo mas alto
Del cielo mueve la luciente rueda,
Con augusto silencio; y recreando
Con blando resplandor su humilde vista,
Eleva su razon, y la dispone
A contemplar la alteza, y la inefable
Gloria del Padre y Criador del mundo.
Libre de los cuidados enojosos,
Que en los palacios y dorados techos
Nos turban de contino, y entregado
A la inefable y justa Providencia,
Si al breve sueño alguna pausa pide
De sus santas tareas, obediente

Viene á cerrar sus párpados el sueño
Con mano amiga, y de su lado ahuyenta
El susto y las fantasmas de la noche.
¡O suerte venturosa á los amigos
De la virtud guardada! ¡O dicha, nunca
De los tristes mundanos conocida!
¡O monte impenetrable! ¡O bosque ombrío!
¡O valle deleitoso! ¡O solitaria,
Taciturna mansion! ¡O, quien del alto
Y proceloso mar del mundo huyendo
A vuestra eterna calma, aquí seguro
Vivir pudiera siempre, y escondido!
Tales cosas revuelvo en mi memoria,
En esta triste soledad sumido.
Llega en tanto la noche, y con su manto
Cobija el ancho mundo. Vuelvo entonces
A los medrosos cláustros. De una escasa
Luz el distante y pálido reflejo
Guia por ellos mis inciertos pasos;
Y en medio del horror y del silencio,
¡O fuerza del ejemplo portentosa!
Mi corazon palpita, en mi cabeza
Se erizan los cabellos, se estremecen
Mis carnes, y discurre por mis nervios
Un súbito rigor que los embarga.
Parece que oigo que del centro oscuro
Sale una voz tremenda que, rompiendo
El eterno silencio, así me dice:
«Huye de aquí, profano: tú, que llevas
»De ideas mundanales lleno el pecho,
»Huye de esta morada, do se albergan
»Con la virtud humilde y silenciosa

»Sus escogidos: huye, y no profanes
»Con tu planta sacrílega este asilo.''
De aviso tal al golpe confundido,
Con paso vacilante voy cruzando
Los pavorosos tránsitos, y llego
Por fin á mi morada, donde ni hallo
El ansiado reposo, ni recobran
La suspirada calma mis sentidos.
Lleno de congojosos pensamientos
Paso la triste y perezosa noche
En molesta vigilia, sin que llegue
A mis ojos el sueño, ni interrumpan
Sus regalados bálsamos mi pena.
Vuelve por fin con la risueña aurora
La luz aborrecida, y en pos de ella
El claro dia á publicar mi llanto,
Y dar nueva materia al dolor mio.

SÁTIRA PRIMERA.

¿Quis tàm patiens ut teneat se?
JUVENAL.

Déjame, Arnesto, déjame que llore
Los fieros males de mi patria, deja
Que su ruïna y perdicion lamente;
Y si no quieres que en el centro oscuro
De esta prision la pena me consuma,
Déjame al menos que levante el grito
Contra el desórden: deja que á la tinta
Mezclando hiel y acibar, siga indócil
Mi pluma al vuelo del bufon de Aquino.
¡O cuanto rostro veo á mi censura

De palidez y de rubor cubierto!
¡Ánimo! amigos; nadie tema, nadie
Su punzante aguijon, que yo persigo
En mi sátira al vicio, no al vicioso.
¿Y qué querrá decir, que en algun verso
Encrespada la bilis, tire un rasgo,
Que el vulgo crea que señala á Alcinda?
La que, olvidando su orgullosa estirpe,
Baja vestida al Prado, cual pudiera
Una maja con trueno y rascamoño:
Alta la ropa, erguida la caramba,
Cubierta de un cendal mas trasparente
Que su intencion, á ojeadas y meneos
La turba de los tontos concitando.
¿Podrá sentir que un dedo malicioso,
Apuntando este verso, la señale?
Ya la notoriedad es el mas noble
Atributo del vicio, y nuestras Julias
Mas que ser malas quieren parecerlo.
Hubo un tiempo en que andaba la modestia
Dorando los delitos: hubo un tiempo
En que el recato tímido cubria
La fealdad del vicio, pero huyóse
El pudor á vivir en las cabañas.
Con él huyeron los dichosos dias
Que ya no volverán: huyó aquel siglo
En que aun las necias burlas de un marido
Las basquiñas crédulas tragaban.
Mas hoy Alcinda desayuna al suyo
Con ruedas de molino: triunfa, gasta,
Pasa saltando las eternas noches
Del crudo enero, y cuando el sol tardío

Rompe el oriente, admírala golpeando,
Cual si fuese una extraña, al propio quicio.
Entra barriendo con la undosa falda
La alfombra, aquí y allí cintas y plumas
Del enorme tocado siembra; y sigue
Con débil paso soñolienta y mustia,
Yendo aun Fabio de su mano asido,
Hasta la alcoba, donde á pierna suelta
Ronca el cornudo, y sueña que es dichoso.
Ni el sudor frio, ni el hedor, ni el rancio
Eructo le perturban. A su hora
Despierta el necio: silencioso deja
La profanada holanda, y guarda atento
A su asesina el sueño mal seguro.
¡Cuántas, o Alcinda, á la coyunda uncidas
Tu suerte envidian! ¡Cuántas de Himenéo
Buscan el yugo por lograr tu suerte!
¡Y sin que invoquen la razon, ni pese
Su corazon los méritos del novio,
El *sí* pronuncian, y la mano alargan
Al primero que llega! ¡Qué de males
Esta maldita ceguedad no aborta!
Veo apagadas las nupciales teas
Por la discordia con infame soplo
Al pie del mismo altar; y en el tumulto
Brindis y vivas de la tornaboda
Una indiscreta lágrima predice
Guerras y oprobios á los mal unidos.
Veo por mano temeraria roto
El velo conyugal, y que corriendo
Con la impudente frente levantada,

Va el adulterio de una casa en otra:
Zumba, festeja, rie, y descarado
Canta sus triunfos, que tal vez celebra
Un necio esposo, y tal del hombre honrado
Hieren con dardo penetrante el pecho,
Su vida abrevian, y en la negra tumba
Su error, su afrenta y su despecho esconden.
¡O viles almas! ¡O virtud! ¡O leyes!
¡O pundonor mortífero! ¿Qué causa
Te hizo fiar á guardas tan infieles
Tan preciado tesoro? ¿Quién ¡o Th e m
Tu brazo sobornó? Le mueves cruda
Contra las tristes víctimas que arrastra
La desnudez ó el desamparo al vicio:
Contra la débil huérfana, del hambre
Y del oro acosada, ó al halago,
La seduccion y el tierno amor rendida;
La expilas, la deshonras, la condenas
A incierta y dura reclusion; ¿y en tanto
Ves indolente en los dorados techos
Cobijado el desórden, ó le sufres
Salir en triunfo por las anchas plazas,
La virtud y el honor escarneciendo?
¡O infamia! ¡O siglo! ¡O corrupcion! Matro
Castellanas, ¿quién pudo vuestro claro
Pundonor eclipsar? ¿Quién de Lucrecias
En Lais os volvió? ¿Ni el proceloso
Océano, ni lleno de peligros
El Lilibeo, ni las arduas cumbres
De Pirene pudieron guareceros
Del contagio fatal? Zarpa preñada
De oro la nao gaditana, aporta

A las orillas gálicas, y vuelve
Llena de objetos fútiles y vanos;
Y entre los signos de extrangera pompa
Ponzoña esconde y corrupcion, compradas
Con el sudor de las iberas frentes;
Y tú, mísera España, tú la esperas
Sobre la playa, y con afan recoges
La pestilente carga, y la repartes
Alegre entre tus hijos. Viles plumas,
Gasas y cintas, flores y penachos
Te trae en cambio de la sangre tuya:
De tu sangre ¡ o baldon! y acaso, acaso
De tu virtud y honestidad. Repara
Cual la liviana juventud los busca.
Mira cuál vá con ellos engreida
La impudente doncella: su cabeza
Cual nave real en triunfo empavesada
Vana presenta del favonio al soplo
La mies de plumas y de airones, y anda
Loca buscando en la lisonja el premio
De su indiscreto afan. ¡ Ay triste! Guarte,
Guarte, que está cercano el precipicio.
El astuto amador ya en asechanza
Te atisba y sigue con lascivos ojos.
La adulacion y la caricia el lazo
Te van á armar do caerás incauta,
En él tu oprobio y perdicion hallando.
¡ Ay cuánto, cuánto de amargura y lloro
Te costarán tus galas! ¡ Cuán tardío
Será y estéril tu arrepentimiento!
Ya ni el rico Brasil, ni las cabernas
Del nunca exhausto Potosí nos bastan

A saciar el hidrópico deseo :
La ansiosa sed de vanidad y pompa.
Todo lo agotan : cuesta un sombrerillo
Lo que antes un estado, y se consume
En un festin la dote de una infanta.
Todo lo tragan : la riqueza unida
Vá á la indigencia. Pide y pordiosea
El noble, engaña, empeña, malbarata,
Quiebra y perece ; y el logrero goza
Los pingües patrimonios, premio un dia
Del generoso afan de altos abuelos.
¡O ultrage ! ¡ O mengua ! Todo se trafica:
Parentesco, amistad, favor, influjo;
Y hasta el honor, depósito sagrado,
Ó se vende, ó se compra. Y tú, belleza,
Don el mas grato que dió al hombre el cielo,
No eres ya premio del valor, ni paga
Del peregrino ingenio. La florida
Juventud, la ternura, el rendimiento
Del constante amador ya no te alcanzan.
Ya ni te dás al corazon, ni sabes
Dél recibir adoracion y ofrendas.
Ríndeste al oro : la vejez hedionda,
La sucia palidez, la faz adusta,
Fiera y terrible, con igual derecho
Vienen sin susto á negociar contigo.
Daste al barato, y tu rosada frente
Tus suaves besos y tus dulces brazos,
Corona un tiempo del amor mas puro,
Son ya una vil y torpe mercancía.

SÁTIRA SEGUNDA.

Perit omnis in illo
Nobilitas, cujus laus est in origine sola.

Vés, Arnesto, aquel majo en siete varas
De pardomonte envuelto, con patillas
De tres pulgadas afeado el rostro,
Magro, pálido y sucio, que al arrimo
De la esquina de en frente nos acecha
Con aire sesgo y baladí? Pues ese,
Ese es un nono nieto del rey Chico.
Si el breve chupetin, las anchas bragas,
Y el albornoz, no sin primor terciado,
No te lo han dicho: si los mil botones
De filigrana berberisca, que andan
Por los confines del jubon perdidos,
No lo gritan: la faja, el guadijeño,
El harpa, la bandurria y la guitarra
Lo cantarán. No hay duda: el tiempo mismo
Lo testifica, atiende á sus blasones.
Sobre el porton de su palacio ostenta,
Grabado en berroqueña, un ancho escudo
De medias lunas y turbantes lleno.
Nácenle al pie las bombas y las balas
Entre tambores, chuzos y banderas,
Como en sombrío matorral los hongos.
El águila imperial con dos cabezas
Se vé picando del morrion las plumas
Allá en la cima; y de uno y otro lado,
A pesar de las puntas asomantes,

Grifo y leon rampantes le sostienen.
Vé aquí sus timbres. Pero sigue, sube,
Entra, y verás colgado en la antesala
El árbol gentilicio, ahumado y roto
En partes mil: empero de sus ramas,
Cual suele el fruto en la pomposa higuera,
Sombreros penden, mitras y bastones.
En procesion aquí y allí caminan
En sendos cuadros los ilustres deudos,
Por hábil brocha al vivo retratados.
¡Qué gregüescos! ¡Qué caras! ¡Qué bigotes!
El polvo y telarañas son los gajes
De su vejez. ¿Qué mas? Hasta los duros
Sillones moscovitas y el chinesco
Escritorio, con ambar perfumado,
En otro tiempo de marfil y nacar
Sobre évano embutido, y hoy deshecho,
La ancianidad de su solar pregonan.
Tal es, tan rancia y tan sin par su alcurnia,
Que aunque embozado y en castaña el pelo,
Nada les debe á Ponces ni Guzmanes.
No los aprecia: tiénese en mas que ellos,
Y vive así. Sus dedos y sus labios
Del humo del cigarro encallecidos,
Indice son de su crianza. Nunca
Pasó del B á Bá. Nunca sus viages
Mas allá de Getafe se extendieron.
Fué antaño allá por ver unos novillos
Junto con Pacotrigo y la Caramba:
Por señas que volvió ya con estrellas
Beodo por demas, y durmió al raso.
Examínale: ¡o idiota! nada sabe.

Trópicos, era, geografía, historia
Son para el pobre exóticos vocablos.
Dile que dende el hondo Pirineo
Corre espumoso el Betis á sumirse
De Ontígola en el mar; ó que cargadas
De almendra y gomas las inglesas quillas
Surgen en Puerto Lapichi, y se levan
Llenas de estaño y de abadejo: ¡oh! todo,
Todo lo creerá: por mas que añadas
Que fué en las Navas Witiza el santo
Deshecho por los Celtas, ó que invicto
Triunfó en Aljubarrota Mauregato.
¡Qué mucho, Arnesto, si del padre Astete
Ni aun leyó el catecismo! Mas no creas
Su memoria vacía. Oye, y diráte
De Cándido y Marchante la progenie.
Quien de Romero ó Costillares saca
La muleta mejor, y quien mas limpio
Hiere en la cruz al bruto jarameño.
Haráte de Guerrero y la Catuja
Larga memoria, y de la malograda,
De la divina Ladvenant, que ahora
Anda en campos de luz paciendo estrellas,
La sal, el garabato, el aire, el chiste,
La fama y los ilustres contratiempos
Recordará con lágrimas. Prosigue
Si esto no basta, y te dirá qué año,
Qué ingenio, qué ocasion dió á los Chorizos
Eterno nombre: y cuántas cuchilladas
Dadas de dia en dia, tan pujantes,
Sobre el triste Polaco los mantiene.
Vé aquí su ocupacion: esta es su ciencia.

No la debió ni al dómine, ni al tonto
De su ayo Mosen Marc, solo ajustado
Para irle en pos cuando era señorito.
Debiósela á cocheros y lacayos,
Dueñas, fregonas, truanes y otros bichos,
De su niñez perennes compañeros.
Mas sobre todo, á Pericuelo el paje,
Mozo avieso, chorizo y pepillista
Hasta morir, cuando le andaba en torno.
Dél aprendió la jota, la guaracha,
El bolero, y en fin música y baile.
Fuéle tambien maëstro algunos meses
El sota Andrés, chispero de la Huerta;
Con quien por órden de su padre entonces
Pasar solia tardes y mañanas
Jugando entre las mulas. Ni dejaste
De darle tú santísimas lecciones,
¡O Paquita! despues de aquel trabajo
De que el Refugio te sacó, y su madre
Te ajustó por doncella. ¡Tanto puede
La gratitud en generosos pechos!
De tí aprendió á reirse de su padres,
Y á hacer al pedagogo la mamola:
A pellizcar, á andar al escondite,
Tratar con cirujanos y con viejas,
Beber, mentir, trampear; y en dos palabras,
De tí aprendió á ser hombre... y de provecho.
Si algo mas sabe, débelo á la buena
De doña Ana, patron de zurzidoras,
Piadosa como Enone, y mas chuchera
Que la embaidora Celestina. ¡O cuanto
De ella alcanzó! Del Rastro á Maravillas,

Del alto de san Blas á las Bellocas,
No hay barrio, calle, casa ni zahurda
A su padron negado. ¡Cuantos nombres
Y cuales vido en su librete escritos!
Allí leyó el de Cándida, la invicta
Que nunca se rindió: la que una noche
Venció el embate de catorce guardias
Uno en pos de otro en singular batalla.
Allí el de aquella siete veces vírgen,
Mas que por esto insigne por sus robos;
Pues que en un mes empobreció al indiano,
Y chupó á un escocés tres mil guineas,
Veinte acciones de banco y un navío.
Allí aprendió á temer el de Belica
La venenosa. . . . .
. . . .
Y allí tambien en torpe mescolanza
Vió de mil bellas las ilustres cifras,
Nobles, plebeyas, majas y señoras.
A las que vió nacer el Pirinëo
Desde Junquera hasta do muere el Miño;
Y á las que el Ebro y Turia dieron fama,
Y el Darro y Betis todos sus encantos:
A las de rancio y perdurable nombre,
Ilustradas con turca y sombrerillo,
Simon y page, en cuyo abono sudan
Bandas, veneras, gorras y bastones,
Y aun (chito, Arnesto,) cuellos y cerquillos;
Y en fin, á aquellas que en nocturnas zambras,
Al son del cuerno congregadas, dieron
Fama á la union. . . . .
. . . .

¡Ah! ¡cuánto allí la cifra de tu nombre
Brillaba, escrita en caractéres de oro,
¡O Cloe! Él solo deslumbrar pudiera
A nuestro jaque, á penas de las uñas
De su doncella libre. No adornaban
Tu casa eutonces, como ogaño, ricas
Telas de Italia, ó de Canton; ni lustros
Venidos del Adriático, ni alfombras,
Sofá otomano, ó muebles peregrinos;
Ni la alegraban de Bolonia al uso
La simia, il papagallo, e la spinetta.
La salserilla, el zahumador, la esponja,
Cinco sillas de enea, un pobre anafe,
Un bufete, un belon y dos cortinas
Eran todo tu ajuar; y hasta la . . .
Do alzó despues tu trono la fortuna,
¡Quién lo diria! entonces era humilde.
Púsote en zancos el hidalgo, y dióte
A dos por tres la escandalosa buena,
Que treinta años de afanes y de ayuno
Costó á su padre. ¡O, cuánto tus jubones
De perlas y oro recamados, cuánto
Tus francachelas y tripudios dieron
En la cazuela, el Prado y los tendidos
De escándalo y envidia! Como el humo
Todo pasó, duró lo que la hijuela.
¡Pobre galan! ¡Qué paga tan mezquina
Se dió á tu amor! ¡Cuán presto le feriaron
Al último doblon el postrer beso!
Viérasle, Arnesto, desolado: vieras
Cual iba humilde á mendigar la gracia
De su perjura, y cual correspondia

La infiel con carcajadas á su lloro!
No hay medio: le plantó: quedó por puertas.
¿Qué hará? ¿Su alivio buscará en el juego?
¡Bravo! Allí olvida su pesar. Prestóle
Un amigo. ¡Qué amigo! Ya otra nueva
Esperanza le anima. ¡Ah! salió vana:
Marró la cuarta sota: adios bolsillo.
Toma un censo: adelante: mas perdióle
Al primer trascarton, y quedó *asperges.*
No hay ya amor ni amistad. En tan gran cuita
Se halla ¡o Zulem Zegri! tu nono nieto.
¿Será mas digno, Arnesto, de tu gracia
Un alfeñique perfumado y lindo,
De noble trage y ruines pensamientos?
Admiran su solar el alto Auseva,
Limia, Pamplona, ó la feroz Cantabria.
Mas se educó en Sorez: París y Roma
Nueva fe le infundieron, vicios nuevos
Le inocularon. Cátale perdido.
No es ya el mismo; ¡o cual otro el Vidasoa
Tornó á pasar! ¡Cuál habla por los codos!
¿Quién calará su atroz galimathias?
Ni Du Marsais, ni Aldrete le entendieran.
Mira cual corre *en polison* vestido
Por las mañanas de un burdel á otro,
Y entre alcahuetas y rufianes bulle.
No importa: viaja incógnito con palo,
Sin insignias y en frac: nadie le mira.
Vuelve, se adoba, sale y huele á almizcle
Desde una milla... ¡O, cómo el sol chispea
En el charol del coche ultramarino!
¡Cuál brillan los tirantes carmesíes

Sobre la negra crin de los frisones!
Visita: come en noble compañía:
Al prado, á la luneta, á la tertulia,
Y al garito despues. ¡Qué linda vida,
Digna de un noble! ¿Quieres su compendio?
Puteó, jugó, perdió salud y bienes,
Y sin tocar á los cuarenta abriles
La mano del placer le hundió en la huesa.
¡Cuántos, Arnesto, así! Si alguno escapa,
La vejez se anticipa, le sorprende,
Y en cínica é infame soltería,
Solo, aburrido, y lleno de amarguras,
La muerte invoca, sorda á su plegaria.
Si antes al ara de Himeneo acoge
Su delincuente corazon, y el resto
De sus amargos dias le consagra,
¡Triste de aquella que á su yugo uncida
Víctima cae! Los primeros meses
La lleva en triunfo acá y allá: la mima,
La galantea. . . . Palco, galas, dijes,
Coche á la inglesa. ¡Míseros recursos!
El buen tiempo pasó. Del vicio infame
Corre en sus venas la cruël ponzoña.
Tímido, exhausto, sin vigor.... ¡O rabia!
El tálamo es su potro. Mira, Arnesto,
¡Cuál desde Gades á Brigancia el vicio
Ha inficionado el gérmen de la vida!
¡Y cuál su virulencia va enervando
La actual generacion! Apenas de hombres
La forma existe... ¿A donde está el forzudo
Brazo de Villandrando? ¿Dó de Argüello,
Ó de Paredes los robustos hombros?

¿El pesado morrion, la penachuda
Y alta cimera acaso sa forjáron
Para cráneos raquíticos? ¿Quién puede
Sobre la cuera y enmallada cota
Vestir ya el duro y centellante peto?
¿Quién enristrar la ponderosa lanza?
¿Quién?... Vuelve, ¡o fiero berberisco! vuelve,
Y otra vez corre desde Calpe al Deva,
Que ya Pelayos no hallarás ni Alfonsos
Que te resistan. Débiles pigmeos
Te esperan. De tu corva cimitarra
Al solo amago caerán rendidos.
¿Y es este un noble, Arnesto? ¿Aquí se cifran
Los timbres y blasones? *¿De qué sirve*
La clase ilustre, una alta descendencia
Sin la virtud? Los nombres venerandos
De Laras, Tellos, Haros y Girones
¿Qué se hicieron? ¿Qué genio ha deslucido
La fama de sus triunfos? ¿Son sus nietos
A quienes fia su defensa el trono?
¿Es esta la nobleza de Castilla?
¿Es este el brazo un dia tan temido
En quien libraba el castellano pueblo
Su libertad? ¡O vilipendio! ¡O siglo!
Faltó el apoyo de las leyes: todo
Se precipita. El mas humilde cieno
Fermenta y brota espíritus altivos
Que hasta los tronos del olimpo se alzan.
¿Qué importa? Venga denodada, venga
La humilde plebe en irrupcion, y usurpe
Lustre, nobleza, títulos y honores.
Sea todo infame behetría; no haya

Clases ni estados. Si la virtud sola
Les puede ser antemural y escudo,
Todo sin ella acabe y se confunda.

EPÍSTOLA

A BERMUDO:

Sobre los vanos deseos y estudios de los hombres.

Sús: alerta, Bermudo, y pon en vela
Tu corazon. Rabiosa la fortuna
Le acecha, y mientras, arrullando á otros
Los adormece en mal seguro sueño,
Súbito asalto quiere dar al tuyo.
El golpe atroz, con que arruinó sañuda
Tu pobre estado, su furor no harta
Si de tu pecho desterrar no logra
La dulce paz que á la inocencia debe.
Tal es su condicion, que no tolera
Que á su despecho el hombre sea dichoso.
Así á tus ojos insidiosa ostenta
Las fantasmas del bien, que va sembrando
Sobre la senda del favor; y pugna
Por arrancar de tu virtud los quicios.
¡Guay! no la atiendas: mira que robarte
Quiere la dicha que en tu mano tienes.
No está en la suya, no: puede á su grado
Venturosos hacer, mas no felices.
¿Lo extrañas? ¿Quieres, como el vulgo idiota,
De la felicidad y la fortuna
Los nombres confundir? ¿Ó por los vanos

Bienes, y gustos con que astuta brinda
El verdadero bien medir? ¡O engaño
De la humana razon! Dí, ¿qué promete
Digno de un ser que á tan excelsa dicha
Destinado nació? Pesa sus dones
De tu razon en la balanza, y mira
Cuanta es su liviandad! Hay quien ardiendo
En pos de gloria y rumoroso nombre
Suda, se afana, y despiadado, al precio
De sangre y fuego y destruccion le compra,
Mas si la muerte con horrendo brazo
De un alto alcazar su pendon tremola,
Se hincha su corazon, y hollando fiero
Cadáveres de hermanos y enemigos,
Un triunfo canta que en secreto llora
Su alma horrorizada. Altivo menos,
Empero astuto mas, otro suspira
Por el inquieto y mal seguro mando;
Y adula, y vá solícito siguiendo
El aura del favor. Su orgullo esconde
En vil adulacion: sirve, y se humilla
Para ensalzarse; y si á la cumbre toca,
Irgue altanero la ceñuda frente,
Y sueño y gozo y interior sosiego
Al esplendor del mando sacrifica.
Mas, mientra incierto en lo que goza, teme,
A un giro instable de la rueda cae
Precipitado en hondo y triste olvido.
Tal otro busca con afan estados,
Oro y riquezas, tierras y tesoros,
¡Ah! con sudor y lágrimas regados,
Su sed no apagan. Junta, ahorra, ahücha;

Mas con sus bienes crece su deseo,
Y cuanto mas posee mas anhela.
Asi, la llave del arcon en mano,
Pobre se juzga, y pues lo juzga, es pobre.
A otra ilusion consagra sus vigilias
Aquel que, huyendo de la luz y el lecho,
De la esposa y amigos, la alta noche
En un garito ó mísera zahurda
Con sus viles rivales pasa oculto.
Entre el temor fluctúa y la esperanza
Su alma atormentada. Ele: ya expuso
Con mano incierta y pecho palpitante
A la vuelta de un dado su fortuna.
Cayó la suerte, ¿pero qué le brinda?
¿Es buena? su ansia y su zozobra crecen.
¿Aciaga? ¡O Dios! le abruma, y le despeña
En vida infame ó despechada muerte.
¿Y es mas feliz quien fascinado al brillo
De unos ojuelos arde, y enloquece,
Y vela, y ronda, y ruega, y desconfia,
Y busca al precio de zozobra y penas
El rápido placer de un solo instante?
No le guia el amor, que en pecho impuro
Entrar no puede su inocente llama;
Solo le arrastra el apetito; ciego
Se desboca en pos dél. Mas ¡ay! que si abre
Con llave de oro, al fin, el torpe quicio,
Envuelta en su placer traga su muerte.
Pues mira á aquel que, abandonado al ocio,
Vé vacías huir las raudas horas
Sobre su inútil existencia. ¡Ah! lentas
Las cree aun, y su incesante curso

Precipitar quisiera. En qué gastarlas
No sabe; y entra, y sale, y se pasea:
Fuma, charla, se aburre, torna, vuelve,
Y huyendo siempre del afan, se afana.
Mas ya en el lecho está: cédele al sueño
La mitad de la vida, y aun le ruega
Que la enojosa luz le robe. ¡O necio!
¿A la dulzura del descanso aspiras?
Búscala en el trabajo. Sí: en el ocio
Siempre tu alma roerá el fastidio,
Y hallará en tu reposo su tormento.
¿Mas qué, si á Baco y Ceres entregado,
Y arrellanado ante su mesa, engulle
De uno al otro crepúsculo, poniendo
En su vientre á su Dios y á su fortuna?
La tierra y mar no bastan á su gula.
Lenguaraz y gloton, con otros tales
En francachelas y embriagueces pasa
Sus vanos dias, y entre obscenos brindis,
Carcajadas y broma disoluta
Se harta sin tasa, y sin pudor delira.
Mas á fuerza de hartarse embota y pierde
Apetito y estómago. Ofendida
Naturaleza insípidos le ofrece
Los sabores, que al pobre deliciosos.
En vano espera de una y otra India
Estímulos: en vano pide al arte
Salsas, que ya su paladar rehusa.
El ansia crece, y el vigor se agota;
Y así consunto, en medio á la carrera,
Antes su vida que su gula acaba.
¡O placeres amargos! ¡O locura

De aquel que los codicia, y humillado
Ante un mentido numen los implora!
¡O, y cual la diosa pérfida le burla!
Sonríele tal vez: empero nunca
De angustia exento ó sinsabor, le deja
Que á vueltas del placer le da fastidio,
Y en pos del goce saciedad y tedio.
Si le confia, luego un escarmiento
Su mal prevista condicion descubre.
Avara, nunca sus deseos llena:
Voltaria, siempre en su favor vacila:
Inconstante y cruël, aflige ahora
Al que halagó poco ha: ahora derriba
Al que ayer ensalzó; y ora del cieno
Otro á las nubes encarama, solo
Por derribarle con mayor estruendo.
¿No vés con todo aquella inmensa turba,
Que, rodeändo de tropel su templo,
Se avanza al aldabón, de incienso hediondo
Para ofrecer al ídolo cargada?
¡Huye de ella, Bermudo! ¡No el contagio
Toque á tu alma de tan vil ejemplo!
Huye, y en la virtud busca tu asilo,
Que ella feliz te hará. No hay, no lo pienses,
Dicha mas pura que la dulce calma
Que inspira al varon justo. Ella modesto
Le hace en prosperidad: ledo y tranquilo
En sóbria medianía: resignado
En pobreza y dolor. Y, si bramando
El huracan de la implacable envidia
Le hunde en el infortunio, ella piadosa
Le acorre y salva, su alma revistiendo

De alta, noble y longánime constancia.
¡Y qué si hasta su premio alza la vista!
¿Hay algo, dí, que á la esperanza iguale
De la inmortal corona que le atiende?...
Mas te oigo preguntar, ¿áqueste instinto,
Que mi alma eleva á la verdad, esta ansia
De indagar, y saber será culpable?
¿No podré hallar, siguiéndola, mi dicha?
¿Condenarásla? No. ¿Quién se atreviera?
¿Quién que su origen y su fin conozca?
Sabiduria y virtud son dos hermanas
Descendidas del cielo para gloria,
Y perfeccion del hombre. Le alejando
Del vicio y del engaño, ellas le acercan
A la Divinidad. Sí, mi Bermudo;
Mas no las busques en la falsa senda
Que á otros astuta muestra la fortuna.
¿Donde pues? Corre al templo de Sofía.
Y allí las hallarás. Ruégala... ¡Mira
Cual se sonrie! Instala, interpone
La intercesion de las amables musas,
Y te la harán propicia. Pero ¡guarte!
Que si no cabe en su favor engaño,
Cabe en el culto que le dá insolente
El vano adorador. Nunca propicia
La vé quien, oro ó fama demandando,
Impuro incienso quema ante sus aras.
¿No vés á tantos como de ellas tornan
De orgullo llenos, de saber vacíos?
¡Ay del que en vez de la verdad, iluso
Su sombra abraza! En la opinion fiado
El buen sendero dejará, y sin guia

De razon ni virtud, tras las fantasmas
Del error correrá precipitado.
¿El sabio entonces hallará la dicha
En las quimeras que sediento busca?
¡Ah! no: tan solo vanidad y engaño.
Mira en aquel, á quien la aurora encuentra
Midiendo el cielo, y de los astros que huyen
Las esplendentes órbitas. Insomne,
Aun á la noche llama presurosa,
Y acusa al astro que su afan retarda.
Vuelve: la obra portentosa admira,
Sin ver la mano que la obró. Se eleva
Sobre las lunas de Úrano, y de un vuelo
Desde la Nave á los Triones pasa.
¿Mas qué siente despues? Nada. Calcula,
Mide, y no vé que el cielo, obedeciendo
La voz del grande Autor, gira, y callado
Horas hurtando á su existencia ingrata,
A un desengaño súbito le acerca.
Otro, del cielo descuidado, lee
En el humilde polvo, y le analiza.
Su microscópio empuña: ármale, y cae
Sobre un átomo vil. ¡Cuan necio triunfa,
Si allí le ofrece el mágico instrumento,
Leve señal de movimiento y vida!
Su forma indaga, y demandando al vidro
Lo que antevió su ilusa fantasía,
Cede al engaño, y dá á la vil materia
La omnipotencia que al gran Ser rehusa.
Asi delira ingrato; mientras otro
Pretende escudriñar la íntima esencia
De este sublime espírtu que le anima.

¡O cual le anatomiza! ¡y cual si fuese
Un fluido sútil, su voz, su fuerza,
Y sus funciones, y su accion regula!
Mas ¿qué descubre? Solo su flaqueza:
Que es dado al ojo ver el alto cielo;
Pero verse á sí en sí, no le fue dado.
Con todo, osada su razon penetra
Al caos tenebroso: le recorre
Con paso titubeante; y desdeñando
La lumbre celestial, en los senderos
Y laberintos del error se pierde.
Confuso así, mas no desengañado,
Entre la duda y la opinion vacila.
Busca la luz, y solo palpa sombras.
Medita, observa, estudia, y solo alcanza
Que cuanto mas aprende, mas ignora.
Materia, forma, espírtu, movimiento,
Y estos instantes que incesantes huyen,
Y del espacio el piélago sin fondo,
Sin cielo y sin orillas, nada alcanza,
Nada comprende. Ni su orígen halla,
Ni su término, y todo lo vé absorto
De eternidad en el abismo hundirse.
Tal vez, saliendo dél, mas deslumbrado,
Se arroja á alzar el temerario vuelo
Hasta el trono de Dios, y presuntuoso
Con débil luz escudriñar pretende
Lo que es inexcrutable. Sondeändo
De la divina esencia el golfo inmenso,
Surca ciego por él. ¿Qué hará sin rumbo?
Dudas sin cuento en su ignorancia busca,
Y las propone, y las disputa; y piensa

Que la ignorancia que excitarlas supo
Resolverlas sabrá. ¿Viste ¡o Bermudo!
Intento mas audaz? ¿Qué, sin mas lumbre
Que su razon, un átomo podria
Lo incomprensible comprender? ¿Linderos
En lo inmenso encontrar? ¿Y en lo infinito
Principio, medio, ó fin? ¡O Ser eterno!
¿Has dado al hombre parte en tus consejos?
¿Ó en el santuario, á su razon cerrado,
Le admites ya? ¿Tan alta es la tarea
Que á su débil espíritu confiaste?
No; no es esta, Bermudo. Conocerle
Y adorarle en sus obras: derretirse
En gratitud y amor, por tantos bienes
Como benigno en tu mansion derrama:
Cantar su gloria y bendecir su nombre:
He aqui tu estudio, tu deber, tu empleo,
Y de tu ser y tu razon la dicha.
Tal es ¡o dulce amigo! la que el sabio
Debe buscar, mientras los necios la huyen.
¿Saber pretendes? Franca está la senda,
Perfecciona tu ser y serás sabio.
Ilustra tu razon para que se alce
A la verdad eterna, y purifica
Tu corazon para que la ame y siga.
Estúdiate á tí mismo, pero busca
La luz en tu Hacedor. Allí la fuente
De alta sabiduría, allí tu origen
Verás escrito: allí el lugar que ocupas
En su obra magnífica: allí tu alto
Destino, y la corona perdurable
De tu ser, solo á la virtud guardada.

Sube, Bermudo, allí: busca en su seno
Esta verdad, esta virtud, que eternas
De su saber y amor perennes manan:
Que si las buscas fuera de él, tinieblas,
Ignorancia y error hallarás solo.
Deste saber y amor lee un destello
En tantas criaturas como cantan
Su omnipotencia: en la admirable escala
De perfeccion con que adornarlas supo:
En el órden que siguen, en las leyes
Que las conservan y unen; en los fines
De piedad y de amor que en todas brillan,
Y la bondad de su Hacedor pregonan.
Esta tu ciencia sea, esta tu gloria.
Serás sabio y feliz si eres virtuoso,
Que la verdad y la virtud son una.
Solo en su posesion está la dicha;
Y ellas tan solo dar á tu alma pueden
Segura paz en tu conciencia pura:
En la moderacion de tus deseos
Libertad verdadera; y alegría
De obrar y hacer el bien en la dulzura.
Lo demas viento, vanidad, miseria.

NOTICIA

DE DON GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS.

Nació en Gijon en 5 de enero de 1744: su primera educacion la recibió en su patria, la filosofía la aprendió en Oviedo, y

los elementos del derecho canónico y civil en la universidad de Avila. Al principio fue destinado á la iglesia, ordenado de menores, y aun disfrutó algunos beneficios eclesiásticos. Pero como fuese provisto de una beca en el colegio mayor de San Ildefonso de Alcalá, y tratase de ir á hacer oposicion á la canongía doctoral de la catedral de Tuy, los amigos y parientes que tenia en Madrid le aconsejaron que, dejada la carrerá eclesiástica, se dedicase á la civil, y le consiguieron una plaza de alcalde de la cuadra en la Audiencia de Sevilla. Allí reformó sus estudios, y amplió sus conocimientos, preparando su entendimiento á aquellas tareas que tanta utilidad habian despues de dar á su patria, tanto lustre á las letras, y tanta gloria á su nombre. En la misma época fue cuando escribió *el Delincuente honrado*, y el *Pelayo*; tradujo el libro primero de *el Paraiso perdido* de Milton, y compuso las diferentes poesías que él llamaba sus *Ocios juveniles*. Promovido á Oidor del mismo tribunal en 1774, y traido á Madrid de Alcalde de Casa y Corte cuatro años despues, fue nombrado Consejero de Ordenes en 1780; y no hubo en la corte asociacion ninguna de utilidad pública ni instituto literario que no se gloriase de tenerle por colaborador y por individuo, y en donde sus trabajos no contribuyesen poderosamente al honor del cuerpo en que se hacian, y al bien general del Estado, que era el objeto primario y esencial de todos sus afanes y tareas. Entre las infinitas que le ocuparon en aquellos diez años, las de mas nombre fueron su *Discurso sobre la necesidad del estudio de la Historia para el de la Jurisprudencia*, la *Memoria sobre las di-*

versiones públicas, el *Elogio histórico de las nobles Artes españolas*, los dos Elogios de don Ventura Rodriguez y Cárlos III, y sobre todo su *Informe sobre la Ley agraria*, que le ha granjeado un nombre tan respetable en toda Europa. La situacion próspera y brillante en que se hallaba se anubló de repente en 1790 cuando la desgracia y prision de su amigo el Conde de Cabarrús. Entonces la comision que se le habia dado de ir á Asturias á fundar un Instituto científico, se convirtió en un destierro disimulado que duró ocho años contínuos. Al cabo de ellos en 1797 fué llamado á Madrid para desempeñar el Ministerio de Gracia y Justicia, en cuyo encargo permaneció poco tiempo. Porque, convertida aquella aura de favor en persecucion y encono, no solo fué otra vez desterrado á su pais, sino que como á reo de Estado se le arrestó despues y se le condujo primero á la Cartuja de Mallorca, y despues al castillo de Bellver.

Allí permaneció sufriendo los rigores de un encierro tan injusto, hasta que en 1808 los sucesos de Aranjuez vinieron á trocar enteramente aquella desgraciada situacion. Puesto en libertad, y cuando se disponia á retirarse á su casa en Asturias á descansar de sus trabajos en el seno de su familia, y al frente de su querido Instituto, el desamparo en que dejaron á la nacion las violencias francesas, le obligó á recibir el encargo tan árduo como honorífico de hacer parte de aquella Junta Central que habia de dirigir los esfuerzos de los españoles en la defensa del Trono y de la independencia. Jovellanos fué uno de los que mas se distinguieron en ella por la integridad de su caracter, por la nobleza de sus miras, y

por su admirable constancia en los trabajos y peligros de aquella peligrosa estacion. La Junta terminó sus funciones en la Isla de Leon á principios del año de 1810, y Jovellanos se dispuso á volver á su patria por mar; pero estando ocupada Asturias por los franceses, tuvo que detenerse en Galicia hasta el año siguiente, en que evacuada ya la provincia, pudo verificar su deseo, y entró en Gijon en 6 de agosto de 1811. Recibiéronle allí como en triunfo aclamándole todos su bienhechor y su padre. Dióse al instante á sus ocupaciones favoritas, á restablecer el Instituto de sus ruinas, á fomentar todos los objetos de prosperidad general, á sostener y avivar el valor de sus compatriotas en la lucha que aun duraba. Pero los enemigos volvieron á invadir la provincia, y él tuvo que salvarse á toda prisa por mar: y despues de haber sufrido dos borrascas peligrosas, falleció de una aguda pulmonía en el pequeño puerto de Vega, el 27 de noviembre de 1811, á los 66 años de su edad.

POESÍAS

DE D. JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA (*).

VILLANESCAS.

I.

No alma primavera
Bella y apacible,
Ó el dulce favonio
Que ámbares respire;
No rosada aurora
Tras la noche triste,
Ni el pincel que en flores
Bello se matice:
No nube que Febo
Su pabellon pinte,
Ó álamo que abrace
Dos émulas vides;
No fuente que perlás
Á cien años fie,
Ni lirio entre rosas,
Clavel en jazmines;

(*) Nació en Salamanca por los años de 1753, y falleció allí mismo en 1791: fué Cura parroco en aquella diocesis: un año antes de morir publicó un poema didáctico sobre la teología, recomendable por la poesía de estilo y por la pureza de lenguage; pero toda su celebridad la debe a sus epígramas y letrillas satíricas.

Al romper el dia
Son tan apacibles,
Como el pastorcillo
Que en mi pecho vive.

II.

Alexi á mi puerta
Se pone á cantar,
Y no le respondo
Por ver lo que hará.
Con mi cayadillo
Le doy por detras;
Y sin ver por donde
Me vuelvo á escapar.
Por su propio nombre
Le suelo llamar;
Callo; y por un rato
No vuelvo á chistar.
Le quiero, y me huelgo
De hacerle bobear,
Buscándome en donde
No me halle jamas.
Y al fin si me halláre
Daño no me hará;
Que no, no es el hombre
Tan bravo animal.

III.

Cuando yo en el prado
Me pongo á dormir,

Sueño que me halaga
Mi pastor gentil.
Despierto, y no viendo
Holgar y reir
A Alexi conmigo
Cual en sueños ví;
De mí no me acuerdo,
Ni á cierto á vestir,
Ni escucho el ganado
Que bala por mí.
El año que viene
No le tendré asi;
Que yo de mi lado
No le he dejar ir.
Pues casarnos hemos
Los dos por abril,
Y en un mismo chozo
Hemos de dormir.

IV.

De buscar mi Alexi
Por un bosque espeso
Niña tierna y sola
Cansadita vengo.
Al que me dijese
En qué prado ameno
Sus ovejas pastan,
Brillan sus luceros,
De marfil un vaso
Yo le daré en premio,
Y á mas de ello encima

Un abrazo tierno.
Que si el zagal mio,
Picado de celos,
Tomallo quisiese,
Sintiese perdello;
Para uno que pierda,
Yo le daré ciento;
Y aun mil, hasta tanto
Que se canse de ellos.

V.

Ya el rigor del tiempo
Su saña terrible
Descargue en los campos,
Que á expensas de él viven;
Febo enardecido
Con su luz marchite
La pomposa gala
De rosa y jazmines:
Fiero el austro robe,
Cuando airado silbe,
Los amantes lazos
De álamos y vides:
Que si mi sol sale
Lleno de matices,
Serenando el cielo,
De los campos iris;
Fuerza es reflorezca
Cuanto toque y mire,
Que enrame la selva,
Y el valle entapice.

VI.

Aquel pastorcillo
Que en bosques y prados
Seguir amor me hace
Travieso tirano;
Bien sé que se duele
Del mal que yo callo,
Por mas que lo encubra,
Y aun borre los pasos.
Si á otro zagalejo
Hablo por acaso;
Calla, y se le muda
Su color rosado.
Enójase y vase;
Y aunque yo le llamo,
Me niega el oido
Y huye apresurado.
Ni para acallarle
Me han aprovechado
Querer regalalle
Y al fin regalallo.

VII.

Mis siempre queridos
Y amantes palomos,
Que á par de sus hembras
Dan arrullos roncos;
Las tiernas abejas
De la flor en torno,

Con susurro bajo,
Con murmullo sordo;
La tórtola que hace
Su asiento en el olmo,
Y en silencio blando
Gime su divorcio;
El bullicio inquieto
Del risueño arroyo,
Que en fresco poleo
Se baña oloroso;
Todo me convida
Al sueño sabroso,
Y amor me desvela
Niño inquieto y loco.

VIII.

Oliendo yo un dia
Un fresco ramillo
De azucena y rosas,
Un rapaz me dijo:
Mal olor es ese
Para el gusto mio;
Tus labios, zagala,
Dan olor mas fino.
Yo le dije entonces;
Mientes, picarillo;
Que el olor que dices
Yo no le percibo.
Ni estotras pastoras
Que duermen conmigo
Las mas de las siestas

Tal cosa me han dicho.
No te miento, hermosa,
Gritó el rapacillo;
Que para embustero
Ya vés que soy niño.

LETRILLAS.

I.

Si el estilo en mis letras
Mucho se humilla,
Como vengo del campo
No es maravilla.
Cantar yo cantára
Los campos y flores,
La niñez y amores
Con que me criára:
Mas si es cosa clara
Trivial y sencilla;
Como vengo del campo
No es maravilla.
Si niña agraciada,
Un niño pastor
Cantaba á mi amor
Mas de una tonada;
Y yo de picada
Mas de otra letrilla;
Como vengo del campo
No es maravilla.
Si á mi talle agrada
Variado pellico;
Y á mi frente aplico

Guirnalda rosada;
Y ando recostada
En mi cayadilla;
Como vengo del campo
No es maravilla.
Dicen que florido
Traigo mi cabello,
Y el seno y el cuello
De rosas guarnido;
Mas si he recogido
Tanta florecilla;
Como vengo del campo
No es maravilla.
Morena me llama
Quien bien no me quiere,
Y á mil me prefiere
El zagal que me ama:
Si del sol la llama
Me trae tostadilla;
Como vengo del campo
No es maravilla.

II.

Pues de amar amores
Licion tomé en tí;
Zagal desdeñoso,
Duélete de mí.
Mi rabel, que amores
Cantára hasta aquí,
Por tí solo en duelos
Trocado lo ví.

Táñolo ¡ay! y solo
Solo ¡ay! sé decir:
Zagal desdeñoso,
Duélete de mí.
De mi amor testigo
Ves la fuente allí
Do la vez primera
La alma te rendí:
No mi verdad ella
Querrá desmentir;
Zagal desdeñoso,
Duélete de mí.
Tu sol me llamabas
Una vez y mil;
Tu amor, tu alba y rosa,
Tu espejo y pensil:
Y hoy nombre de esclava
No merezco en tí;
Zagal desdeñoso,
Duélete de mí.
El amor ufano
Juzgué yo que allí
De tan dulce triunfo
Se empezó á engreir:
Y hoy pienso que el odio
Le ha vencido en lid;
Zagal desdeñoso,
Duélete de mí.

III.

Cuando anuncia el lucero
La nueva aurora,
Orillitas del rio
Jacinta llora.
Ven, Jacinto, ven:
No seas desdeñoso,
Corre presuroso
Donde está tu bien:
Al pie del Zurguen
Está quien te adora,
Que orillitas del rio
Jacinta llora.
En tí está pensando,
Pregunta por tí;
Y yo ayer la ví
Triste y suspirando:
Sé, zagal, mas blando
Con quien te enamora,
Que orillitas del rio
Jacinta llora.
De sus ojos perlas
Vierte cual luceros;
Si en hilos enteros
Llegáras á verlas,
Fino á recogerlas
Fueras á la hora,
Que orillitas del rio
Jacinta llora.
Llega á consolarla;

Que ella sin recelo
Solo ama el consuelo
Que llegues á hablarla;
Dí sin asustarla:
Salud, mi pastora,
Que orillitas del rio
Jacinta llora.

IV.

Zagalas del valle,
Que al prado venís
A tejer guirnaldas
De rosa y jazmin,
Parad en buen hora;
Y al lado de mí
Mirad mas florida
La rosa de abril.
Su sien coronada
De fresco alhelí,
Excede á la aurora
Que empieza á reir;
Y mas si en sus ojos,
Llorando por mí
Sus perlas asoma
La rosa de abril.
Veis allí la fuente,
Veis el prado aquí
Do la vez primera
Sus luceros ví:
Y aunque de sus ojos
Yo el cautivo fuí,

Su dueño me llama
La rosa de abril.
Le dije : ¿ me amas ?
Díjome ella , sí ;
Y porque lo crea
Me dió abrazos mil :
El amor de envidia
Cayó muerto allí ,
Viendo cual me amaba
La rosa de abril.
De mi rabel dulce
El eco sutil
Un tiempo escucharon
Londra y colorin;
Que nadie mas que ellos
Me oyera , entendí;
Y oyéndome estaba
La rosa de abril.
En mi blanda lira
Me puse á esculpir
Su hermoso retrato
De nieve y carmin ;
Pero ella me dijo :
Mira el tuyo aquí ;
Y el pecho mostróme
La rosa de abril.
El rosado aliento ,
Que yo á percibir
Llegué de sus labios
Me saca de mí :
Bálsamo de Arabia ,
Y olor de jazmin ,

Excede en fragancia
La rosa de abril.
El grato mirar,
El dulce reir,
Con que ella dos almas
Ha sabido unir;
No el hijo de Venus
Lo sabe decir,
Sino aquel que goza
La rosa de abril.

CANTILENAS.

I.

Por esta selva umbrosa
Busqué anoche á mi amado,
Busquéle congojosa;
¡ Ay triste ! y no le he hallado.
Antes que el sol dorado
Con sus rayos brillantes
Alumbre estas campaña,
Despierte los amantes,
Cercaré las cabañas
De los demas pastores
Buscando á mis amores
Con un ansia importuna,
Por si le esconde alguna
Zagala condiciosa
Que envidie mi fortuna.
No quedará al fin cosa
Que mi pasion celosa
No la haya registrado,

Hasta que halle á mi amado;
Que en esta selva umbrosa
Anoche busqué ansiosa,
¡ Ay triste ! y no le he hallado.

II.

Pára, Ruiseñor blando,
Pára tus dulces ecos,
Que de esos ramos huecos
La pompa está escuchando:
Párate, y treguas dando
A las vecinas selvas,
Hasta que á cantar vuelvas,
Serásme fiel testigo
Del disfavor, quebranto,
De la amargura y llanto
Que me dejó mi amigo.
Mas no: sigue tu canto,
Pajarillo sonoro,
No prives del encanto
De tu picuelo de oro
A estas selvas y fuentes,
Que aguardan impacientes
Oir tu lengua arpada
De reyes escuchada;
Que si Silvio mi grato
Amor, mi fé y recato
A coronar no viene,
Disculpa propia tiene
Por hombre y por ingrato.

III.

Muchacho inadvertido
Toqué un dulce instrumento,
Cuyo agradable acento
Me cautivó el oido:
Y apenas le hube herido,
Me atrajo su armonía
La gran beldad que adoro,
Por quien suspiro y lloro
Cuando con melodía
Dando á las cuerdas de oro
Mis voces compañía,
De la que anuncia el dia
Canté las frescas rosas
Que esparce de su falda,
Las ráfagas hermosas
Que arroja su guirnalda,
De rojo, azul y gualda,
Los riscos esmaltando,
Y á cada flor prestando
Los vivos de su tinta.
Tras esto mi voz pinta
Del sol el señorío
Y magestad augusta,
Que no hay fanal que iguale:
Y como huyendo sale
Ante él la sombra adusta
Medrosa de su brio:
Sobre el cristal sombrío
Su luz temblar parece,

Y á su fogoso aliento,
Cuando mas lo desea,
El bajo suelo humea,
Y arder se mira el viento.
Mas toda esta hermosura
Y rasgos de grandeza,
Con no se qué dulzura
Mi voz aduladora
A acomodarla empieza
A mi amante Eliodora,
Cuando ella así me dijo:
Muchachuelo prolijo,
Tu gracia lisonjera
Un poco mejor fuera
Que en tí la acomodáras,
Y no me avergonzáras.
No soy Alba, ó Lucero,
Mas te adoro y te quiero:
No soy autor del oro,
Mas te quiero y te adoro.
Y este querer sincero
Tan solo es bien que cantes;
Pues quizá en mil amantes
No lo hay tan verdadero.

ROMANCES.

I.

Zagala hermosa del Tajo,
Lumbre de sus pastorcillas,

Alma real en cuerpo hermoso,
Tres veces de imperio digna;
Si sobre todos mis males
Cruël cielo determina
Que por corona de todos
En tu disfavor yo viva:
¿Qué culpa tendré, señora,
Que mi corazon opriman,
Torrentes de desconsuelos,
Aguaceros de desdichas?
Si en cerco de los mis ojos
El sueño jamas se mira,
Ni muestras de bello riso
Aparece en mis mejillas;
Si soy doncel desdichado,
A quien el cielo castiga
Como á su mayor contrario,
Lejos de toda alegría;
No armes tu rigor, señora,
Contra aquesta alma mezquina;
Tu piedad merezca al menos,
Pues es de tu amor indigna.
Que tambien á tí, cuitada,
Perseguirán algun dia
Saetas de desconsuelos
Enerboladas de acibar,
Bien como amanece ufana
La pomposa clavellina,
Y el granizo la destroza,
Ó el aquilon la derriba.
No hay prosperidad durable
En esta inconstante vida,

Rápido vuela el deleite,
Pesado el dolor camina.
Por último desengaño
Mi corazon solo aspira
A elevarse en su bajeza
Sobre el telar de la envidia.
Ya el bullicio no me agrada,
Ni la hermosura me inclina,
Ni el oro me lisonjea,
Ni me vale la mentira.
Solo una alma pura y sana
Puedo decir que me hechiza;
Esta busco hasta la muerte,
Y en ella haré mi manida.
Tal me contára Lisardo
Que sois vos, Lisi divina,
Alma do el saber se hospeda,
Pecho do el candor se anida;
¿Y querrás que no te adore,
Y dirás que no te siga,
Cuando lo que yo en tí veo
A llanto y dolor me incita?
Opóngaseme la noche
De la ausencia mas prolija;
Opóngaseme la nube
De la pasion mas temida;
Que siempre ansiaré por tí,
Luz de mis ojos querida,
Alma real en cuerpo hermoso,
Mil veces de imperio digna.

II.

Venid, venid, zagalejos,
Que al Zurguén sale Amarilis,
Si es que el Alba á media tarde
Ver alguna vez quisísteis.
Vereis triscar los corderos
Cuando á mi pastora miren;
Y que do quiera que vaya,
Balando por sal la siguen.
El canto vereis que esfuerzan
Alondras y colorines;
Y que nacen azucenas
Donde la sandália imprime.
Que la senda por do pasa
Olor de casia despide;
Y que si los troncos toca
Producen blancos jazmines.
Vereis como el arroyuelo
Por boca de perlas rie;
Y saltar los pececillos
Cuando á su estanque se mire.
Salir vereis los zagales
Con flautas y tamboriles;
Los zagales que en prisiones
De sus rubias trenzas viven.
Tristes vereis las pastoras,
Cuando de ellas se retire:
¿Pues qué los tiernos zagales?
Los vereis mucho mas tristes.
Y á mí en fin veréisme ufano,

Si es que *á Dios, zagal,* me dice:
Empero si no me hablare
De pena vereis morirme.
Asi cantó Arcadio, á tiempo
Que llegó al prado Amaralis;
Vergonzosa en ver que todas
Como á nuevo sol la miren.

III.

Zagaleja, el ser humilde
(Te lo dice quien te quiere)
No lo imagines impropio
De tu beldad floreciente.
Con quien ignora los daños
Deja estar las altiveces;
Porque los justos desprecios
Nacen de soberbia siempre.
Cuando mas hinchado el rio
A la sorda peña hiere,
Entonces deshecho en llanto
A besarla el pie desciende.
El ser humilde y discreta
Bien los cielos te conceden;
Pero ser altiva y sabia,
Quien te lo haya dicho, miente.
No quieras que al vano pavo
Los ancianos te asemejen,
Ave ruda, que del suelo
Jamas alzarse merece.
El honor que dan los otros,
Vano es, zagala, que pienses

Conseguirlo con tu orgullo,
Que antes bien lo desmerece.
Del humo de las cabañas
A no ser altiva aprende,
Que cuanto mas alto sube
Mas presto se desvanece.
Misterio de la humildad,
Que cuando así se envilece,
Entonces empieza á alzarse
Orladas de honor las sienes.
Tal la planta que mas honda
Echar la raíz pretende,
Alza la florida copa
Corona de los verjeles.
Asi que, zagala hermosa,
Si mi consejo siguieres,
Serás querida de todos,
Bendeciránte las gentes.
Daráte la aldea el nombre
Que tu modestia desprecie;
Y aunque se exceda en tu elogio
No temas, no, que le pese.
Así cantaba Lisardo
A los umbrales de Fenix,
Que, cansada de escucharle,
Como quien se agravia, duerme.
Rogáronle otros zagales
Que el cantar en vano deje;
Y él de la ingrata pastora
Se despidió de esta suerte:
Ser reina de la aldea
Quieres, zagala,

Pues ve que en ser altiva
No logras nada.
Ser rey de las flores
El girasol quiso,
Y al sol adulando
Encumbrose altivo;
Mas ya ves, que ha sido
Su intencion frustrada:
Así que en ser altiva
No logras nada.
La rosa al contrario,
Que en un botoncillo
De espinas cercada
Amaba el retiro;
Es quien reina ha sido
Del campo nombrada:
Así que en ser altiva
No logras nada.

IDILIOS.

I.

El Clavel.

La madre universal de lo criado,
Que con diversas y pintadas flores
De la alma primavera en mil colores
Adorna el verde manto, que ha bañado
Céfiro en mil olores;
Ya alzando al cielo frescas azucenas
Nacidas al albor de la mañana;

Ya vistiendo á los troncos pompa ufana
De frescas hojas, y de frutas llenas
De rosicler y grana;
En mi huerto produjo el mas hermoso
Pundonor del jardin, el presumido
Galan de toda flor, astro florido,
En quien se excede el año presuntuoso,
El clavel encendido.
Sus edades se pasan de hora en hora;
Corto vivir le destinó la suerte,
Y solo un sol solemnizarle advierte
En risa el alba, en lágrimas la aurora
Su nacimiento y muerte.
Señuelo sea de tu amante lado,
Ó bello airon de tu galan sombrero,
Por primicia del año placentero,
Y de un alma, que á tí te ha consagrado
Su efecto lisonjero.
Lógrese en tu beldad esclarecida:
Y pues del año fue pimpollo tierno,
Ni le dañe el calor, ni helado invierno,
Y á tu lado consiga eterna vida
En un abril eterno.

II.

La ausencia.

Mírote en noche del helado invierno,
Botos tus cuernos, luna amortiguada;
Y entre negros celajes ofuscada,
Muestras falto de luz el rostro tierno,
De Febo desdeñada.

Tal yo, mezquina, entre una niebla oscura
Quedo al desden que el ánimo me hiela
Sin luz ni gala; mi cariño vuela,
Mísero, solo, y pobre de ventura,
Y sin tu centinela.
Solo á tí he descubierto mis amores,
Solo á tí he dado cuenta de mi vida,
Como á la secretaria mas querida
Que el cielo pudo darme en sus favores,
De que ando despedida.
Que si acaso el cruël cuya memoria
Siempre en mi alma vivirá guardada,
Llegáre aquí á sazon que declarada
Esté ya por la muerte la victoria
De mi vida cansada;
Cuéntale con dolor mi amarga nueva:
Y por corona de mi triste suerte
Dirás ¡ay Dios! que en este paso fuerte
Muy mas su ausencia el ánima me lleva,
Que el brazo de la muerte.

III.

Los Celos.

Tú, ruiseñor dulcísimo, cantando
Entre las ramas de esmeraldas bellas,
Ensordeces la selva con querellas,
Tu gravísimo daño lamentando
Al cielo y las estrellas.
Pesados vientos lleven tu gemido
En las cuevas de amor bien aceptado,
Y con pecho en tus penas lastimado

Bien es responda al canto dolorido
De tu picuelo arpado.
¿Quién te persigue? ¿Quién te aflije tanto?
Si acaso es del amor la tiranía,
Consuelaté con la desdicha mía,
Que, advirtiendo tu mísero quebranto,
Busco tu compañía.
No me desprecies cuando te acompaño
Pensando que en dolor me aventajáras;
Pues si mis desventuras vieras claras,
Y al fin te persuadieras de mi daño,
Quizá el tuyo aliviáras.
¡Triste de mí! que en páramo apartado,
Siendo alimento á pena tan esquiva,
Hallé muerte de celos, que derriba
El edificio amante que hube alzado
Sobre agua fugitiva.

IV.

Duracion de su amor.

Plátanos frescos de esta verde falda,
Sombríos sauces, cedros de olor llenos,
Que os holgais con los céfiros serenos,
Y enguirnaldais con cercos de esmeralda
Los prados siempre amenos;
Vos, en quien floreció la primavera,
Y alzais al cielo vuestra frente grata,
Dando ornamento á la luciente plata
De los raudales de esta fiel ribera,
Y veis como os retrata;
Ya que esfuerza mi amor crezca en el suelo,

Crezca, pues lo grabé en vuestra corteza,
Crezca mi amor, mi nombre y mi firmeza,
Mientras os diere su favor el cielo,
Ornándoos de belleza.
Siete años hace ya que en mi alma exenta
Con imperio unos ojos han reinado;
Y otros siete en mis venas he guardado
El fuego, el dulce fuego que alimenta
Mi pecho enamorado.
Miro mil veces su beldad sin tasa:
No porque aumente, no, mi pasion pura;
Que una vez y otra vista su hermosura,
Eternamente el corazon abrasa,
Y el fuego mortal dura.
Llama que eterna duracion alcanza,
Y al vivir del espíritu se extiende,
Ni el horror del sepulcro la comprende,
Ni del tiempo la rígida mudanza
La marchita ni ofende.

V.

Delirios de la desconfianza.

Osé y temí; y en este desvarío
Por la alta frente de un escollo pardo
Del precipicio, donde no me guardo,
Sigo la senda, preso el albedrío,
Con pie dudoso y tardo.
Nuevo ardor me arrebata el pensamiento;
Discurro por el yermo con pie errante:
La actividad de un fuego penetrante,

Ni la inquietud que en mi interior yo siento
Huyen de mí un instante.
Por el hondo distrito y dilatado
Del corazon en fuego enardecido
Se esplayó el gran raudal de mi gemido,
Y la dulce memoria de mi amado
Hundió en eterno olvido.
Soy ruinas toda, y toda soy destrozos,
Escándalo funesto y escarmiento
A los tristes amantes, que sin tiento
Levantaron de lágrimas sus gozos,
Gozos de inútil viento.
Los que en la primavera de sus dias
Temieren el desden de sus amores,
Envidien el teson de mis dolores,
Y fuego aprendan de las ansias mias
Los finos amadores.

VI.

La agitacion.

¡Ay! cómo ya la alegre primavera,
A su felice estado reducida,
Torna á las plantas nuevo aliento y vida,
Esmaltando de flores su ribera,
Que antes se vió aterida.
Suelta el raudal su risa armoniösa;
Y canta el ruiseñor con trino doble;
De púrpura se viste el clavel noble,
Y enlaza al olmo con la vid hermosa
Y con la yedra al roble.
¡Qué de veces me vió rosada aurora,

Mustia y débil la flor de mi hermosura,
Reclinada del monte en la espesura,
Y en vela inquieta me encontró á deshora
Llorando mi ventura!

Cae del cielo la noche tenebrosa;
Cubren sus alas negras todo el suelo:
Mi dolor se acrecienta y desconsuelo,
Y paz el blando sueño da engañosa
A mi triste recelo:

Que despierto asustada; y mi cuidado
Me lleva á yerma orilla de ancho rio:
Vuelvo en vano á dormir, y desconfio
De poder encontrar puente ni vado
Al triste curso mio.

¡Triste de mí, que sigo temerosa
La luz escasa de funesto fuego,
Que el poder de mis ojos deja ciego;
Y émula de la incauta mariposa,
A su volcan me entrego!

VII.

El desfallecimiento.

Delicioso verjel, fuente risueña;
Espumoso raudal que al prado esmalta,
Y de la peña que miró mas alta
Al cóncavo enyedrado de otra peña
Lleno de aljofar salta:

En este soto un tiempo entretenido
La flor mi breve pie pisó contento:
Ví aquí mas verde juncia, allí mas viento,

Acá hallé fresco, allá un balcon florido,
De mi delicia asiento:
Pues ya del sol la luz que al mundo alegra
Huye á mis ojos que aman el retiro;
Y ciega del humor con que suspiro,
Y triste y sola entre una nube negra
La fiera parca miro;
Cielos, ¿á cuál deidad tengo agraviada,
Que en medio de mi dulce primavera
En tan nuevo rigor quiere que muera,
Y que antes de gozarla, parca airada
Corte mi flor primera?
Del seno oscuro de la tierra helada
Llamarme con delgadas voces siento:
Tristes sombras cruzar ví por el viento,
Y que me llaman todas de pasada
Con lamentable acento.
No me aterra la muerte; ni rehuso
El dejar de vivir de edad florida,
Ni he esquivado la muerte tan temida,
Que amaneció con un vivir confuso
De mi cuidado asida.
Siento haber de dejar deshabitado
Cuerpo que amante espíritu ha ceñido,
Y yermo un corazon que tuyo ha sido,
Donde todo el amor reinó hospedado,
Y su imperio ha extendido.
No el morir siento ¡ay Dios! siento el dejarte:
¿Qué mayor muerte quieres que perderte?
Si me era paraiso y gloria el verte
¿Qué gozaré, dejando de gozarte,
Sino perpétua muerte?

POESIAS JOCOSAS.

EPÍGRAMAS.

I.

Luisa adrede me mojó,
Y yo comencé á enojarme;
Mas ella por aplacarme,
Cual quise me acarició:
No le debió de pesar
Del despique, á lo que entiendo,
Pues siempre me anda diciendo:
Pepe, ¿te vuelvo á mojar?

II.

Blas vió andar á los umbrales
De su puerta á Dorotea;
Y con labios de grajea
Dijo: mi bien, ¿dónde sales?
Y ella, con boca de mieles,
Le dijo: ¿á qué vienes, Blas?
Y no se dijeron mas
Este par de mirabeles.

III.

De toda la vida mia
Los agüeros mas siniestros,

Fueron el tener maestros
De quien el buen gusto huía.
Y si bien de ellos me rio,
Si yo llego á tener fama,
Vereis como alguno exclama
¿Ese? es discípulo mio.

IV.

Juana me dió una pisada,
Y yo juzgué que era acaso:
Dióme otra no tan paso,
Tampoco la dije nada.
Íbame á dar la tercera,
Y la dije: tente, Juana,
Que si yo tuviera gana
Bastaba con la primera.

V.

Con sombrero de á tres picos
Iba un charro de mi tierra
Llamando al son de cencerra
De un arrabal los borricos;
Y mientras tres que lo vieron
Rieron de ver tal paso,
Los burros no haciendo caso
Tras el buen hombre se fueron.

VI.

Hablando de cierta historia

A un necio se preguntó:
¿Te acuerdas tú? y respondió:
Esperen que haga memoria.
Mi Inés, viendo su idiotismo,
Dijo risueña al momento:
Haz tambien entendimiento,
Que te costará lo mismo.

VII.

Mostróme Beatriz su lecho
Con colcha azul, fleco y randa,
Y yo viéndola tan blanda
Dije para mí: esto es hecho.
Luego á parte me llamó
Y dijo junto á un baul:
¿Ves, Pepe, esta colcha azul?
Pues seis duros me costó.

VIII.

Dorotea se sentó
Cerca de Tais cortesana,
Y viéndola tan liviana,
De ella con gran prisa huyó.
Díjola Tais: Dorotea,
No huyas con presteza tal,
Que no se pega mi mal
Si no es á quien lo desea.

LETRILLAS.

I.

Yo que nada bueno
En el mundo toco,
Hácia mi taberna
Me voy poco á poco.
Vaya el otro chibo
Tras la cauta dama,
Confiese que la ama
Cual nadie expresivo,
Ya muerto, ya vivo,
Ya cuerdo, ya loco,
Que yo á mi taberna
Me voy poco á poco.
Váyase á embarcar
Corsario avariento,
Y sufra el violento
Combate del mar,
Muerto por sacar
Plata al Orinoco,
Que yo á mi taberna
Me voy poco á poco.
Váyase el Señor
Casero y lampiño
A pasear su niño
Por el corredor,
Y con babador
A limpiarle el moco,
Que yo á mi taberna
Me voy poco á poco.

Váyase á la armada
El feroz guerrero,
Maneje el mortero
Cual yo la empegada:
Diga que á su espada
Todo el orbe es poco,
Que yo á mi taberna
Me voy poco á poco.
Vaya otro imprudente
A sondear la vieja,
Que vírgen no deja
Que astuta no tiente:
De niñas serpiente,
De niños el coco,
Que yo á mi taberna
Me voy poco á poco.

II.

Faltando yo, es cierto
Que habré nombradía,
¡Qué gran bobería,
Despues de yo muerto!
Diz que mi gran musa
Heróica me llama
Con póstuma fama,
Sin tener excusa;
Vanidad intrusa
Del vulgo inexperto:
¡Qué gran bobería,
Despues de yo muerto!
A hacer de las mias

Dicen que me aplique,
Que casa edifique,
Torre y galerías,
Sin ver que mis dias
No han instante cierto:
¡Qué gran bobería,
Despues de yo muerto!

Diz que si yo falto
(Mi Dios me perdone)
Harán se empadrone
Mi nombre tan alto
Que llegue de un salto
Al polo mas yerto:
¡Qué gran bobería,
Despues de yo muerto.

Diz que otra Artemisa
Hará un Mauseolo,
Al funeral solo
De mi hora precisa;
Y morir de risa
Yo tengo por cierto:
¡Qué gran bobería,
Despues de yo muerto!

Diz que mi retrato
(¡Qué cosa tan mona!)
Grabará Carmona
Con su buril grato;
De frente á zapato
De laurel cubierto,
¡Qué gran bobería,
Despues de yo muerto!

III.

Si yo cuando á otros muerdo
Mordido me hallo,
Es que no hay hombre cuerdo
Si monta á caballo.
Si un varon mirado
Sube al magistrado,
Y hace cual magnate
Mas de un disparate,
No es mucho su fallo,
Que no hay hombre cuerdo
Si monta á caballo.
Si un viejo en visita
Con Doña Pepita,
En dime y direte,
Hielo hecho, arremete,
No hay por qué extrañallo
Que no hay hombre cuerdo
Si monta á caballo.
Si un docto por grado,
En su aula sentado,
Pensando que explica,
Mas y mas se implica;
Callar y aguantallo,
Que no hay hombre cuerdo
Si monta á caballo.
Un novel cadete,
Pensando es ginete
Mas que Gerifalte,
No es mucho que salte

Y brinque cual gallo,
Que no hay hombre cuerdo
Si monta á caballo.
Si á un ruin miserable
Inés se hace afable
Cuando allá lo coge;
Que él la bolsa afloje
Por hecho contallo,
Que no hay hombre cuerdo
Si monta á caballo.
Si un cuerdo estadista
Cae en ser coplista,
Y enfada en sus versos
A cien universos;
No hay mas que dejallo,
Que no hay hombre cuerdo
Si monta á caballo.

IV.

Diz que un caballero,
Dicho don Dinero,
Pierde y atropella
La niña mas bella
De mas pundonor:
Madre, la mi madre,
¡Qué triste dolor!
Él diz que minora,
Y aun de virtud dora
El crímen mas grave,
Y al recto juez sabe
Quebrar el rigor:

Madre, la mi madre,
¡Qué triste dolor!
Él diz que al anciano
En jóven lozano
Lo vuelve y trabuca,
Y á su edad caduca
Da inútil verdor:
Madre, la mi madre,
¡Qué triste dolor!
Él al mas ocioso,
Mas vil y vicioso
Colma de favores,
Y aun dá de señores
Un perpétuo honor:
Madre, la mi madre,
¡Qué triste dolor!
Él á un tonto ha dado
El premio colmado,
Que hubo merecido
Un sabio entendido,
Pobre y sin favor:
Madre, la mi madre,
¡Qué triste dolor!
Él en la opulenta
Mesa en que se sienta
Todo hace que sobre,
Arrojando al pobre
Del hambre al rigor:
Madre, la mi madre,
¡Qué triste dolor!
Diz que pretendido,
Ó ya conseguido,

Es de ayes cercado,
Y siempre en cuidado
Tiene al poseedor:
Madre, la mi madre,
¡Qué triste dolor!

V.

Al que por sola aprension
De que perdió su mozuela,
U otra cualquier bagatela
De aqueste mundo bribon,
Se le llena el corazon
De mortal melancolía,
Le cayó la lotería.
Al militar que impaciente
De lograr algun honor,
Se presenta con valor
Del enemigo á la frente,
Donde le coge en caliente
Un tiro de artillería,
Le cayó la lotería.
Al que por tener sospecha
De si está ó no resfriado,
Llama al doctor de contado,
Quien, juzgando que aprovecha,
Le manda sangrar y le echa
En la sepultura fria,
Le cayó la lotería.
Al que buscó á su entender
Por novia una muger casta,
Y siendo él de buena pasta

Y ella de buen parecer,
La que le hizo novio ayer
Le hace novillo este dia,
Le cayó la lotería.
Al joven que sin saber
Que cosa lujuria fuera,
Por sola la vez primera
Que visitó á una muger,
Ve el triste que ha menester
Entrar en Santa María,
Le cayó la lotería.

V I.

¿Ves aquel señor graduado
Roja borla, blanco guante,
Que nemine discrepante
Fue en Salamanca aprobado?
Pues con su borla, su grado,
Cátedra, renta y dinero,
Es un grande majadero.
¿Ves servido un Señoron
De pages en real carroza,
Que un rico título goza
Porque acertó á ser varon?
Pues con su casa, blason,
Título, coche y cochero,
Es un grande majadero.
¿Ves al gefe blasonando
Que tiene el cuero cosido
De heridas que ha recibido
Allá en Flandes batallando?

Pues con su escuadron, su mando
Su honor, heridas y acero,
Es un grande majadero.
¿Ves aquel paternidad
Tan grave y tan reverendo,
Que en prior le está eligiendo
Toda su comunidad?
Pues con su gran dignidad,
Tan serio, ancho y tan entero,
Es un grande majadero.
¿Ves al juez con fiera cara
En su tribunal sentado,
Condenando al desdichado
Reo que en sus manos para?
Pues con sus ministros, vara,
Audiencia y juicio severo,
Es un grande majadero.
¿Ves al que esta satirilla
Escribe con tal denuedo,
Que no cede ni á Quevedo,
Ni á otro ninguno en Castilla?
Pues con su vena, letrilla,
Pluma, papel y tintero,
Es mucho mas majadero.

VII.

En eso de que por tema
De no ceder á ninguno,
Sin esperar premio alguno,
Me ponga con mucha flema
A escribir un gran poema,

Como el pobreton del Taso;
Paso.

Mas en que por diversion
Se suelte mi tarabilla
En cantar una letrilla,
Donde saque á colacion
Tanto esposo chibaton
Como á cada paso encuentro,
Entro.

Que yo cual camaleon
Esté á un gran Sofí adulando,
Mil sobarbadas pasando
Por lograr mi pretension,
Cautivo de la ambicion,
De sueño y de gusto escaso:
Paso.

Mas en que mis gustos ame
Donde halle fortuna cierta,
Y cuando mas me divierta
Ningun cuidado me llame;
Pues buey suelto bien se lame
Por defuera y por de dentro,
Entro.

Que quieran que á una funcion
Vaya yo en diciembre helado
A beber de convidado
Aguas de agraz y limon,
Que dejen mi corazon
Tan helado como el vaso,
Paso.

Pero en que con mi vecino
Y otros amigos, de broma,

Sentado en un corro coma
Buenas lonjas de tocino,
Y un gran pellejo de vino
Haya por copa en el centro,
Entro.

En que vestido de gala
Dance yo serio un amable,
Sin que toque y sin que hable
A las damas de la sala,
Pues me echarán noramala
Si á algo de esto me propaso,
Paso.

Mas en el ir á enredar
A los bailes de candil,
Donde pueda yo entre mil
Con las chicas retozar,
Y apagar la luz, y andar
A esta cojo, la otra encuentro,
Entro.

POESÍAS
DE DON JUAN PABLO FORNER.

SÁTIRA

contra los vicios introducidos en la poesía castellana.

FRAGMENTOS.

Este era mi deseo, ser muy sabio,
Llevar mi fama al contrapuesto polo,
Hacer colgar los hombres de mi labio,
  Robar el plectro al inflamado Apolo,
Y lograr el renombre de poeta,
Mas brillante que el polvo del Pactólo.
  ¿A qué Tiron la adulacion no inquieta,
De la futura gloria premio vano,
Que al obstinado estudio le sujeta?
  La noche apenas al desvelo humano
Brindaba con su paz, y á los mortales
Dulce apartaba del trabajo insano;
  Negado al blando sueño, los umbrales
Del aposento lóbrego me hallaban,
Do puesto dí á mil nombres inmortales.
  Los senos de la tierra descansaban
En un silencio universal sumidos,
Que ni los blandos céfiros turbaban,
  Y yo, en doctas vigilias consumidos
Los momentos de paz, hasta la aurora
Dilataba el trabajo á mis sentidos.
  Atónito tal vez con la sonora
Trompa del que no tiene patria cierta,

Me inflamé entre la lumbre que atesora.
Hallábala tal vez en la encubierta,
Si grave, usurpacion del Mantuano,
Que al gentil imitar abrió la puerta.
Docto Catúlo, Horacio sobrehumano,
Y el que el Ponto humanó con su blandura,
Mas dulce cuanto al bien menos cercano,
Al solícito ingenio, donde apura
Su conato el saber, mas llana hacian
La del Parnaso inaccesible altura.
Las obras al deseo respondian:
Que aunque medroso, emulacion y gloria
La pluma entre los dedos me ponian.
¿Y logré, por ventura, meritoria
Hacer solicitud tan desvelada,
Por mas que guie á la inmortal memoria?
En números la voz aprisionada
Me lleva á la prision de la miseria,
Si mi razon no acude apresurada:
Que, cierta ya del gusto de su Hesperia,
Me abdicó de la suerte de mi genio,
Dando á mi estudio interesal materia.
En vano fia en el favor Cilenio
La heredada pobreza hallar socorro
Que avive el fuego en el ardiente ingenio.
Apláudese lo escrito, por el corro
Resuena la alabanza; mas ninguno
Cubre el aplauso con dorado forro:
Y el mísero poeta, poco ayuno
Del viento del aplauso, lo va acaso
Del sustento á sus fuerzas oportuno.
No fue jurisperito Garcilaso,

Y oprimiérale el hambre, si en sus gentes
No hallára patrimonio, ó fuera escaso.

. . . .

No el cielo á muchos el fervor inspira
Que hace divino al vate, y se descubre
A cada paso quien en sí le admira.
Cual suele sacudir el fresco octubre
La lluvia de las hojas que desprende,
Y dellas los desnudos campos cubre,
Que si corre enojado el viento, y hiende
La esfera clara, á oscurecerla llega
La innumerable suma que desciende:
No menos abundante el orbe anega
La poética turba que le oprime,
Que á todo trance su furor despliega.
Este canta su amor, aquel le gime,
Trabajos al Estado convenientes
Con que se aumente su poder y anime.
Tal se calza coturnos eminentes,
Que ofrecen un bufon al gran concurso,
Consejero de Reyes muy prudentes.
¿Pues qué el que trueca á su escritura el curso,
Y del soberbio zueco se apodera
Para mostrar la pompa en el discurso?
Allí es ver como esgrime y acelera
Su lengua en la oracion régia y altiva
La airada magestad de una ramera.
O! tú, cualquiera á quien benigna priva
La suerte del calor que nos endiosa,
Cuando la mente su agudeza aviva;
Si envidias un furor que no reposa,
Y eres tan infeliz que le deseas,

Porque en aplauso universal rebosa;
  Antes forzado á pretender te veas
Con mérito y sin sombra en la gran corte,
Donde viven con hambre las tareas:
  Do el prepotente empeño es fijo norte
Que lleva al puerto, á que seguro aspira
Quien sabe cuanto el adular importe:
  Donde aunque insta en el trabajo, y mira
Al bien comun el rústico estudioso,
Al fin con canas y hambre se retira.
  Primero, doctamente perezoso,
Por no saber ganar un grave paje,
Arcaduz del esclavo poderoso,
  Sufras llorando el inhumano ultraje
De ver á tus estudios preferido
Un charlatan, que adula con buen traje:
  Antes logres renombre de sufrido
En este triste género de afrenta,
Bien por el gran Cervantes conocido,
  Que hacer número intentes en la cuenta
Del bando que en forjar versos malditos
Su edad consume, y su saber ostenta.
  Hiciera Dios no fuesen infinitos;
Pero el arte de Apolo es insolente,
Y produce mas vanos que peritos.
  ¿ Dió crédito al aplauso indiferente
Del oficioso vulgo un don Faustino,
Que le busca ó le pide ansiosamente?
  Basta así: ya su espíritu es divino,
Sus versos lo serán, y aun su lucerna
Ya á la divinidad se abre camino.
  No fué la de Cleántes mas eterna,

Bien ya en el Pesianacto esclareciese
La ley que al hombre en el vivir gobierna.
Versos ha de escribir, mal que nos pese,
Y mal que pese al arte, no habrá caso
En que su voz no acuda y se atraviese.
¿De algun señor la esposa pare acaso,
Como acostumbran todas, al noveno?
Al punto sale nuestro Mevio al paso,
Y muy colmado de entusiasmo, y lleno
De sibilino ardor nos pronostica
Que el niño tiene traza de ser bueno:
Las glorias venideras le publica,
Y si el niño se escapa al otro mundo,
Al fin valió la adulacion que aplica.
¡O negra musa, de saber inmundo,
Que va á hacer, por medrar, sus cumplimientos
A las obras de un útero fecundo!
Pero ¿súplenlo, al fin, los pensamientos?
No allí eleccion, no rigoroso juicio
Que castigue los vanos ornamentos.
Crece en los versos lujurioso el vicio,
Cual la pompa en la vid de fruto escasa,
Y pródiga del verde desperdicio:
Y aun si fuera excelente, aunque sin tasa,
La sufriera el varon contentadizo,
Que llanamente por lo bueno pasa..........
. . . .
Sé que nunca un poeta he conocido,
(Y he conocido muchos) que no entienda
De sí ser el mas docto y entendido,
Y así salen los frutos de la hacienda,
Que adulándole el grito de la fama,

Hacer procura que su nombre extienda.
  Escribe mucho, y cuanto escribe ama:
Publícalo sin tiento, y á la envidia
Luego achaca las críticas que llama.
  Lidia con fieras quien con hombres lidia
Que se tienen por fértiles, mostrando
Su frente los desiertos de Numidia.
  Vocean todos, que el dichoso bando
De aquellos á quien ama el docto Númen,
Se deja apenas ver de cuando en cuando:
  Y todos entretanto se presumen
Destinados al bando venturoso,
Probándolo las resmas que consumen.
  Proscríbales un verso poco airoso
Por lánguido, vacío, tardo ó duro,
El amigo censor dulce y juicioso:
  Primero sobre sí llame el conjuro
De un vengativo á su venganza atento,
Que el ceño claro del poeta oscuro.
  Le hará ver que es el Pindo su aposento,
Y en él juntas las musas elocüentes
Le inspiran grave y sonoro acento.
  Alegará que oyeron sus sirvientes
El reprendido verso, y le admiraron.
¡Jueces de gran razon, é indiferentes!
  Que dos profundas damas le aprobaron
Doctas en el francés y en geometría,
Y que cuatro peinados ya inventaron:
  Que un abate, gran hombre en geografía,
Le alabó la pureza castellana,
Citándole un francés que así escribia.
  Razon completa, que la suya allana,

En tiempos que el dialecto de Toledo
Se estudia en la leyenda galicana.
¿A qué pobre censor no pondrán miedo
Testimonios tan graves y excelentes?
Cruzaráse los labios con el dedo.............
. . . .
¿Por qué ofenderá tanto á los extraños,
Que el arte ignoran del exacto Lope,
Nuestra traza en los cómicos engaños?
¿Tan gran pecado es que vea en Jope
Embarcarse una reina el circunstante,
Y luego, luego en Tetuän la tope?
«Señor, que no ha pasado un solo instante,
En el arte son siglos bien contados.
»Horacio lo reprueba. *Es ignorante.*
»¡O vos, gran Calderon! si mis cansados
»Discursos no tomais acaso á enojo,
»Pues son tanto los vuestros venerados,
»Responded: si en el arte el grande arrojo
»De escribir sin concierto se mantiene
»¿Ese arte en qué se funda? *En el antojo.*
»Lacónica respuesta, y que conviene
»Bien con la autoridad de la persona
»Que asegurada ya su opinion tiene.
»Mas la naturaleza, que pregona
»Sus leyes inviolables, quejaráse,
»Si á su verdad la ejecucion no abona.
Quien tal pronuncia sin comer se pase.
»¡O oráculo sagrado! yo dijera,
»(Sufrid que á replicaros me propase)
»Que en vez de escribir mal, otro eligiera
»Término á su vivir, pues que el sustento

»No está solo en el fin desa carrera.
El vulgo ha de tener divertimiento:
Es necio, y neciamente se divierte.
»Diviértase en buen hora: es justo intento:
»Pero no ayude yo, cuando pervierte
»La opinion de la patria, á pervertilla,
»Si excede un tanto á la vulgar mi suerte.
»Fuera de que, si es necia la cuadrilla
»De la plebe infeliz, del sabio el cargo
»Es afear el error que la mancilla:
»No el dar por dulce lo que en sí es amargo,
»Ni aumentar al doliente la dolencia
»Con indulgente ó con infiel descargo.
»Pero ¡o cuanta es del vulgo la paciencia!
»Cuando con tanta ve que á su ignorancia
»Se atribuye la cómica impudencia.
»Aquel que no distingue la distancia
»Que hay del arte al capricho, solo aprueba
»Lo que no hace al deleite repugnancia:
»En lo agradable se embelesa y ceba:
»Para él este es el arte, otros ignora:
»Aplaudirá á Terencio si le eleva,
»Y arrojará á Carcino con sonora
»Salva de agudo silbo, si del templo
»No ve salir el héroe que colora.
»Quizá mas de lo justo me destemplo
»En replicaros ya, pero en la Grecia
»Me está llamando el memorable ejemplo:
»En cuyos espectáculos la necia
»Turba, de quien acá sin luz bastante
»Se cree que el arte y la razon desprecia,
»Desde que de la máscara el semblante

»Eschîlo hizo mejor, y heroicamente
»La acompañó de espíritu elegante,
»Acostumbrada al arte, é insolente
»La oreja con el juicio de su ciencia,
»Mofó lo escrito mal é impertinente.
»Tal vez suele ser útil la insolencia,
»Y contra los poetas necesaria,
»Y aun así se ve en ellos resistencia.
»España, en producir extraordinaria,
»Dió tragedias con arte un tiempo á Roma,
»Y es hoy si ella las tiene opinion varia.
»En la invencion sin repugnancia doma
»Al resto de la tierra. ¿Por qué injusta
»Tanta amplitud en disponer se toma?
»¿Por qué ¡o gran Calderon! á la robusta
»Locucion, y al primor del artificio
»No unió sus leyes la prudencia justa?
»La diestra plebe, como en propio oficio,
»A atender lo excelente acostumbrada,
»Notára luego y repugnára el vicio.
»De este modo fué Grecia amaestrada,
»Y fuéralo mi España tambien de este,
»Si pluguiera á una musa venerada..........
. . . .
»Tales, tales perjuicios padeciendo
»Está ¡o buen Calderon! por vuestro antojo
»La nacion que burlásteis escribiendo:
»Y táles sufrirá con el sonrojo
»De tocar su dolencia incorregible,
»Mientras que el sol se nos descubra rojo,
»Si el Autor á quien todo le es posible
»No alguno nos envia que desmiembre

»Portentoso este daño irresistible.''

Paso, sús, que no estamos en diciembre,
Ni su celo es romano, ni él mi esclavo,
Para que impune las injurias siembre.
Si es justo el celo, su designio alabo;
Mas expresar con desvergüenza el celo,
Por qué ha de hacerse, de entender no acabo:
¿Querrá el don delicado que al desvelo
Del poético ardor se una la flema
Que el arte induce, comprimiendo el vuelo?
Pues sepa el ignorante que se extrema,
Dando en el vicio opuesto como tonto,
Que nunca tiene el medio en su poema.
Cuando yo ardiente en mi hipogrifo monto,
Y le hago ir en parejas con el viento,
Aunque pez sin escama, vivo y pronto,
¿Privaré al auditorio del contento,
De ver cual se despeña una doncella,
Por dar á toda la arte cumplimiento?
¿Y en dónde hay arte como ver aquella
Belleza ir de peñascos en peñascos
Rodando, sin que el golpe la haga mella?
¿Vestir las lagartijas de damascos,
Y que ocupen el monstruo cristalino
De ochenta naves los pintados cascos?
Desengáñese, y crea que el camino
De acertar á agradar, es el que enseña
Enredo no creible y peregrino.
La imitacion de la verdad no empeña,
Ni es muestra de agudeza en tiempo, cuando
La verdad, por inútil, se desdeña.
La antigüedad me opone, levantando

Sus obras , y hay defectos garrafales ,
No menos en Aquíles que en Orlando.
¿Por qué, como aquel duerme en sus reales
Casi hasta el fin , y en su quietud porfia ,
Sin que le duelan los argivos males ,
No hará Moreto que la tropa pia
De los siete en un punto pase y duerma
Doscientos años en la gruta fria?
Sufrirdse en Homero hallar enferma
Una deidad , y deshonesta á Juno ,
Dejando la ara de su Samos yerma ,
Tramar dolos á Júpiter , y en uno
Yacer con él hasta dormirle , en tanto
Que cumple sus propósitos Neptuno ;
¿ Y en mí será delito que en el manto
De una frágil mortal esconda el vicio ,
Que él descubrió en los inmortales tanto?
Reforme , pues , ó recupere el juicio ,
Y entienda que en el arte del agrado
El rigor siempre sufre sacrificio.
Triunfe , pues , el antojo: al adorado
Teólogo teatral yo respondiera ,
Si á mí hubiera su arenga encaminado.......
. . . .
Préstame sus vestiglos el Erébo :
Y por no dar su nombre á cada cosa ,
Será toda metáfora mi cebo.
Tus mejillas ¡ o Silvia ! serán rosa ,
Y rosa que arda sobre helada nieve ,
Formando amor union tan prodigiosa.
Si lloras , cantaré que el cielo llueve
Perlas de sus luceros celestiales ,

Que el fuego de mi fe consume y bebe.
  Si te peinas, diré que los raudales
De tu castaño golfo surcan bellas
De un eburneo bajel puntas iguales.
  Embozarán tus párpados estrellas:
Que aunque no tienen niñas, y es constante
Que excede al deste globo el bulto dellas,
  Diez mil leguas de luz clara y brillante
Bien caben en tu frente peregrina,
Que aun del orbe solar ser puede atlante.
  ¿Te ries, Silvia? Pues á fe que inclina
A mas de seis bellezas veteranas
Habla que tan de veras desatina.
  Bien sé que tú á escucharla no te allanas,
Ni tampoco por ella trocarias
La que articulan hoy bocas livianas:
  Que si se han de aprobar habladurías,
A adulteradas frases no sutiles
Prefieres puras sutilezas mias.
  Pero unas y otras en tu juicio viles
Comparecen, y nace, segun creo,
De que son tus espíritus viriles.
  Jamas tú consentiste que un deseo
Torpe en sí, con los números disfrace
El fin á que encamina su rodeo.
  Traslada al verso su malicia, y hace
Que se lea mas vivo en el afeite
Lo que en sí aun sin ornato satisface.
  Añade incitamentos al deleite,
Que ya incita por sí: vela, y se esmera
En guarnecer el fuego con aceite.
  La arte en tanto inocente, de sincera,

Casta y grave matrona es convertida
En infame ó adultera ramera:
  Con docta obscenidad prostituida,
Sabiamente lasciva, y de mil modos
Armando lazos á la honesta vida..............
. . . .
  Adopten una vez esos desvelos
La persuasion de la verdad, ó alaben
La gloria militar y sus anhelos:
  Vibren endecasílabos que acaben
Con el lujo servil que nos corrompe,
Y con los vicios sus contiendas traben.
  De un lado á la casada, que interrompe
La quietud del esposo por las galas,
Que á toda costa desperdicia y rompe:
  De otro acometa á las soberbias alas
De la suelta doncella, que se entona
Porque empina el cabello á empireas salas:
  De Andrómaca dirás que es la persona,
Si enmitrada la miras por la frente,
Cuando el monte de gasas la corona.
  Con prohijado pelo hace eminente,
Tal vez sobre una calva venerable,
El greñudo edificio impertinente.
  Quien debe al cielo inspiracion afable,
Oyendo los vocablos de la moda,
(Diccionario ó risible ó execrable)
  ¿A cantar sus sandeces se acomoda,
Sin que el mímico lujo le conmueva,
Que ocupa á la nacion un tiempo goda?
  Ea, que no : : : mas sí; que nunca ceba
Su colmilluda sima, aun cuando hambriento

El lobo en otro que su especie lleva.
  Si las ropas, los rizos y el ungüento
Me ofrecen un poeta femenino,
En quien el sexo de hombre está violento,
  ¿Cuál será de sus versos el destino,
Sino el deleite impuro, el que profano
Dilata á la lascivia el vil camino?
  ¡O entendimiento, entendimiento humano!
¿Para esto el gran vigor te es concedido
Que al Criador inmortal te hace cercano?....
. . . .
  Fábula griega en español engaste:
Si esto solo del vulgo me retira,
Daráme Ovidio el material que baste:
  Que si lo que no entiende mas admira
La ignorancia, antiquísimos dislates
Sé yo, que por saberlos no suspira.
  ¡O tú! si no mi Pílades, mi Acátes,
Ya con constancia Belorofontéa
La diva amistad sube sus quilates.
  No por su bella Andrómeda rodea
Sobre el elado bruto de Medusa
El Semidios á la serpiente fea
  Con tanto ardor, como encendido excusa
Mi pecho tus defectos Aragnéos,
Si bien discordia de su poma usa.
  Dios me libre, mi amigo de rodeos
Tan rancios, cuando hubiere de decirte
Que tu fe no responde á mis deseos.
  Esto, mas que obligar fuera inducirte
A huir de mí cien leguas asombrado,
Cual de hombre que intentase maldecirte.

Tal procuro yo hacerlo, cuando hinchado
Me acomete el que culto grecizante
Vive en su misma patria desterrado:
  Que el que sobrellevar pueda un pedante,
Que, por hablar latino corrompido,
Abandona en su idioma lo elegante,
  Bien merece renombre de sufrido,
Y sufrirá á un señor de nueva estofa,
A excelsa dignidad recien subido.
  Tal vez se encuentra quien la causa mofa
Deste decir, y á Góngora desprecia,
Porque en él sin recelo filosófa.
  Quien juzga así con equidad no aprecia:
Porque ¿qué culpa tiene un yerro sabio,
De que le imite la caterva necia?
  ¡O rebaño servil! ¿Por qué en mi labio
No sufres la elocuencia de Cratino,
Libre y pronta á cualquiera desagravio?
  Si autoriza algun grave desatino
El nombre de un varon, á quien la fama
Venera en sus aciertos por divino;
  El siervo imitador, ciego á la llama
Que luce en el acierto, torpemente
Remeda solo el vicio que le infama:
  Y esto si acaso imita, porque hay gente
De quien se dice con loor que imita,
Cuando roba y usurpa abiertamente.
  No contrahace la piedra el que la quita
De otro anillo y al suyo la traslada,
Porque á distinto cerco la remita.............
. . . .
  ¡Sarna de ser autor! si se apodera

Tu prurito de un seso de alcornoque
¿Qué novedad de su invencion se espera?
  No leerá original que no provoque
Su furia de escribir, ni obra aplaudida
Á cuya imitacion no se desboque.
  ¿Prestó naturaleza con debida
Templanza la viveza al gran Quevedo,
Que al satírico equívoco convida?
  La alabanza comun llamó el remedo
De la turba, y cundió el perverso estilo
En tanto grado cual decir no puedo.
  Lo que era gloria en el jocoso filo
De la picante sátira, ó en juego,
Que á argumento vulgar debe su hilo,
  Con furor indecible pasó luego
Al teatro, á la lira: hasta las aras
Oyeron en equívocos el ruego.
  Amor, celos, contentos, prendas claras,
Loores á un vil juguete encomendados,
Con cuantas cosas en el mundo hay caras,
  Pusieron en tinieblas los sagrados
Nombres que al Tajo, al Turia, al Manzanares
Cantaron sus dulcísimos cuidados.
  Derribó la ignorancia los altares
De la simple belléza, que esparcia
En triste soledad tristes pesares:
  Y en tanto que en el tráfago se oía
Del tumulto civil la voz hinchada
De una turba infeliz que se aplaudia,
  La belleza á los bosques desterrada,
Cual sombra errante en solitaria selva,
Gritaba su infortunio lastimada...............

ODA

Á Don Pedro Estala.

Damon, ya su carrera
Dilata Febo, y en alegres dias
Al campo halaga su esplendor risueño:
El encojido ceño
Huyó del tardo hielo en las sombrías
Regiones del Trion, do persevera
El lento paso del nevado enero,
Y avaro el sol se niega á su emisfero.
Claveles derramando,
Y alhelíes y rosas en distinta
Copia el mayo gentil por el oriente
Con sonrosada frente
Y mano docta que los prados pinta,
Festivo ya y ufano vá asomando:
Risueño escapa el arroyuelo al rio,
Y susurra frondoso el bosque umbrío.
Ya la cítara anima
Batilo, y á su voz en vago vuelo
Mil avecillas, corren que traviesas
Saltando en las espesas
Ramas, le siguen dulces: brota el suelo
Mullida grama en abundancia opima,
Donde sentado el simple pastorcillo
Canta las penas de su amor sencillo.
Al soplo impetuöso
Del soberbio aquilon no brama hinchado
Ni azota el mar de Cádiz su alto muro:
Ya con timon seguro

La riqueza de oriente en leño osado
Cruza sin miedo el piélago espumoso,
Y restituye el gozo á su semblante
El avaro temor del mercadante.
  Rie naturaleza
Con floreciente vida en cuanto abraza
El ancho cerco de su esfera pura.
De su varia hermosura,
Cuando pace ó festivo se solaza,
Goza del bruto la feliz rudeza:
Goza dichosa el ambar de sus flores
Y el ardiente matiz de sus colores.
  Goza el reir sonoro
Del bullicioso céfiro, y derrama
La vista por el diáfano horizonte.
Allá le ofrece el monte
Poblada cumbre, que á la roja llama
Del sol brilla bordada en grana y oro;
Y el líquido cristal que entre sus peñas
Mana y baja saltando por las breñas:
  Acá en verde llanura
Solitaria floresta, cuya pompa
Mancha de sombras el luciente suelo.
Allí mora del cielo
La soberana paz, sin que interrompa
Su celestial sosiego la amargura
Con que afanado en turbulencia impía
Se aflije el ciudadano noche y dia.
  ¡Qué ingrato con los dones,
Damon, del cielo, á sus recreos puros
Trueca el mortal el gozo de sus vicios!
Livianos desperdicios

De su malicia son, vanos ó impuros
Cuantos, preso entre míseras pasiones,
Gusta placeres el enjambre urbano
Consigo mismo y con su bien tirano.
La luz del nuevo dia
Le llama, no á mirar del alba hermosa
La rosada venida por oriente.
La sombra al occidente
Su manto encoje y huye presurosa,
Y las obras de Dios con gallardía
Van ostentando su esplendor diverso
En la vaga region del universo.
De ellas no cuidadoso
Corre á engolfarse en inquietudes locas
A que le instiga el interes malvado.
En tropel obstinado
Suenan las calles, como en altas rocas
Sordo murmura el ábrego rabioso:
Y aguijada del ansia turba inquieta
Se derrama al afan que la sujeta.
Al templo turbulento
De Themis parte acude; infeliz parte
Que el fraude anima ó el error desnuda;
Con máscara de duda
La discordia feroz allí reparte
Mortífera ponzoña en largo aliento,
Y luchan por el hálito inhumano
Padre con hijo, hermano con hermano:
Parte al palacio vuela,
Y el agudo temor vuela con ellos
Compañero molesto de sus gustos:
Celos, envidias, sustos

Abrigan anchos los salones bellos,
Y la ambicion asida á la cautela
Monstruos cria de hipócritas semblantes
Abatidos á un tiempo y arrogantes.
Síguelos á la mesa
Despues de tal delicia, y de la gula
Verás hazañas en voraz estrago:
Como en espeso lago
Cadáveres el vientre en sí acumula,
Donde es del gusto acreditada empresa
Rendir el juicio en bacanal beleño
Y cercenar la vida en largo sueño.
Al ocaso declina
La luz, y de ella solo en cristal breve
Usa torpe casada en ocio vano:
El adorno liviano
Del largo dia la carrera embebe:
Adultéra la tez, el talle afina
Para que inspire en las sobrantes horas
La mentida beldad ansias traidoras.
¿Qué debe á las ciudades,
Damon, la alta virtud? ¿Qué la inocencia?
¿Qué el honesto candor de limpios pechos?
Debajo de sus techos
Fraudulenta ó pomposa la insolencia
Hierve pródigamente en vanidades,
Y con ellas se goza cual su pena
Templa el cautivo al son de su cadena.
Huye del cautiverio,
Y entrega al desahogo deleitoso
Del vario campo la oprimida mente:
En él nada se miente:

Si te agrada la pompa, en el frondoso
Bosque te abisma, y del divino imperio
Adorarás la natural grandeza,
Sin que á miedo te obligue ni á vileza.
  Si las delicias amas
De espectáculo bello, con deleites
Te brinda el prado de verdad hermosa:
La violeta, la rosa,
No brillan, no, con pérfidos afeites.
No liba, no, de sus lucientes ramas
Sucios barnices la dorada abeja,
Ni miente fresca edad la planta vieja.
  Allí nunca oprimido
De la envidia serás, porque te es dado
Crecer la gloria de tu patria un dia.
No en bárbara, no en fria
Lisonja el don celeste profanado
De orgulloso desden dure ofendido:
El cielo escuche tu sonora lira
Que él conoce el valor de lo que inspira.

SONETOS.

I.

Ya silba el viento en la nevada cumbre,
Y al soplo impetuöso la cabaña
Vacila del zagal, que en fragil caña
Con paja entretejió flaca techumbre;
  Y Bato el mayoral sin pesadumbre,
Aunque su grey del aquilon la saña

Siente y perece, con paciencia extraña
Huelga al calor de regalada lumbre.
El mísero zagal humedecido
De helada nieve, por salvar se afana
La grey no suya en el pelado ejido.
Zagal, reposa: tu fatiga es vana;
Su hacienda el mayoral tiene en olvido,
Y ni á acordarse de tu afan se humana.

II.

Despierta, Elpin; y guarda que al hambriento
Lobo no sirve, no, tu grey de pasto:
Tú roncas, y el zagal hace su gasto
Devorando tus reses ciento á ciento.
De rotas pieles número crüento
Luego te entrega el desalmado Ergasto;
Y el daño apoca, aunque en ejido vasto
Pace escaso ganado y macilento.
Despierta Elpin: y en las calladas horas
Cuando sin luna las estrellas lucen
Observa, espía á tus zagales fieles:
Verás como desuellan con traídoras
Manos tu grey, y pérfidos reducen
Tu hacienda toda á ensangrentadas pieles.

III.

Esporo, ese poder, esa grandeza
Con que el hado burlon te engolosina,
Si añagazas no son á tu rüina,
Serán castigo á la mortal vileza.

Tú encenagado en súbita riqueza
Te huelgas torpe en su engañosa ruina:
¿A tanto el cielo tu idiotez empina?
Ó la nuestra peligra, ó tu cabeza.
No es Dios injusto, no: jamas consiente
Gloria al malvado; ni elevado empleo
Sin causa al necio permitir le plugo.
Tu grandeza es patíbulo eminente:
Si á su cima no subes como reo,
Subes ¡mira qué honor! como verdugo.

IV.

¡Ves, Lauso, desalado un vulgo impío
Correr furioso á la batalla horrenda,
Desnudo, hambriento, y sin que el alma venda
A esperanzas del propio poderío?
¿Ves tolerar del fatigado estío
La ardiente lumbre al recoger la ofrenda
De las espigas con audaz contienda
Tostada plebe en mísero atavío?
¿Ves arados los mares al arrojo
De duras almas, que salvar presumen
Vida y tesoro en frágiles maderos?
Pues si no lo has, mi Lauso, por enojo,
Tanto afan, tantas vidas se consumen
Para que engorden fatuos altaneros.

EPÍGRAMAS.

I.

Que siempre lastime y hiera
Mi estilo en prosa y en verso
Culpas, Lupo; mas, espera:
Si tu no fueras perverso,
Dí, ¿satírico yo fuera?
Hablar bien de tu codicia,
Disolucion y malicia,
Fuera calumnia mortal:
Hablar mal del que obra mal,
Lupo, es hacerle justicia.

II.

Cuatro horas gasta en peinarse
La graciosísima Inés,
En ataviarse tres,
Y cuatro en beber y hartarse.
Nadie la culpe en rigor
De su odioso proceder,
Lo que ella tiene que hacer
De noche se hace mejor.

III.

En casa, en palacio, en calles,
Cual sombra tuya ¡o Seyano!
Te sigue y te adula Hircano

Para que á mano le halles:
¿Te fatiga? No batalles
Sobre qué medio darás
Para no verle jamas:
Deja, Seyano, tu puesto;
De él te librarás bien presto,
Y de tí nos librarás.

IV.

A un Agonizante, autor de una obra muy enferma.

Cuando de formar trataste
Libro tan lángido y triste,
A un tiempo le concebiste,
Paulino, y le agonizaste.
Pudo no impreso vivir;
Mas luego que á luz salió
Todo el mundo conoció
Que le ayudaste á morir.

V.

Era Inés de Gil querida,
Y ella le dió una manzana,
En lo exterior bella y sana,
En lo interior muy podrida.
Partióla, y dijo: Inés, dí,
Desengáñame por Dios,
Si nos casamos los dos
¿Te tengo de hallar así?

VI.

No dudo, Gil, que eres sabio,
Y que en tu cabeza hueca
Se hospeda una biblioteca,
Y un calepino en tu labio.
De confesarlo no huyo;
Pero aquesos lucimientos
Son de otros entendimientos:
Sepamos cual es el tuyo.

VII.

Contra los semi eruditos
Sátiras hace Cleon,
Gastando en la reprension
Trescientos versos malditos.
Cuanto es pródiga ademas
Su caridad, ved aquí:
Deja de curarse á sí,
Por curar á los demas.

VIII.

Murió Espurco el avariento,
Y aun en la muerte mezquino
A un ruinísimo sobrino
Dejó el tesoro opulento.
La muerte misma quedó
Vencida en ardid tan raro:
Pudo extinguir el avaro,
Pero la avaricia no.

NOTICIA DE DON JUAN PABLO FORNER.

Nació en la ciudad de Mérida, provincia de Extremadura, en 17 de febrero de 1756. Fueron sus padres don Francisco Forner y Segarra, natural de Vinaroz, en el reino de Valencia; y doña Manuela Piquer, sobrina del célebre don Andres Piquer. Su docto padre cuidó con esmero de su primera educacion, y puso desde luego en las manos del hijo libros escogidos para ilustrar su entendimiento y formar su buen gusto en la literatura. En Madrid estudió la lengua latina y los elementos de la elocuencia y poesía, bajo la enseñanza de D. Francisco Torrecilla. Trasladado á Salamanca se dedicó en su universidad al estudio de la filosofía y de la jurisprudencia, de la lengua griega, y á la lectura de sus autores clasicos. Allí trató amistosamente á don José Cadalso, de cuyas lecciones en poesía y humanidades se aprovechó, como Melendez é Iglesias. Concluyó su carrera en Toledo, en cuya universidad recibió los grados en derecho civil. Vino entonces á Madrid, y en 1783 se examinó é incorporó en el colegio de abogados de esta corte; y á poco tiempo le nombró el excelentísimo señor conde de Altamira por abogado é historiador de su casa. Aprovechándose de la selecta librería de su tio don Andres Piquer, vivió retirado y obscurecido en la corte. Dióse á conocer luego por su crítica á las fábulas de Iriarte, publicando la de *el Asno erudito*, y por la sátira contra los vicios introducidos en la poesía castellana. que premió la Academia española en 1782 Publicó luego los *Discursos filosóficos sobre el hombre*, la *Oracion*

apologética por la España y su mérito literario, la *Carta de don Antonio Varas contra la Riada* de Trigueros, varios folletos críticos sobre el periódico titulado *Censor* que se publicaba entonces, las reflexiones de Tomé Cecial contra la leccion crítica de Huerta, el suplemento al artículo *Trigueros* contra la *Biblioteca de los mejores escritores del reinado de Cárlos III*, que publicaba don Juan Sempere y Guarinos; escribió las observaciones sobre la historia general del abate Borrego, y otras obrillas por encargo del ministerio: *Modo de escribir la Historia de España*, &c. Por el concepto que se granjeó en el buen desempeño de estos encargos se le nombró fiscal de la audiencia de Sevilla en el año de 1790: allí casó con doña María del Cármen Carasa, de quien tuvo dos hijos; y allí, estudiando y admirando á los buenos poetas sevillanos Herrera, Rioja, &c. mejoró su estilo y su gusto poético. Trató con los jóvenes mas instruidos y los dirigió por el camino de las letras. En Sevilla escribió *Preservativo contra el ateismo; La corneja sin plumas; Nuevas consideraciones sobre la tortura*; y otras obras. En 1796 fue nombrado fiscal del consejo de Castilla, donde empezó á promover asuntos de utilidad general; pero en 17 de marzo de 1797 falleció á los 41 años, y se enterró en Santa Cruz. Su notorio mérito literario se hallaba acompañado de las prendas mas apreciables en un magistrado, como lo manifestó en la fiscalía del crímen de la audiencia de Sevilla, que sirvió por espacio de 6 años; en varias comisiones de la mayor confianza, y en el breve tiempo que sirvió la fiscalía del Consejo.

POESÍAS

DE DON NICASIO CIENFUEGOS.

ODA

A NICE.

En ocasion de haberla oido cantar una despedida á duo *en una funcion particular.*

Tente, tente, cruël. ¿Así te alejas,
Tirsis ingrato, de tu Nice amada?
Así, cerrando el insensible oido
A sus ardientes dolorosas quejas,
Huyes, y en afliccion desesperada
La abandonas? ¿Será que fementido
Anegues en dolores
Un alma que te dió tantos amores?
En vano escudas tu infeliz dureza
Con el destino que á partir te obliga:
Amor, y solo amor; no hay mas destino
Para quien supo amar. Si la riqueza,
Si la sed ambiciosa te fatiga,
Si gloriosa te llama á su camino
La ensangrentada guerra;
Parte y siembra de llanto la ancha tierra.
Que Nice ¡ay triste! á su dolor rendida,
Sola en el mundo, en congojoso llanto

Tirsis, mi Tirsis, clamará do quiera,
Y no será de Tirsis respondida.
¡Ay duro Tirsis! ¿Dónde estás? en tanto
Que buscas anhelante esa quimera
Que la ambicion te inspira,
Nice te nombra, y por tu amor espira.
Morirá, morirá, si es que resiste
Tu ingrato pecho al doloroso acento
Con que te llama á su amoroso lado.
¡Con qué vehemencia te recuerda triste
El tiempo en que tu solo pensamiento
Era tu Nice! ¡Tiempo afortunado
De paz y de alegría!
¡Bello por siempre cuando amor queria!
¡Cuán elocuente su semblante mudo
Te pinta su dolor! Su hinchado pecho
Hierve, y hondos suspiros exhalando
Ata su voz con invencible nudo.
Su planta tiembla; en lágrimas deshecho
Su demudado rostro va buscando
En el tuyo su suerte.
¡Ay! tu separacion será su muerte.
Apiádate, cruël: ¿ves cuál te tiende
Las tiernas palmas, y tu cuello enlaza,
Y te estrecha en su pecho enamorado?
¿Y mas y mas en su pasion se enciende,
Y otra vez torna, y á su Tirsi abraza,
Diciéndole en acento desmayado
Su lengua lastimera,
«Que te abrace otra vez, y luego muera?»
Le deja, y clava en el piadoso cielo
La turbia vista ya desencajada,

Y clava su afliccion. No hay en la tierra
Quien pueda mitigar su desconsuelo:
No hay mas que un Tirsi, que ahora abandonada
La va á dejar. Cuanto anchuroso encierra
El orbe de hermosura
Es para Nice luto y amargura.
¿Qué haces, Tirsi? deten, tu labio triste
No pronuncie jamas la voz temida
De la separacion; que es voz de muerte
Para el sensible amor... ¿Cruël? ¿qué hiciste?
¿Ya resonó en tu lengua aborrecida
El inhumano *á Dios*, que á nunca verte
Condena á la infelice?
¿Que el postrimero á Dios lanzaste á Nice?
Vuelve, Nice: no irá. Ya su partida
Desecha con horror... En vano, en vano
La intento recobrar: pálida, helada,
Del sudor de la muerte acometida,
El sepulcro la espera... ¡Insano, insano!
¿Dó se pierde mi mente enagenada?
El telon ha caido...
Tirsi, Nice, volved: ¿dónde habeis ido?
¡Y fue todo ilusion! ¡Y el sentimiento
Que mi agitado pecho acongojaba
Fue sombra y nada mas! No: es verdadera
La Nice que cantó; cierto el tormento
Que su sensible corazon probaba
En el terrible *á Dios*: ni ¿quién pudiera
Con un mentido canto
Mandar al alma la afliccion y el llanto?
Amable Nice, tierna, generosa,
Que con el fuego que en tu pecho ardia

Abrasaste las almas que te vieron,
¡Cuánto tesoro de virtud hermosa
En tu llanto y dolor se descubria!
Los santos cielos sobre tí quisieron
De un corazon humano
La ternura verter con larga mano.
¡Vive, Nice, feliz, vive dichosa
A par de los deseos de un amigo
Que ama tu corazon! Y madre tierna,
Hija obediente, enamorada esposa,
Que de tu sombra al maternal abrigo
Crezcan tus hijos, conservando eterna
Adentro en su alma pura
La virtud de su madre en su ternura.

Traduccion de la oda de Horacio, 5.ª del lib. 3.º que empieza: Coelo tonantem, &c.

Alzase Jove, y á su augusta planta
Truena el olimpo retemblante. ¡El cielo
Es el trono del Dios! Pronuncia Augusto,
Y á Britania y á Persia, omnipotente
En el imperio encierra.
¡César, César es Dios sobre la tierra!
¿Osó de Craso el criminal soldado
La hacha encender á un bárbaro himeneo?
Y... ¡o patria! ¡o corrupcion! ¿pudo el romano
Encanecer de un suegro en las cadenas,
Postrándose ante el solio
De un rey Medo, á la faz del capitolio?
¿Qué fue su toga, su renombre y templos?

Tú lo previste, o Régulo, que hollando
Pactos infames, ante el ara augusta
De la posteridad sacrificaste
Con virtud despiadada
La juventud romana cautivada.
¡Yo lo ví, yo lo ví, dijo, enclavados
En los púnicos templos los pendones
E incruëntas espadas que el guerrero
Arrancar se dejó! ¡Yo ví en las libres
Espaldas, entre lazos,
Los ciudadanos retorcidos brazos!
Ví ya patentes las herradas puertas
De los contrarios, y en triunfante gozo
Romper su arado los tranquilos surcos:
Los surcos ¡ay! de nuestra gloria llenos,
Que en mas felices horas
Taláron nuestras armas vencedoras.
¿Será que el oro de su vil rescate
Haga mas fuerte al campeon esclavo?
Le hará mas vil y engendrador de infames:
Que nunca, tinta, su color nativo
La lana ha recobrado,
Ni su virtud el pecho amancillado.
Cuando luche la cierva, desprendida
De la nudosa red, será brioso
El militar que al pérfido enemigo
Confió su salud. ¿En nuevas lides
Podrá temblar Cartago
Su vencimiento y funeral estrago
De los brazos que en hierros ponderosos
El miedo de morir ató cobarde?
Buscando vida sin saber do estaba,

A paz forzaron el combate. ¡O mengua!
¡O gran Cartago, alzada
Sobre el baldon de Italia destrozada!
  Dijo: y del beso de su casta esposa
Huyó, cual siervo, y de sus tiernos hijos:
Y, en torvo ceño, el varonil semblante
Fijó en la tierra en tanto que afirmaba
Al dudoso senado
En su consejo atroz nunca imitado.
  Parte veloz á su destierro ilustre
Entre el llorar de la amistad, que lejos
Ve los tormentos que el sayon le guarda.
Él no tiembla y los ve: marcha, y en torno
Rompe su brazo fuerte
El pueblo que mediaba entre su muerte:
  Bien cual si huyendo la estruendosa Roma
Y el cargoso velar en la fortuna
De sus clientes, á rendir marchase
A la rústica paz amables cultos
De calma y de contento
En los campos hibleos de Tarento.

A la paz entre España y Francia en 1795.

¿Qué fogoso volcan amenazando
Hierve en mi corazon, que en paz dormía
Bien como en el abismo hondi-tronante
Del Etna cuando brama, y humeando
Va á romper? Tente, tente, fantasía:
¿Do me arrastras? Perdona; mi sonante
Cítara suspendí; mi labio mudo

Para siempre olvidó la voz del canto.
Y ¿cómo he de cantar entre el espanto
Con que Marte sañudo
En rencorosa guerra
Muda en sepulcro la anchurosa tierra?
¡O Pirineo! ¡o campos de Gerona!
¡Espectáculo atroz! ¡oh! ¿Quién me aleja
De esta escena cruël de sangre y lloro
Do el fratricidio la discordía abona;
Donde es muerte el honor? ¡Ay! cuál refleja
El acero infeliz los rayos de oro
Del sol vivificante! ¡Cuál rechina
El carro horrible do el cañon sentado
Va de viudez y de horfandad preñado!
¡Cuánto llanto y ruïna
Y sepulcro está abriendo
Del trémulo tambor el ronco estruendo!
Tened, cruëles. ¿Contra quién esgrime
El duro hierro la insensata mano?
¿Dó esta la humanidad, el don divino
Que en nuestras almas al nacer imprime
La natura? ¡Perezca el inhumano
Que el feroz ministerio de asesino
El primero ejerció! Que el hondo averno
Trague hasta el nombre del que alzó malvado
Altares al valor ensangrentado,
Y de laurel eterno
Ciñendo su cabeza,
Dijo: sea virtud la impia dureza.
Hirió su voz de Jerjes el oido,
Que el escudo batiendo con la lanza,
La guerra ordena al hijo del oriente.

En la ilusion de su altivez dormido,
Sueña que el universo á su pujanza
Ya inclina con temor la esclava frente.
Marcha, triunfa; de Esparta en los leones
Da, cia, los rodea, caen rugiendo:
Y su rugír Temístocles oyendo,
Mueve al mar sus pendones,
Y allí, la diestra alzada,
Tumba de toda el Asia fue su espada.
¿Huyes, o Jerjes? ¿Tan opímo fruto
Te valió tu venganza lisonjera?
¿Huyes? ¿A dónde huirás? Ya se adelanta
A recibirte en doloroso luto
Asia; y *¿qué fue mi juventud guerrera?*
Te pregunta. *Mis campos, do levanta*
El abrojo su frente ignominiosa,
Piden los brazos donde en paz amiga
Su sien posaba la materna espiga.
La amante lagrimosa
Busca á su amor, no le halla,
Que, polvo yerto, para siempre calla.
¡Hijo adorado, en mi vejez odiosa
Unico puerto de mi ingrata suerte!
Desamor, soledad, ¿esta es la herencia
Que me vuelven de tí? Noche afrentosa
De mi himeneo, en que el amor fue muerte,
Jamás seas!.... exclama en la vehemencia
De su hondo pesar la anciana madre:
Mientras la viuda en lágrimas deshecha,
Los huerfanitos en su seno estrecha;
Y, la mente en su padre,
Mil futuros temores

Flechan su corazon con mil dolores.
Tú me arrancaste con tu infanda guerra
Mi laboriosa paz y mis amores
Entregándome al hambre y las maldades.
Y ¡o cuanta sangre en mi domada tierra
Por tí veo correr! Por tus furores
Vuela entre victoriosas mortandades
Contra mí el Macedón, y me saquea,
Y á su muerte.. ¡qué horror! ¡ay! vuelve, impío,
Vuelve mis hijos al regazo mio;
Mis hijos de Platea:
Cruel, torna al momento,
Tórname mi virtud y mi contento.
El Asia dijo; y aun su voz ahora
Desde el horror de sus desiertos clama
Por su sangre inocente. Oid, hispanos:
La madre España á sus lamentos llora,
Y con su ejemplo á la concordia os llama.
¿Será que vuestros pechos inhumanos
Resistan á su voz, que religiosa
Repite sin cesar que no hay ventura
Sin virtud, ni virtud sin la ternura
Y la union amistosa,
Adonde en ara santa
Feliz beneficencia se levanta?
¡Falte la tierra al que á su mismo hermano
Persiga en su enemigo! Uncid los bueyes,
¡O vírgenes del campo lagrimosas!
Que vuelve su Señor. Con diestra mano,
Pues amor dictará sus dulces leyes,
Tejed guirnaldas de azucena y rosas.
Madres sensibles, vuestro amargo llanto

Truéquese ya en placer y regocijos,
Que ya á sus lares vuestros tiernos hijos
Tornan: sí, que el espanto
Va á cesar de la guerra,
Y en mieses de oro se ornará la tierra.
Júbilo, salvacion! ¡o cual se inunda
Mi espíritu en placer! ¿Oís que clama
Paz, paz el Pirineo ensangrentado?
Dad oliva á mi sien. ¿Quién la circunda
Con sus hojas? La trompa de la fama
Toda es paz, y á su son llora abrazado
Del galo el español, y maldiciendo
De la guerra y sus bárbaros horrores,
En amistad convierten sus rencores.
Los oye, y brama huyendo
La discordia sangrienta,
Y en la oscura Albion su trono asienta.
¿Do estais, pastores, que el silencio amado
De los montes dejasteis al ardiente
Estruendo del cañon? Volved tranquilos
A sus antiguos reinos el ganado;
Señoread las selvas do inocente
A las plácidas sombras de los tilos
El amor sus misterios os confia.
Desechad el temor: del alto cielo
Yo lo ví, yo lo ví, que en raudo vuelo
Alma paz descendia
De espigas coronada,
De genios y de musas rodeada.
Saludadla, cantad, hijos de Apolo.
¡Salve, decidla, madre bienhechora!
Del linage mortal, cándida hermana

De la santa virtud! ¡De polo á polo
Rija un dia tu mano vencedora!
¡Salve mil veces, y á la gente humana
No abandones jamás! ¡Pueda contigo
Comenzar el imperio afortunado
De la fraternidad, en que el malvado
Es el solo enemigo,
Y la tierra piadosa
Una sola familia virtuosa!

La Primavera.

Rosas, naced; que á la mansion del Toro
De nativo placer y amores llena,
Se acerca el sol, de triunfos coronada
Cual noble vencedor la frente de oro.
Quebrantó victorioso la cadena
En que gimió la tierra avasallada
Del númen invernal. Las altas cumbres
Do estéril nieve Capricornio lanza,
Se estremecen de Febo á la pujanza,
Que en crujientes heladas pesadumbres
Los montes derrocando
Va de su altiva eternidad triunfando.
Ábrego silbador, cierzo bramante,
Lóbregos partos del sañudo invierno,
Huid do vuestro padre silencioso
De su alcázar de hielo resonante
Os llama en Espizberg. Huid, que tierno
Vuelve al campo del céfiro el reposo
El padre de la luz. La primavera
Nació, y el coro de los mansos vientos

Sopla suäve, y abre á sus alientos
Su seno el campo, y rie la pradera,
Y en umbrosos frescores
Brota la selva el sueño y los amores.
Oís? ¿quién parte con veloz huida
Ante la nube, que con marcha lenta
Por la aérea region se va tendiendo?
Es Fabonio, que á Céres la venida
Anuncia de la plácida opulenta
Lluvia sutil. Sus rayos escondiendo
Eclipsado va el sol: y á veces ama
El desplegar, la nube traspasando,
Los que antes encubrió, lejos dorando,
La nevosa altivez de Guadarrama,
Que los valles nublados
Alegra con sus iris variados.
¡Cuál, suspendida por el vago viento,
Flota la nube de esperanzas llena
Que las alondras revolantes miden,
Clamando, *lluvia*, en incesable acento!
Cae? Mi frente mojó, y el rio suena
Formando un orbe, y otros, que despiden
Otros mas ensanchados, que rodean
Otros que inmensos en la orilla mueren.
¡Cuan regalados los oidos hieren
Los alisos que trémulos menean
Sus hojas, do jugando
El agua de una en otra va saltando!
Desciende al gremio de la madre Flora
Que á sus hijas, de perlas coronando
Su ya débil prision, hinche de vida.
¡O cuántas rosas la primer aurora

En verde cuna mirará asomando
Con tímida inocencia la encogida
Y vergonzosa faz! Venid, aladas
Hijas del viento, atravesad ligeras
Las llanuras del mar, que placenteras
Os llaman ya las sombras sosegadas
Que abril embalsamado
Tiende risueño sobre el verde prado.
  Venid, que Flora á vuestro amor ofrece
Su hibléo don, y Céres espigosa
Por vuestra descendencia ya afanada
En misteriosa paz granando crece.
¡O salve, salve, fuentecilla hermosa
De adormida corriente! Desmayada
Tal vez diciembre al Guadarrama frio
Te encadenó: benigna primavera
Rompe tus grillos; corre, y la pradera
Florezca en tu correr, y el bosque umbrío
Redoble en tus cristales
La pompa de sus ramas inmortales.
  Corre dichosa, y tu feliz corriente
Oiga nacer el trébol delicado
Y verde juncia entre la humilde grama.
Tu benéfico humor, la árida frente
Cubra aquel risco, y brille hermoseado
Con musgoso verdor. Mas ¿quién derrama
Por la ancha vega en profusion fragante
El balsámico olor que así enagena?
O coronilla! en la mojada arena
De tu dorada flor eterno amante,
Quiero á su sombra fria
Posar la sien hasta que espire el dia.

Do quier repara maternal natura
La anuäl destruccion, y la esperanza
Y paz renueva, y el placer y vida.
Y entre tanto, ¡infelíz! ¿Cuál amargura
Prueba mi corazon entre la holganza
Y risa universal? ¡O enardecida
Voz! ¡o cantar del ruiseñor doliente
Que, amor, amor, en el silencio triste
Clama del bosque! En vano se resiste
El alma á su impresion: mi rostro siente
De los ojos saltando
Mis lágrimas ardientes ir bajando.
Amor, Amor, la tierra, el firmamento,
Todo anuncia tu ley. Do quier envío
Los mustios ojos, de tu antorcha ardiente
Me cerca el resplandor; do quier tu acento
Me hiere, y veo que hasta el polo frio
La inspiracion de tu deidad resiente.
Su indestructible hielo por tu mando
Se enternece, flaquea, y derretido
Despeñándose cae: tiembla oprimido
Con su mole el océano, y bramando,
Tus cultos misteriosos
Lejos proclama entre ecos montañosos.
Los oye el Leviatan, inmensurable
Levantando la frente entre el helado
Coloso que sobre él vasto se tiende.
Amor le habló; cesó su formidable
Ferocidad: su pecho enamorado
Suspira débil y en amor se enciende.
Ve á su amante y accorre, y atrevido
En el profundo mar se alza fogoso,

Y con placer terrible y estruendoso,
Cual Osa sobre el Pélion suspendido,
Cumpliendo ¡o amor! tus leyes,
Al imperio glacial da nuevos Reyes.
En tanto el Atlas el feroz rugido
Repite del leon, que centellante,
Desordenada la gentil melena,
Por las selvas se agita al encendido
Volcan que le devora. Él que arrogante
En otros dias por la ardiente arena
Paseaba feliz su calma fiera,
Ora esclavo, sin paz, rinde impotente
Al yugo del placer la indócil frente;
Y á par de su rugiente compañera
Con formidable agrado
Adora á su pesar al dios alado.
¡Vivificante amor! ¡hijo dichoso
Del alma primavera! en tus altares
Humea sin cesar de noche y dia
El agradable incienso que amoroso
Te ofrece todo ser. Do quier mirares
Las caricias verás y el alegría
Con que buscando sempiterna vida
En su posteridad, hace que estable
Subsista lo que fué. Yo, no culpable,
Yo solo, en juventud ¡ay me! perdida,
Entre tanto contento
Mi soledad y desamor lamento.
¿Y por siempre, sin fin, estéril llama
En mi pecho arderá? ¿nunca una amante
Dará empleo feliz á la ternura
De un triste corazon á quien inflama,

Todo el dios del amor, que ni un instante
Vivirá sin amar? ¿Do está ¡o natura!
Tu ley primaveral? en vano, en vano
De un nuevo abril renacerá florido
Un amor y otro amor; ¡ay! sometido
De la pobreza á la imperiosa mano,
Nunca oiré delicioso,
Nunca me oiré llamar padre ni esposo.
Cruel disparidad, tú monstruosa
Divinizando la opulencia hinchada
Sobre la humillacion del indigente,
Sumergiste la tierra lagrimosa
En desórden y horror. Por tí cercada
De riqueza y maldad, alzó la frente
La insaciable codicia, que sangrienta
Llamó suyo el placer y la esperanza
Que la natura por comun holganza
Dió á los humanos. Al sudor y afrenta
El bueno es condenado
Porque nade en deleites el malvado.
El Sibarita, en languidez ociosa
Voluptuösamente adormecido,
Sin poder desear, los brazos tiende
Y bebe sin cesar en la engañosa
Copa de los placeres el olvido
De la razon; y bebe, y mas se enciende
En la implacable sed, y mas corrompe.
Los favores maternos usurpando
De la naturaleza, el lazo blando
Que le une al infeliz, sangriento rompe,
Y su virtud apena,
Y á estériles deseos le condena.

¡O Helvecia, o region donde natura
Para todos igual, rie gozosa
Con sus hijos tranquilos y contentos!
De la rígida nieve en la fragura
Allí tiene su templo candorosa
La paz inmemorial. Ledos acentos
Suenan en derredor del que forzando
Los campos con la reja reluciente,
Con el sudor de su encorvada frente
La frugal opulencia va comprando,
Y esperanzas mayores,
Y en larga ancianidad largos amores.
De su cuna le rie el himeneo,
Y entre honesto placer tierno le guia
A la beldad, que en la vecina choza
Es de sus padres perenal recreo.
La misma selva que sus juegos via
En la hermosa niñez, luego se goza
Con los suspiros de su edad amante;
Y en su preciosa union las sombras presta
Para las danzas de tan dulce fiesta:
Sombras do su vejez ya vacilante
Cargada de memorias,
Vendrá á buscar los dias de sus glorias.
¡Bienhadado pais! ¡o! ¿quién me diera
A tus cumbres volar? Rustiquecido
Con mano indiestra de robustas ramas
Una humilde cabaña entretejiera;
Y ante el vecino labrador rendido
Le dijera: «si justo no desamas
»La voz de la desgracia virtuösa,
»Oye á un hombre de bien, que las ciudades

»Huyendo cual abrigo de maldades,
»Busca en esta aspereza montañosa
»La paz y la ventura
»Con que le brinda maternal natura.
»Si amaste alguna vez, por los placeres
»De tu primer amor, benigno oido
»Te merezca. En el culto misterioso
»Quiero iniciarme de la rubia Céres,
»Y tú me iniciarás. Yo, sometido
»Para siempre á tu voz, no perezoso
»Rehusaré el afan. Ó sople frio
»El cierzo nevador, ó el rayo ardiente
»Lance el sol estival, siempre obediente
»Me verás que incansable al buey tardío
»Sigo en la marcha lenta,
»La mano de labrar tal vez sangrienta.»
Sí: mi rústico dios me enseñaría
La ley del labrador; y yo rendido
En tanto á la beldad de una pastora,
Hija suya tal vez, ¡con qué alegría
Oyera mi leccion! presto, instruido
En mandar á los campos, mi señora
Premiára mis fatigas con su mano,
Y una eterna ventura deliciosa.
¡Cuál amaría á mi inocente esposa!
Esposa, esposa, en mi querer insano
Clamaria do quiera,
Y el eco mis amores repitiera.
¡O cuántas veces mi querido dueño
De nuestro amor el fruto sustentando
A mis surcos viniera, y blandamente
El tierno hijito entre la paz del sueño

Ofreciera á mi vista, provocando
Mi beso paternal! su calma frente
Besaria bañándola en mi llanto,
Y á su madre despues con tiernos lazos
Estrechára mil veces en mis brazos:
Y la besára en inefable encanto,
Y otra vez la abrazára,
Y mas que nunca mi labor amára.
Contando mi vivir por mis amores,
De ellos cercado y de mi dulce esposa,
Cuando anunciase abril la primavera
Alegre cantaria sus loores:
Y en la cabaña que hospedó oficiosa
Mi pasado dolor, yo les dijera
El antiguo pesar que al patrio suelo
Me forzó á renunciar; la cruda guerra
Que mueve á la virtud la impía tierra;
Cual de los Alpes quebrantando el hielo
Vine; y como infelice
La informe choza con las ramas hice.
Ah! que al oirme con llorar doliente
Bendecirán la rústica pobreza
De su amable virtud, y á mi estrechados
Me amarán mas y mas, y mas ardiente
Crecerá en su cariño mi terneza,
Y.... ¿Por qué me engañais, sueños amados
De la imaginacion? ¿dónde perdido
Me llevan ¡o virtud! tus ilusiones?
No, jamas de mis Alpes las ficciones
Realizadas veré; no: desquerido,
Sin hijos, sin esposa;
Jamas será mi primavera hermosa.

El Otoño.

¡O, salve, salve, soledad querida,
Do en los halagos del abril hermoso
Vine á cantar en medio á los amores
Mi eterno desamor! ¡Salve, o florida,
O calma vega! A tu feliz reposo
Torno otra vez, y entre tus nuevas flores
Enjugando el sudor que á Sirio ardiente
Pagó en tributo lánguida mi frente,
Veré al otoño levantarse ufano
Sobre la árida tumba del verano.
  Sí, le veré; que la balanza justa,
Las sombras y la luz igual partiendo,
En sus frescos palacios aprisiona
Voluble al sol, que de su sien augusta
La diadema inflamada desciñendo,
De rayos mas benignos se corona.
Otoño, clama de su carro de oro;
Y otoño al punto, entre el favonio coro
Que agosto adormeció, la faz alzando,
El florido frescor vuela soplando.
  A su dulce volar ¡cuál reverdece
La tierra enriqueciendo su ancho manto
De opulento verdor! La tuberosa
Del albo cáliz en su honor florece,
Y la piramidal, y tú ¡o amaranto!
De mas largo vivir. Tu flor pomposa
Que adornaba de mayo los amores,
Hoy halla frutos donde vió las flores;
Oyó quejarse al ruiseñor primero,

Y ya recibe su cantar postrero.
Tú le viste brillante y florecido
A este rico peral que hora agobiado
Del largo enjambre de su prole hermosa
La frente inclina. Céfiro atrevido
De una poma tal vez enamorado
Bate rápido el ala sonorosa,
Y la besa, y la deja, y torna amante
Y mece las hojitas, é inconstante
Huye, y torna á mecer, y cae su amada,
Y toca el polvo con la faz rosada.
Otoño, otoño! ¿le mirais que llega
De colina en colina vacilante
Resaltando? Evohé! salid, o hermosas,
A recibirle al monte y á la vega,
Suspendiendo á los hombros el vacante
Hondo mimbre. Corred, y en pampanosas
Guirnaldas coronad mi temulenta
Sien. Dadme yedras, que ardo en vïolenta
Sed báquica. Evohé! Cortad, que opimos
Entre el pámpano caigan los racimos.
Mil veces Evohé! que ya resuena
Rechinando el lagar. ¡Cuál, ay, corriendo
El padre Baco en rios espumantes
Se precipita, y de la cuba llena
La ancha capacidad que tiembla hirviendo!
Copa, copa; mis labios anhelantes
Se bañen en el néctar de Liéo.
Hijos de Céres, vuestro duro empleo
Cesa; imitad mis báquicos furores,
Que ya el año premió vuestros sudores.
Conmigo enloqueced. Ya está vacía,

Mi copa rellenad, y en torno ruede,
Y los ecos repitan retumbando
Cien véces ¡Evohé! La selva umbría
Se adelanta ácia mí; ya retrocede,
Ya gira en derredor. ¡Cuál, ay, saltando
Los peñascos y montes de su asiento
Vuelan ligeros por el vago viento!
Tierra y cielo se mueven. Luego, luego
Cien copas ¡Evohé! dad á mi fuego.
  Otras ciento me dad; y que el arado
Rompiendo el seno á la fecunda Céres,
La esperanza asegure en rubios granos
Al futuro vivir, y desvelado
Siembre nuevo placer. ¡Ah! los placeres
Cual humo pasan, y recuerdos vanos
Dejan en su lugar. ¿Veis cual fallece
La alegría otoñal? Ya palidece
El hojoso verdor, y el claro cielo
Llora cubierto en nebuloso velo.
  El gozo es llanto. En los vapores lanza
El Escorpion su bárbaro veneno,
Y abre las puertas de la tumba fria.
Muere el infante, mísera esperanza
De la madre infeliz, que entre su seno
Le está viendo morir. En tanto impía
Vuela la muerte al trono de himeneo,
Huella al amor, y un bárbaro trofeo
Allí levanta, á la afligida esposa
Cubriendo el lecho de viudez sombrosa.
  ¡Tristeza universal! ¿quién ¡ay! me diera
Volar á otra region, do mas tardío
Lanzase otoño el postrimer aliento?

¡Que del Betis corriendo la ribera
No oyese todavía al canto mio
Mezclar el ruiseñor su tierno acento!
Entre los bosques de Minerva errante
La diestra armada del baston pujante
El arbol de la paz despojaría,
Y en rios de oro el suelo regaría.
U oprimiendo el hijar del espumante
Caballo las selvosas espesuras
Penetrára las fieras persiguiendo.
¿Oís, oís que el eco retumbante
Hinche el aire de acentos ladradores,
Y de agudos relinchos? Al estruendo
Huye el ciervo, se esconde, para, mira,
Y tornando el ladrar, trémulo gira
Por entre el laberinto montuoso,
En otro tiempo su feliz reposo.
En vano, en vano en su favor implora
A su bosque. Las ramas alevosas
Que galan de las selvas le aclamaron,
¡O fortuna cruel! prenden ahora
De su frente las galas ambiciosas,
Que en silencio mil veces retrataron
Las ondas claras del arroyo amigo.
Ya todo se mudó; que su enemigo
Llega, y el triste por huir se agita,
Y mas se enreda cuanto mas se irrita.
No hay ya salud, que el ladrador ardiente
Le ve, y se arroja, y á su cuerpo airoso
Se abalanza amagando, y no exorable
La magestad humilla de su frente.
¡Ciervo infeliz! tendido, sanguinoso,

Rodeado de muerte inevitable,
Los ojos tristes por la vez prostrera
Alza al bosque do vió la luz primera;
Y entre el acero que sus gracias hiere,
Y recuerdos amargos, llora y muere.
Así tambien del hombre la alegría
Espira en el dolor; y así sucede
A la risa otoñal el desconsuelo
Que á la estacion brumal árido guia.
Ya nos rodea: sustentar no puede
La selva su ambicion; pálido el suelo
Se encubre con las hojas que bajando
Por el aire en mil orbes circulando
Lentas van; caen, y yace lastimero
El selvoso frescor de un año entero.
¡Cuál silban en las ramas combatiendo
Hijos de oscuridad los roncos vientos,
Vedando á Céres su vigor fecundo!
Brama el mar, y los rios con estruendo
Arrastran los torrentes violentos
En turbias ondas con horror profundo.
Avecitas de abril, huid ligeras
Del Nilo á las benéficas riberas:
Aquí ya no hay placer, ha muerto Flora,
Otoño espira, y nos dejó la aurora.
Huyó cual sueño el anual contento
Que alargaba mentida mi esperanza,
Y se llevó un otoño de mi vida.
Otro en pos volará, y en un momento
Marchita flor mi juvenil pujanza,
La edad madura en lo que fue perdida,
Con albo pelo y encorbada frente

Me arrastrará la ancianidad doliente,
Y do pose la planta vacilante
La tumba abierta miraré delante.
Presto será que solo y apartado
De todo cuanto amé, llore extranjero
En este mundo muerto á mis placeres.
Vanamente el octubre empampanado
Renovará las risas placentero:
¡Mísero yo! perdidos mis quereres,
Sin amigos, sin padres, sin amores,
¿A quién me volveré? ¿Cuál ser piadoso
Enjujará mi llanto congojoso?
Do quier publicará naturaleza
Mi destierro. Vendrá el abril florido
Ya sin mi juventud, sin las delicias
De un ya distante amor, de una belleza
Polvo, sueño fugaz. Saldrá encendido
Agosto recordando las primicias
De mi Apolo: ¡o dolor! murió su canto
Para siempre. De invierno entre el espanto
Oiré que de su helado monumento
Mudo me llama el paternal acento.
¡O soledad, o bárbara amargura
De un ser aislado! Mi tristeza os llama,
Volad, amigos, que con tiernos lazos
Estrechándome huirá mi desventura.
¡Pueda en medio de vos, pobre, sin fama,
Merecer vuestro amor, y en vuestros brazos
Venturoso vivir eternamente!
¡Pueda aprender de vos, la calma frente
Posando en vuestros dulces corazones,
De la santa virtud las instrucciones!

Y cuando ya la muerte se levante
A romper nuestra union ¡ pruebe conmigo
Su hierro! ¡O muerte, en mi cerviz descarga
Tu primero furor ! ¡ Jamas quebrante
Mi corazon del doloroso amigo
Que ya bebe su fin la escena amarga !
¡ Ah, precédalos yo ! ¡ pueda mi lecho
Mirarlos rodear, y entre su pecho
Con su amor olvidando mi tormento,
Darles al fin mi postrimer aliento.
¡ O recreo feliz del alma mia !
¡ O mis amigos! cuando yazca helado,
De mi arroyo querido en la ribera
Un sepulcro me alzad, de sombra fria
De cipreses y adelfas rodeado.
Amadme siempre; y cuando otoño muera,
Mis cenizas con lágrimas regando
Decid: ¡ Nicasio ! y repetid clamando:
Hombre tierno y amigo afectuoso
Fué su otoño en nosotros delicioso.

Mi paseo solitario de primavera.

Mihi natura aliquid semper amare dedit.

Dulce Ramon, en tanto que dormido
A la voz maternal de primavera
Vagas errante entre el insano estruendo
Del cortesano mar siempre agitado;
Yo, siempre herido de amorosa llama,
Busco la soledad, y en su silencio
Sin esperanza mi dolor exhalo.

Tendido allí sobre la verde alfombra
De grama y trebol, á la sombra dulce
De una nube feliz que marcha lenta
Con menudo llover regando el suelo,
Late mi corazon, cae y se clava
En el pecho mi lánguida cabeza,
Y por mis ojos viölento rompe
El fuego abrasador que me devora.
Todo desparecio: ya nada veo
Ni siento sino á mí, ni ya la mente
Puede enfrenar la rápida carrera
De la imaginacion que en un momento
De amores en amores va arrastrando
Mi ardiente corazon, hasta que prueba
En cuantas formas el amor recibe
Toda su variedad y sentimientos.
Ya me finge la mente enamorado
De una hermosa virtud: ante mis ojos
Está Clarisa; el corazon palpita
A su presencia, tímido no puede
El labio hablarla: ante sus pies me postro
Y con el llanto mi pasion descubro.
Ella suspira, y con silencio amante
Jura en su corazon mi amor eterno:
Y llora y lloro, y en su faz hermosa
El labio imprimo, y donde toca ardiente
Su encendido color blanquea en torno......
Tente, tente, ilusion..... Cayó la venda
Que me hacia feliz: un cefirillo
De repente voló, y al son del ala
Voló tambien mi error idolatrado.
Torno ¡mísero! en mí, y hállome solo,

Llena el alma de amor y desamado
Entre las flores que el abril despliega,
Y allá sobre un amor lejos oyendo
Del primer ruiseñor el nuevo canto.
¡O mil veces feliz, pájaro amante
Que naces, amas, y en amando mueres!
Esta es la ley que para ser dichosos
Dictó á los seres maternal natura.
¡Vivificante ley! el hombre insano,
El hombre solo en su razon perdido
Olvida tu dulzor, y es infelice.
El ignorante en su orgullosa mente
Quiso regir el universo entero,
Y acomodarle á sí. Soberbio réptil,
Polvo invisible en el inmenso todo
Debió dejar al general impulso
Que le arrastrára, y en silencio humilde
Obedecer las inmutables leyes.
¡¡Ay triste! que á la luz cerró los ojos
Y en vano, en vano por do quier natura
Con penetrante voz quiso atraerle:
De sus acentos apartó el oido,
Y en abismos de mal cae despeñado.
Nublada su razon, murió en su pecho
Su corazon: en su obcecada mente
Idolos nuevos se forjó, que impío
Adora humilde, y su tormento adora.
En lugar del amor que hermana al hombre
Con sus iguales, engranando á aquestos
Con los seres sin fin, rindió sus cultos
A la dominacion que injusta rompe
La trabazon del universo entero,

Y al hombre aisla, y á la especie humana.
Amó el hombre, sí, amó, mas no á su hermano
Sino á los monstruos que crió su idea:
Al mortífero honor, al oro infame,
A la inicua ambicion, al letargoso
Indolente placer, y á tí, o terrible
Sed de la fama; el hierro y la impostura
Son tus clarines, la anchurosa tierra
A tu nombre retiembla y brota sangre.
Vosotras sois, pasiones infelices,
Los dioses del mortal que eternamente
Vuestra falsa ilusion sigue anhelante.
Busca, siempre infeliz, una ventura
Que huye delante de él hasta el sepulcro,
Donde, el remordimiento doloroso
De lo pasado levantando el velo,
Tanto mísero error al fin encierra.
¿Dó en eterna inquietud vagais perdidos,
Hijos del hombre, por la senda oscura
Do vuestros padres sin ventura erraron?
Desde sus tumbas, do en silencio vuelan
Injusticias y crímenes comprados
Con un siglo de afan y de amargura,
Nos clama el desengaño arrepentido.
Escuchemos su voz; y amaestrados
En la escuela fatal de su desgracia
Por nueva senda nuestro bien busquemos,
Por virtud, por amor. Ciegos humanos
Sed felices, amad: que el orbe entero
Morada hermosa de hermanal familia
Sobre el amor levante á las virtudes
Un delicioso altar, augusto trono

De la felicidad de los mortales.
Lejos, lejos, honor, torpe codicia,
Insaciable ambicion; huid, pasiones
Que regasteis con lágrimas la tierra;
Vuestro reino espiró. La alma inocencia,
La activa compasion, la deliciosa
Beneficencia y el deseo noble
De ser feliz en la ventura agena
Han quebrantado vuestro duro cetro.
¡Salve, tierra de amor! ¡mil veces salve,
Madre de la virtud! al fin mis ansias
En tí se saciarán, y el pecho mio
En tus amores hallará reposo.
El vivir será amar, y donde quiera
Clarisas me dará tu amable suelo.
Eterno amante de una tierna esposa
El universo reirá en el gozo
De nuestra dulce union, y nuestros hijos
Su gozo crecerán con sus virtudes.
¡Hijos queridos! ¡Delicioso fruto
De un virtuoso amor! sereis dichosos
En la dicha comun, y en cada humano
Un padre encontrareis y un tierno amigo,
Y allí.... Pero mi faz mojó la lluvia.
¿Adónde está, qué fue mi imaginada
Felicidad? de la encantada magia
De mi pais de amor vuelvo á esta tierra
De soledad, de desamor y llanto.
Mi querido Ramon; vos, mis amigos,
Cuantos partís mi corazon amante,
Vosotros solos habitais los yermos
De mi pais de amor. Imágen santa

De este mundo ideal de la inocencia
¡ Ay, ay! fuera de vos no hay universo
Para este amigo que por vos respira.
Tal vez un dia la amistad augusta
Por la ancha tierra estrechará las almas
Con lazo fraternal. ¡ Ay ! no ; mis ojos
Adormecidos en la eterna noche
No verán tanto bien. Pero entre tanto
Amadme ¡ o amigos ! que mi tierno pecho
Pagará vuestro amor, y hasta el sepulcro
En vuestras almas buscaré mi dicha.

El recuerdo de mi adolescencia.

Caro Batilo ¿ para qué dispiertas
En mi memoria los dormidos dias
Que en las calladas sombras del Otéa
A tu lado gocé ? ¡ dias amables !
Cual en tarde de abril flotante nube
Que rociändo va. Mirólos Tormes
De su ondas en pos correr fugaces:
De mi florida juventud cargados
Sembraron ¡ ay ! en la tenaz memoria
Larga cosecha de recuerdos tristes,
Y volaron despues, y muertos yacen
De lo pasado en el sepulcro inmenso.
Ya jamás los veré : no al alma mia
Las risas volverán, las esperanzas
Inmortales del bien que en torno vuelan
De aquella edad de mágicos encantos,
La franqueza veraz, ni la bondosa
Inexperiëncia que inocente rie

Cual á amigo hermanal á cada humano.
¡Sencilla juventud! nueva en el mundo
Le prodigas tu amor porque le ignoras.
Tu recto corazon, no corrompido
Con el trato falaz, sordo á las voces
De la añosa maldad, risueño abriga
De las virtudes la semilla fértil.
Así, cerrando tu modesto cáliz
Al nocturno vapor, la adormidera
Dócil le presta al oreante soplo
Que Febo, al renacer, delante envía.
Jamás en hondo afan tu erguida frente
Dobló triunfante el cárdeno cuidado;
Ni la envidia voraz, pálida hermana
Del odio adusto, te arrancó en secreto
Llantos de destruccion; ni la perfidia
Riendo muertes, enseñó á tu rostro
A negar la maldad que dentro hierve.
¿Cuándo jamás en tu tranquilo lecho
Turbulenta ambicion alzando el trono
Los sueños ahuyentó para dictarte
Rencor, deshermandad, crímen y muerte?
¿Cuándo avaricia, entre inmortal pobreza
Clavó en tu corazon tímido y solo
La insaciabilidad del oro insomne?
Dulce igualdad en fraternal cariño;
Penas comunes, y comunes gozos,
En fortuna comun; almas esentas
De los pesares y el temor funesto
Que aislan al mortal.... ¡yo ví aquel tiempo
Yo le ví, y le gocé, y eternamente
Su presta fuga llorarán mis ojos!

Paz, recíproco amor, todo el deleite
De la vida social, fueron mis dias
En aquella estacion ¡ cándida imágen
De la hermosa unidad de la natura !
Allí fue el hombre mi oficioso hermano ;
En su querer me saludé felice,
Y á lo futuro adelanté mi dicha
¡Engañado de mí ! que en pos sin verla,
Otra edad de dolor ya, ya asomaba
Do el díscolo interes soplando esteril
Sofocára el placer y la inocencia.
Llega terrible: de mis ojos huye
La hermosa escena en que viví dichoso,
Y un nuevo mundo en su lugar parece
Do busco en vano la perdida magia.
¿Adónde estais, amados compañeros
De mi primera juventud? ¿adónde
Os seguiré que con vosotros halle
La sencilla amistad, el gozo antiguo,
Y la risueña virtuösa calma?
Fué, fué, responden ; y, en la torva frente
Entronizada la inquietud rugosa,
Tristes, y solos, arrastrados giran
De la fortuna en la insociable rueda
Que entre abismos de mal injusto mueve
Insensible interes. En vano, en vano
Fiel la memoria ofrecerá á su pecho
El antiguo placer cual dulce fruto
De la fraternidad y las virtudes.
Ellos, en tanto que suspiran tristes,
Y en llanto riegan tan feliz recuerdo,
Nuevos inciensos quemarán impíos

A la injusta impiedad; y en sus altares
En propiciarla agotarán acaso
La sangre, y el honor, y la inocencia
De los que amaban en mejores dias.
El interes gritó: *crímen*, *fortuna*;
Y por siempre jamás se disociáron
Los que amistad unió con lazo tierno.
Mar incalmable de abismosas ondas
Que el huracan de las pasiones hincha,
Donde aislado el mortal en frágil tabla
Sobre la muerte naufragante aleja
Cual enemigo, y en las aguas hunde
Al que las palmas moribundas tiende
Y asir en él su salvacion procura:
Tal es, Batilo, el borrascoso mundo
Do espiraron mis años bonancibles;
Y tal mudanza por do quier presenta
El hombre débil. Su niñez recibe
Una infantina juventud hermosa,
Dócil, sensible al maternal acento
De la natura, que oficiosa halaga
Su tierno corazon, y le fecunda
En placer, en virtud, en mil amores,
Fabricando sobre él un templo augusto
A la beneficencia. ¡Afan perdido!
Presto será que el pestilente soplo
Del ejemplo mortal de un mundo infecto,
Arideciendo el alma infructuosa,
Sin esperanza la semilla ahogue
Que natura plantó. ¿Dónde está el fuerte
Que, íntegra su virtud, resista inmóvil
El choque atroz de las voraces ondas

Que en inflamado mar de hirviente lava,
Entre montes de sombras humeäntes,
Ese volcan fulminador arroja
Estremeciendo el vacilante suelo?
No, no le es dado á la humanal flaqueza
Tan alto esfuerzo; ni arrostrar el riesgo
Fué prudencia jamas. Al virtuöso
¿Qué le resta? ¡Infeliz! suspira y huye;
Rompe llorando los sociales lazos,
¡Que no debieran! pero el crímen guian:
Su oscura probidad, y algun amigo
Solitario cual él, son su universo.
¡O Batilo! ¡o dolor! ¿es ley forzosa
Para amar la virtud odiar al hombre,
Y huirle como á bárbaro asesino?
¡Congojosa verdad! tú has encerrado
En el sepulcro del dolor mis dias.
¡O! ¿quién me diese el atrasar el tiempo
Hasta arrancarle mi verdor marchito;
Ó siquiera volar con mi Batilo
Á buscarle del Tormes en la orilla?
Le encontrára; allí está: por siempre inmóvil
Entre sus ondas deleznables yace
Mi adolescencia; por do quier mis ojos
Hallarán restos de sus frescas flores.
Del Otéa, el Zurguen, de la enriscada
Aspereza que mira amenazando
Correr de bajo el rio hondi-sonante;
Do quier me hiriera con dulzura triste
La silenciosa voz de lo pasado.
Aquí, diria, deleitables horas
De cordial amistad en ancho coro,

Entre las risas del ardiente Baco,
Se te huyeron : allí, las largas noches
Velando ante las aras de Minerva
Para siempre insensibles te dejaron:
Acá, de la academia en los afanes
Y las contiendas intornables dias
Pasaron sobre tí : y allá el Otéa,
De tu Batilo á par, te vió mil veces
Correr sus huertas, y arrancar riendo
La lechuga frugal, y á par del Tormes
Lavándola en sus aguas circúlantes,
Comerla entre las pláticas sabrosas
Nadando el alma en celestial contento......
¡O inefable placer! ¡ o hermosas tardes
De mi felicidad!.... Fueron, Batilo,
Para siempre jamas ¡ pueda á lo menos
Vivir siempre inmortal nuestro cariño
Unico resto de tan bellos dias!

Á un amigo en la muerte de su hermano.

Es justo, sí: la humanidad, el deudo,
Tus entrañas de amor, todo te ordena
Sentir de veras y regar con llanto
Ese cadáver, para siempre inmóvil,
Que fué tu hermano. La implacable muerte
Abrió sin tiempo su sepulcro odioso,
Y derribóle en él. ¡ Ay! ¡ á su vida
Cuántos años robó! ¡ cuánta esperanza!
¡ Cuánto amor fraternal! y ¡ cuánto, cuánto
Miserable dolor y hondo recuerdo

A su hermano adelanta y sus amigos!
Vive el malvado atormentando, y vive,
Y un siglo entero de maldad completa:
Y el honrado mortal en cuyo pecho
La bondadosa humanidad se abriga
¿Nace, y deja de ser? ¡Ay! llora, llora,
Caro Fernandez, el fatal destino
De un hermano infeliz: tambien mis ojos
Saben llorar, y en tu afliccion presente
Mas de una vez á tu amistad pagaron
Su tributo de lágrimas. ¡Si el cielo
Benigno oyera los sinceros votos
De la ardiente amistad! al punto, al punto
Hácia el cadáver de su amor volando
Segunda vida le inspirára, y ledo
Presentándola á tí, toma, dijera,
Vuelve á tu hermano y á tu gozo antiguo.
Mas ¡ay! el hombre en su impotencia triste
No puede mas que suspirar deseos.
La losa cae sobre el voraz sepulcro
Y cae la eternidad; y en vano, en vano
Al que en su abismo se perdió le llaman
De acá las voces del mortal doliente.
Ni poder, ni virtud, ni humildes ruegos,
Ni el ay de la viudez, ni los suspiros
De inocente horfandad, ni los sollozos
De la amistad; ni el maternal lamento,
Ni amor, el tierno amor que el mundo rige;
Nada penetra los oidos sordos
De la muerte insensible. Nuestros ayes
A los umbrales de la tumba llegan
Y escuchados no son; que los sentidos

Allí cesaron, la razon es muda,
Helóse el corazon, y las pasiones
Y los deseos para siempre yacen.
Yacen, sí, yacen; el dolor empero
Tambien con ellos para siempre yace,
Y la vida es dolor. Llama á tus años,
Caro Fernandez, sin pasion pregunta
¿Qué has sido en ellos? y con tristes voces
Dirán si un dia te rió sereno.
Ciento y ciento tras él, tempestuosos
Tronando sobre tí, huellas profundas
De mal y de temor solo dejaron.
Hórrido yermo de inflamada arena
Do entre aridez universal y muerte
Solitario tal vez algun arbusto
Se esfuerza á verdear, tal es la imágen
De esta vida cruel que tanto amamos...
Enfermedad, desvalimiento, lloro,
Ignorancia, opresion; este cortejo
Nos espera al nacer, y apesadumbra
La hermosa candidez de nuestra infancia
Que en nada es nuestra. Los demas ordenan
A su placer de nuestro débil cuerpo;
Y nuestra mente á sus antojos sirve.
Si nuestro llanto á su indolencia ofende,
Manda que pare su feroz dureza,
Ó su bárbara mano enfurecida
Sobre nosotros cae. ¡Niño infelice!
Llora ya, llora cuando apenas naces
De la justicia la opresion sangrienta,
Y el desprecio, el baldon, y tantos males,
¡Preludios ¡ay! de los que en pos te aguardan!

Tus años correrán, y por tus años
Hombre te oirás decir; mas siempre niño
Entre niños, serás. Injusto y justo,
Opresor y oprimido todo á un tiempo,
De tus pasiones en el mar furioso
Perdido nadarás. En lucha eterna
De acciones y deseos, mal seguro
No sabrás qué querer, y fastidiado
Con lo presente, volarás ansioso
A otro tiempo y lugar, buscando siempre
Allá tu dicha donde estar no puedas.
¿Y qué valdrá que en tu virtud contento
Goces contigo, si mirando en torno
Verás la humanidad acongojada
Largamente gemir? despedazado
Tu tierno corazon verá los males,
Querrá aliviarlos, no podrá, y el lloro,
Solo un estéril lloro es el consuelo
Que puede dar su caridad fogosa.
¿Hay pena igual á la de oir al triste
Sufrir sin esperanza? ¡O muerte, muerte!
¡O sepulcro feliz! ¡afortunados
Mil y mil veces los que allí en reposo
Terminaron los males! ¡ay! al menos
Sus ojos no verán la escena horrible
De la santa virtud atada en triunfo
De la maldad al victorioso carro.
No escucharán la estrepitosa planta
De la injusticia quebrantando el cuello
De la inocencia desvalida y sola:
Ni olerán los sacrílegos inciensos
Que del poder en las sangrientas aras

La adulacion escandalosa quema.
¡O, cuánto no verán! ¿por qué lloramos
Fernández mio, si la tumba rompe
Tanta infelicidad? Enjuga, enjuga
Tus dolorosas lágrimas; tu hermano
Empezó á ser feliz: sí, cese, cese
Tu pesadumbre ya. Mira que aflige
A tus amigos tu doliente rostro,
Y á tu querida esposa, y á tus hijos.
El pequeñuelo Hipólito suspenso,
El dedo puesto entre sus frescos labios,
Observa tu tristeza, y se entristece;
Y, marchando hácia tras, llega á su madre
Y la aprieta su mano, y en su pecho
La delicada cabecita posa,
Siempre los ojos en su padre fijos.
Lloras, y llora; y en su amable llanto
¿Qué piensas que dirá? «Padre, te dice,
«¿Será eterno el dolor? ¿no hay en la tierra
«Otros cariños que el vacío llenen,
«Que tu hermano dejó? Mi tierna madre
«Vive, y mi hermana, y para amarte viven,
«Y yo con ellas te amaré. Algun dia
«Verás mis años juveniles llenos
«De ricos frutos, que oficioso ahora
«Con mil afanes en mi pecho siembras.
«Honrado, ingenuo, laborioso, humano,
«Esclavo del deber, amigo ardiente,
«Esposo tierno, enamorado padre,
«Yo seré lo que tú. ¡Cuántas delicias
«En mí te esperan! lo verás: mil veces
«Llorarás de placer, y yo contigo.

«Mas vive, vive, que si tú me faltas
«¡O pobrecito Hipólito! sin sombra
«¡Ay! ¿qué será de tí huérfano y solo?
«No, mi dulce papá: tu vida es mia,
«No me la abrevies traspasando tu alma
«Con las espinas de la cruel tristeza.
«Vive, sí, vive; que si el hado impío
«Pudo romper tus fraternales lazos.
«Hermanos mil encontrarás do quiera;
«Que amor es hermandad, todos te aman.
«De cien amigos que te rien tiernos
«Adopta á alguno; y si por mí te guias
«Nicasio en el amor será tu hermano.''

NOTICIA

DE DON NICASIO ALVAREZ DE CIENFUEGOS.

Nació en Madrid en 14 de diciembre de 1764: sus padres fueron don Nicolas Alvarez Cienfuegos, y doña Manuela Antonia de Acero: estudió en Salamanca; y al lado de Melendez, de quien fue grande amigo, se aplicó á la poesía y formó su gusto en ella. Vivió despues en Madrid retirado y viviendo solo con sus libros y con sus amigos. Algunas composiciones suyas que empezaron á correr de mano en mano, y las tragedias de *Zoraida* y *Condesa de Castilla*, que se representaron particularmente, le empezaron á dar un nombre literario en el público, que se acrecentó con la impresion que hizo en 1798 de todas sus obras poéticas. A poco tiempo le confió el gobierno la redaccion de la Gaceta y del Mercurio; y

pocos años despues fue hecho oficial de la primera secretaría de Estado. Asi se hallaba cuando estalló la guerra de la independencia. Cienfuegos, despues de haber corrido un peligro inminente de ser arcabuceado por los franceses despues del dos de mayo, fue en el año siguiente de 1809 llevado á Francia en calidad de rehenes, y falleció al llegar á Ortez, en principios de julio, de la enfermedad grave que ya gran tiempo le aquejaba. Su tragedia de *Pitaco* le abrió las puertas de la Academia española, sin embargo de que presentada al concurso de poesía no obtuviese el premio por razones particulares. Ademas de las poesías que se conocen suyas, dejó diferentes trabajos sobre etimologías y sinónimos castellanos, género de investigaciones para que tenia tanta aficion como talento.

POESÍAS DE VARIOS.

JORGE PITILLAS. *

SÁTIRA.

No mas, no mas callar, ya es imposible:
Allá voy, no me tengan, fuera digo,
Que se desata mi maldita horrible.
No censures mi entento, o Lelio amigo,
Pues sabes cuanto tiempo he contrastado
El fatal movimiento que ahora sigo.
Ya toda mi cordura se ha acabado,
Ya llegó la paciencia al postrer punto,
Y la atacada mina se ha volado.
Protesto que, pues hablo en el asunto,
Ha de ir lo de antaño y lo de ogaño,
Y he de echar el repollo todo junto.
Las piedras que mil dias ha que apaño
He de tirar sin miedo, aunque con tiento,
Por vengar el comun y el propio daño.
Baste ya de un indigno sufrimiento,
Que reprimió con débiles reparos
La justa saña del conocimiento.
He de seguir la senda de los raros:

* Autor desconocido: dícese que su verdadero nombre era *D. José Gerardo de Herbás.*

Que mendigar sufragios de la plebe,
Acarrea perjuicios harto caros.
  Y ya que otro no chista ni se mueve,
Quiero yo ser satírico Quijote
Contra todo escritor follon y aleve.
  Guerra declaro á todo monigote;
Y pues sobran justísimos pretestos,
Palo habrá de los pies hasta el cogote.
  No me amedrentes, Lelio, con tus gestos,
Que ya he advertido, que el callar á todo
Es confundirse tontos y modestos.
  En vano intentas con severo modo
Serenar el furor que me arrebata,
Ni á tus pánicos miedos me acomodo.
  ¿Quieres que aguante mas la turba ingrata
De tanto necio, idiota y presumido,
Que vende el plomo por preciosa plata?
  ¿Siempre he de oir no mas? ¿no permitido
Me ha de ser el causarles un mal rato,
Por los muchos peores que he sufrido?
  Tambien yo soy al uso literato,
Y sé decir *Rhomboides*, *Turbillones*,
Y blasfemar del viejo *Peripato*.
  Bien sabes que imprimí unas conclusiones,
Y en famoso teatro argüí recio,
Fiando mi razon de mis pulmones.
  Sabes con cuanto afan busco y aprecio
Un libro de impresion Elzeviriana,
Y le compro, aunque ayune, á todo precio.
  Tambien el árbol quise hacer de Diana;
Mas faltóme la plata del conjuro,
Aunque tenia vaso, nitro y gana.

Voy á la Biblioteca: allí procuro
Pedir libros, que tengan mucho tomo,
Con otros chicos de lenguaje oscuro.
Apunto en el papel que pesa el plomo,
Que Dioscórides fue grande herbolario,
Segun refiere Wandenlarchk el Romo.
Y allego de noticias un armario,
Que pudieran muy bien segun su casta
Aumentar el *Mercurio literario.*
Hablo frances aquello que me basta
Para que no me entiendan, ni yo entienda,
Y á fermentar la castellana pasta.....
Y aun por eso me *choca* la leyenda,
En que no *arriba* hallarse un *apanage*
Bien entendido que al discreto ofenda.
Batir en ruina es célebre *pasage*
Para adornar una española *pieza*,
Aunque Galvan no entienda tal potage.
¿Qué es esto, Lelio? ¿Mueves la cabeza?
¿Que no me crees, dices? ¿Que yo mismo
Aborrezco tan bárbara simpleza?
Tienes, Lelio, razon: de este idiotismo
Abomino el ridículo ejercicio,
Y huyo con gran cuidado de su abismo.
La práctica de tanto error y vicio
Es empero (segun te la he pintado)
De un moderno escritor sabido oficio..
Hácele la ignorancia mas osado,
Y basta que no sepa alguna cosa,
Para escribir sobre ella un gran tratado.
Y si acaso otra pluma mas dichosa
En docto escrito deleitando instruye,

Se le exalta la bilis envidiosa.
  Y en fornido volumen, que construye,
Empuñando por pluma un varapalo
Le acribilla, le abrasa, le destruye.
  Ultrajes y dicterios son regalo
De que abundan tan torpes escrituras,
Siendo cada palabra un fuerte palo.
  En todo lo demas camina á oscuras,
Y el asunto le olvida, ó le defiende
Con simplezas é infieles imposturas.
  Su ciencia solo estriba en lo que ofende;
Y como él diga desvergüenzas muchas,
La razon ni la busca ni la entiende.
  A veces se prescinde de estas luchas,
Y hace toda la costa el propio Marte,
En que hay plumas tambien que son muy duchas.
  No menor ignorancia se reparte
En estas infelices producciones,
De que Dios nos defienda y nos aparte.
  Fíjanse en las esquinas cartelones
Que al poste mas mazizo y berroqueño
Le levantan ampollas y chichones.
  Un título pomposo y halagüeño,
Impreso en un papel azafranado
Da del libro magnífico diseño.
  Atiza la gaceta por su lado;
Y es gran gusto comprar por pocos reales
Un librejo amarillo y jaspeado.
  Caen en la tentacion los animales,
Y aun los que no lo son, porque desean
Ver á sus compatriotas racionales.
  Pero ¡o dolor! mis ojos no lo vean:

Al leer del frontis el renglon postrero
La esperanza y el gusto ya flaquean.
Marin, *Sanz* ó *Muñoz* son mal agüero,
Porque engendran sus necias oficinas
Todo libro civil y chapucero.
Crecen á cada paso las mohinas
Viendo brotar por planas y renglones
Mil sandeces insulsas y mezquinas.
Toda dedicatoria es clausulones
Y voces de pie y medio, que al Mecenas
Le dan, en vez de inciensos, coscorrones.
Todo prólogo entona cantilenas,
En que el autor se dice gran supuesto,
Y bachiller por Lugo ó por Atenas.
No menos arrogante é inmodesto
Pondera su proyecto abominable,
Y ofrece de otras obras dar un cesto.
Yo lo fio, copiante perdurable,
Que de agenos andrajos mal zurzidos
Formas un libro injerto en porra ó sable;
Y urgando en albañales corrompidos
De una y otra asquerosa Poliantéa,
Nos apestas el alma y los sentidos.
El estilo y la frase inculta y fea
Ocupa la primera y postrer llana,
Que leo enteras sin saber que lea.
No halla la inteligencia siempre vana
Sentido en que emplearse, y en las voces
Derelinques la frase castellana.
¿Por qué nos das tormentos tan atroces?
Habla, bribon, con menos retornelos,
A paso llano y sin vocales coces.

Habla como han hablado tus abuelos,
Sin hacer profesion de boquilobo,
Y en tono que te entienda Cienpozuelos.
Perdona, Lelio, el descortes arrobo:
Que en llegando á este punto no soy mio,
Y estoy con tales cosas hecho un bobo.
Déjame lamentar el desvarío
De que nuestra gran lengua esté abatida,
Siendo de la elocuencia el mayor rio.
Es general locura tan crecida,
Y casi todos hablan cual pudiera
Belloso Geta, ó rústico Numida.
¡Y á estos respeta el Tajo! A estos venera
Manzanares y humilde los adora!
¡O ley del barbarismo agria y severa!
Preguntarásme acaso, Lelio, ahora
Cuales son los implícitos escribas
Contra quienes mi pluma se acalora.
Yo te daré noticias positivas,
Cuando hable *nominatim* de estos payos,
Y les ponga el pellejo como cribas.
Mas claro que cincuenta papagayos
Dirá sus nombres mi furioso pico,
Sin rodeos, melindres ni soslayos.
¿La frente arrugas? ¿tuerces el hocico?
¿Al *nominatim* haces arrumacos?
Óyeme dos palabras te suplico.
Yo no he de llamar á estos bellacos
Palabra alguna que la ley detesta,
Ni diré que son putos, ni berracos.
Solo diré que su ignorante testa,
Animada de torpe y brutal mente,

Al mundo racional le es muy infesta.
  Tontos los llamaré tan solamente,
Y que sus libros á una vil cocina
Merecen ser llevados prestamente
  A que Dominga rústica y mohina
Haga de ellos capaces cucuruchos
A la pimienta y á la especia fina.
  De este modo han escrito otros mas duchos
Satíricos de grados y corona,
De que da la leyenda ejemplos muchos.
  En sus versos Lucilio no perdona
Al consul, al plebeyo, al caballero,
Y hace patente el vicio y la persona.
  Ni Lelio adusto, ni Escipion severo
Del poeta se ofenden, aunque maje
A Metelo y á Lupo en su mortero.
  Cualquiera sabe bien, aunque sea page,
Que Horacio con su pelo y con su lana
Satiriza el pazguato y el bardaje.
  Y entre otros á quien zurra la badana
Por defectos y causas diferentes,
Con Casio el escritor no anduvo rana.
  Pues montas, si furioso hincó los dientes
Al culto Alpino, aquel que en sus cantares
Degollaba Memnones inocentes:
  El que pintaba al Rhin los aladares
En versos tan malditos y endiablados
Como pudiera el mismo *Cañizares.*
  Persio á todo un Neron tiró bocados,
Y sus concetos saca á la vergüenza
A ser escarnecidos y afrentados.
  Juvenal su labor así comienza,

Y á Codro el escritor nombra y censura,
Sin que se tenga á mucha desvergüenza.
No solo la Theseyda le es muy dura,
A Télefo y á Oreste spiritado
Tambien á puros golpes los madura.
Con esto á sus autores hunde un lado
Si á Cluvieno le quiebra una costilla,
Y una pierna á Mathon el abogado.
Con libertad en fin pura y sencilla
Observa toda su obra el mismo estilo,
Nombrando á cuantos lee la cartilla.
Y por si temes que me falte asilo
En ejemplo de autor propio y casero,
Uno he de dar que te levante en vilo.
Cervantes, el divino viajero,
El que se fue al Parnaso piano piano
A cerner escritores con su harnero,
Si el gran Mercurio no le va á la mano,
Echa á Lofraso de la nave al Ponto
Por escritor soez y chabacano.
De Arbolanches descubre el genio tonto,
Nombra á Pedrosa novelero infando,
Y en criticar á entrambos está pronto.
Sigue el pastor de Iberia, autor nefando,
Y el que escribió la pícara Justina,
Capellan lego del contrario bando.
Y si este libro tanto se acrimina,
¿Qué haria si al *Alfonso* áspero y duro
Le pillase esta Musa censorina?
Otros mas con intento casto y puro
Ata de su censura á la fiel rueda,
Y les hace el satírico conjuro,

Aunque implicitamente, y sin que pueda
Discernir por la bulla y mescolanza,
Cual es Garcilanita ó Timoneda.
Bien la razon de su razon se alcanza,
Porque como él en versos placenteros
Intíma en el discurso de su andanza;
Cernícalos que son lagartigeros
No esperen de gozár las preeminencias
Que gozan gavilanes no pecheros.
Cesen ya, Lelio, pues, tus displicencias,
Y, á vista de tan nobles ejemplares,
Ten los recelos por impertinencias,
Y escusemos de dares y tomares,
Que el hablar claro siempre fue mi maña,
Y me como tras ello los pulgares.
Conozco que el fingir me aflige y daña;
Y así á lo blanco siempre llamé blanco,
Y á *Mañer* le llamé siempre alimaña.
No por eso mi genio liso y franco
Se empleará tan solo en la censura
Del escritor que cree cojo ó manco.
Con igual gusto, con igual lisura
Dará elogios humilde y respetoso
Al que goza en el mundo digna altura;
Que no soy tan mohino y escabroso,
Que me oponga al honor, crédito y lustre
De autor que es benemérito y famoso.
Pero ¡o cuán corto que es el bando ilustre!
¡Cuán pocos los que el justo Jove ama,
Y en quien mi justa crítica se frustre!
Ya ves que impetuosa se derrama
La turba multa de escritores memos

Que escriben á la hambre, no á la fama.
Y así no extrañes, no, que en mis extremos
Me muestre mas sañudo que apacible,
Pues me fuerza el estado en que nos vemos.
La vista de un mal libro me es terrible;
Y en mi mano no está que en este caso
Me deje dominar de la irascible.
Dias ha que con ceño nada escaso
Hubiera desahogado el entresijo
De las fatigas tétricas que paso,
Si tú en tus cobardías siempre fijo
No hubieras conseguido reportarme;
Pero ya se fue, amigo, quien lo dijo.
De aquí adelante pienso desquitarme,
Tengo de hablar y caiga el que cayere;
Y en vano es detenerme y predicarme.
Y si acaso tú ó otro me dijere,
Que soy semipagano, y corta pala,
Y que este empeño mas persona quiere;
Sabe, Lelio, que en esta cata y cala
La furia que me impele, y que me ciega,
Es la que el desempeño mas señala:
Que aunque es mi Musa principiante y lega,
Para escribir contra hombres tan perversos,
Si la naturaleza me lo niega,
La misma indignacion me hará hacer versos.

DE DON VICENTE GARCIA DE LA HUERTA. *

CANCION

AL OCIO.

Paráfrasis de la oda de Horacio:
Otium Divos.

Hecho montes de espuma el ancho Ejeo,
Oprime al navegante mal seguro
En el pobre bajel, que insulta el Noto;
Vestida Febe del confuso arreo
De negras nubes, que en el cielo oscuro
Ocultan las estrellas al piloto,
Con duplicado voto
Invoca las deidades,
Y maldice entre tantas tempestades
La ambicion, que del ocio le retira;
Y mas por él que por su mal suspira.
Los Traces escuadrones belicosos,
Y los Medos gallardos con su aljaba,
Cansados ya de la prolija guerra,
Suspenden de los troncos victoriosos

* Nació en Zafra: estudió en Salamanca, y fue oficial mayor de la Biblioteca real, y individuo de la Academia española, de la de la Historia, y de la de S. Fernando. Escribió dos tomos de poesías, varios opúsculos de crítica literaria, y formó un Teatro español en 17 volúmenes en 8.° Su obra mas estimada es la tragedia de *Raquel*. Murió en Madrid en 12 de marzo de 1787.

El arco y flechas, el escudo y clava,
Y anhelan por el ocio de su tierra,
O Grosfo. Pues no encierra
La púrpura de Tiro,
El oro rubio y el azul safiro
Valor tan grande, que su precio iguale
La justa estimacion que el ocio vale.
  Que las riquezas, que la sed aumentan
Al hidrópico avaro, y los lictores
A cuya voz la plebe retirada
Despeja el paso al consul, nunca ahuyentan
Del pecho el alboroto y los temores,
Que aflijen la memoria lastimada;
Ni espantan la pesada
Bandada de cuidados,
Que por los techos de marfil labrados
Vuelan, y quitan con pesar del dueño
Sosiego al alma, y á los ojos sueño.
  Aquel, sí, vivirá sin competencia
En cuya mesa rica de contento,
Si pobre de manjares, aparece
Sabrosa plata de paterna herencia,
Y hace del ocio su mayor sustento,
Al paso que regalos no apetece.
Y si al sueño se ofrece,
Ni la ambicion le incita,
Ni del oro la sed le solicita;
Antes en quieta apetecible calma
Descansa el cuerpo y se suspende el alma.
  ¿Qué nos cansamos, pues la vida es corta,
En codiciar con peligroso engaño
Cosas tan varias, pues nos bastan menos?

¿Y para qué el mudarnos nos importa
De nuestro reino propio al reino extraño;
Que así atrevidos, de codicia llenos,
Rompiendo al mar los senos,
Corre nuestra osadía
De donde nace á donde muere el dia?
¿Pues quién, aunque camine á otras regiones,
Ha dejado en su patria sus pasiones?
Lleva, cuando se embarca el pasagero
El cuidado á la nave y le acompaña,
Sin que de él se divida eternamente.
Sigue tambien el escuadron ligero
De caballos que corre la campaña,
No se si mas veloz y diligente,
Que á la templada fuente
Huye herida la cierva,
Que apenas huella de temor la yerba,
O mas que el Euro, que con furia breve
Turbando el cielo tempestades mueve.
Con los presentes bienes satisfecho,
El ánimo desprecie la esperanza
De los que han de venir, y llegan tarde;
Y temple en dulce risa alegre el pecho
El llanto amargo, sin hacer mudanza,
Ni sujetarse al mal como cobarde.
Porque no es justo aguarde
Siempre de la fortuna
Feliz suceso sin desgracia alguna;
Que no hay cosa mortal por ningun modo,
Que se pueda llamar dichosa en todo.
Al claro Aquiles, aunque jóven fuerte,
Hijo de Tetis, y de Troya espanto,

Alevosía arrebató traidora;
Y su prolija edad, si no la muerte,
A Titon consumió, estimado tanto
De la que por Memnon aljofar llora.
Y por ventura ahora
La voluntad divina
Por vuestro mal á mi favor se inclina,
Y con el tiempo, que volando llega,
Venturas me dará que á vos os niega.

Ahora para vuestro lucimiento
Braman las vacas de Sicilia gruesas,
Y en cien manadas cubren los baldíos;
Y de cabras y ovejas otras ciento
Pacen el verde adorno á las dehesas,
Y agotan los cristales á los rios;
Y con gallardos brios
Y relincho bizarro
Tasca el caballo el freno á vuestro carro,
Y para que os vistais, le da á la lana
Duplicado color la tiria grana.

A mí la suerte, que con todo puede,
Con mano cortamente dadivosa
Me dió un pequeño campo que poseo,
Y un espíritu noble me concede
Para imitar la cítara famosa
De Píndaro, Simónides y Alcéo:
Y un inmortal deseo
De despreciar no poco
El vulgo necio, maldiciente y loco,
Que no estan de su lengua, si murmura,
Libre inocencia, ni bondad segura.

DEL Mro. Fr. DIEGO GONZALEZ. *

FRAGMENTOS DE SU EGLOGA INTITULADA

EL LLANTO DE DELIO.

DELIO, MANZANARES, POETA.

POETA.

El sol ácia su ocaso declinaba
Y entre nubes oscuras se escondia
Por no ver los desórdenes del suelo:
En calma el viento estaba,
Y el canto de las aves no se oía,
A la vista negado el claro cielo:
Todo aumentaba el duelo
De Delio malhadado,

* Nació en Ciudad Rodrigo en 1733: tomó el hábito de S. Agustin en Madrid á los 18 años de su edad, y hizo sus estudios en la corte y en Salamanca. Allí conoció á Melendez con quien se acompañó y dirigió en el estudio de la poesía, á que era extremadamente aficionado. Fue apasionado del estilo de Fr. Luis de Leon, y le imitó tan habilmente, que sus versos se confunden á veces con los de aquel gran poeta. Obtuvo diferentes dignidades en su orden, y falleció en Madrid en 10 de setiembre de 1794. La presente Égloga se escribió con motivo de la temprana muerte del Señor Infante don Carlos Eusebio, y del nacimiento de los dos infantes Gemelos que dió á luz la Señora Princesa de Asturias.

Que, mientras su ganado
Pastaba junto al tardo Manzanares,
Lloraba sin alivio sus pesares.
  Alzando al cielo el rostro lagrimoso
(Ah! cuanto demudado de como era
Cuando los duros hados permitian!)
Lanzó un ¡ay! lastimoso,
Que del eterno asiento conmoviera
Los montes, que dolerse parecian:
Mas no correspondian
Como otras veces; que ora
La ninfa habitadora
De los bosques tapaba las orejas,
Cansada ya de repetir sus quejas.
  Tomó la lira que á su lado estaba:
La lira, don de Apolo, que victorias,
Amores, y del campo la verdura
Algun dia entonaba:
(¡O tristes molestísimas memorias!)
Mas ora ya trocada su dulzura
En amarga ternura,
La arrima al pecho blando,
Y sus cuerdas sonando
En triste tono y lúgubre armonía,
Hablando con el rio asi decía:

DELIO.

Rehuye, o Manzanares, presuroso
Del suelo que hasta aqui te fuera amigo,
Y retira del Tajo tu carrera:
Del Tajo, que despues de ser testigo
Inhumano del caso doloroso

Que el horror esparció por su ribera;
La nueva lastimera
Va cruël publicando
Por donde va pasando,
Desde el Extremo ardiente á Lusitania,
Diciendo en su corriente:
«Ya de Hesperia la luz resplandeciente
»Faltó en la Carpentania.''
¡O triste hora! ¡O tenebroso dia
En que del centro de la deliciosa
Selva, do estan los lares mas sagrados,
Salió la voz doliente y lastimosa:
«Murió Carlos, murió nuestra alegría!''
Temblaron al oirla los collados:
Pastores y ganados
Lloraron de consuno.
¡O fracaso importuno!
¡O tierna flor! ¡O tela delicada
Cuyo precioso hilo,
Torcido apenas, con agudo filo
Cortó la parca airada!
¡O muerte injusta! ¿cómo nos robaste
De un golpe solo toda la hermosura
Y esperanza de nuestra amada gente?
¿La tierna edad no te inspiró ternura?
¿Pudiste ver sus ojos? ¿No cegaste
Al ver la magestad que ya en su frente
Rayaba claramente?
¿O acaso el nombre augusto
Te causó tanto susto,
Que el mismo miedo te infundió osadía
Para tan fiera hazaña,

Pensando que lograrla tu guadaña
No pudiera otro dia?
¿Posible es que en tu daño, niño hermoso,
Reservase Esculapio los secretos
Que le alcanzaron nombre y ser divino?
¿Acaso sus durísimos decretos
No los obedeciste religioso?
¿Por tu carne ¡ay! no abrió el hierro malino
Doloroso camino?
¿Rehusaste por ventura
Probar el amargura
De la roja corteza peruana?
¿Y tras esto el dios crudo
Tuvo tanta dureza, que ver pudo
Finar tu luz temprana?
Ni bastó á detenerte, alma preciosa,
Del delicado cuerpo la hermosura,
A tu ser celestial correspondiente?
¿Ni de tu dulce madre la amargura?
¿Ni del padre y abuelo la forzosa
Pena? ¿Ni el ver la plebe condoliente
Que religiosamente
En uno congregada,
Por tu salud amada
Votos mil con fervor y llanto hacia
Al cielo? ¿Ni el temprano
Y rico sacrificio, por mi mano
Alzado cada dia?
Volaste al cielo en fin: dejaste al suelo
Miedo en el corazon, llanto en los ojos,
De tu ausencia eternal dignos legados.
La tierra fria cubre tus despojos.

Trocóse la alegría en triste duelo.
La madre, digna de mejores hados,
Por campos y collados
Corre sin ornamento,
Llenando de lamento
La horrible soledad y tiernas quejas.
Y yo, de los pastores
Escándalo, por darme á mis dolores
Olvido mis ovejas.
En la mas retirada, mas sombría
Mansion de esa enlazada selva umbrosa,
Do nunca penetrára el rayo ardiente,
(Que sin tí hasta la luz me fue enojosa,
Y aborreciera toda compañía)
Allí me escondo y lloro amargamente.
No hay quien atentamente
Mirando tal tristura
No la juzgue locura;
Mas yo, en vez de negarlo, lo confieso,
Pues forzoso imagino
Que quien te pierde á tí, Carlos divino,
Pierda tambien el seso.
Si alguna vez al cuerpo fatigado
Regala con su bálsamo Morfeo,
Entredicho poniendo á mis querellas,
Al punto me parece que te veo
Con tus tiernas hermanas por el prado
Andar cogiendo de sus flores bellas,
Adornando con ellas
Tu dorado cabello:
Y que al verte tan bello
Abrazos mil te da la dulce Luisa;

Te besa el padre amable,
Mirándolo el abuelo venerable
Con apacible risa.
  Mas luego, vuelto en sí del dulce engaño.
El ánimo mezquino, cual torrente
Con grave impedimento detenido,
Que crece, rompe, y vuelve fuertemente
De las quietas azudas el tamaño
Sobre los secos ejes con gemido,
Poniendo en útil ruido
La aceña, que yaciera
Dormida en su ribera;
Asi el dolor insano toma aumento
De la quietud pasada,
Y cuanto aflige el alma descuidada
Lo pone en movimiento.
  Mil medrosos portentos, no creidos
Entonces, tanto mal nos anunciaron:
Mis ovejas miraban tristemente
A do el sol muere: súbito espiraron
Dos corderos á Cárlos ofrecidos:
La guerra ¡ay Dios! la flor de nuestra gente
Devoraba inclemente:
Y Marte ardiendo en ira
Holló y rompió la lira
De Dalmiro ¡o dolor! la digna solo
De celebrar la gloria
De Cárlos, extendiendo su memoria
Del uno al otro polo.
  ¡O Tajo! huye, y luengos giros dando
Evita el cruel recinto, y su verdura
Trueca en árido yermo, y pavoroso

Crezca en vez de la flor la espina dura:
Ni vierta allí la aurora el llanto blando:
Y do amores cantaba el delicioso
Ruiseñor, el medroso
Buho mil quejas cante,
Para que el caminante
Diga al ver tal mudanza: «¿Dó se ha ido
»El verdor de este suelo?"
Y le digan: «Castigo fue del cielo
»Por lo que ha consentido."
Desde que al mundo el sol su rayo encubre
Comienzo aqui tendido el triste llanto
Que no enfrena la noche temerosa.
Veo volver los cielos entretanto,
Y el paso circular se me descubre
Señalado por Juno recelosa
A Calisto amorosa.
Aqui la Aurora bella
Me encuentra en mi querella,
Aqui me halla al comenzar su dia
Apolo refulgente.
Todo para y se muda, solamente
Queda la pena mia.
Y tú, precioso río, si aprendiste
A ser piadoso de los regios lares
Que bañas ledo, atiende á mi gemido,
Y apruebe la razon de mis pesares
El coro de las ninfas que te asiste.
¡Mas ay! que en tus arenas divertido
Me niegas el oido,
Ni curas de mis quejas,
Y sin pena te alejas,

Y me dejas en mísero lamento!
Pues lleva en tus cristales
Para dulce testigo de mis males
El debil instrumento.

POETA.

Aqui dejó el pastor su triste canto
Y á las aguas echó la dulce lira,
Sin saber la virtud que en sí tuviera.
Sintió el rio el encanto,
Y mientras Delio el nuevo caso admira,
Dió á conmoverse toda la ribera.
¡O si dado me fuera
Referir como es dino
El caso peregrino!
Dilo tú, sabia Musa, ó dame aliento
Para que decir pueda este portento.
El rio, que yacía confundido
Con la menuda arena, de repente
Se incorporó en figura sobrehumana,
Y apareció vestido
De túnica sutil y trasparente.
Venerable su faz y soberana,
La barba luenga y cana,
Y el cabello rizado
De espadañas cercado,
Mostraba en la estatura y gentileza
Que era propia de un dios tanta grandeza.
Sobre el siniestro codo recostado
Tres veces sacudió del crespo pelo
Las arenas, que lluvia parecian
De plata sobre el prado.

Alzó la poderosa diestra al cielo:
Los coros de las ninfas atendian,
Y en silencio yacian
Los faunos, que al ruïdo
Del bosque habian salido.
Y el dios, mirando á Delio que estuviera
Sorprendido, le habló de esta manera:

MANZANARES.

¿Por qué te das tormento,
Pastor desacordado,
Y llenas de clamores mi ribera?
Cese ya tu lamento,
Y á son mas elevado
Templa la dulce lira placentera,
Y á la celeste esfera
Levanta en este dia
Las santas bendiciones
Y soberanos dones,
Que el cielo piadoso nos envía;
Y la extraña ventura
Que el bien de nuestros campos asegura.
Carlos, de tí llorado,
Eterna luz habita
Sentado entre los dioses inmortales,
De rosas coronado
Que el tiempo no marchita,
Y abundoso de bienes celestiales,
Con manos liberales
A nuestra tierra amada
Ha tanto repartido,
Que parece ha subido

A robar la riquísima morada
Y tesoros del cielo,
Para verterlos sobre nuestro suelo.
  Oye mi profecía
Con oidos atentos,
Que el tiempo venidero hará patente.
Guadarrama y Fonfría
Sus eternos asientos
Primero trocarán, que levemente
En lo que aqui te cuente,
De la verdad sincéra
Discuerden mis razones,
Ni se fustren los dones
Prometidos: que es justo te refiera,
Pues la razon precisa.
Escucha ya. La amable y dulce Luisa. . . .

POETA.

  Apenas el augusto nombre oyeron
Ninfas y faunos, con alegre ruido
Tantos vivas al cielo levantaban,
Que al dios interrumpieron.
Y el un coro del otro dividido,
Los faunos dulces himnos entonaban,
Y las ninfas hollaban
Con gracia y compostura
Del suelo la verdura.
Viva, viva, los unos repetian:
Las otras Luisa, Luisa respondian.
  Duró por largo rato el alegría
Y festin comenzado, que mirára
El númen complacido: y conociendo

Que nunca acabaría
Si á los coros silencio no intimára,
En los labios proféticos poniendo
El índice, y diciendo:
«Escuchad lo restante;"
Escondido el semblante,
Y el gozoso tumulto sosegado,
Siguió el dios el discurso comenzado.

MANZANARES.

La amable y dulce Luisa,
La mas bella pastora
Que vió en su régia orilla el Eridáno,
Y hoy nuestro suelo pisa;
En cuyo rostro mora
El coro de las gracias, y lo humano
Junto á lo soberano:
Y cuando mis orillas
Pasea airosamente,
Por vella solamente
Corren todos los pueblos en cuadrillas,
Ni cesan de alaballa,
Ni se hartan sus ojos de miralla:
Aquella nuera amada
Del mayoral mas bueno
Que nuestros valles rige cuidadoso;
De Venus regalada,
En el fecundo seno
(¡Tanto nos es el cielo dadivoso!)
Siente el peso amoroso
Del duplicado fruto,
Que hará perpetuamente

Dichosa nuestra gente,
Y quitará á la Hesperia el triste luto,
Entregando al olvido
El llanto por el doble bien perdido.
. . . .
¡O Delio! si lográras
Por raro don del cielo
Qne tu edad se midiese por la mia!
¡Cómo ledo cantáras
Las dichas de este suelo,
Cumplida ya tan alta profecía!
Pero la muerte fria
Te ocupará: y tu canto
Con verso mas ameno
Proseguirá Liseno,
A quien oye Compluto con espanto:
Y tal vez el Henares
Alzó el pecho atendiendo á sus cantares.
Tambien con alto estilo
Ayudará al intento
El que en el Tormes canta dulcemente,
Batilo, el buen Batilo,
A quien dió su instrumento
Dalmiro, que con voz desfalleciente
Le dijo: «solamente
»A tí, zagal, es dado
»Concertar esa lira.
»Que destrozó con ira
»Marte, y cantar del siglo bienhadado:
»Y será el canto dino,
»Si lo aprobare el juicio de Jovino."

POETA.

Dijo el rio, y tornóse al ser primero;
Faltó el grande auditorio de repente:
Volvió en sí Delio: y la vision tuviera
Por sueño lisonjero,
Si un gozo celestial que dulcemente
Sintió, no la aprobára verdadera.
Y notando que era
El dia ya pasado,
Amenazó el ganado,
Y caminó seguro á su alquería
Del cumplimiento de esta profecía.

APÉNDICE.

POESÍAS

DE ALGUNOS AUTORES

QUE CORRESPONDEN AL PRINCIPIO

DEL SIGLO XIX.

POESÍAS

DE DON LEANDRO FERNANDEZ MORATIN.

LECCION POÉTICA,

ó sátira contra los vicios de la poesia castellana.

Apenas, Fabio, lo que dices creo,
Y leyendo tu carta cada dia
Mas me confunde cuanto mas la leo.
¿Piensas que esto que llaman poesía,
Cuyos primores se encarecen tanto,
Es cosa de juguete ó fruslería;
Ó que puede adquirirse el numen santo
Del Dios de Delo, á modo de escalada,
Ó por combinacion, ó por encanto?
Si en las escuelas no aprendiste nada,
Si en poder de aquel dómine pedante
Tu banda siempre fué la desgraciada;
¿Por qué seguir procuras adelante?
Un arado, una azada, un escardillo,
Para quien eres tú, fuera bastante.
De cólera te pones amarillo:
Las verdades te amargan: ya lo advierto,
No quieres consultor franco y sencillo.
Pues hablemos en paz: que es desacierto
Desengañar al que el error desea,
Vaya por donde vá, derecho ó tuerto.
Dígote, en fin, que es admirable idea
En tu edad cana acariciar las musas,
Y trepar á la fuente pegaséa.
Pues si el aceite y la labor no excusas,

Y prosigues intrépido y constante,
En tí sus glorias lloverán infusas.
Los conceptillos te andarán delante,
Versos arrojarás á borbotones,
Tendrás en el tintero el consonante.
¡Qué romances harás y qué canciones!
¡Y qué asuntos tan lindos me prometo
Que para tus opúsculos dispones!
¡Qué gracioso ha de estar y qué discreto
Un soneto al bostezo de Belisa,
Al resbalon de Inés otro soneto!
Una dama tendrás, cosa es precisa:
Bellísima ha de ser, no tiene quite,
Y llamarásla Filis ó Marfisa.
Díla que es nieve, cuando mas te irrite;
Nieve que todo el corazon te abrasa,
Y el fuego de tu amor no la derrite.
Y si tal vez en el afecto escasa
Pronuncia con desden sonoro hielo, *
Breve disgusto, que incomoda y pasa;
Dirás, que el encendido Mongibelo
De tu pecho, entre llamas y cenizas,
Corusca crepitante y llega al cielo.
Si tu pasion amante solemnizas,
No olvides redes, lazos y prisiones,
En donde voluntario te esclavizas.
Pues si el cabello á celebrar te pones
Mas que los rayos de Titan hermoso,
¡Qué mérito hallarás, qué perfecciones!
Díla, que el alma agena de reposo,
Nada golfos de luz ardiente y pura,
En crespa tempestad del oro undoso. **

* Quevedo. ** Idem.

Llama á su frente espléndida llanura,
Corvo luto sus cejas, ó suaves
Arcos, que flecha te claváran dura.
  Cuando las luces de su olimpo alabes,
Apura, por tu vida, en el asunto
Las travesuras métricas que sabes.
  Dí, que su cielo, del cenit trasunto,
Dos soles ostentó, por darte enojos,
Que si se ponen quedarás difunto;
  Y al aumentar tu vida sus despojos
Se lava el corazon, y el agua arroja
Por los tersos balcones de los ojos. *
  Y tu amor, que en el llanto se remoja,
En él se anega, y sufre inusitados
Males muriendo, y líquida congoja.
  Dí, que es pensil su bulto de mezclados
Clavel y azahar, y abeja revolante
Tú, que libas sus cálices pintados.
  La boca celestial, que enciende amante
Relámpagos de risa carmesíes **
Alto asunto al poeta que la cante,
  Hará que en su alabanza las varíes
Llamándola de amor ponzoña breve,
Ó madreperla hermosa de rubíes.
  Al pecho, inquieta desazon de nieve,
Blanco, porque Cupido el blanco puso
En él, y en blanco te dejó el aleve.
  Y dí que venga un literato al uso,
Con su Luzan y el viejo Estagirita,
Llamándote ridículo y confuso;
  Que yo sabré con férula erudíta

* Gerardo Lobo. ** Quevedo.

32:

Hacerle que enmudezca arrepentido,
Por sectario de escuela tan maldita.
  Asi tambien hubiéramos vencido
El venusto rigor de esa tirana,
Tigre, de rosa y alhelí vestido.
  Mas, quiero suponer que la inhumana
Rasgó tus ovillejos y canciones,
Y todas las tiró por la ventana;
  No importa, así va bien. Luego compones
Diez ó doce lloronas elegías,
Llenándola de oprobios y baldones.
  No te puedo prestar ningunas mias;
Pero tres me dará cierto poeta,
Largas, eternas, y sin arte, y frias.
  Dirás que tanto la pasion te aprieta,
Que mueres infeliz y desdeñado.
¡Inexorable amor! ¡fatal saeta!
  El cuerpo dejarás al verde prado,
El alma al cielo de tu dama hermosa,
Y serás en su olvido sepultado.
  Y en lugar de escribir: «Aquí reposa
»Fabio, que se murió de mal de amores;
»Culpa de una muchacha melindrosa";
  Detendrás á las ninfas y pastores,
Para que una razon prolija lean
De todas tus angustias y dolores.
  Bien que los sabios, si adquirir desean
Fama y nombre inmortal, no solamente
En un sugeto su labor emplean.
  Olvida, amigo, esa pasion doliente:
Hartas quejas oyó que murmuraba
Con lengua de cristal pícara fuente.

No siempre el alma ha de gemir esclava:
Déjate ya de celos y rigores,
Y el grave empeño que elegiste acaba.
Que ya te ofrecen mil aparadores,
Transformadas las salas en bodegas
Espíritus, aceites y licores.
Suena algazára: cada cual despega
Un frasco y otro, la embriagada gente
Empieza á improvisar.... Y ¿quién se niega?
¿Qué vale componer divinamente
Con largo estudio, en retirada estancia,
Si delirar no sabes de repente?
Cruzan las copas, y entre la abundancia
De los brindis alegres de Lieo,
Se espera de tu musa la elegancia.
Mira á Camilo, desgreñado y feo,
Ronca la voz, la ropa desceñida,
Lleno de vino y de furor pimpleo;
Como anima el festin, y la avenida
De coplas suyas con estruendo suena,
De todos los oyentes aplaudida;
La quintilla acabó: los vasos llena
Fiel asistente de licor precioso.
Vuelve á beber, y á desatar la vena.
Bomba, bomba, repite el bullicioso
Concurso, y cuatro décimas bomita
Con pie forzado el bacanal furioso.
Y qué, ¿tú callarás? ¿nada te excita
A mostrar de tu numen la afluencia
Cuando la turba improvisante grita?
¿Temes? Vano temor. La competencia
No te desmaye, y las profundas tazas

Desocupa y escurre con frecuencia.
Ya te miro suspenso, ya adelgazas
El ingenio, y buscando consonante,
En hallarle adecuado te embarazas.
¿A qué fin? Con medir en un instante,
Aunque no digan nada, cuatro versos
Mezclados entre sí, será bastante.
¿Juzgas acaso que saldrán diversos
De los que dieron á Camilo fama,
Ó mas duros tal vez, ó mas perversos?
No porque alguno Píndaro le llama,
Oyendo su incesante taravilla,
Pienses que numen superior le inflama.
Los muchachos le siguen en cuadrilla,
Pues su musa pedestre y juguetona
Es entretenimiento de la villa.
Si arrebatarle quieres la corona
Y hacer que calle, escucha mis ideas,
Y estimarás al doble tu persona.
Chocarrero y bufon quiero que seas,
Cantor de cascabel y de botarga:
Verás que aplauso en Avapies granjeas.
Con tal autoridad, luego descarga
Retruécanos, equívocos, bajezas,
Y en ellas mezclarás sátira amarga.
Refranes usarás y sutilezas
En tus versillos, bufonadas frias,
Y mil profanaciones y torpezas.
Y esta compilacion de boberías
Al público darás de tomo en tomo,
Que ansioso comprará lo que le envías.
Porque el ingenio mas agreste y romo

Con obras de esta especie se recrea,
Como tú con las gracias de Geromo.
  Mas si tu orgullo obscurecer desea
Al lírico famoso venusino
Con quien tu preceptista me marea,
  Apartá de sus huellas el camino,
Huye su estilo atado de pedante,
Que inimitable llaman y divino.
  Canta en idioma enfático-crispante
De las deidades chismes celebrados,
Sin perdonar la barba del tonante.
  Pinta en Fenicia los alegres prados,
La niña de Agenor y sus doncellas,
Los nítidos cabellos destrenzados,
  Que, dando flores al abril sus huellas,
La orilla que de líquido circunda
Argento Doris, van pisando bellas.
  Al motor de la máquina rotunda,
Que enamorado pace entre el armento
La yerba, de que opaca selva abunda.
  La ninfa al verle, agena de espavento,
Orna los cuernos y la espalda preme,
Sin recelar lascivo tradimento.
  Ya los recibe el mar: la vírgen tréme,
Y al juvenco los álgidos undusos
Piélagos, hace duro amor que reme.
  Ella, los astros ambos lacrimosos,
Reciprocando aspectos cintilantes *
Prorrumpe en ululatos dolorosos;
  Cuyas quejas en torno redundantes,
De flébiles ancilas repetidas, **

* Silveira. ** Villamediana.

Los antros duplicaron circunstantes.
  Mas Creta ofrece playas extendidas,
Prónuba al dulce amplexo apetecido,
Pudicicias inermes ya vencidas.
  Huye gozoso amor, y agradecido
Jove, fecunda sóbole promete
Que imperio ha de regir muy extendido.
  Apolo, antojadizo mozalbete,
Asunto digno de tu canto sea
Cuando tras Dafne intrépido arremete.
  La locura tambien faetontéa
Celebrarás, y el piélago combusto,
Que en flagrantes incendios centellea.
  Y muera de livor el Zoilo adusto,
Al notar de estas obras los primores,
La diccion bella, el delicado gusto:
  Al ver llamar estrellas á las flores,
Líquido plectro á la risueña fuente,
Y á los jilgueros prados voladores:
  Vejetal esmeralda floreciente
Al fresco valle, y al undoso rio
Sierpe sonora de cristal luciente.
  Pero si has de llamarte alumno mio,
Despreciando de Laso la cultura,
Con ceño magistral y agrio desvío,
  Habla erizada jerigonza oscura,
Y en gálica sintaxis mezcla voces
De añeja y desusada catadura,
  Copiando de las obras que conoces,
Aquella molestísima reata
De frases y metáforas feroces.
  Con ella se confunde y desbarata

La hispana lengua, rica y elegante,
Y á Benengéli el mas cerril maltrata.
Cualquiera escritorcillo petulante
Licencia tiene, sin saber el nuestro,
De inventar un idioma á su talante,
Que él solo entiende; y ensartando diestro
Sílabas, ya es autor y grán poeta,
Y de alumnos estúpidos maestro.
Mas ya te llama el son de la trompeta,
De nuestros Cides los heróicos hechos,
Tanta nacion á su valor sujeta.
Rompe, amigo, los vínculos estrechos,
Las duras reglas atropella osado,
Vencidos sus estorbos y deshechos.
Y el numen lleno de furor sagrado:
«Canto, dirás, el héroe furibundo,
»A dominar imperios enseñado;
»Que dando ley al báratro profundo
»Su fuerte brazo sujetó invencible
»La dilatada redondez del mundo."
Principio tan altísono y horrible,
Proposicion tan hueca y espantosa,
Que deje de agradar es imposible.
No como aquel que dijo: *canta, Diosa,*
La cólera de Aquiles de Peléo,
Á infinitos argivos dolorosa;
Porque el estilo inflado y giganteo,
Dejando á los lectores atronados,
Causa mudo estupor, llena el deseo.
Dos caminos te ofrezco, practicados
Ya por algunos admirablemente:
Escoje, que los dos son extremados,

Sigue la historia religiosamente,
Y conociendo á la verdad por guia,
Cosa no has de decir que ella no cuente.
No finjas, no, que es grande picardía:
Refiere sin doblez lo que ha pasado,
Con nimiedad escrupulosa y pia;
Y en todo cuanto escribas ten cuidado
De no olvidar las fechas y las datas,
Que así lo debe hacer un hombre honrado.
Si el canto frigidísimo rematas,
Despedirás te del lector prudente
Que te sufrió, con expresiones gratas:
Para que de tu libro se contente,
Y aguarde el fin del lánguido suceso,
De canto en canto el mísero paciente.
Mas no imagines, Fabio, que por eso
Te aplaudirán tus versos desdichados;
Crítica sufrirán, zurra y proceso.
Dirán que los asuntos, adornados
Con episodios y ficcion divina,
Se ven de tu epopeya desterrados.
Que es una historia insípida y mezquina,
Sin interés, sin fábula, sin arte;
Que el menos entendido la abomina.
Pero yo sé un ardid para salvarte,
Dejándolos á todos aturdidos:
Oye, que el nuevo plan voy á explicarte.
Despues que entre centellas y estampidos
Feroz descargues tempestad sonora,
Y anuncies hechos ciertos ó fingidos;
Exagera el volcan que te devora,

Que ceñirse del alma no consiente, *
É invoca á una deidad tu protectora.
Luego amontonarás confusamente
Cuanto pueda hacinar tu fantasía,
En concebir delirios eminente.
Botánica, blason, cosmogonía,
Náutica, bellas artes, oratoria,
Y toda la gentil mitología,
Sacra, profana, universal historia;
Y en esto, amigo, no andarás escaso,
Fatigando al lector vista y memoria.
Batallas pintarás á cada paso,
Entre despechadísimos guerreros
Que jamás de la vida hicieron caso.
Mandobles ha de haber y golpes fieros,
Tripas colgando, sesos palpitantes,
Y muchos derrengados caballeros.
Desaforadas mazas de gigantes,
Deshechas puentes, armas encantadas,
Amazonas bellísimas errantes.
A espuertas verterás, á carretadas,
Descripciones de todo lo criado,
Inútiles, continuas y pesadas.
¡O! como espero que mi alumno amado
Ha de lucir el singular talento,
Febo, que á tu pesar ha cultivado!
¡Cuanta aventura, y cuanto encantamento!
¡Cuantos enamorados campeones!
¡Cuanto jardin y alcázar opulento!
Pondrás los episodios á millones;
Y el héroe miserable no parece

* Candamo.

Que no le encontrarán ni con hurones.
Pero ¿cómo ha de ser? si le acontece
Que un mago en una nube le arrebata,
Y con él por los aires desparece.
En un valle oscurísimo remata
El viejo endemoniado su carrera,
Y al huesped á cumplidos le maltrata.
Baja á una gruta inhabitable y fiera,
Sepulcro de los tiempos que han pasado *
Y le entretiene allí, quiera ó no quiera.
¡Cuanta vasija y unto preparado
Tiene! ¡cuanto ingrediente venenoso!
Que al triste que lo vé deja admirado.
Allí le enseña en un artificioso
Cristal, la descendencia dilatada,
Que el nombre suyo ha de ilustrar famoso,
Y mira una ficcion muy adecuada;
Pues aunque algun censor la culparia
De impertinente, absurda y dislocada,
Siempre logras con esta fechoría
El linage ensalzar de tu Mecenas:
Que no te faltará por vida mia.
Y si tales patrañas son agenas
De su alcurnia ¿qué importa? Si conviene,
Con Hector el troyano la encadenas:
Porque un poeta facultades tiene
Sin límite ni cotos, escribiendo
Todo cuanto á la pluma se le viene.
Pero ya me parece que estoy viendo
Sobre un carro de fuego remontados
Los dos amigos que la van corriendo.

* Quevedo.

¡Válame Dios! y qué regocijados,
Gentes, ciudades, reinos populosos
Examinan, y climas ignorados.
De Libia los desiertos arenosos,
El hondo mar que hinchado se alborota,
Montes nevados, prados olorosos.
De la septentrional playa remota,
Al cabo que dobló Vasco de Gama,
El sabio Tragasmon registra y nota.
Vuelve despues donde la ardiente llama
Del sol se oculta al espirar el dia,
Dándole Tetis hospedage y cama.
Y en su precipitada correría,
Al huesped volador hace patente
Cuanto de Europa el ancho mar desvía.
Muda el auriga ácia el rosado oriente
El rumbo, y á los reinos de la aurora
Los lleva el carro de piropo ardiente....
Pero de un criticon me acuerdo ahora
Grave, tenaz, ridículo, pedante,
Que vierte hiel su lengua detractora.
¡Cómo salta de cólera al instante
Con estas invenciones! ¡cuál blasfema!
Si se llega á irritar no hay quien le aguante,
No quiere que haya encantos ¡linda tema!
Ni vestiglos, ni estatuas habladoras,
Y el libro en que lo halló desgarra y quema.
Si al héroe por acaso le enamoras
De una beldad que yace encastillada,
Guardándola un dragon á todas horas;
Y el caballero de una cuchillada
Al escamoso culebron degüella,

Mi crítico infernal luego se enfada.
Ni hay que decirle, que la tal doncella
Es hermana del sabio Malambruno,
El cual su doncellez así atropella,
Que á dura cárcel, soledad y ayuno
Por un chisme no mas la ha reducido,
Sin que sepa sus lástimas ninguno.
No señor, nada basta, enfurecido,
Contra el mísero autor se despepita,
Y en nada el inocente le ha ofendido.
¡Abundancia infeliz! ¡vena maldita!
Dice en horrenda voz, que impetuösa
Como turbio raudal se precipita.
El gusto y la razon, en verso, en prosa,
La invencion rectifiquen; que sin esto,
Jamás se acertará ninguna cosa.
Mi patria llora el ejemplar funesto:
Su teatro en horrores sepultado,
A la verdad y á la belleza opuesto,
Muestra lo que produce el estragado
Talento, que sin luz se descamina,
De la docta eleccion abandonado.
Nuevo rumbo siguió, nueva doctrina
La hispana musa, y desdeñó arrogante
La humilde sencillez griega y latina.
Dió á la comedia estilo retumbante,
Figurado, sutíl ó tenebroso;
De la debida propiedad distante.
Halló en la escena el vulgo clamoroso
Pintadas y aplaudidas las acciones
A que le inclina su vivir vicioso.
Y en vez de dar un freno á sus pasiones

En la enseñanza de verdades puras,
Mezcladas entre honestas invenciones,
Oye solo mentiras y locuras,
Celebra y paga enormes desaciertos,
Y de juicio y moral se queda á oscuras.
¡Qué es ver saltar entre hacinados muertos,
Hecha la escena campo de batalla,
A un paladin enderezando tuertos!
¡Qué es ver cubierta de loriga y malla
Blandir el asta á una muger guerrera,
Y hacer estragos en la infiel canalla!
A cada instante hay duelos y quimeras,
Sueños terribles que se ven cumplidos,
Fatídico puñal, fantasma fiera;
Desfloradas princesas, aturdidos
Enamorados, ronda, galanteo,
Jardin, escala, y celos repetidos.
Esclava fiel, astuta en el empleo
De enredar una trama delincuente,
Y conducir amantes al careo.
Allí se ven salir confusamente
Damas, emperadores, cardenales,
Y algun bufon pesado é insolente.
Y aunque son á su estado desiguales,
Con todos trata, le celebran todos,
Y se mezcla en asuntos principales.
Allí se ven nuestros abuelos godos:
Sus costumbres, su heróica bizarría,
Desfiguradas de diversos modos.
Todo arrogancia y falsa valentía:
Todos jaques, ninguno caballero,
Como mi patria los miró algun dia.

No es mas que un mentecato pendenciero
El gran Cortés, y el hijo de Jimena
Un baladron de charpas y gifero.
Cinco siglos y mas, y una docena
De acciones junta el numen ignorante,
Que á tanto delirar se desenfrena.
Ya veis los muros de Florencia ó Gante:
Ya el son del pito los trasforma al punto
En los desiertos que corona Atlante.
Luego aparece amontonado y junto
(Asi lo quiere mágico embolismo)
Dublin y Atenas, Menfis y Sagunto.
Pero ¿qué mucho, si en el drama mismo
Se ven patentes las eternas penas,
Y el ignorado centro del abismo?
Las llamas, pinchos, garfios y cadenas,
Repitiéndose mísero lamento
Por las estancias de dolores llenas.
¡O, qué abominacion! dice el sangriento
Censor injusto; y dando manotadas,
Se levanta furioso del asiento.
Estas críticas, Fabio, son dictadas
Por envidia y no mas, si bien lo miras,
Y no deben de ti ser escuchadas.
Las que repasas sin cesar y admiras
Insignes obras, á pesar de ingratos,
Te llevarán al término á que aspiras.
Mas te prometo. Los alegres ratos
Que te visite el apolíneo coro,
No los has de vender nada baratos.
Pues aunque el tema popular no ignoro
De que Cintio corona los poetas

De verde lauro, y no de perlas y oro:
Las mas descabelladas é indiscretas
Farsas, te llenarán de patacones
Los desollados cofres y gabetas.
Sí, Fabio, las obrillas que dispones
Las hemos de vender todas al peso,
Y algo me tocará por mis lecciones.
Tu vena, redundante hasta el exceso,
Que no conoce reglas ni camino,
Es lo que se requiere para eso.
Suelta toda la presa del molino:
Haz comedias sin número, te ruego,
Y vaya en cada frase un desatino.
Escribe dos, y luego siete, y luego
Imprime quince, y trama diez y nueve,
Y á tu musa venal no des sosiego.
Harás que horrendos fabulones lleve
Cada comedia y casos prodigiosos;
Que asi el humano corazon se mueve.
Salga el carro del sol, y los fogosos
Flegon y Etonte; salga Citerea
Mayando en estribillos enfadosos.
Diversa accion cada jornada sea,
Con su galan, su dama, y un criado
Que en dislates insípidos se emplea.
Echa vanos escrúpulos á un lado:
Llena de anacronismos y mentiras
El suceso que nadie habrá ignorado.
Y si á agradar al auditorio aspiras,
Y que sonando alegres risotadas
Él te celebre, cuando tú deliras;
Del muro arrojen á las estacadas

Moros de paja, si el asalto ordenas,
Y en ellos el gracioso dé lanzadas.
  Si del todo la pluma desenfrenas,
Date á la magia, forja encantamentos
Y salgan los diablillos á docenas.
  Aquí un palacio vuele por los vientos,
Allí un vejete se transforme en rana:
Todo asombro ha de ser, todo portentos.
  De la historia oriental griega y romana
Copiarás los varones celebrados,
Que el pueblo admitirá de buena gana.
  Hector, Ciro, Caton, y los soldados
Fuertes de Anibal, con su gefe adusto,
Todos los pintarás enamorados.
  Verás qué diversion, verás qué gusto,
Cuando lloren de Fátima el desvío
Tarif, ó Muza, ó Alcaman robusto:
  Que ciegos de amoroso desvarío,
La llaman en octavas y tercetos:
Mi bien, mi vida, encanto dulce mio.
  Tus galanes serán todos discretos;
Y la dama, no menos bachillera,
Metáforas derrame y epitetos.
  ¡Qué gracia, verla hablar como si fuera
Un doctor *in utroque*! Ciertamente
Que esto es un pasmo, es una borrachera.
  Ni busques la moral y lo decente
Para tus dramas, ni tras ello sudes;
Que allí todo se pasa y se consiente.
  Todo se desfigura, no lo dudes:
Allí es heroicidad la altanería,
Y las debilidades son virtudes.

Y lo que Poncio alguna vez decía,
De que el pudor se ofende y el recato....
Pero ¡ qué ! si es aquella su manía.
Mil lances ha de haber por un retrato,
Una banda, una joya, un ramillete;
Con lo de infiel, traidor, aleve, ingrato.
La dama ha de esconder en su retrete
A dos ó tres galanes rondadores:
Preciado cada cual de matasiete.
Riñen, y salta por los corredores
El uno de ellos al jardin vecino;
Y encuentra allí peligros no menores.
El padre oyendo cuchilladas vino,
Y aunque es un tanto cuanto malicioso,
Traga el enredo que Chichon previno.
Pero un primo frenético y celoso
Lo vuelve á trabucar, de tal manera,
Que el viejo está de cólera furioso.
Salen todos los yernos allí fuera:
La dama escoge el suyo, y la segunda
Se casa de rondon con un cualquiera.
¡O, vena sin igual, rara y fecunda,
La que tales primores recopila,
Y en lances tan recónditos abunda!
Esto debes hacer, esto se estila;
Y váyase Terencio á los Orates,
Con Baquis, Menedemo y Antifila:
Que por él, y otros pocos botarates
Cobra la osada juventud espanto,
Y se malogran furibundos vates.
Tú, dichoso mortal, prepara en tanto
Para ser celebérrimo poeta,

El numen y las sílabas al canto.
La cítara sonante, la trompeta,
Y la cómica máscara bufona,
Llena de variedad y chanzoneta,
Te alzarán á la cumbre de Helicona,
Donde cercado de las nueve hermanas
Luces despide el hijo de Latona.
Mas cuando con sus manos soberanas
De laurel te corone, ten sabido,
Fabio, á quien debes el honor que ganas,
Y agradécelo á mí, que te he instruido.

ODA

A la proclamacion de Cárlos IV.

Robó con dura mano
La parca el alto honor del patrio suelo,
Y su espacio llenó de asombro y pena,
Y al golpe absorta, procurando en vano
A su aficion consuelo,
La madre España con la faz llorosa,
Pálida y triste, la region serena
Y el mar turbó con lúgubre gemido
Del África arenosa
Al cántabro feroz nunca vencido.
Parténope su llanto
Acompañó con ecos funerales
Que oyó doliente la ciudad de Flora.
Atrás volvió sus ondas con espanto
El Tajo, y los Reales

Alcázares huyó de la opulenta
Corte de Lusso, y turbulento ahora
Ve por los anchos términos que baña
Cuanto ¡o muerte violenta!
Cuanto quitaste á la infeliz España.
  Pero el cielo concede
Límite á su dolor; que nunca pudo
Al linaje mortal durar eterno
El lloro ni el placer. Así sucede
Al diciembre desnudo
La estacion bella que el abril repite;
Y el valle que cubrió rígido invierno
De nieve y hielos, produciendo flores
Nuevo placer permite
A la madre de amor y á los amores.
  Huyó con raudo vuelo
De Cárlos el espíritu dichoso
A donde se ciñó mejor corona.
Numen es tutelar que desde el cielo
Asiste poderoso
A la nacion. Ni pudo con su vida
Su favor acabar: no la abandona:
Vive á la tierra, y de su imperio justo
La gloria repetida
Verá reinando el heredero augusto.
  Sí, que alumno constante
Del arte de reinar, oyó á su lado
Dictar al mundo las sagradas leyes
Que adora y cumple, y vió por él triunfante
La patria, y humillado
El vicio y el error: que así se alcanza
Honor digno entre el vulgo de los reyes.

No hay gloria sin virtud. El abandono,
La impiedad, la venganza,
Tal vez convierten en afrenta el trono.
  Tal vez la incorruptible
Posteridad con brazo omnipotente
Los ídolos trastorna que adoraba
Sacrílego el temor, y aborrecible
Vuela de gente en gente
La memoria de un príncipe tirano:
Irrita al cielo, y su poder se acaba,
No la abominacion de sus acciones:
Que vive el inhumano
Para ejemplo y horror de las naciones.
  No así tú que has sabido
Imitar las virtudes gloriösas
De un padre ilustre: ¡o Cárlos! ¡cuánto espera
De tí la patria! ¡O cuánto ha concedido
Con manos generosas
El cielo á tu nacion! Ya se engrandece
Por tí, tu nombre aplaude y le venera,
Y alzando los pendones de Castilla
Hoy el cetro te ofrece
De un mundo y otro que á tu pie se humilla.
  El cetro que heredaste
Y mereces tan bien. La paz festiva
Entre las ciencias y las artes bellas,
Que desde tu niñez remuneraste,
Ciñe de verde oliva
Tu diadema reäl. Edad dichosa
Darás al mundo si prosperan ellas,
Que la ignorancia torpe en vituperio
Y ruina lastimosa

Muda la pompa del mayor imperio.
  No, no acerqueis la planta
Al solio de mi rey, abominados
Monstruos que el vicio de las cortes cria,
Calumnia atroz que la inocencia santa
Pisas, y á los malvados
Indignos de vivir de honores llenas:
Fanatismo cruël, licencia impía;
Y tú, nacida para oprobio eterno
Del orbe que envenenas,
Pérfida adulacion, huye al averno.
  Huye, que la justicia,
La prudencia, el valor, apoyo ofrecen
Y larga duracion al cetro hispano.
Ya del nuevo esplendor fueron primicia
Acciones que merecen
Alabanza inmortal; y... ¡o nunca osada
La discordia vertiendo de su mano
Escándalos, horror, luto á la tierra,
De víboras crinada,
Las puertas rompa al templo de la guerra!
  Que el estruendo espantoso
De Mavorte, y las trágicas victorias
En los excesos del furor violentos,
Gratos no son á un ánimo piadoso;
A mas ilustres glorias
Aspira ¡o Cárlos! mas si acaso intentan,
Violando los sagrados juramentos,
Enemigas potencias ofenderte,
Fulmina el rayo y sientan
Juntos amago y golpe, ruina y muerte.
  Que así verás temido

Tu nombre excelso. La malicia humana
Tal escarmiento á sus violencias pide.
Y depuesto el rigor, y engrandecido
De la corona Hispana
El honor y el poder, si al mundo hicieres
Que el hijo de la guerra te apellide,
Haz que despues benéfico te vea
Cuando á tu reino dieres
El aureo siglo de Saturno y Rhea.
¡O cuánto el Dios de Cinto
Me inspira! ¡O cuanto su furor me inflama!
Ya de los años el girar futuro
A mi vista pasó. Miro distinto
Del templo de la Fama
El alto techo, y arquitrabes de oro
Que en cien columnas de diamante duro
Cargan, y escucho el gran rumor suspenso,
Que el cóncavo sonoro
Vuelve temblando el edificio inmenso.
Allí tu nombre suena,
Allí abultada en mármoles se ofrece
La serie de los ínclitos varones
Cuya fama inmortal dos mundos llena.
Sacro laurel guarnece
Las lises de Borbon, las quinas santas,
El águila imperial, y sus leones;
Y viendo allí entre todas eminente
Tu imágen, á sus plantas
Me postro humilde en pasmo reverente.
Y aquella te acompaña
Alta deidad, que en su feliz ribera
Vió nacer el Erídano sonante

A ser delicias de tu dulce España;
Que en ella considera
El don mayor que ha merecido al cielo.
¡O cómo la bondad en su semblante
Muestra, y el claro ingenio peregrino,
Blason de nuestro suelo,
Y esfuerzo acaso del poder divino!
  Festiva la rodea
Su prole hermosa, y suenan los acentos
Del pequeñuelo Cárlos y Fernando:
Fernando, en cuya vida el cielo emplea
Repetidos portentos,
Porque ha de ser en los futuros dias
De Hesperia honor, las prendas imitando
De los suyos. ¡O Dios omnipotente
Que tantas alegrías
Permites hoy á la española gente!
  ¡O señor! si á tu oido
El ruego humano es grato, si piadoso
Miras á la nacion que fiel te adora
Cárlos viva feliz, y su extendido
Imperio haga dichoso,
Emulo de tal padre y tal maestro!
Viva de tanto bien merecedora
La augusta, y aplaudir su nombre vea
Mientras el orbe nuestro
En torno gire de la luz febea.
  Mas ya el rumor se extiende,
Y el júbilo comun por todas partes
El suspirado instante nos avisa:
El son de Marte las esferas hiende.
A Cárlos y Luisa

Madrid aclama tremolando al viento
Por su nuevo señor los estandartes,
Y ya empuñando su clarin sonoro
Con presto movimiento
La fama dilató las plumas de oro.
Vos, ciñendo de flores
La docta frente y el laurel divino,
Pulsad la acorde cítara, poetas,
Y divulgad al mundo sus loores:
Pues si el hado previno
Honor durable al metro numeroso,
Que ¡o tiempo raudo! en tu furor respetas,
Si el vuestro ensalza de mi rey la gloria,
Nunca mas venturoso
Objeto tuvo el verso, ni la historia.
¡O si mi voz pudiera
Al asunto bastar! ¡O si mi canto
Fuese tal como es grande mi deseo!
Yo al son del plectro conmover hiciera
Los reinos del espanto,
Y del ardor fatídico encendido
Que ya en mi mente derramó Timbreo,
Prosperidad al orbe anunciaría,
Y el Sármata aterido
Y el Númida feroz me escucharía.
Mas no, mi dulce musa,
No te enagene el atrevido intento:
Que no es dado á la ronca humilde lira
Entre el aplauso popular confusa
Alzar al firmamento
Con digno estilo y elocuente pompa
Los semidioses que la tierra admira.

Otro los cante, y de la heróica Clio
Suene á su voz la trompa:
Que no es tan grande atrevimiento el mio.

CANTO

en lenguaje y verso antiguo.

A vos el apuesto complido garzon,
Asmandovos grato la péñola mia,
Vos face omildosa la su cortesía
Con metros polidos vulgares en son;
Ca non era suyo latino sermon
Trovar, e con ese decirvos loores:
Calonges e prestes que son sabidores
La parla vos fablen de Tulio e Maron.
Por ende si tanto la suerte me da,
Maguer que vos diga roman paladino,
Fiducia me viene que lueñe e vecino
La gen acuciosa mi carta verá:
E vuesas faciendas, que luego dirá
Gravedosa historia por modo sotil,
Serán de Castilla mil eras e mil,
Membranza placiente que non finirá.
E tanto merece falagos e amor
Aquel que alegroso nos dió bienandanza,
E al comun conorte la mucha amistanza
Ovo de don Cárlos el nueso señor.
Sepades, le dixo, buen alcanzador
Que en todo el mi regno vos fago imperante;
A tal qué del sceptro dorado, pesante,
La grave fadiga semeje menor.

Catad que mis fijos demandan de mi
De ser aducidos en sancta equidad:
A non acuitallos las mientes parad;
En algos abonden e pan otrosí;
E cuando mis tierras (que tal non crei)
Mesnadas de allende osaren correr,
Faced a los mios punar e vencer,
Ca siempre ganosos de liza los vi.

E ved non fallezcan a tal ocasion
Lorigas, paveses, e todo lo al,
E mucho trotero ardido e leal
De los mas preciados que en Cordoba son,
E fustas con luengo ferrado espolon
Guarnidas de tiros que lancen pelotas:
Non cuide aviltarnos mandando sus flotas
Al nueso lindero la escura Albion.

E guay, non aduzga mintrosa la paz
Al valor nativo dañinos placeres,
Nin seyan sofridos los vanos saberes
Que al mundo mancillas le dieron asaz:
Alli do pregonan olganza e solaz,
Alli rudo vulgo e sandio declina,
Divaga sañoso, virtud abomina;
Que tanto en él vale locuela sagaz.

Empero non yaga de error circuïdo;
La sciencia le muestre su puro claror,
Non cure atristado ventura mayor
En buen regimiento guardado e punido:
Ansi el caballero ruando lucido,
Acucia e detiene la alfana que monta,
E parte, al agudo estimulo pronta,
Ó parase docil al freno sentido.

A tal platicaba la su señoría,
E cedo el Magnate repuso a don Rey:
Non fuera nascido de alcuña de ley
Se al vueso talante non obedescia.
Solene omenage fago e pleitesía
(E dijol tomando la cruz del espada)
Que finque la vuesa merced acatada,
E España recabde su prez e valía.
De entonces colmalla de bienes cuidó:
La paz se posára a su lado yocunda,
La cuita fenesce, de frutos abunda
El suelo que en sangre la guerra alagó,
La su dulcedumbre temores quitó
Del home entorpido que yaz en tristura,
E quisto de buenos la su derechura
Le fiz, e al inico sañoso aterró.
E vímosle a guisa de diestro adalid
Faciendo reseña la hueste reäl
Mandar sus hileras e a son de atabal,
Poner a los ojos la marcha e la lid:
Ansi de los muros miró de Madrid
La plebe agarena venir a cercalla
Desnuda tizona en tren de batalla
Al bravo cabdillo que dijeron Cid.
¡Oh! fuerale dado seguir el pendon
Que bordan castillos, cruces e leones;
Romper azañoso por los escuadrones
Bárbaros; de sangre teñido el troton!
Tímidos fuyeran ginete e peon,
En llama aburando sus tiendas caidas;
E a la funeréa matanza e feridas
Cuidaran que fuese Jacobo el patron.

Devédalo empero la pro comunal,
E del alto alcazar do tiene su silla
Segundo en potencia le acata Castilla
Sotil palaciano, sirviente leal.
Largosa, por ende, la mano real
Quisiera abastalle de dones subidos,
Cual nunca de alguno non fueron habidos,
Siquier home bueno, siquier principal.

E ved de cual arte ser quito pensó
El rey que sesudo catára sus fechos;
Ayuntale dende con nudos estrechos
Al mesmo abolorio de donde nasció;
E luego e si voceros mandó
Que cedo a la rica Toledo se vayan,
E aquesa manceba garrida le trayan
Fija del infante que Dios perdonó.

La flor de lindeza, donaire e mesura
En ella se adunan, la bien paresciente:
De rojos corales su boca riente,
Sobrando a la nieve su tez en albura,
La luz de sus ojos esplendida e pura,
La voz falagosa, gentil su ademan;
Florinda la causa del nueso desman
Non ovo tal gesto nin tal apostura.

¡Oh! vivan eternos en placida union,
No nunca empescida de fado siniestro,
Seyendo en el siglo criminoso nuestro
De virtud ecelsa dechado e blason:
La fama do quiera, con alto pregon,
Su prole ventura períncilta cante,
E aquisten ilustre memoria durante
Su nome, sus fechos, su clara nacion.

AL NACIMIENTO

DE LA CONDESA DE CHINCHON.

¿Qué voz hiriendo la region vacía,
Turba el silencio de las selvas, donde
Vivo feliz las fugitivas horas
Que al culto de las musas, al reposo
Dedico y al placer? La Fama es esta:
Sí, la conozco. Rápida girando
Dilata al aire las doradas plumas,
Suelto el cabello que su frente adorna,
Desceñida la túnica celeste.
Ya el son escucho de la trompa de oro;
Y absorta al gran rumor calla la tierra.
¡Qué grato anuncio el suyo! Salve, hermosa
Prole reäl que del Olimpo al mundo
Signo de paz el Hacedor envía.
¡Dos lustros de furor: en llama ardiendo
Populosas ciudades, devastada
La verde pompa de Pomona y Ceres,
Teñido en sangre el mar, rotas diademas,
Trastornados imperios!... Ya la estirpe
Humana advierte, de lidiar rendida,
Que es tiempo cese el funeral estrago:
Ya el dulce nombre de la paz invoca,
La espera, y naces tú. Si alguna inflama
Pura centella del saber divino
A la mente mortal, si en el futuro
Girar del tiempo investigar es dado;
¡Cuántas debe gozar la patria un dia

Mercedes altas de la mano eterna,
Si ya depuesto el que vibró indignada
Rayo fulminador, de su inefable
Suma bondad el don primero es este!
¡O musas! adornad de nuevas flores
La móvil cuna, y al rumor suâve
Que al aire esparcen las heridas cuerdas,
Descanse en oro y púrpura la dulce
Prenda de vuestro numen generoso.
Grato sueño inspiradla al blando arrullo
De acorde voz; sombra la cerque oscura,
Reine muda quietud, ni el viento mueva
Fugaz sus alas, ni retumbe el rio.
Viva; y en torno de ella los amores,
Las gracias puras, la inocente risa,
La virtud y el placer unidos duren:
Y al estrecharla en cariñosos nudos
La ilustre madre, repetida admire
Su imagen celestial. Vos entretanto,
Ninfas del Pindo, á cuyo acento solo
Dado es cantar los dioses de la tierra,
Para el instante en que, vigor robusto
Creciendo en ella, su razon se forme,
La voz, la lira prevenid, y el verso.
Sepa entonces la estirpe generosa
Que el origen la dió. Verá empuñando
En larga edad el cetro de Castilla
A los que ya de estrellas se coronan
Abuelos suyos: sostenido el trono
Por la justicia y el valor; vengada
Con triunfos mil la afrenta de Pelayo,
Y el Salado y Genil correr sangrientos:

Africa absorta, esclava, osadas proas
Al ignorado imperio de occidente
Culto y leyes llevar. Verá el terrible
Poder del Asia que en Lepanto espira,
Y la victoria oscurecer de Augusto:
Del hondo Betis á los campos frios
Que al mar usurpa el Belga, del nevoso
Apenino á las bárbaras riberas
Que inunda el Marañon, la gente hispana
Tremolar sus pendones vencedora.
Tales memorias á imitar la exciten
Altos ejemplos de virtud, y en torno
Mire admirada en mármoles y bronces
La gloria de Borbon, á quien el cielo
Quiso el dominio conceder del mundo.
Filipo, que las cumbres de Pirene
Pasó animoso á merecer lidiando
El reino que heredó; y uniendo apenas
Al blason español los lirios de oro,
Depone de su frente la corona.
Muerte infeliz le estorba que en suäve
Quietud repose; y otra vez ocupa
El solio, y otra vez reina venciendo.
Fernando, á quien las artes reverentes
Ciñen guirnaldas de amoroso mirto
Y de olivas pacíficas; y el claro
Succesor suyo, de una y otra Hesperia
Dueño temido, soberano y padre,
Ya el cielo habita, y ya con él permite
Cárlos que en urna breve los despojos
Tambien descansen de su digno hermano,
Dando piadoso á su memoria ilustre

Tardo honor funeral: que tanto pudo
Imperiosa opinion, y asi condena
Los errores de amor, si amar es culpa.
 Y vos, Príncipe excelso, á quien corona
De gloria no mortal la amiga mano
De Cárlos, mi señor, si el peso un dia
Del aureo cetro moderar supísteis,
Y humillado á sus pies regir su imperio;
Ved ya del celo y el afan constante
La adquirida merced, y cuanta anuncian
Próspera suerte, en su natal felice,
A vuestra succesion esclarecida
De España el numen tutelar, y aquella
Que divide con él tálamo y trono,
Suprema Augusta. Asi la edad remota
Verá, con nuevos timbres sublimado,
El nombre vuestro penetrar la oscura
Sombra de olvido, y á pesar del curso
De los años veloz, durar eterno.

CANTICO.

Los Padres del Limbo.

CORO.

¡O! cuanto padece de afanes cercada,
Merced al engaño de fiero enemigo,
En largo castigo la prole de Adan!
 ¡O! vuelva á nosotros la luz deseada,
Y dé sus promesas al cielo cumplidas,
Que ya repetidas en sombras están.

VOZ PRIMERA.

¿Cuando, Señor, la esclavitud y el llanto
Cesará de Israel, llegando el dia
En que aparezca el vencedor, el santo,
El que rompa la bárbara cadena
Que en servidumbre impía
Lleva tu pueblo? El hombre inobediente
Perdió de Edén la habitacion serena:
Espada refulgente
Vibró en sus puertas serafin airado,
Y á la inocencia succedió el pecado.
Mas no de sus piedades
Pudo la culpa humana
El raudal extinguir, que es infinito,
Y tú, Señor, el numen poderoso
Que goza en perdonar. Tu soberana
Diestra sepulta montes y ciudades
En abismo profundo
De universal diluvio proceloso,
Que de los hombres castigó el delito;
Pero diste á la tierra Adan segundo,
Grato admitiste su obediente celo
Y sus ofrendas puras;
Y el iris de la paz brilló en el cielo.
Si en el Egipto ardiente
Padece servidumbre
La estirpe de Jacob, tú la aseguras
En la fuga que intenta portentosa,
Tú disipas la fiera muchedumbre
Que la persigue en vano;
Abre su centro el mar, y en su espumosa

Tumba sepulta al pertinaz tirano,
Sus carros y caballos precipita,
Das á sus pueblos, sin lidiar, victoria,
Y al estruendo del tímpano sonante
Himnos te canta de alabanza y gloria.

VOZ SEGUNDA.

Mucho, señor, hiciste,
Y prometiste mas. Debe la tierra
Ver un caudillo en venturoso dia,
Que los furores de discordia y guerra
Calme, y en alegría
De amor y dulce paz domine eterno.
Las puertas del averno
Cederán á su voz omnipotente:
Quebrantará las bóvedas oscuras,
Huyendo el monstruo que se esconde en ellas
Abrasada la frente
Con rayo vengador. El poderoso,
El grande, el hijo de David, las puras
Auras rompiendo, llevará sus huellas
A donde el astro de la luz preside,
Y mas allá del sol: acompañado
De la turba de justos numerosa
Que los caminos de virtud siguieron,
Y del primer pecado
Sufren la pena en cárcel pavorosa.

CORO.

Huyan los años en rápido vuelo,
Goce la tierra durable consuelo,
Mire á los hombres piadoso el Señor.

VOZ TERCERA.

Ven prometido
Gefe temido,
Ven, y triunfante
Lleva delante
Paz y victoria:
Llene tu gloria
De dicha el mundo,
Llega, segundo
Legislador.

CORO.

Huyan los años con rápido vuelo,
Goce la tierra durable consuelo,
Mire á los hombres piadoso el Señor.

ODA

A unos jóvenes que preguntaban al autor los años que tenia.

¿Por qué con falsa risa
Me preguntais, amigos,
El número de lustros que cumplí?
Y en la duda indecisa
Citais para testigos
Los que huyeron aprisa,
Crespos cabellos que en mi frente ví.
Pues no los años fueron
Los que con mano dura
Me los llevaron, ni doliente ardor;
Parte al afan cedieron

Que el estudio procura,
Parte despojos dieron
A tus victorias, ceguezuelo Amor.
¿Veis que en mi rostro imprima
El tiempo sus pisadas,
La lengua turbe ó debilite el pie?
¿Veis que mi espalda oprima?
¿O de brillar cansadas
La actividad reprima
De entrambas luces con que siempre hablé?
Pues si el ardiente brio
Que la edad deteriora
Con su fuga veloz, existe en mí,
¿No es vano desvarío
Vuestra demanda ahora?
Si alegre canto y rio
Soy jóven fuerte como jóven fuí.
Lo soy, y vigoroso
Siento que late y vive
Propenso á la virtud mi corazon;
Y en placer delicioso
Afectos mil recibe;
Movimiento dichoso
Del alma, si los templa la razon.
Tal vez Febo me envía
Entusiasmo divino
Que á la helada vejez repugna dar;
Y la nueva armonía
De idioma peregrino,
Las nayades que cria
El Reno humilde, salen á escuchar.
Seguidme, y al umbroso

Bosque, mansion de Flora,
Que el templo cerca del amor, venid.
Dadme, dadme oloroso
Incienso, y la sonora
Cítara, y de frondoso
Mirto mis sienes cándidas ceñid.
  Mancebos y doncellas
Cantan el himno sacro,
Y la pompa solemne comenzó.
¿Veis que llegaron ellas,
Y en torno al simulacro
Esparcen flores bellas;
Y el coro de los jóvenes siguió?
  Yo con estos unido
Presentaré mis dones
Cuando postrados ante el ara estén.
Del certero Cupido
Sintieron los arpones. . . .
¡Ay! que en vano he querido
Burlar sus tiros, y me hirió tambien.

SONETO I.

Junio Bruto.

Suena confuso y mísero lamento
Por la ciudad: corre la plebe al foro,
Y entre las haces que le dan decoro
Vé al gran senado en el sublime asiento.
  Los cónsules allí. Ya el instrumento
De Marte llama la atencion sonoro:
Arde el incienso en los altares de oro,
Y leve el humo se difunde al viento.

Valerio alza la diestra: en ese instante
Al uno y otro jóven infelice
Hiere el lictor, y sus cabezas toma.
Mudo terror al vulgo circunstante
Ocupa. Bruto se levanta y dice:
Gracias, Jove inmortal, ya es libre Roma.

SONETO II.

La noche de Montiel.

¿A donde, á donde está, dice el infante,
Ese feroz tirano de Castilla?
Pedro al verle desnuda la cuchilla,
Y se presenta á su rival delante.
Cierra con él, y en lucha vacilante
Le postra y pone al pecho la rodilla:
Beltran (aunque sus glorias amancilla)
Trueca á los hados el temido instante.
Herido el Rey por la fraterna mano,
Jóven espira con horrenda muerte,
Y el trono y los rencores abandona.
No aguarde premios en el mundo vano
La inocente virtud, si dá la suerte
Por un delito atroz una corona.

SONETO III.

A la muerte del excelente actor
Isidoro Maiquez.

Tú solo el arte adivinar supiste
Que los afectos acalora y calma:
Tú la virtud robustecer del alma

Que al oro, al hierro, á la opresion resiste.
  Inimitable actor, que mereciste
Entre los tuyos la primera palma,
Y amigo, alumno y émulo de Talma,
La admiracion del mundo dividiste.
  ¿A quién dejaste sucesor muriendo?
¿De quién ha de esperar igual decoro
La escena que te pierde y abandonas?
  Asi dijo Melpómene, y vertiendo
Lágrimas, en la tumba de Isidoro
Cetros depone, y púrpura y coronas.

ODA.

A los dias de la Duquesa de Wervick y Alba: en nombre de unas niñas.

Admite benigna,
Duquesa excelente,
Ofrenda que ausente
Tus siervos te dan.
Hoy alzan humildes
Sus ojos al cielo:
Su amor y su celo
No vanos serán.
  La voz inocente
Al numen agrada
Que vuela inspirada
Del puro candor.
¡O! llegue á su oido
La súplica nuestra:
Prodigue su diestra
En tí su favor.

Dilate tu vida
En prósperos años;
Ni sienta los daños
Del tiempo cruël:
Cual arbol robusto
Que dura creciendo
El aura moviendo
Las flores con él.

Amante y esposo
Ocupe tu lado
Aquel fortunado
Mancebo gentil.
Coronen su frente
Laureles de gloria,
Fatigue á la historia
Mil años y mil.

Cercada te mires
De prole fecunda,
En ella se funda
La dicha de amor.
En ella hermanarse
Verás fortaleza,
Cordura, belleza,
Virtud y valor.

Que al nombre heredado
De ilustres abuelos,
Conceden los cielos
Honor inmortal.
Conceden que al mundo
Viviendo famosos,
Tus hijos dichosos
Le adquieran igual.

Por ellos un dia
Intrépida España
Sabrá en la campaña
Lidiar y vencer.
Y alzando, ofendida,
Cruzados pendones,
De osadas naciones
Domar el poder.

ELEGÍA

Á las Musas.

Esta corona, adorno de mi frente,
Esta sonante lira y flautas de oro,
Y máscaras alegres que algun dia
Me disteis, sacras musas, de mis manos
Trémulas recibid, y el canto acabe,
Que fuera osado intento repetirle.
He visto ya como la edad ligera
Apresurando á no volver las horas,
Robó con ellas su vigor al númen.
Sé que negais vuestro favor divino
A la cansada senectud, y en vano
Fuera implorarle; pero en tanto, bellas
Ninfas del verde Pindo moradoras,
No me negueis que os agradezca humilde
Los bienes que os debí. Si pude un dia
No indigno sucesor de nombre ilustre
Dilatarle famoso, á vos fue dado
Llevar al fin mi atrevimiento. Solo
Pudo bastar vuestro amoroso anhelo
A prestarme constancia en los afanes

Que turbaron mi paz, cuando insolente
Vano saber, enconos y venganzas,
Codicia y ambicion, la patria mia
Abandonaron á civil discordia.
Yo ví del polvo levantarse audaces
A dominar y perecer, tiranos:
Atropellarse efímeras las leyes,
Y llamarse virtudes los delitos.
Ví las fraternas armas nuestros muros
Bañar en sangre nuestra, combatirse
Vencido y vencedor, hijos de España,
Y el trono desplomándose, al vendido
Impetu popular. De las arenas
Que el mar sacude en la fenicia Gades,
A las que el Tajo lusitano envuelve
En oro y conchas, uno y otro imperio
Iras, desórden esparciendo y luto,
Comunicarse el funeral estrago;
Asi cuando en Sicilia el Etna ronco
Revienta incendios, su bifronte cima
Cubre el Vesubio en humo denso y llamas,
Turba el Averno sus calladas ondas;
Y allá del Tibre en la ribera etrusca
Se estremece la cúpula soberbia
Que dá sepulcro al sucesor de Cristo.
¿Quién pudo en tanto horror mover el plectro?
¿Quién dar al verso acordes armonías
Oyendo resonar grito de muerte?
Tronó la tempestad: bramó iracundo
El huracan, y arrebató á los campos
Sus frutos, su matiz, la rica pompa
Destrozó de los árboles sombríos:

Todas huyeron tímidas las aves
Del blando nido, en el espanto mudas:
No mas trinos de amor. Así agitaron
Los tardos años mi existencia, y pudo,
Solo en region extraña, el oprimido
Animo hallar dulce descanso y vida.
Breve será, que ya la tumba aguarda
Y sus mármoles abre á recibirme,
Ya los voy á ocupar. . . . Si no es eterno
El rigor de los hados, y reservan
A mi patria infeliz mayor ventura;
Dénsela presto, y mi postrer suspiro
Será por ella. . . . Prevenid en tanto
Flébiles tonos, enlazad coronas
De ciprés funeral, musas celestes;
Y donde á las del mar sus aguas mezcla
El Garona opulento, en silencioso
Bosque de lauros y menudos mirtos
Ocultad entre flores mis cenizas.

NOTICIA

DE DON LEANDRO FERNANDEZ MORATIN.

Nació en Madrid en 10 de marzo de 1760, sus padres fueron don Nicolas Fernandez de Moratin, el insigne poeta de quien ya se ha tratado arriba, y doña Isidora Cabo Conde. Formóse por sí mismo, y como á escondidas, en el gusto de la poesía, y en sus primeros estudios; y su padre que le destinaba primero á la profesion de la pin-

tura, y despues al ejercicio de la joyería, fue bien agradablemente sorprendido al ver á su hijo ganar en la Academia española el segundo premio de poesía en 1779, cuando apenas contaba 19 años de edad. Este lauro le hizo redoblar en aplicacion y en esfuerzos, y tres años despues ganó igualmente el premio segundo de poesía con la *Leccion poética*, donde ya se veía al poeta manifestar el gusto clásico y puro, y la facilidad y belleza de ejecucion con que se distinguen sus obras. Por los años de 1787 hizo un viage á Paris en compañía del Conde de Cabarrús, donde conoció y trató al célebre Goldoni, y donde acabaría de formar su gusto en el arte de la comedia, á que le inclinaba poderosamente su genio y en que tanto se habia de aventajar despues. Vuelto á España, la oda que escribió en el siguiente á la proclamacion del Señor Rey don Carlos IV le hizo mas conocido del Gobierno, que le agració entonces con un pequeño Beneficio. En el año de 790 dió *El viejo y la niña*, comedia que se representó con muchísimo aplauso, y que puso al autor en el lugar eminente de donde no se le ha visto descender despues: amenazado de ser envuelto en la desgracia que por el mismo tiempo cayó sobre su protector el Conde de Cabarrús, fue libertado del peligro por el favor de don Luis y don Manuel Godoy, entonces ya en la cumbre del favor, y que le consiguieron un beneficio considerable en Andalucía, y una pension sobre la mitra de Oviedo, con cuyas gracias pudo considerarse en aquel estado de desahogo y facultades, propio para cultivar las musas á su gusto y con indepencia. *El Café* fue dado en 1792 con igual

aplauso que el Viejo y la Niña. El autor despues salió de España á viajar de nuevo; y recorrió la Francia, la Inglaterra, la Holanda y la Italia, donde permaneció hasta el año de 96 en que regresó á España, ya hecho secretario de la Interpretacion de lenguas por su favorecedor el Príncipe de la Paz. *El Baron*, *La Mogigata*, *El Sí de las Niñas*, fueron succesivamente el fruto del estudio y agradable situacion de que el poeta gozaba desde aquella época, representadas todas con igual aceptacion que sus primeras comedias Las turbulencias que amenazaron en 1808 con la invasion de Bonaparte, acabaron con su fortuna y con su sosiego, como con los de tantos otros hombres de letras. Él siguió la opinion de aquellos que no creyeron posible la resistencia á las armas francesas: de aquí todas las vicisitudes de su fortuna, y de su residencia desde entonces ya en España, ya en Francia, ya en Italia. Vuelto á Francia, al fin se fijó en Burdeos, y últimamente pasó á Paris, donde murió en 21 de junio de 1828; y está enterrado no lejos de Moliere, cuyo imitador feliz habia sido.

Fue amigo de Jovellanos, de Forner, de Estala, de Goya, y de casi todos los hombres mas señalados de su tiempo: entre los Arcades de Roma se llamó *Inarco Celenio*.

POESÍAS

DE DON MANUEL DE ARJONA.

SONETOS.

I.

A Ciceron.

Pende en el foro, triunfo de un malvado,
La cabeza de aquel que la ruïna
Evitó á Roma, muerto Catilina,
Y padre de la patria fue aclamado.
La vé el pueblo en los Rostros conturbado,
Y un mudo horror los ánimos domina:
En los Rostros, do aquella voz divina
Fue de la libertad muro sagrado.
¡O Ciceron! si tantos beneficios
Paga tu ingrata patria de esta suerte,
¿Como espera magnánimos patricios? . . .
Mas ¿qué importa el morir? Témante ¡o muerte!
Los viles siervos del poder y vicios,
Pero el sabio ¿qué tiene que temerte?

II.

Al Amor.

Sufre las nieves, sin temer al frio,
El labrador que ocioso no pudiera

De la dorada mies cubrir su era
A la llegada del ardiente estío.
No recela el furor del noto impío,
Ni la saña del ponto considera
El mercader, que á la vejez espera
Descanso lisonjero aunque tardío.
Muger, hijos y hogar deja, y cubierto
El soldado de sangre, en suelo extraño
El honor de su afan contempla cierto.
Solo yo, crudo amor, busco mi daño,
Sin esperar mas fruto, honor ni puerto
Que un costoso y estéril desengaño.

III

El Autor á sí mismo.

Cansada nunca de tu vano intento
Corres, barquilla, el piélago espumoso,
Y tu piloto sufre temeroso
Del aquilon el ímpetu violento.
Neptuno te presenta fraudulento
Mansas las iras de su reino undoso
¡Cuitada! porque dejes tu reposo
Y luego llores del instable viento.
Al mar no vuelvas, mísera barquilla;
Acógete por fin escarmentada
Al ocio blando de la quieta orilla.
Que si á nave real, de horror cargada,
Neptuno la orgullosa frente humilla,
¡Ay! tú serás por burla destrozada.

IV.

A Albino.

Hallar piedad con llantos lastimeros
Entre los hombres Ariön intenta,
Y le es mas facil que un delfin la sienta,
Que no los despiadados marineros:
Pues rendido á sus trinos lisonjeros
Benigno el pez al jóven se presenta,
Y en su espalda la noble carga ostenta
Que arrojaron sus necios compañeros.
¡Ay, Albino! conócelo algun dia,
Ni mas el plectro con gemidos vanos
Intente ya domar la turba impía.
No se vencen así pechos humanos:
Busquemos en los tigres compañía,
Y verás que nos son menos tiranos.

CANTILENAS.

I.

Envidia tuvo Venus
De mi gentil zagala,
Y quiere que Cupido
Se apreste á la venganza.
Al punto el dios flechero
Bate las raudas alas,
Y el aire centellea
Al fuego que derraman.

El arco poderoso
Le suena á las espaldas:
El arco que á los cielos
Enciende en nuevas llamas.
Al pie de un bello mirto
Dormida encuentra á Anarda,
Y mas veloz que el rayo
Desciende á castigarla.
Ya sobre el arco fiero
Flecha cruël prepara,
Y ya la cuerda encoge,
Y ya la mano aparta.
Cuando del blando sueño
La ninfa se desata,
Y abre los bellos ojos,
Que el bosquc todo inflaman.
Atónito Cupido
Dejó caer la aljaba,
Y largo tiempo incierto
Mirándola se para.
Al fin vuela atrevido,
Y á la pastora abraza,
Y en ojos, boca y pecho
Sus labios embalsama.
Y del materno mirto
Tejiendo una guirnalda,
Las sienes hermosea
De la pastora ufana.
¿Es este, dios altivo,
Tu enojo contra Anarda?
¿Tus iras y furores
Una beldad desarma?

Si asi tus bellos ojos
Al mismo amor encantan,
¿Qué harán, zagala mia,
Qué harán ¡ay! en mi alma?

II.

Por el espeso bosque
Flérida discurria
De la casta Diäna
Siguiendo las fatigas.
Mas ¡ay! que de repente
Una víbora impía
En la nevada planta
Horrenda muerte inspira.
Vuelan á su socorro
Las asustadas ninfas;
Mas no se halla en el bosque
Antídoto á su herida.
Solo encontró una de ellas
Con el zagal Amintas,
Discípulo de Apolo
En canto y medicina:
Amintas que abrasado
Por Flérida suspira,
Y, su rigor temiendo,
El fuego oculto abriga.
Préstale amor sus alas,
Y ante los pies se humilla
De la zagala hermosa,
Hermosa cuanto esquiva.
Y al Dios que en Delos reina

«Si de los dos (decia)
«Ha de morir alguno,
«Que mi adorada viva:
«Y que el veneno pase
«Al pecho de su Amintas,
«Que con mayor veneno
«Callado amor fatiga."
Dice, y el labio amante
Al pie llagado aplica,
Por mas que horrorizada
Flérida le retira.
Mas cuando ácia su albergue
Ya sana se encamina
De mas cruël dolencia
Se siente acometida.
Del atrevido jóven
Se acuerda compasiva,
Se duele generosa,
Se prenda agradecida.
Por su dudosa suerte
Inquieta noche y dia,
La muerte ya le agrada
Sin quien le dió la vida.
Él vive, y por Crisea
De Flérida la amiga;
El fortunado anuncio
Recibe de su dicha.
Amantes venturosos
Que ya himeneo liga
Con lazos de contento,
Gozaos en mil caricias.
Y tú, Flérida, sabe

Lo que aun ignora Amintas;
Que de víbora falsa
Gemiste acometida.
Amor, amor ha sido
El que tu pie lastima,
En forma disfrazado
De fiera sierpecilla.
Amor, que allá en el soto
De tu querido Amintas,
Llorando tu dureza,
Oyó sonar la lira;
Y tanto le agradára
La plácida armonía,
Que le juró en su pecho
Tu rápida conquista.
Amad, jóvenes bellas,
Amad, amad la lira;
Pues aun Cupido mismo
Se rinde á sus delicias.

III.

A Fílida.

Viendo el amor los males
Que sus heridas causan,
Airado mas que pio
Tira el arco y la aljaba.
Detras de unos rosales
Fílida lo repara,
Y luego se apodera
De las divinas armas.

Fílida que se atreve,
Altiva de sus gracias,
A disputar á Venus
El imperio y la fama.
El yerro amor advierte
De su piedad incauta,
Y ser él mismo espera
Víctima desgraciada.
Y solo algun remedio
A sus temores halla,
Estableciendo un pacto
Con la gentil zagala:
Que ella el arco volviese,
Pero que amor quedara
A Fílida sujeto,
Su nueva soberana.
Fílida, pues su reina
Amor ya te declara,
Por diosa yo te adoro
Rendida ante tus aras.
Serás, Venus del Bétis,
Retrato de la Idalia,
Pues la beldad te sobra,
Y la piedad te falta.

IV.

El amor noble.

Quien en tu semblate hermoso,
Quien en tu noble mirada
Con respeto no se agrada,
No sabe lo que es amar.

Noble y bella como el cielo,
Como él arrobas y encantas:
No son perfecciones tantas
Para un amador vulgar.
Engendra el prado florido
Emociones deliciosas,
Cuando de lírios y rosas
Se corona su verdor.
Pero la altiva montaña
De erguidos cedros vestida,
Con mayor placer convida
Al suspenso espectador.
Asi, Aurelia, tu hermosura
Mis afectos señorea,
Y mi corazon se emplea
Solamente en respetar.
En sí mi amor satisfecho,
No anhela por otra suerte
Que la de adorarte y verte,
Y de inmolarse en tu altar.
Yo á desafiar me atrevo
A una seña tuya solo
La eterna nieve del polo,
Y el fuego del ecuador:
Al golfo mas irritado,
A la borrasca mas fiera
Por servirte no temiera;
Que á nada teme el amor.
¡O si me fuera posible
Hurtar el néctar sagrado,
Que el bello jóven robado
Ministra al Rey celestial!

¡Cuál osando arrebatarle
En tus labios le pusiera,
Y, *Aurelia mia*, dijera,
Por mí serás inmortal!

V.

Al nacimiento de una niña
en 1807.

Levanta de las ondas
La frente, o Manzanares,
Y deja de tus ninfas
Los cantos y los bailes;
En tanto que te anuncio,
De Apolo dulce vate,
La aurora refulgente
Que á tus orillas nace:
Aurora de las glorias
Que lloverá á tu margen,
A ruegos de su Palas
El soberano padre.
Tus cándidas Napeas
Al canto se consagren
De la que honor un dia
Será de nuestros lares.
En fin el hado quiso
Que Poliön traslade
En la feliz Corila
Su venturosa imagen.
Mírala tú ¡o Lucina!
Con plácido semblante,

Que en ella victorioso
Tu Apolo ha de gloriarse.
Por ella es disipada
La nube impenetrable
Que en la afligida Iberia
Perpetuo horror esparce.
Por ella las alturas
Ya vence de los Alpes,
Eráto fugitiva
Al bosque de Soracte.
Por ella al alto Genio
Sus hojas rinde Dafne,
Y luce sobre todas
Su estrella mas brillante.
¡O tiempo alegre! cuando
En luchas agradables
Las liras españolas
Tus gracias mil ensalcen.
Y mas que Filomena,
Corila, tú suäve
Del Pindo á la alta cima
El ánimo arrebates.
Volad precipitados,
Volad, volad, instantes:
Que lejos ¡ay! os miro,
Momentos celestiales.
Y tú, Corila sábia,
Corila á Jove amable,
Cuando al dulce himeneo
El cuello sujetáres,
No des á los ministros
Del pavoroso Marte

La bella mano en premio
De horrores y desastres.
Que Marte en las legiones
Mortal furor derrame,
De sangre enrojecido
El eje fulminante.
Ni admitas á tus gracias
De Témis los secuaces,
Por mas que de sus leyes
Los reinos se levanten.
A Minos entre hierros
Tú deja que retraten;
Y á tí prision mas digna
De tu virtud enlace.
Alumna de Pimpleo
Sus glorias solas ames,
Sus glorias, del Olimpo
Delicias inmortales.
Cantores de Aganipe,
No ya guirnalda frágil,
Corila misma es premio
De quien mejor la cante.
¡Siquiera, avaras parcas,
Mi débil hilo alcance
A ver los dulces dias
Que el hado ya nos trae!
Y yo diré á Corila,
Cantor divino Trace,
Tan bien que te venciera,
Y á Lino, si cantase.
Tan bien que al Dios de Arcadia
Venciera en el certamen,

Si ya la Arcadia misma
Las luchas sentenciase.
Sí, Poliön: que Febo
No inspira ardor que iguale
La llama que en Corila
Me inspirára tu imagen.

IDILIO.

El ara de Roselia.

Al tiempo que la aurora rubicunda
En busca del esposo malhadado
En argentadas lágrimas inunda
El alto monte y el humilde prado,
Roselia hermosa, en soledad profunda
El rostro de tristeza marchitado,
En llanto con la aurora competía,
Y en llanto y en belleza la vencía.

Mueve el aura ligera sus cabellos
Sin órden por los hombros esparcidos,
Y á la amargura de sus ojos bellos
Responde el sordo bosque con gemidos:
Bajan los lirios los altivos cuellos,
Del pesar de su ninfa doloridos,
Y asiendo el ceñidor, que suelto ondea,
Mírala Amor, y en verla se recrea.

Y aquel de dura piedra dios formado,
¡O de madre crüel mas crüel hijo!
Viendo el tinte de rosa desmayado
Al lento embate del dolor prolijo,

Por la primera vez lloró apiadado,
Y á la pastora sollozando dijo:
«¿Por qué lloras, Roselia? ¿quién aleve
Tu tierno pecho á maltratar se atreve?
»Yo no te he herido, hermosa: que mi mano
A golpe tan atroz no se ha atrevido;
Mas si fue tan dichoso algun humano
Que de tu amor triunfára sin Cupido,
No llores mas ¡o pastorcilla! en vano,
Que luego aquí te invocará rendido,
Y al fuego de tu amor nuevas centellas
Haré verter al sol y á las estrellas."
A cuya compasion inesperada
La vista inclina la zagala hermosa,
Y lanzando una lánguida mirada,
De Amor la mano estrecha temerosa:
Y «no (le dice) de tu harpon tocada
Me ves, divino Niño, asi llorosa;
Mas el rigor del inclemente hado
De toda mi ventura me ha privado.
Cual un rayo ¡infeliz! del crudo averno
Salió la muerte, y me robó en un dia
Un caro padre y un hermano tierno,
Sola familia y esperanza mia:
Y pues ya condenada á llanto eterno
Me quiere en tal rigor la parca impía,
Mísera, desolada y sin arrimo
Mi suerte cumplo, y sin consuelo gimo."
«Pastorcilla inocente, Amor le dice:
¡Qué pronto curaré tu desventura!
Antes que el sol al declinar matice
Las nubes de su varia bordadura,

De Licon en el tálamo felice
Te inundará, zagala, la dulzura:
De Licon, que en riqueza y gallardía
Goza deste confin la primacía."
  Dice, y resplandeciendo en lumbre viva
Sublime vuela entre la tierra y cielo,
Como tal vez exhalacion estiva,
Que en roja y blanca luz borda su vuelo:
Ya sobre el soto de Licon arriba,
Que cazando vagaba sin recelo,
Y un dardo envuelto en fuego le dispara,
Que al brillo del relámpago igualára.
  Súbito á la memoria se presenta
Del bello jóven la infeliz pastora,
Y una inquieta piedad experimenta
De amor mas dulce, dulce precursora:
Crece la oculta llama, mas violenta
Cuanto la causa del ardor ignora;
Y sin saber que amor ya le domina,
En busca de su amada se encamina.
  Guia el amor sus pasos: y ¡qué ciertos
Los pasos siempre son que el amor guía!
Camina alegre, y los vecinos huertos
Con miradas solícitas espía:
Luego le finge engaños encubiertos
Su trémula y bullente fantasía:
En fin, mira á su amada, y se retira,
Y otra vez vuelve, y otra vez la mira.
  Mira el desmayo del semblante hermoso,
Y la desgracia en él mira pintada,
Y la centella de su amor piadoso
Ya brota en claras llamas exaltada:

Ya se conoce amante ; y victorioso
Amor le hace postrarse ante su amada,
Y del amor brillándole el semblante
Solo dijo «Roselia, soy tu amante.»

Ella mas admirada que amorosa
La vista en él fijó, cuando Cupido
Un beso imprime en la garganta hermosa,
Que de ligero fuego va embebido:
Torna al labio el carmin, la leve rosa
A las mústias mejillas ; ya encendido
Se le dilata el pecho, y son estrellas
Las dos antes nublosas luces bellas.

Venciste, amor, y en brazos de himeneo
Roselia con Licon se goza unida :
Vuelan las negras penas al Leteo,
Y alza un ara al amor, do el Dios de vida
Ciñe en lazo de rosas por trofeo
Un mundo, y esta letra allí esculpida:
«Amor es solo ¡o míseros mortales!
Solo amor es remedio á vuestros males.»

ODA

La diosa del bosque.

¡O, si bajo estos árboles frondosos
Se mostrase la célica hermosura
Que vi algun dia de inmortal dulzura
Este bosque bañar!

Del cielo tu benéfico descenso
Sin duda ha sido, lúcida belleza:
Deja, pues, diosa, que mi grato incienso
Arda sobre tu altar.

Que no es amor mi tímido alborozo,
Y me acobarda el rígido escarmiento,
Que ¡o Piritöo! condenó tu intento,
Y tu intento Ixïon.
Lejos de mí sacrílega osadía:
Bástame que con plácido semblante
Aceptes, diosa, á mis anhelos pía,
Mi ardiente adoracion.
Mi adoracion y el cántico de gloria
Que de mí el Pindo atónito ya espera:
Baja tú á oirme de la sacra esfera
¡O radiante deidad!
Y tu mirar mas nítido y süave
He de cantar, que fúlgido lucero;
Y el limpio encanto que infundirnos sabe
Tu dulce magestad.
De pureza jactándose natura,
Te ha formado del cándido rocío
Que sobre el nardo al apuntar de estío
La aurora derramó;
Y excelsamente lánguida retrata
El rosicler pacífico de mayo
Tu alma: Favonio su frescura grata
A tu hablar trasladó;
¡O imagen perfectísima del orden
Que liga en lazos fáciles el mundo;
Solo en los brazos de la paz fecundo,
Solo amable en la paz!
En vano con espléndido aparato
Finge el arte solícito grandezas:
Natura vence con sencillo ornato
Tan altivo disfraz.

Monarcas, que los pérsicos tesoros
Ostentais con magnífica porfia,
Copiad el brillo de un sereno dia
Sobre el azul del mar:
O copie estudio de émula hermosura
De mi deidad el mágico descuido;
Antes veremos la estrellada altura
Los hombres escalar.
Tú, mi verso, en magnánimo ardimiento
Ya las alas del céfiro recibe,
Y al pecho ilustre, en que tu numen vive,
Vuela, vuela veloz;
Y en los erguidos álamos ufana
Penda siempre esta cítara, aunque nueva;
Que ya á sus ecos hermosura humana
No ha de ensalzar mi voz.

ODA

Á la natividad de nuestra Señora.

Si alguna vez del cielo
Mi espíritu encendió llama sagrada,
Y giró en presto vuelo
Mi mente sobre el viento arrebatada,
Hoy aliento mas pio
Baña en celeste ardor el pecho mio.
No tu númen imploro,
Moradora profana de Helicona;
La que en celeste coro
Ciñe de estrellas inmortal corona,

Amorosa ya inspira
Divino fuego á mi templada lira.
  Por la anchurosa tierra
El eco vuele de mi alegre canto
Á quien vence sin guerra
Y al orco lanza el congojoso llanto:
Del ocaso al oriente
Su triunfo aplauda la cautiva gente.
  Ved, mortales, la aurora
De ventura y salud, que sin mancilla
Nace ya precursora
Del Sol divino: como al Indo brilla
Tierna luz, centellea
En las floridas cumbres de Judéa.
  Cual mísero piloto
Que cercado de horror en noche oscura
Al ímpetu del Noto
Juzgó su vida y nave mal segura,
Con gozo repentino
Ve quieto el mar y el cielo cristalino:
  Tal os nace gloriosa
La que el excelso formador del cielo
Escogió por esposa
Cuando bordaba el estrellado velo,
Y en eterna armonía
La fábrica del orbe disponia.
  Cuando al sol adornaba
Los vivíficos rayos, y el lindero
Su diestra señalaba
Á las hinchadas olas del mar fiero,
Ya su présaga mente
En ella se gozaba dulcemente.

Por su reina la aclaman
Formándole diadema las estrellas,
Y de su luz se inflaman
Despidiendo de amor blandas centellas:
Raudales de contento
Inundan el lumbroso firmamento:
Y dimanando al mundo
Grato destello del celeste gozo,
Yace en placer profundo
El mortal soñoliento de alborozo,
Que en gozar embebido
De sí mismo reposa en el olvido.
Tal plácido arroyuelo
Se desliza entre cándidas arenas,
Dando frescor al suelo;
Y con luces que al sol copia serenas,
Brilla graciosamente
El oro en su pacífica corriente.
Sus furores mitiga
El alterado golfo; y su riqueza
Largamente prodíga
Con mas fecundidad naturaleza;
Y manan los collados
En arroyos de nectar desatados.
Rie el prado, y de flores
Súbito en bella pompa se enriquece:
A sus tiernos olores
El aura en dulces besos se enardece;
Y muestran á porfía
Cielos, mares y tierra su alegría.
Solo el rey del averno
Serpentea con hórridos bramidos,

Que del dolor eterno
Rotos vé ya los vínculos temidos,
Y al fuerte impulso abiertas
De horrendo bronce las inmensas puertas.
  Y mas al mirar gime
Patente ya la célica morada
Y que airado no esgrime
El serafin flamígero la espada;
Que nuevo Eden de vida
A delicias sin término convida.
  Mas ¿dónde, lira mia,
Dónde tu dulce admiracion te lleva
Deja ya la osadía
Que á extraña de un mortal region te eleva;
Y en humilde reposo
De amor goza el silencio delicioso.

ODA

Á la Memoria.

Hija del cielo, bella Mnemosina,
Que de Jove fecunda
Diste la vida á Clio en la colina
Que eterna fuente inunda;
  Si ya algun dia te adoré en el ara
Que el pincel sobrehumano
Del vencedor de Apeles te elevára
En el jardin Albano;
  Báñame ¡o diosa! en tu esplendor risueño
Que abrasa y no devora,
Y, rico de tu don, mire con ceño

Cuanto Creso atesora.
  Tú, diosa, de purísimos placeres
Aurora eres divina:
Tú en las desgracias y tristezas eres
Celeste medicina.
  Por tí se goza el adalid dichoso
En su pasada gloria,
Y bajo sus laureles orgulloso
Vé durar su victoria.
  Por tí el amor sus triunfos eterniza,
Y en lazo permanente
Aprisiona el placer que se desliza
Cual rápido torrente.
  Por tí á los campos vuelo de la aurora,
Y el Indo nacer miro,
Y á par de la cuadriga voladora
Por cielo y tierra giro.
  Tú, la muerte venciendo y las edades,
Reengendras las acciones,
Y nuevo lustre al esplendor añades
De gloriosos varones.
  Tú á los llanos de Egipto me arrebatas,
Del saber clara fuente,
Y sus altas pirámides retratas
A mi atónita mente.
  Allá tu gloria, Salamína, veo:
Tu campo allá se ufana,
¡O Maraton! con el felíz trofeo
De la fuerza persiana.
  Ya escucho al vencedor de Trasimena,
Y á tí por quien Cartago
Vió trasladar á la africana arena

De Canas el estrago.
 Ilustres héroes, de mi patria gloria,
Aun hablais; y al oiros
Del pecho lanza vuestra fiel memoria
Tristísimos suspiros.
 Haz que mi nombre al número glorioso
Eternamente unido,
En ecos de la fama victorioso
Burle el innoble olvido:
 Y brille ¡ó diosa! en tu marmóreo templo
Donde mi Elisio brilla;
Elisio á todos celestial ejemplo
De virtud sin mancilla.
 ¡Ah! yo, si bien en su ribera ardiente
El Niger me tuviera,
Sonar tu nombre, Elisio, eternamente
Sobre mi lira hiciera.
 Y allí fuera feliz; que si temores
Siempre al inicuo oprimen,
Siempre colmas, ó Diosa, en tus favores
Á un corazon sin crímen.

ODA

Á la Nobleza española.

Si mi dolor ¡o patria! si mi llanto
Tu perdido poder bastára á darte,
Ceñida luego del laurel de Marte
Te contemplára el orbe con espanto:
Mas, si negado fué tal poderío
Al triste llanto mio,

Dame siquiera ¡ o númen de la gloria!
Renovar altamente la memoria
Del claro honor que iluminó algun dia
Los venturosos fastos de la España.
Quizá el claro esplendor de tanta hazaña
Deshaga el hielo vil que la osadía
De los hijos del Ebro ya aprisiona,
Nacidos para asombro de Belona:
Belona, cuyo templo aun adornado
¡ O grande Hesperia! ves de tus blasones;
Cuyos muros aun muestran los pendones
Que el orbe todo veneró postrado.
Aun ves de tus dos mares las arenas
De mil rotas entenas
Cubrir al soplo airado de los vientos
Lanzados por el golfo los fragmentos:
Y del furor de nuestros padres vivo
Solo el nombre restar de dos Cipiones:
Y cuando en el valor de sus legiones
Plegar se jacta el Capitolio altivo
Á sus leyes el mundo, su arrogancia
Y su ejército muere ante Numancia.
¡ O patria! yo te admiro cuando en vano
Ciñó seis veces el ardiente acero,
Y postrado yació de un bandolero
En tus campañas el poder romano.
Ó ya cuando aterró con propio estrago
Al héroe de Cartago
De Roma la aliäda mas gloriosa;
Ó cuando el gran Pompeyo apenas osa
Contener al proscrito que te guia.
¡Despues de cuantos lutos, o Senado,
Tarde el laurel por el ciprés trocado,

Por tí Octavio clamára « Iberia es mia!
»La primera provincia á mí agregada,
»La postrera de todas subyugada."
  Y á tí, de Agar altivo descendiente,
Que, la arenosa cuna abandonando,
Tu dominio y tu error vas igualando
Al giro de los mares de occidente,
¡Ay! á España te llama facil Marte,
¡Incauto! por burlarte;
Do las Navas caër tus fuertes vean
Que con sus rotos huesos aun blanquean;
Y en sangre rojo el campo del Salado,
De tu ignominia eterno monumento,
Ya cercano te anuncie el vencimiento,
Solo por tantos siglos dilatado
Para que en Asia y África pregones
De la España los ínclitos varones;
  Y digas cómo el fúlgido estandarte
De la victoria enarboló Pelayo,
Y la nube que encierra el fiero rayo
De los montes empieza á amenazarte:
Y como de las árabes cuchillas
Ya libres las Castillas,
Son sus muros los montes Marïänos:
Hasta que entregas las cautivas manos
Al héroe santo que vencido adoras,
Aunque por él los fértiles collados
De Turdetania arrebatarte lloras:
Y tu postrer anhélito en Granada
De otro Fernando falleció á la espada.
  Entonces, ¡o virtud! del alto cielo
Con mano liberal tus sacros dones
Derramaste en los claros campeones,

Ultima gloria del hispano suelo:
Se estremeció la Europa, y casi esclava
Sus pueblos ya enviaba
Bajo el yugo español; mas al domarlos
Faltó á Filipo el ánimo de Cárlos.
Entonce un Dios en ignorado mundo
Á Pizarro y Cortés rindió sus puertas
Y la luz viste, América; y abiertas
Las hondas venas, que en ardor fecundo
De preciado metal adorna Febo,
Reinó en dos mundos quien reinó en el nuevo.
Tú, Belgio, funeral region de espanto,
Tumba fuiste á tan alto poderío:
En tu campo ¡ o dolor ! se apagó el brio
Que elevó al español á imperio tanto.
¿Dónde está tu altivez ¡ o patria amada!
Que otro tiempo cercada
De aquella siempre indómita nobleza
Cual desde muro de inmortal firmeza
Burláras los contrarios escuadrones?
Entonces solo sin vergüenza pudo,
Rojo en sangre enemiga el fuerte escudo,
Del valor ostentar los galardones;
Y eterna execracion fué prometida
Al que no supo despreciar la vida.
Ya tu nobleza al lujo abandonada
Fiera de un vano honor, de oro sedienta,
Cual mercenaria á Marte se presenta,
Con laurel otra vez solo premiada.
¡ Sangre del vencedor de Garellano,
Y del que sobrehumano
Dió acero contra el hijo! arde y derrama

En tu progenie del honor la llama.
Así al leön altivo breve injuria
Tal vez la selva vió sufrir; mas luego
Sacude el cuello, ruje, vivo fuego
Lanza la atroz mirada, y en su furia
El bosque reconoce amedrentado
De su rey el valor nunca postrado.
  Arded por gloria, gremio esclarecido;
Buscad, jóvenes claros, los combates;
Y el pueblo os seguirá, que á los magnates
En vicio y en virtud siempre ha seguido.
Asi el que rije el fulminante carro,
Competidor bizarro
De los rayos del Rey del firmamento;
Y el que agita al bridon, hijo del viento,
Y el infante que en orden arrojado
Dá y recibe la muerte; y el que humilla
Al ponto airado en victoriosa quilla,
Te harán preciada al Támesis nublado,
Te harán temida al Ródano profundo,
Te harán ¡o patria! adoracion del mundo.
  Vosotras ¡oh! por el solar hispano,
Sombras heróicas, encended el brio,
Que el fuerte macedon en marmol frio
Inspirar supo al dictador romano.
Amor de gloria al español se cante
En la cuna ondeante:
Amor de gloria, que llevó algun dia
El terror de su augusta Monarquía,
Lance la esposa de su dulce gremio
Á quien de amor cobarde pida el premio,
Desguarnecida de laurel la frente.

Heredero de un nombre de victoria,
¡ O ! ¡ vuélvele, español, su antigua gloria!

ODA

En la muerte de Cárlos III.

¿ Adónde ¡ o musa ! de tu soplo ardiente
Inflamada la mente
Arrebatarme siento
En furor soberano?
Lejos, vulgo profano ;
Que ya en mí espira el celestial aliento
Del que crinado
De oro cendrado
En mas fogosa luz los cielos dora
Que la luz de la aurora.
Ya de Helicón á la elevada cima
Mi vuelo se sublima :
Ya del fulgor divino
El ánimo asaltado,
El arcano sagrado
Vá á penetrar del eternal destino.
Sobre la altura
De Cinosura
Llevado en raudas alas me remonto
Sin recelo del Ponto.
Coutra la avara fuerza del Leteo
Mi nombre ilustre veo
Que los siglos trasciende.
Tú pues, celeste Clio,
Del monarca mas pio

En verso digno la alabanza emprende.
Y vos ¡o bellas
Pierias doncellas!
Mis acentos guiad, que ya deshecho
Arde en furor el pecho.
Así en Délfos la sacra Pitonisa,
Tal vez rogada pisa
La trípode dorada;
Y del rayo potente
Hervir turbado siente
El pecho virginal, cuando inflamada
Del vivo fuego
No halla sosiego,
Y en torva vista y ronca voz pronuncia
Lo que Febo le anuncia.
No me engaña el gran númen: de él llevado
Penetro arrebatado
Las célicas esferas,
Donde á Jove tremendo
En su trono estoy viendo
De los dioses cercado, y placenteras
Todas las diosas,
Brillar hermosas,
Y resonar en torno el alto polo
La cítara de Apolo;
Del claro Apolo, que de luz ardiente
En veste refulgente,
El sacro triunfo canta
De Cárlos, que al ibero
Deja digno heredero,
Y del empíreo con gloriosa planta
Huella la cumbre,

Do con la lumbre
De sus virtudes tanto resplandece
Que á Titan escurece.
«Salve ¡o tú! (dice) que al olimpo alzado,
»Mereces fortunado
»Del Rey á quien honora
»El alto firmamento,
»Que en celestial contento
»Se goce el cielo, cuando España llora.
»Salve, y radiante
»La sien triunfante
»Orna feliz en la region suprema
»De mas regia diadema.
»Ya se adelanta tu celeste esposa,
»De hallarte deseosa,
»Que de nietos ceñida
»Y el que á anunciarle vino
»Tu próximo destino,
»Tardo te llama, de tu amor ardida.
»En mas estrecho
»Lazo su pecho
»Al tuyo se unirá, sin que de Cloto
»Tema ser nunca roto.
»Mas vuelve en tanto paternal mirada
»A Hesperia desolada;
»Hesperia cuyo duelo
»El gozo apenas templa,
»Cuando ya te contempla
»En mejor solio trasladado al cielo.
»Alzar las manos
»Vé á los hispanos;
»Cuál hasta olimpo su gemir levanta,

»Y cuál tu gloria canta.
»El tiempo se apresura, en que invocado
»Sobre altar elevado
»Nuevo númen de España,
»Cante el himno de vida
»El que hora en tu partida
»Con tierno lloro su sepulcro baña.
»El peregrino
»Largo camino
»Vence por tí, y el que en Egipto mora,
»Y el que Libia colora.
»Con mas vivo esplendor tu gloria entonces
»Entallarán los bronces.
»Ya cuando de diamante
»El pecho guarnecido,
»Todo en sangre teñido,
»Mavorte vió tu brazo fulminante
»Blandir su acero,
»Mientras severo
»Los desbocados potros agitaba
»Que Tesifon guiaba:
»Y tremolada al viento la bandera,
»Tronó su trompa fiera;
»Y la implacable guerra
»Que al germano movia
»Sus odios extendia
»Por el turbado giro de la tierra:
»Cuando á su saña
»Opone España,
»Bajo sus rojas cruces, escuadrones
»De intrépidos leones.
»Viérate allí, la diestra levantada,

»Vibrar la ardiente espada
»Italia temerosa:
»Ya en Palermo triunfando,
»Ya el golfo dominando,
»A quien Cayeta nombre dio gloriosa,
»Cual caña leve
»Cuando conmueve
»Euro los montes de su eterno asiento,
»Rendido en un momento.
»Ó ya cuando por áspero camino
»Las nieves de Apenino
»Nuevo arnés te labraron;
»Ó en el asalto horrendo,
»Do no desfalleciendo,
»Cuando Marte y Belona te olvidaron,
»Al enemigo
»Duro castigo
»Díste en Veletri, que en infame huida
»Vió su astucia abatida:
»Ó en el carro de Marte glorioso
»Cuando ya victorioso
»Te dió el cetro negado
»Parténope rendida;
»Ó cuando en tu partida
»Voz de dolor el pueblo conturbado
»Al cielo envía,
»Y en su porfia,
»Necio de amor, contrarrestar quisiera
»Del hado la carrera.
»Y dilatando tu feliz imperio
»Á uno y otro hemisferio,
»De Jano el templo santo

»Cerraste. La sagrada
»Frente luego cercada
»De oliva y rosas, y de blanco manto
»La paz vestida,
»Restablecida
»Entonces fuera á tu imperioso acento
»En su turbado asiento.
»Ó bien cuando las selvas trasladadas
»Á las ondas airadas,
»Triunfadoras domaron
»Los reinos del potente
»Señor del gran tridente,
»Y al Caledonio déspota enfrenaron.
»El mercadante
»Desde Levante
»Libre goza el camino hasta do mora
»Quien fiel al sol adora.
»Y el labrador, que á Ceres ya no clama,
»Y en su altar no derrama
»La leche, miel y vino,
»Ni á su imágen amiga
»Ciñe dorada espiga;
»El recental á tu favor divino
»De su rebaño
»Dará cada año,
»El tiempo refiriendo en que ensalzado
»Por tí fué el corvo arado.
»Del Permeso las sacras moradoras
»Con cítaras sonoras
»Por tí restituïdo
»Su imperio en todas partes
»Dirán: y ciencias y artes

»A tí el honor darán por tí adquirido:
»Y cada dia
»Nueva alegría
»Recibirá en tu gloria el firmamento
»De tenerte en su asiento."
Dijo; y brilló de nuevo mas lumbroso:
Al mortal venturoso
El padre omnipotente
De sagrada ambrosía
El cabello rocía:
Y afirmando el anuncio, la alta frente
Suave inclina;
Y su divina
Fuerza el olimpo atónito sintiendo
Tembló con fuerte estruendo.

NOTICIA

DE DON MANUEL MARIA DE ARJONA.

Nació en Osuna en 12 de junio de 1771, y estudió en aquella universidad y en la de Sevilla la filosofía, jurisprudencia civil y canónica, recibiendo sus grados en estas facultades. Fué luego colegial del mayor de Santa María de Jesus de Sevilla, doctoral de la Real Capilla de San Fernando de esta ciudad, y canónigo penitenciario de la Catedral de Córdoba. Su instruccion en los idiomas sabios, especialmente en el griego, su talento y aficion para las humanidades y otros ramos de literatura, le abrieron entrada en casi todos los cuerpos lite-

rarios de estos pueblos y en algunos de la corte: en Sevilla fué uno de los mas estimables individuos de la Academia de Letras humanas, de que daremos noticia adelante; en la cual leyó gran parte de los versos que publicamos. En 1797, siendo doctoral de la Capilla de San Fernando, acompañó al Señor Arzobispo de Sevilla don Antonio Despuig y Dameto en su viaje á Roma, y fué nombrado por la Santidad de Pio VI su capellan secreto supernumerario. Murió en Madrid á 25 de julio de 1820. Ha dejado inéditas muchas poesías y memorias académicas sobre Humanidades, Historia Eclesiástica y Derecho canónico, la *Historia de la Iglesia Bética*, y una defensa é ilustracion latina del Concilio Iliberitano.

POESÍAS

DE DON JOSEF MARIA ROLDAN.

ODA

A la venida del Espíritu Santo.

¡Qué divino esplendor el alto cielo
En viva luz enciende!
Arde Olimpo: la llama brilladora,
Cual lluvia desparcida, en presto vuelo
Por las auras sonora se desprende.
De ardientes globos se corona el muro
De Salén y Siön: las cimas dora
A Palestina infiel su fulgor puro.
Canta ¡ o mi lira ! tu sublime acento
Penetre la alta esfera:
Himnos canta á Jehová vivificante,
Que hoy de los cielos baja en raudo viento
Y resonante llama. Su carrera
Anduvo sobre el trueno y torbellino:
De ciencia y vida, y de valor triunfante
Llenó el orbe su espíritu divino.
«Murió, dijo Salén: fenezca el nombre
»De ese Cristo fingido.
»Su grey perezca: cual arista leve
»Al fuego puesta acabe su renombre."
¡Contra el Santo, Siön! El cuello erguido

Sinedrio alzó y la voz ; y nuevo ensayo
Dicta contra el Excelso. ¡ Y el aleve
Asi provoca el vengativo rayo!
Mas ¿quién contra Jehova? Del alto trono,
Do con diestra extendida
Sacó los orbes de la oscura nada ,
Vió de Moria la cumbre ; el fiero encono
De sus príncipes vió. Despavorida
La humilde grey se oculta y enmudece.
Vióla el potente Dios , y desvelada
La faz , en dulce lumbre resplandece :
Lumbre que eterno amor vierte inflamado
En el inmenso seno ,
Y el esplendor de su semblante aviva.
Depone el rayo en su furor alzado ,
Y al gremio triste inclina el rostro lleno
De ternura y amor. «Pequeña grey ,
»Alienta , dice , y triunfa : eterno viva
»Tu nombre , esposa fiel del almo Rey.''
Habló el Padre , y del pecho viva llama
Súbito nace fuera ,
Y el ancho cielo llena de ambrosía.
Sereno el viento de su luz se inflama ,
Y la tierra en mil brillos reverbera.
Arde de Pedro la mansion dichosa
En vellones de luz. ¡Salén impía!
¡Ay! solo cegó á tí su lumbre hermosa.
Las vírgenes en gozo arrebatadas ,
Del hondo pecho herviente
En fuego celestial , sacros loores
Al alto númen cantan inspiradas.
El ternezuelo niño balbuciente

Refiere su vision al justo anciáno;
¡Feliz! que ya penetra sin errores
De la salud del mundo el grande arcano.
En medio la infiel turba alzado Pedro
Ensalza la victoria
Del ungido de Dios, y cual vencida
Yace la fiera parca, y torna arredro
Su descarnada faz. Dice la gloria
Del que sentado en la celeste cumbre
De Empíreo, igual al Padre, nueva vida
Manda á su pueblo en fulgurante lumbre.
¡Cual su lenguage, o Dios! Oyóle el griego,
Y en sones no aprendidos
Los misterios entiende, que el linage
Maldice de Jacob, en ira ciego:
Le oyó el romano; oyóle el que floridos
Los prados huella del Ofir arabio:
Y el orbe entero al Dios rinde homenage,
Que anuncia en lenguas mil el sacro labio.
Mas ¿quién surca los plácidos raudales
Que vierte en onda pura
Sonoroso el Jordan? Prole divina
Nace al mundo entre gozos celestiales
Reengendrada en sus aguas. Del altura
Nueva Salen desciende: allí el Inmenso
Nuevos altares á su honor destina,
Do mas puro se eleve el grato incienso.
Del culto impío las sangrientas aras
Yacen en vil escoria.
No ante Moloc en holocausto horrendo
Hiere con filo atroz víctimas caras
El hombre; de Jehová y su viva gloria

El eterno esplendor es sacrificio:
Es la víctima ya, que al Dios tremendo
El rostro airado tornará propicio.
¿Quién de Marte los bárbaros pendones
Plegó en paz deliciosa?
Alzó Pedro la cruz, y el Vaticano
Paz clamó: en tierno lazo las naciones
Se estrechan abrazadas. *Paz*, gozosa
La tierra en derredor; *Paz*, de su asiento
El mar resuena: el Padre soberano
Paz y *hermandad* grabó en el firmamento.

ODA

A la Resurreccion de Jesucristo.

Yacía envuelto en polvo y sangre yerta
Bajo la losa fria
El Santo de Israel, el pecho herido.
La temblorosa faz de horror cubierta,
Triste el mundo gemia
En densa niebla y en temor sumido:
En medio la alta cumbre
Doliente el sol oscureció su lumbre.
La despiadada muerte poderosa,
Blandiendo su guadaña,
Con la divina sangre ya teñida,
En torno del sepulcro silenciosa
Gira con fiera saña,
Y el humanal linage, envanecida,
Con ponderoso hierro
En pena arrastra del antiguo yerro.
Mas Jehová de esplendores inmortales

En densa luz velado,
Del alto empíreo en el supremo asiento,
Do sustenta del orbe los quiciales,
Y el curso arrebatado
Fija á los astros su imperioso acento;
Habló con voz tonante,
Que sonó de la aurora al mar de atlante.
«¿Y vencerá Luzbel? ¿El pueblo insano
(Dice) del inocente
El nombre ha de borrar? ¿el almo nombre
Que el firmamento adora? No; que en vano
Contra el brazo potente
Osó el abismo. Triunfará, y el hombre
De antigua tiranía
Será de hoy libre: la victoria es mia."
No encendido tan súbito en la altura
Globo de luz brillante,
Por el aire en la noche se desprende,
Cual del padre Abrahan la mansion pura
El ánima triunfante
Rápida deja y el sepulcro hiende.
Síguela el coro santo
Que anheló su venida en largo llanto.
La oscura tumba en célicos fulgores
Se inflama: nueva vida
El pecho sangrentado hinche glorioso,
Y el rostro baña en cándidos albores.
Se alzó. y en voz subida
Vencí dice: y con eco armonioso
Tierra y mar resonaron,
Y del orbe los polos retemblaron.
«Vencí. Del cielo las eternas puertas

Con planta venturosa
El humano entrará. Satán impío
Logró en vano con artes encubiertas
La estirpe numerosa
Del hombre esclavizar: ya el reino umbrío
Cayó; mi fuerte mano
Rompió los hierros del audaz tirano,
»Salud, mortales: el amargo lloro
Desterrad: nuevo dia
A la tierra nació. Piadoso el cielo
De inmarcesibles bienes el tesoro
Abundoso os envía;
De bienes, que de Eden el grato suelo
Jamas ¡o! fecundáran,
Y en vano vuestros padres suspiráran.
»¡O Dios! tu brazo fue, tú lo juraste.
La espada que potente
Me ceñiste, triunfó. Tú las naciones
A mis pies, y los pueblos subyugaste.
Vuela de gente en gente
Mi nombre: victoriosos mis pendones
Del Tártaro profundo,
Tremolan por los ámbitos del mundo.
»Cayó, cayó Salén. Roma, tu solio
¿Dó está? ¿dó las que el viento
Enseñas vanas desplegó ondeantes?
Mi cruz Pedro arboló en el Capitolio,
Y fijó eterno asiento
Mi religion. Ante ella vacilantes
Cayeron derrumbadas
Al ciego error las aras levantadas.
»Hijo del trueno, vuela: el pueblo ibero

En tu celo ardoroso
Feliz su gloria cifra: eterna gloria
Reservada á la Fe. Del nombre fiero
En conflicto dudoso
Triunfó Hesperia: mi cruz es la victoria.
¡O vírgenes sagradas!
Cantad, del yugo infame libertadas."
Dijo: y la cruda parca el sacro acento
Oyó, y en triste ahullido
Lanzóse presto al tenebroso lago.
Estremecióse el averna] asiento;
Y con ronco alarido
Luzbel gimiendo su fatal estrago,
Saltó del negro trono,
Y rompió el cetro con feroz encono.

ODA.

El natal de Filis.

¡Qué célicos placeres
Espira por do quier natura toda
En tan sereno y delicioso dia!
¡Cuál la radiante esfera
En nueva luz ardiendo reverbera!
¡Ah! que de Filis bella
Tornan los bellos dias, en que el cielo
A la tierra envió de su hermosura
Una copia acabada,
Cual pudiera tener beldad criada.
Pues canta, lira mia;
Canta en acorde son armoniöso
De tan dulce belleza la alta gloria.

¡O! suene concertado
Al Olimpo tu verso arrebatado.
  Canta cual rutilante
Febo con nuevos rayos, su cuadriga
Por las cumbres del cielo va subiendo;
De blanda lumbre y oro,
En la tierra sembrando su tesoro.
  Favonio placentero
La dulce llama esparce, de natura
Los maternales senos fecundando;
La pradera florece
Y en vistosos matices embellece.
  Como baja risueña
Venus Citere en luminoso giro,
De amores mil en derredor cercada,
Y con ligero vuelo
Corta veloz el esplendente cielo;
  Y á los Elíseos campos
Llega, do se levanta Asido bella
Entre lucientes pámpanos y espigas.
Su carro sobre el viento
Suspende, y se oye el divinal acento
  Que dice: ¡O sobrehumana!
Salve, dulce beldad, del suelo Ibero
Esclarecido honor: vive, y eterna
Mi célica alegría
Goce la tierra en tu dichoso dia."
  Y el manto desprendiendo
De mil flores cargado, al aura blanda
En ámbares suaves se perfuma
La esfera cristalina,
Y en mas bellos colores se ilumina.

NOTICIA

DE DON JOSEF MARIA ROLDAN.

Nació en Sevilla en 24 de agosto de 1771. Cursó en aquella universidad las ciencias eclesiásticas, á cuyo estudio dedicó gran parte de su vida, sobresaliendo por su profunda y clásica instruccion en la doctrina y disciplina de la iglesia: instruccion dirigida por un juicio ilustrado y amenizada con las flores de las humanidades. Persuadido á que el estudio filosófico de estas contribuye mas que ningun otro á difundir el buen gusto en las ciencias mas graves, estableció en dicha ciudad, con otro que aun vive, la Academia de letras humanas, de que hemos hecho mencion, donde se reunieron los mas estudiosos y dispuestos jóvenes de aquella capital, de los cuales unos han fallecido, otros gozan todavía el merecido aprecio del público. Esta Academia duró desde mayo de 1793 hasta fin de 1801. Fruto de ella fueron las presentes y otras varias poesías de su autor. Con motivo de la publicacion de la obra de Juan Josafat Ben-Ezra, escribió en castellano un sabio y elegante comentario del Apocalípsis, que ha quedado inédito. Fue cura de San Marcos de Jerez, y posteriormente de la parroquia de San Andres de Sevilla: de carácter abstraido y melancólico, celoso en su ministerio, severo en sus principios y en sus costumbres. Murió en 9 de enero de 1828.

POESIAS

DE DON FRANCISCO DE CASTRO.

ELEGÍA.

¡Ay! ¿á dó está? ¿dó súbito se ha huido
La amable Doris, cual del sol ardiente
Débil niebla ante el rayo enardecido?
Bajástes al ocaso del oriente
Sin tocar el cenit, tierna azucena,
Que el noto fiero deshojó inclemente.
¿Y quién amargo lloro en larga vena
A ti ¡ o triste ! dará, Fileno mio,
En dolor tan agudo, en tanta pena?
De mis cansados ojos baja un rio,
Y al pecho oprime el caso lastimero,
Robando al corazon la fuerza y brio.
Ven, ven, mi caro amigo, y duradero
Y eterno llanto vierta lamentando
Sobre su tumba nuestro amor sincéro.
¡Ay! la santa amistad la losa alzando,
Con ella se escondió; y el lazo amigo
Que á Doris nos unió rompe llorando.
¡O! cuantas gracias arrastró consigo
Al sepulcro voraz, sin tiempo abierto,
Ora de su beldad mudo testigo!
Cercan en torno allí su tronco yerto
La eternidad y corrupcion, y helado

De silencio y horror se ve cubierto.
  En silencio y horror, Fileno amado,
Yace del bello cuerpo la apostura,
Y el rostro celestial yace mudado.
  De sus rasgados ojos la ternura
Sin luz: mudo el acento y melodía
Que el alma arrebató con su blandura.
  ¡Cómo otro tiempo en plácida alegría
Del sacro Betis la feraz ribera
Bajo sus plantas florecer veía!
  Y orlada de jazmin la cabellera,
Cual del alba el lucero refulgente
Brillar entre las ninfas la primera.
  El rio alzando la rugosa frente,
De las mojadas ovas coronado,
Paró al verla su rápida corriente.
  Atento escucha el canto regalado,
Y una dulce sonrisa se derrama
De los labios del dios embelesado.
  Por su náyade Betis la proclama,
Y el coro virginal en torno de ella
Danzando alegre, su deidad la llama:
  Y la armoniosa voz de Doris bella
Procuran imitar: ¡ay! cual burlando
Del necio empeño, su cantar descuella.
  ¡Mísero! yo la ví lecciones dando
En medio el tierno coro venturoso
Que en vano remedó su acento blando.
  Mas Betis ora en eco lastimoso
Doris dice, y las ninfas desparcidas
Repiten el acento doloroso.
  Las sienes del cipres mustio ceñidas,

Sin órden el cabello destrenzado,
¡Ay! las manos al cielo alzan torcidas.
No ya, Doris, tu acento delicado
En celestial dulcísima armonía
Será consuelo al pecho fatigado.
¡O mil veces y mil funesto dia,
Que para amargo duelo amaneciste,
Trocando el tierno gozo en agonía!
Y tú, muerte cruël, ¿á quién heriste,
Ciega, con tu cuchilla penetrante?
No sabes despiadada lo que hiciste.
Tú, infiel, arbolas el pendon triunfante
De tu saña feroz, mientras que gime
Envuelta en el pesar la madre amante.
Ni mas la dulce hermana al pecho oprime,
El pecho de su Doris; desolada,
En el mármol sus lágrimas imprime.
¡O cuan vano es tu afan! ¡ay! no apiáda
Tu lloro á la implacable; ya reposa
En sus helados brazos la cuitada:
Y la noche eternal, su silenciosa
Caverna abriendo, súbito se lanza
Sobre la cara presa, pavorosa.
No el voto, no el clamor mísero alcanza
Del mezquino mortal acongojado:
Se abrió ya el fatal libro, no hay mudanza.
¿Y cual mortal emprendería osado
Hacer frente á la parca destructora,
Ni acometer el tenebroso vado?
¡Ay! yo, Fileno, yo, si donde mora
Entrar la planta permitido fuera,
Y oidos dieran al que tierno implora,

¡O con cuanta alegría la volviera
Al seno maternal y dulce abrazo
De la mísera hermana lastimera!
Yo la tornára al amistoso lazo
Que la santa virtud, ora afligida,
Formaba leda en fraternal regazo.
En tanto la maldad es cometida:
Vive el inicuo, y la virtud su palma
Ve arrebatar en trozos dividida. . . .
Pero ¡cuán necios somos! ¡ah! ya calma
El agudo dolor, respira el pecho,
Rasgóse el velo que ofuscaba al alma.
Aquel á cuya planta espacio estrecho
Fueran mil y mil orbes, el Potente,
El Dios de amor en caridad deshecho,
Ante los tiempos eligió en su mente
De mil males librar la prenda cara,
Cortando en flor su juventud ardiente.
Asi como del vástago separa
La rosa el jardinero, y á cubierto
De la ventosa tempestad la ampara:
Ó cual pastor cuidoso en el desierto
Antes que enero su raudal desate
Forma el redil, á sus corderos puerto.
Sí, mi caro, cesó el rudo combate
Para la tierna Doris, cesó el llanto,
Cesó de las pasiones el embate.
¡O consuelo! mitíguese el quebranto:
No hemos perdido á Dori; arrebatada
Al mal ha sido por el númen santo.
¿Qué á nosotros espera en la cansada
Y estrecha senda de la triste vida,

De la opresion en la infernal morada?
¡Ay! el dolor sin fin, la fementida
Calumnia detractora, el vil desprecio,
La insolente injusticia repetida.
Opreso y opresor el mortal necio,
Víctima de maldad, triste perece,
Del orbe maldicion y menosprecio.
Vuela el dia, y el tiempo desparece:
Fueron los años: las naciones fueron:
La maldad sola eterna permanece.
Los vivientes estatuas erigieron
Al malvado viviente; al virtuoso
Bajo la fiera planta confundieron.
¡Tumba feliz! ¡morada del reposo,
Do el humanal linage en paz dormido,
Ni el mal recibe ni le dá orgulloso!
En ella ¡o justo! acabará el gemido:
Huye á su seno con ligera planta
Asilo en el naufragio concedido.
Solo al inicuo su morada espanta;
Prisionero infeliz, de horror cercado,
Temblor y llanto eterno le quebranta;
Que tú, el semblante de esplendor bañado,
Dejas triunfando la mansion impura,
De libertad y vida coronado.
Mostraráse algun dia en el altura,
Y á la justicia repondrá en la tierra
El que dió justas leyes á natura.
Su voz la muerte y la maldad destierra,
Y fomentado al soberano acento,
Se anima el polvo que la tumba encierra.
Alzase el trono: el universo atento

Temblando aguarda el divinal mandato;
Sus alas plega el asombrado viento.
  Habla el potente Dios, su acento grato
Es vida al pueblo fiel, rayo encendido
De eterna maldicion al pueblo ingrato.
  ¡Oh! Vé, Fileno, el dia do cumplido
Nuestro gozo será; y en coro santo
Por siempre á Doris nuestro amor unido,
Comenzará el placer, cesará el llanto.

ODA.

El arroyuelo.

De la sierra eminente
Baja el arroyo undoso,
Y tuerce incierto por el valle herboso
En giros mil su plácida corriente.
  Las aguas cristalinas
Entre guijas saltando
Repite el eco su murmurio blando,
Que vuela por praderas y colinas.
  Mas que el alba risueño
Su alegría derrama,
Las bellas flores y menuda grama
Salpicando de perlas halagüeño.
  La adelfa allí lozana
En su cristal se mira,
Y manso el arroyuelo en torno gira
Por matizar las aguas con su grana.
  La dulce Filomena
Se lamenta á deshora
La escura noche, y cuando ya la aurora

El prado esmalta con su luz serena,
  En vagoroso vuelo
Céfiro entre las flores
Girando bullicioso, sus olores
Destila sobre el líquido arroyuelo.
  Todo, arroyo dichoso,
Te brinda y lisonjea:
¡O siempre eterno tu corriente vea
El dulce bien que gozas delicioso!
  Cual tú, me vi algun dia
Del placer rodeado;
Ya tenebrosa noche, acongojado,
Me cerca por do quier en mi agonía.
  De mi pasada gloria
Y de mi mal presente
Oprimen ¡ay! el ánimo doliente
Unidos el tormento y la memoria.
  Amor de tiernas flores
Tejió mis dulces lazos:
Quise librarme, mas hallé los brazos
Comprimidos del hierro á los rigores.
  Otro tiempo cantaba
Sus dichas transitorias;
Y tras su carro, alegre, las victorias
Del pérfido con himnos ensalzaba:
  Ora un amargo rio
Manan mis tristes ojos;
Y ostenta cruda mano mis despojos,
Triunfo de su tirano poderío.
  ¡Ay! ¿dó huyó mi contento?
¿Dó las dichosas horas?
¿A quién ¡ay triste! á quién tu pena lloras,

Si no has de hallar alivio á tu tormento?
De mi felice suerte
Pasó la primavera;
Y no el mísero pecho hallar espera
Otro término al mal sino la muerte.
Pues teme, arroyo amable,
Que el abrasado estío
Robe tu gozo, cual la suerte el mio.
¡Ay! mi dicha acabó; nada hay estable.

ODA.

Imperio del hombre sobre la naturaleza.

¿Dó arrebatada con divino aliento
El alma en raudo vuelo se transporta?
Del oriente al ocaso
Rodar mil globos vé. Los mira absorta
Rayos lanzar de enardecida lumbre,
Y eternal movimiento
Frenar su augusto paso:
Circundan su luz pura
Pálidos otros mil. La ardiente cumbre
Ve ya de Olimpo alzado.
Mortales ¡oh! callad; que dè natura
La divina beldad decir me es dado.
De natura do en solio refulgente
El Dios del trueno reina. ¿Y elegiste,
Señor, en mil esferas
La baja tierra, y habitarla diste
Y someterla con supremo mando
Al felice viviente?

Por do quier mil lumbreras
Cercan su faz lozana,
Y el aire esmaltan con destello blando.
Nace la aurora al mundo,
Y le matiza de zafir y grana:
Dórale el sol con su esplendor fecundo.
  Y vosotras, antorchas brilladoras,
Cuyo fulgor tembloso el negro manto
Rasga á la noche umbría:
Aurora bella que en nevado llanto
Derramas vida al fatigado suelo:
Mar de luz, que las horas
En la region vacía
Mides, y las sazones
Tornas al año, revolviendo el cielo:
Y tú, polo luciente,
¡Solo á ilustrar del hombre las mansiones
Os destinó la mano Omnipotente!
  ¿Mas qué nuevo vigor, qué nueva vida
Se esparce por el globo venturoso?
A do el punzante cardo,
Do el descarnado leño, victorioso
Del voraz tiempo, la cerviz alzara,
La adelfa enrojecida,
Y el oloroso nardo
A par del trébol crece:
Cela en su cáliz la azucena, avara
Del licor, miel sabrosa:
Y plácido favonio se adormece
En las fragantes hojas de la rosa.
  El dulce fuego que natura amiga
En su seno abrigaba, difundido

Sobre la madre tierra,
Quebranta el hielo agudo que aterido
Cubriera de los campos el tesoro.
Brota la tierna espiga
Que el rubio grano encierra:
El prado reverdece:
El arroyuelo entre guijuelas de oro,
Bullicioso saltando,
Retrata el lirio que á su margen crece,
Y ufano se desliza serpeando.
¿Y quién vuelve ¡ o natura! en juveniles
Tus ya caducos dias? ¿Quién el velo
Que asconde marañada
Tu inculta profusion, con fuerte anhelo
Desenrolla potente? La maleza
En hermosos pensiles,
O ya en grata morada,
¿Cuál brazo activo torna?
Del marañado bosque la aspereza
Mudó en feraz llanura:
El nudo tronco de verdor se adorna,
Y tolda el prado en eternal frescura.
Tú ¡ o mortal! solo tú, que del augusto,
Del Ser eterno que los séres manda,
El dominio del suelo
Y el saber recibiste. Cede blanda
Natura á tu querer: no el bosque inunda
Ya de selvage arbusto
Con esteril desvelo.
Tú, extendiendo su vida,
Perfeccionas los séres que fecunda.
Do lanzó su veneno
IV

La sierpe y el reptíl, ora acogida
El corderuelo encuentra en prado ameno.
  En la lodosa ciénaga cubierta
De muerte y corrupcion, ya se levanta
El anchuroso muro:
Inmenso pueblo con segura planta
Huella el oculto lago. En la colina,
Otro tiempo desierta,
Brinda el fruto maduro
Que á la vid hermosea,
Y bajo el peso su follaje inclina.
El buey falto de aliento,
El breñoso erial tardo rodea,
Y abre en los surcos el comun contento.
  Trisca el rebaño, y dulce yerbezuela
Pasta en vez del nenúfar venenoso,
Que infestaba el collado.
Prisionero el raudal en cauce ondoso
El campo halaga con murmurio lento;
Ni ya crecido asuela
En curso arrebatado
La mies y la cabaña.
Árbitro el hombre del terrestre asiento,
Al piélago profundo
Tambien sojuzga la violenta saña,
Y la union que rompió, devuelve al mundo.
  Mas ¡oh! ¿qué genio en su furor destierra
La ventura y la paz? Orgullo insano,
Ambicion insaciable
El hombre respiró. Torna inhumano
Contra sí mismo el desleal acero
Que fecundó la tierra:

Y la morada amable
Del placer y el reposo.
¡Ay! es ya del dolor. Él es el fiero,
¡O natura! que absorve
Tu vida y prole y tu beldad. Furioso
Lleva en triunfo la muerte por el orbe.
Tente, cruël: ¡á dó la rabia insana
Te lleva?... Mas no escucha; y el arado
Deja, y solar paterno:
Deja el taller, y en paso acelerado
El dulce altar del himeneo deja.
¡Cuán inutil se afana
La esposa en lloro tierno!
Del niño desvalido,
Del padre anciano, bárbaro se aleja:
Feroz á coronarse
De luto y destruccion se arroja ardido,
Y en sangre agena y propia va á saciarse.
En vuestra paz y union el mundo fia
Su ventura y reposo. Solo es fuerte
El hombre al hombre unido:
¡Y el furor os divide! ¡Ay! ya la muerte
Vuela en pos de su presa, y la ordenada
Fila arrebata impía!
En monton denegrido
Los inánimes seres
La blanda yerba cubren, anegada
Con la sangre espumante.
Al hierro de tu hermano ¡o triste! mueres
Y auxilio en vano imploras del triunfante.
¡Bárbaros! ¿y fijais de la victoria
El sangriento pendon sobre los restos

Del orbe destrozado?
¿Y brillan el laurel y oliva puestos
En la homicida frente? ¿Fementido
Canta al Hacedor gloria
En su altar desolado?
Ese feroz contento
¡Cuánto encierra dolor! ¡cuánto gemido!
Ya tus lívidas alas
Bates, contagio, al corrompido viento,
Y la campiña y las ciudades talas.
¡Fiero mortal! ante tus pies natura
Marchita yace, en congojoso lloro
La pura faz manchada.
Mas tú el fecundo seno, almo tesoro
De vida y ser, despedazando impío,
Hórrida sepultura
Lo tornas, do lanzada
En tinieblas de muerte
Yace la creacion. ¡Ay! Del natio
Alcazar soberano
La dichosa mansion feroz convierte
En túmulo de escombros el humano.

NOTICIA

DE DON FRANCISCO DE PAULA LOPEZ DE CASTRO.

Nació en Sevilla en 2 de abril de 1771: estudió matemáticas en los estudios de la sociedad económica de aquella ciudad, presentándose á examen público y siendo pre-

miado en los tres años del curso. Terminada la filosofía, y principiado el estudio de la medicina en la universidad de su patria, se dedicó al comercio sin abandonar su aficion á las letras, adquiriendo siempre y leyendo las mejores obras españolas, italianas, francesas é inglesas de humanidades, historia, geografía, y otros varios de erudicion. Las piezas que se insertan aquí suyas, fueron leidas con otras muchas y varios discursos en la Academia de Letras humanas de que fue individuo. Murió en 16 de marzo de 1827; fue de trato apacible y generoso para todos, y singularmente solícito para sus amigos.

DEL CONDE DE NOROÑA.

ODA

A la paz entre España y Francia en 1795.

La discordia levanta su cabeza
De víboras crinada,
Las mueve, las sacude, y agitada
Retiembla la mansion de la tristeza,
La turbia Estigia crece
Y el tenebroso averno se estremece.
A su voz, semejante al despedido
Trueno de parda nube,
La muerte horrible cón presteza sube
En su carro fatal; y conducida
Por la espantosa guerra
Hace gemir los polos de la tierra.
En pos de ella caminan la hambre fiera,
La miseria afanosa,
La devorante fiebre, la ambiciosa
Gloria, el furor, la rabia carnicera,
Y todos cuantos males
Comprímen con la guerra á los mortales.
En medio eleva su orgullosa frente
Desnuda y descarnada;
De fuego y hierro la derecha armada,
La mueve en derredor rápidamente,

Y las riendas tomando
A sus negros caballos va incitando.
  Tascan el freno, con rabiosa espuma
Bañan el ancho pecho;
Tiran, se afanan, corren con despecho,
Que el látigo sonante los abruma:
Su intrépida carrera
Enciende el eje cual si arista fuera.
  Todo es fuego y furor: todo se llena
De horrorosa matanza:
Ya en medio de la Galia se avalanza,
Con sangre humana enrojeciendo el Sena,
Ya en su centro se irrita,
Desploma el templo, el trono precipita.
  Ya revuelve su carro fulminante
Ácia el Belga animoso,
No le deja un momento de reposo,
La estrecha, apremia, oprime, y arrogante
Le arranca en solo un dia
Lo que antes en cien años no podia.
  Ya de la altiva Albion derriba al suelo
Las huestes sanguinosas,
Que ganando las playas arenosas
Al mar se arrojan con medroso anhelo,
Y en sus naves veleras
Abandonan confusas sus riberas.
  Ya los muros de hielo que á su paso
El Bátavo le opone
Osada pisa, y en su suelo pone
El victorioso pie, su cuello laso
El holandes inclina;
Le abate, y ácia el Rhin veloz camina.

Allí como un torrente impetuöso
Cuanto encuentra arrebata,
Y tala y quema y desordena y mata.
El robusto aleman, y el belicoso
Prusiano se retiran,
Tiemblan al verla, con rubor se admiran;
Y los Alpes tambien al grave peso
Bajan la erguida cima,
Pasa la presta muerte por encima
Envuelta en polvo, en sangre, en humo espeso;
Y queda sin aliento
El Sardo á tan activo movimiento.
Asi el Frances guerrero conducido
Por ~~la tremenda muerte~~
Aterra al animoso, rinde al fuerte,
Y sumerge en el seno del olvido
Todas cuantas victorias
Al Griego y al Romano dieron glorias.
Y tú España valiente, que infundiste
Terror al Lácio imperio;
Tú, que del sarraceno cautiverio
La pesada cadena destruïste
Y con ardor guerrero
Humillaste á tus pies otro hemisfero;
Tú que te viste del Frances triunfante,
Y con marcha atrevida
Ya del Tec enfrenaste la corrida,
Ya diste espanto al Canigó gigante,
Mil laureles cogiendo
Cuando la Európa toda estaba huyendo:
¿Tú, pálida y errante? ¿Tú, aterida
Sueltas la ardiente espada

Y te ves del contrario atropellada,
El ropaje pisada, desceñida,
Destrenzado el cabello
Rotas las joyas del hermoso cuello?
¿Qué tienes? ¿Dí, levantas á los cielos
Tus ojos lagrimosos,
Exhalas mil suspiros dolorosos?
¿No encuentras ¡ay! alivio á tus desvelos?
¿Tuerces las blancas manos?
¿Tus males son tan fuertes, tan tiranos?—
«¡Lo son tanto!... ¿No miras ya la cumbre
Del nevado Pirene
Por el galo ocupada? ¿Cómo viene
Bajando con inmensa muchedumbre?
¿Que el polvo roba el dia
Y ensordece su horrenda gritería?
¿No miras que á su impulso el fuerte muro
Cede, se abre, le abriga?
¿No ves la hambre, la sed y la fatiga?
¿No ves que no hay asilo ya seguro,
Y que el Ebro espantado
No pone diques al frances osado?
¿No ves la reja dura abandonada
En los surcos primeros,
Sin pastores balando los corderos,
Los talleres desiertos, profanada
La estáncia de las Musas,
Y á ellas girando en derredor confusas?
¿No ves ya solos los paternos lares,
Los techos humeando,
Los caminos, las sendas ocupando
Ancianos y mugeres á millares,

Que huyen horrorizados
Del sangriento furor de los soldados?
El tierno niño de la veste asiendo
De la madre azorada
La detiene en su fuga acelerada,
Y sus brazos con llanto está pidiendo;
Mas ella no le escucha,
Que el tiempo es corto y la congoja mucha.
Las vírgenes honestas y encojidas
Rompiendo la clausura
Exponen su recato y hermosura
Andando acá y allá despavoridas;
Que la flor delicada
Expuesta al cierzo en breve se ve ajada.
¡Qué! ¿serán otra vez los templos santos
Con rabia destruidos?
¿Mis hijos á cadenas reducidos?
¿Volverán á mi seno mis quebrantos?
¿Dios para mi castigo
Renovará los tiempos de Rodrigo? —
No, España; no te afanes, y serena
El turbado semblante:
El cielo justo con amor constante
Te quiere y te proteje: mira llena
El aura de alegría,
Mira la paz amable que te envía.
Mira cual viene de esplendor cercada,
Y ninfas que oficiosas
En torno esparcen arrayan y rosas;
Repara su cabeza coronada
De los frutos de Ceres
Y en pos de ella corriendo los placeres.

Abre los brazos, que los suyos tiende
Con amoroso exceso;
Recoje de su boca el dulce beso,
Con que ese tu dolor borrar pretende,
Y, en su seno acostada,
Disfruta de la dicha deseada.
Disfrútala en buen hora, que aun el trueno
Resuena en el oido,
Aun se oye de la guerra atroz rugido,
Aun el suelo se ve de sangre lleno;
Y tú ya alegre en tanto
En risa vuelves el pasado llanto.
Tal nace el dia en brazos de la aurora:
Asoma en el oriente
Un destello de luz, rápidamente
Se extiende, el cerco de las nubes dora,
Y el tenebroso velo
Rasgado cae desde el alto cielo.

NOTICIA

DEL CONDE DE NOROÑA.

Nació en Castellon de la Plana, y murió en Madrid en 1816, de edad de 56 años: siguió la carrera militar y la diplomática: fue ministro plenipotenciario en Dresde, y tambien en San Petersburgo: ganó á los franceses en la guerra de la independencia la victoria del puente de San Payo.

COMPOSICION POÉTICA

EN LA MUERTE DE LA DUQUESA DE ALBA:

ESCRITA

POR DON FRANCISCO SANCHEZ BARBERO.

La duquesa murió. La luz brillante
Del astro de Alba, entre ofuscadas nieblas
Se esconde: su semblante
Las gracias halagüeñas abandonan,
Y en torno la coronan
Sin fin amarillez, sin fin tinieblas.
Un *¡ay!* continuo por su helado lecho
Va fúnebre sonando;
Y sus tiernos amigos
Cubierto de dolor el triste pecho,
Y á golpe tal atónitos quedando,
Con lúgubre silencio le rodean,
Con encendido llanto le humedecen.
Vanamente el espíritu desean
A su amiga volver: desconsolados
La llaman, no responde, y enmudecen;
Míranla, y desmayados
Su faz llorosa contra el lecho oprimen;
Otra vez vuelven á llamarla, y gimen;
Otra vez á mirarla, y desfallecen.
Cargada de tan ínclitos despojos
Y el desmedido triunfo contemplando,
La muerte en tanto con serenos ojos
En los cerrados párpados descansa

De su víctima hermosa;
Y fiera y orgullosa
Se está regocijando
De ver el orbe ante sus pies temblando.
Murió, murió: tan flébiles acentos
De labio en labio vagan;
Veloces se propagan
De Madrid por los senos anchurosos;
Los encendidos vientos
Sus ecos lastimosos
Por la ancha Iberia alígeros difunden.
Todos á un tiempo de dolor se llenan,
Cuando las voces de su muerte suenan.
Así cuando una nube tormentosa
En el oriente cárdeno aparece,
Al recio soplo de los vientos crece
Ensanchando su cerco pavorosa;
El trueno rueda, sin cesar serpea
El rayo, la febéa
Antorcha se oscurece;
Rásgase en fin, y embravecida envía
Rayos, desolacion y caudalosos
Torrentes que á porfia
Chozas, rebaños, vegas arrebatan....
Entonces los mortales
No hallan alivio en sus acerbos males.
Vuestra madre benéfica perdida
¿Qué será de vosotros, o leales
Vasallos? Vuestra vida
¿Quién asegurará? ¿Quién vuestros hijos
Defenderá? La paz y regocijos
¿De quién esperareis? Ella viviendo,

La abundancia corria
Para adormir vuestras dolicentes penas,
Para colmar de próspera alegría
Vuestra canosa edad. Ella viviendo,
Aherrojada en cadenas
En sus Estados la opresion bramaba.
El huérfano afligido
Su madre la llamaba,
Su amparo el desvalido,
Su gloria el español; y cual si fuera
Su diosa tutelar, la Agricultura
Sus dones imploraba,
Y enriquecida con sus dones era.
No ménos dolorosa
Imágen se presenta
En su amante familia desolada.
Por donde quiera que la vista ansiosa,
Por donde quiera que la planta lleve,
Todo es luto y dolor. Aquí violenta
Agitacion; allí silencio horrible:
El ciego por venir allá atormenta;
Y mas allá se mueve
Confusa gritería,
Que se extiende y aumenta
Entre las sombras de la noche umbría.
Yo tambien ¡ay! á quien piadoso el cielo
Dió que mi madre y mi esperanza fuese,
Y mi único consuelo,
La lloro, por mi mal arrebatada
En su mas lleno dia;
La lloro, y siento, al contemplar su muerte,
En la suya llorar la muerte mia.....

La hora llegó: con dolorido y fuerte
Son la campana á la mansion la llama
Del sempiterno olvido.
Aquí el llanto y gemido,
Aquí el dolor se inflama:
Clamores y querellas
Se alzan á las olímpicas estrellas.
Mustios en esto y en silencio grave
Entrando van en la temida estancia
Los que innúmeros pueblos señorean;
El llanto en abundancia
Corre sobre el cadáver que rodean.
Se bajan, lo descubren;
Y al ver el rostro que encantó algun dia
Por su vivacidad y su atractivo,
Ora horroroso, y que al mirarlo aterra,
Gimiendo, el suyo con las manos cubren.
¡O Grandes *de la tierra*,
Á cuya elevacion el orbe estrecho
Parece; á cuyo nombre
Tiembla y se abate en su miseria el hombre!
En ese ya deshecho
Cadáver, de la hispana
Region un tiempo admiracion y gloria;
En esa vuestra hermana,
Grande, Grande *tambien, que á confundirse*
Va con el polvo en el sepulcro frio,
Contemplad vuestro ser y poderío.
Sus altos timbres, su pomposo fasto
Y su fama admirada,
Que del ámbito hesperio
Mas allá vuela, y mas allá retumba,

Á ser vinieron miserable pasto
De la muerte feroz. Todo á su imperio
Invencible llevó; todo consigo
Cayó por siempre en la insaciable tumba.
Tiempo será que á tan fatal abrigo
Llegueis, á donde eternamente se hunden
Los grandes potentados,
Y donde en lazo fraternal guardados
Señores y vasallos se confunden.
Ni brillo, ni exencion, ni habrá grandeza
Que nuestra paz inalterable rompa... ...
No hay tardanza, escuchad: la ronca trompa
Os llama con presteza.
¿Veis á la muerte como bate el ala,
Y con pálida mano
Á vosotros sus víctimas señala?
Aquí ese nombre vano,
Aquí ¡tristes! dejad esos blasones:
No son vuestros, no son; tan solamente
Es vuestra la virtud que allá se premia,
Y vuestras las espléndidas acciones.
Temblaron á esta voz, desparecieron,
Y sombra y nada en su grandeza vieron.
La quieta noche su enlutado velo
Dejó caer. Gozaba
El fatigado suelo
Exento de pesar, el sueño blando:
El viento su ala recogido habia,
Y en brazos de su amor tranquilo estaba
El bienhadado esposo reposando.
Solo el Albano succesor velaba,
En su tierna agitada fantasía

Mil fúnebres ideas revolviendo,
Y en todas partes viendo
Á la infeliz Duquesa. De repente
Mas que nunca se exalta;
De una deidad arrebatarse siente,
Y de su lecho salta.
Animoso, anhelante
Sigue donde le guia
El celestial poder: toca ignorante
Unas bronceadas puertas,
Y al impulso menor élas abiertas.
Se para, mira, escucha
Lo que él se finge, del temor vencido
Por volverse ácia atras dos veces lucha,
Y dos veces á entrar es impelido.
Con plantas desmayadas
Va trémulo bajando:
La lóbrega mansion, las abultadas
Sombras, la augusta magestad, el ruido
De sus pies, en las bóvedas sonando
Mayor entre el silencio comprimido,
Y el eco por los túmulos vagando,
Hielan su alma medrosa.
De una pálida luz á los reflejos
Sigue, y alzarse una pesada losa,
Y luego incorporarse
A la Duquesa de Alba ve de léjos.
Asómbrase; el cabello se le eriza;
Ni hablar puede, ni huir, ni adelantarse.
Una voz cariñosa
Acércate, le dice, y se estremece:
Otra voz imperiosa

Acércate, le grita, y obedece.
Le toma de la mano, y ¡o portento!
Empieza así con apacible acento:
Atiende, ¡o succesor de la que el mundo
DUQUESA DE ALBA *todavía nombra,*
Y es solo en este cóncavo profundo
Un nombre vano y fugitiva sombra!
Los sepulcros que miras,
Del feliz desengaño
La escuela son. Lo que en la tierra admiras,
Tantas armas y títulos pomposos
Que tu ascendencia y mi renombre encumbran,
Son fuegos engañosos,
Que nuestra vista y corazon deslumbran;
En humo se disuelven,
Y oscurecidos á la nada vuelven.
Dime, ¿qué me aprovecha
De mi engrandecimiento
El vuelo asombrador? ¿Qué mi fortuna,
Y el ser de Reyes mi gloriosa cuna,
Si al fin caí de mi elevado aliento
En esta tumba estrecha,
Donde por siempre las cenizas mias
Sepultadas estan; donde descansan
Las de tu padre ya; donde las tuyas
Vendrán á reposar en terminando
La rápida carrera de tus dias,
Que ¡ójala! vayas de virtud sembrando?
¿Saber deseas los heróicos timbres
De tus predecesores?
¿Los entronques? ¿Los árboles altivos
De tu genealogía? ¿Los colores

Que en campos de oro tus blasones cuentan?
Jamas en los recónditos archivos
Los busques, ni en palacios suntuosos
Que pilares de mármoles sustentan,
Y adornan geroglíficos inciertos:
Aquí los hallarás entre los muertos.
Repara en esos mudos
Epitafios; repara en los escudos
Que los velados túmulos coronan:
Ellos tu orígen y tu fin pregonan.
A ellos ¡o Niño! sin cesar pregunta;
Aquí el vivir por el morir se estima,
Y aquí el principio con el fin se junta.
La muerte se sublima,
Con arrogante planta
Veneras y blasones destrozando;
Y su temible mando
De nuestras ruinas sin piedad levanta.
Lo que es y fué, lo que será, su imperio
Todo absorve y sujeta,
Todo: mas todo á la virtud respeta.
¡La Virtud! ¡la Virtud! *Tu Patria amada,*
La Religion sagrada,
La humanidad doliente,
Las ciencias y artes, del feliz reposo
Inagotable fuente;
En tí su generoso
Amigo, en tí su padre,
En tí su escudo y su columna vean:
Esta tu gloria y tus blasones sean.
Encenderán tu alma
La serie esclarecida y numerosa

De Silvas y Toledos,
Ilustres con la palma
De la paz venturosa;
Ilustres en los bélicos denuedos.
Imítalos, y á Dios. . . .
. . . . El Niño siente
En la virtud su espíritu inflamarse,
Y *Silvas* y *Toledos* animarse
Todos en él. Con paso reverente
Sale; y entonces ella
De su tan digno succesor gozosa,
Diciéndole otro *adios*, eternamente
Enmudeció, se hundió, cayó la losa.

NOTICIA

DE D. FRANCISCO SANCHEZ BARBERO.

Nació en 1764 en la villa de Moríñigo, cerca de Salamanca: hizo sus estudios en el Seminario conciliar de aquella ciudad: despues vino á Madrid, donde estuvo dedicado siempre á la literatura y á la enseñanza. Murió en Melilla en 1819. Tenia una habilidad superior para la poesía latina, y es quizá de todos nuestros poetas el que ha compuesto versos en una y otra lengua con mejor éxito. Ademas de los muchos poemas latinos y castellanos que ha dejado en borrador, se han publicado de él unos *Principios de Retórica y Poética*, y una *Gramática latina.*

NOTAS.

Página 59.

Sobre el canto épico de don Nicolas Moratin.

Aunque en las obras de este autor publicadas en Barcelona en 1821, se ha reimpreso este poema muy diferentemente de como aqui se halla, se ha tenido por conveniente repetirle en la misma forma que se incluyó en la primera edicion de esta coleccion, igual en todo á la que se hizo de dicho canto en la Imprenta Real en 1785. Extrañarán algunos esta preferencia, fundados en la confianza y autoridad que deben merecer las manos por quienes corrió la edicion de Barcelona, tan interesadas en la gloria del poeta, tan enteradas de los hechos que le pertenecen, y tan hábiles en el arte. Pero las mismas fueron las que cuidaron de la edicion de 1785: el autor hacía cuatro años que habia muerto, y la obra debió publicarse entonces tal como se hallaba entre sus papeles. Aquella, pues, es la propia y genuina de don Nicolas Moratin, y no la de Barcelona; donde si las alteraciones que se han hecho han podido mejorar algun tanto la elegancia de estilo y la estructura de los versos, quizá han perjudicado á las proporciones de la composicion, disminuido á veces su grandeza, su raudal, su robustez, y por consiguiente alterado frecuentemente su carácter. Pero esta es opinion mia particular, en que no insisto, y que podrá en buen hora no ser adaptada por otros. Sea de ella lo que se quiera, lo que no tiene duda es que las correcciones de la edicion de Barcelona no son ni pueden ser trabajo del poeta que escribió el canto, y por consiguiente le hacen menos suyo.

Página 193.

Sobre el testo seguido en las poesías de Melendez.

Melendez era muy esmerado en la correccion de sus versos antes de imprimirlos, y esto lo hacia bien mientras le duraba el calor primero de la composicion. Pero cuando despues de publicados y pasado tiempo sobre ellos, trataba de enmendarlos y de añadirlos, casi siempre los echaba á perder; segun puede verse cotejando las anacreónticas y romances de la edicion primera con los mismos de las otras dos, especialmente la última. Era dificil, por no decir imposible, que á los sesenta años se pusiese en aquella situacion de ánimo precisa para corregir y aumentar con acierto aquellos poemitas que habia hecho como jugando cuando tenia veinte. Asi es que las ideas, el tono, la diccion, y hasta la cadencia se resienten de su edad en estos pasages corregidos y añadidos, que tienen todo el aire de sobrepuestos, y disminuyen la ligereza y la gracia nativa de aquellas amables composiciones. A veces por quitar descuidos leves que apenas se percibian, incurria en defectos menos disimulables; como cuando en este pasage del Batilo:

Ó las ondas sin cuento
Que hace en la yerba el viento
Y los hilos de luz que el aire hace;

quiso quitar la repeticion de la palabra *hace* y puso:

Las nieblas recogerse,
En ondas mil la yerba estremecerse,
Y los hilos de luz que el aire hace.

Donde cayó en el descuido de poner un verso largo, cuando el metro le pedia corto; lo cual le perdonarán menos los rigoristas.

Ejemplo todavía mas notable de esta clase de

distracciones es la alteracion que hizo en la estrofa tercera de la letrilla á la Flor del Zurguén.

Edicion primera.	*Edicion ultima.*
Sus ojos luceros,	Sus ojos luceros,
Su boca un clavel,	Su boca un clavel,
Las mejillas rosas,	Rosa las mejillas,
Sus trenzas la red	*Y atónitos ved*
Do diestro amor sabe	Do *artero* amor sabe
Mil almas prender,	Mil almas prender,
Si al viento las tiende	Si al viento las tiende
La Flor del Zurguén.	La Flor del Zurguén.

No se sabe á qué se refiere aqui el sentido de los tres últimos versos. Aplicado como estaba antes á las *trenzas*, era propio y natural: mas en la alteracion última tiene que referirse á las mejillas, que como no *prenden* ni se *tienden*, dan lugar á un contra-sentido, tanto mas reparable, cuanto menos necesidad habia de variar unos versos, que estaban muy bien como se escribieron primero.

¿Quién por otra parte no se ofende en la segunda oda á las Artes, de aquella declamacion sobre Palmira, que añadió despues, y con la que entorpeció el movimiento rápido, y destruyó el equilibrio de tan valiente composicion? Excusado sería multiplicar ejemplos de una cosa en que generalmente convienen los hombres de gusto; pero estas indicaciones bastarán para justificar la preferencia que se ha dado aqui casi siempre al testo de las primeras ediciones sobre el de las segundas.

Páginas 544, 579 y 588.

Sobre las poesías de don Manuel de Arjona, don Josef Roldan, y don Francisco de Castro.

La publicacion de estas poesías se debe á la amistad y celo del señor don Felix Josef Reinoso, que en obsequio del arte y de la memoria de estos escritores, que fueron tambien amigos suyos y compañeros de estudios, se ha tomado el trabajo de entresacarlos de la muchedumbre confusa de borradores informes y mal escritos en que los tres poetas dejaron sus versos al morir, y las ha comunicado al colector, dispuestas y preparadas para la prensa en la forma que ahora se publican: las noticias biográficas que las acompañan son igualmente suyas.

Página 559.

Sobre la oda á la Diosa del Bosque.

Las estrofas de esta oda son inventadas por el autor: su artificio consiste en formar con un esdrújulo el hemistiquio de los dos versos primeros, el tercero es un sáfico, el cuarto uno corto y agudo; el segundo miembro de la estrofa tiene la misma cadencia, y los consonantes se enlazan de modo que forman entre los dos un período poético, que agrada por su novedad y aun por su extrañeza.

INDICE.

INDICE

DE LOS AUTORES

comprendidos en esta coleccion.

ERRATAS.

TOMO I.

Pág.	Lín.	Dice.	Lease.
145	27	su esento	tu esento
332	1	*cantabilis*	*cantábitis*
368	13	á la ligereza	á la ligera

TOMO II.

72	12	en nombres	en hombres

TOMO III.

139	20	el fiero	al fiero
211	15	la vuelva	la vuelta
214	11	al puerto	el puerto
226	27	que el	que al
404	30	*Crebrisque*	*Crébraque*
ib.	32	*structi*	*extructi*
423	27	en efecto	su efecto
428	13	discerto	discreto

TOMO IV.

Introduccion.

8	35	conocido	conocida
35	19	desdeñosa	desdeñada
51	10	sostener	sostenerse

Poesías

516	18	aficion	afliccion
564	12	te lleva	te lleva?
569	12	Tu Belgio, funeral	Tu Belgio funeral,
601	8	otros varios	otros ramos
607	24	Dresde	Berna
617	30	adaptada	adoptada





